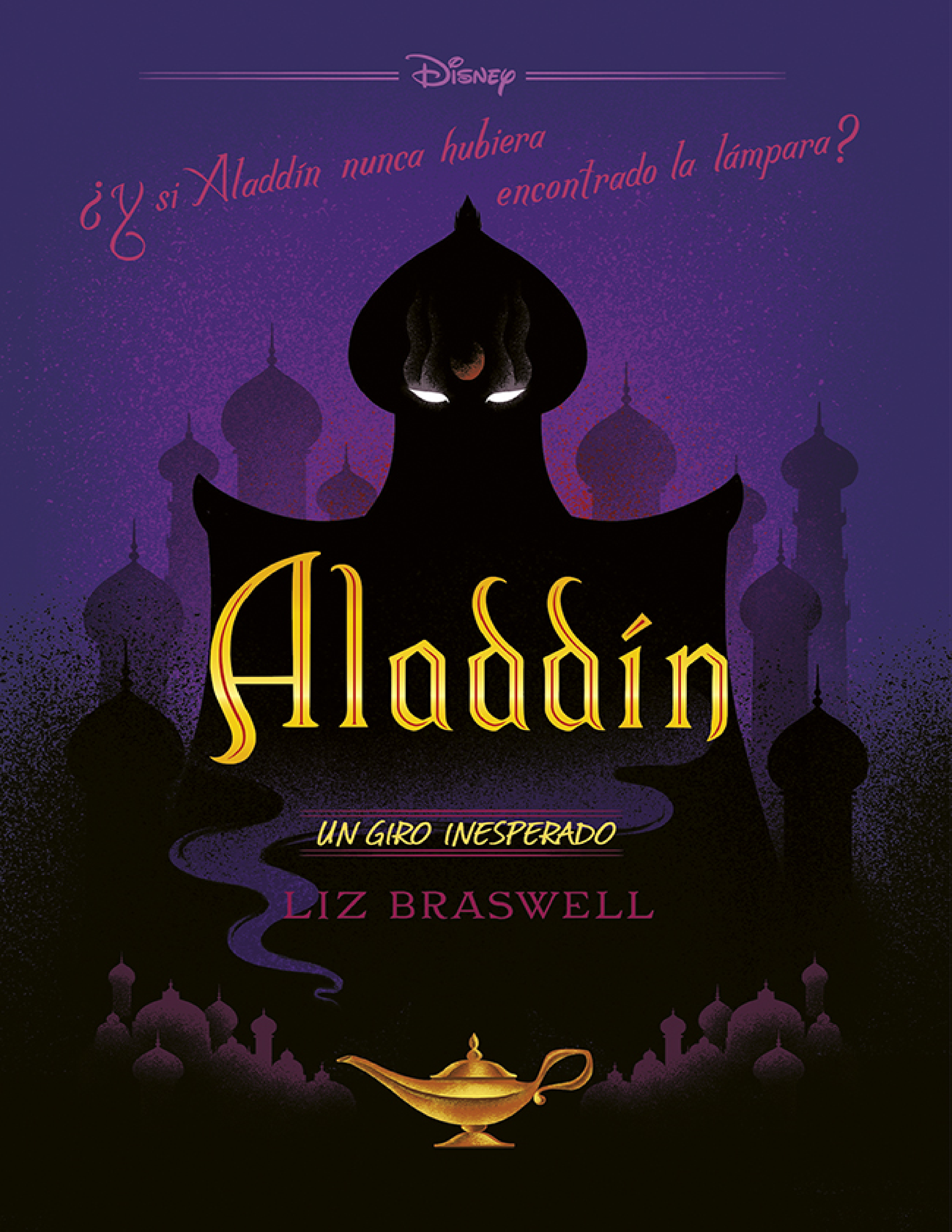
Disney

¿Y si Aladdín nunca hubiera encontrado la lámpara?



Aladdín

Un giro inesperado

Liz Braswell

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Todo eso por una hogaza de pan
… Pero sí por una manzana
El precio del conocimiento
La Agrabah que nadie ve
La Cueva de las Maravillas
Jasmine y un genio
Arrodíllate y muestra respeto
Los planes de Jafar, el destino de los «djinn»
Las ratas callejeras
Un rescate… o algo así
El nacimiento de un ejército
Desenredo
Un atraco
Reina de los ladrones
Magia mortal
Té con un genio
Amigos en lugares inusuales
Una declaración de guerra
Solidaridad y estrategia
El plan
La calma antes de la tormenta de arena
Como en los viejos tiempos
El amanecer se acerca

Bajas de guerra
El deseo final
El fin de la magia
Epílogo
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Aladdín

UN GIRO INESPERADO

LIZ BRASWELL

LIBROS Disney

Para mi hijo Alex, quien, en sentido estricto, no es un pillo
y ya tiene edad para leer los libros que escribo.
¡Que lo disfrutes!

Quiero agradecerle a David Kazeni su aportación
en los detalles que me ayudaron a darle vida a la antigua Agrabah,
incluso aunque no logramos ponernos de acuerdo sobre
qué debe llevar un buen baklava.

L. B.

Prólogo

En lo más alto del cielo, una luna blanca iluminaba la ciudad con el mismo brillo que se dice que irradia el sol sobre los países del norte. Edificios de barro cocido blanco resplandecían como guijarros de una playa lejana. Las cúpulas, doradas y bulbosas, destellaban como un sueño frente a las pálidas dunas y el oscuro y estrellado vacío.

Hacía mucho que el calor del día se había replegado hacia el desierto, y la ciudad, que había pasado toda la cálida tarde dormitando, por fin cobraba vida. Las calles se llenaron de personas que tomaban té, parloteaban, reían y visitaban a sus amigos. Los ancianos jugaban al *chatrang* en tableros instalados en el exterior de los cafés; los niños permanecían despiertos mucho tiempo después de su hora habitual para irse a la cama y se entretenían con sus juegos en las aceras. Hombres y mujeres compraban a los harapientos vendedores nocturnos que ofrecían perfumes con olor a rosas y baratijas. La vida era ruidosa y exuberante en una Agrabah iluminada por la luna.

Bueno, no en toda Agrabah.

En otro lugar de la ciudad, las calles permanecían tan silenciosas como la oscuridad y tan negras como la muerte. No era una zona segura para ninguna de esas personas que llevaban alegres vestidos. Incluso los habitantes locales solían quedarse en el interior de sus casas o permanecían ocultos en los callejones y los pasajes secretos que plagaban aquel territorio, invisibles desde las calles. Allí, los muros blancos de los edificios estaban desgastados y agujereados, y enormes cantidades de lodo se desprendían de las paredes de ladrillo. Las estructuras de madera a

medio construir eran la única evidencia que quedaba del sueño de un antiguo Sultán que anhelaba mejorar el distrito, pero el proyecto había sido abandonado. Ahora, los restos de su gran plan silbaban con el viento del desierto como cadáveres que colgaban de horcas.

Era el Barrio de las ratas callejeras.

Ahí habitaban los ladrones, los mendigos, los asesinos y los más pobres entre los pobres. Los niños que nadie quería, los adultos que nadie contrataba para ningún trabajo honesto; todos tenían sus hogares allí: los huérfanos, los desafortunados, los enfermos y los repudiados. Era una Agrabah totalmente distinta.

Entre las chozas y casuchas, los edificios públicos derruidos y los templos desmoronados había una pequeña casa que estaba un poco mejor conservada que las demás. Sus muros de barro cocido parecían haber sido retocados por lo menos una vez en la última década. Un tiesto roto junto a la puerta contenía un ramo de flores del desierto que seguían con vida gracias a que alguien las regaba de vez en cuando. Una alfombrilla, bastante raída, en la entrada servía para que los visitantes pudieran dejar sus sandalias, en el poco probable caso de que las llevaran.

A través de un agujero en forma de cerradura, cualquier transeúnte podía escuchar los dulces acordes de una mujer que tarareaba. Si se asomaban por el biombo de madera, la verían: una mujer de ojos amables que vestía sus harapos con la elegancia de una reina. Su ropa estaba limpia, igual que el pantalón blanco que remendaba con cuidado bajo el haz de luz de luna que entraba por la ventana.

Una fuerte llamada retumbó en la puerta: tres golpes muy potentes. Nadie en el Barrio de las ratas callejeras lo hacía de esa forma. Solían ser ruidos furtivos y, por lo general, en código.

La mujer dejó la costura, desconcertada y cautelosa, y se arregló el velo antes de acercarse a la puerta.

—¿Quién llama? —preguntó, con los dedos en el pomo de la puerta.

—Soy yo, mamá —contestó una voz.

La mujer sonrió alegremente y quitó el pestillo.

—Ay, Aladdín —lo regañó en broma al abrir la puerta—, sabes que no debes...

Guardó silencio cuando vio que había cuatro personas en el umbral.

Uno era su hijo, Aladdín. Era un niño flacucho, como todas las ratas callejeras. Iba descalzo, tenía la piel oscura y el abundante cabello, negro como el plumaje de un cuervo, igual que el de su padre, lo llevaba tiznado por el polvo de la calle. Mantenía la postura que su madre le había enseñado: la cabeza en alto y el pecho hacia delante. Era una rata callejera solo de nombre.

Sus amigos —si es que así se les podía llamar— estaban inmóviles junto a él; reían nerviosamente y parecían preparados para huir. Si había problemas, sin duda Morgiana y Duban estarían involucrados. La madre de Aladdín apretó la mandíbula al ver sus astutos ojos y sus evidentes ganas de escapar.

Detrás de Aladdín, se encontraba un hombre alto y delgado con una túnica azul y un turbante del mismo color. Era Akram, el vendedor de nueces y frutos secos. Tenía a Aladdín cogido por el hombro con una mano huesuda cuya fuerza parecía dispuesto a aumentar si al chico se le ocurría siquiera intentar escapar.

—Su hijo —dijo Akram gentil, pero furioso a la vez— y sus... amigos... estaban de nuevo en el mercado, robando. Vacía tus bolsillos, rata callejera.

Aladdín se encogió de hombros de forma encantadora. Mientras lo hacía, giró sus bolsillos, de los que cayeron higos y dátiles secos. Sin embargo, tuvo cuidado para quedarse con alguno.

—¡Aladdín! —exclamó su madre con voz enérgica—. ¡Maldito niño! Lo siento, buen hombre. Mañana, Aladdín pasará toda la mañana trabajando para usted, lo que le pida. Le llevará el agua.

Aladdín comenzó a protestar, pero su madre lo silenció con una mirada. Duban y Morgiana se rieron de él.

—Vosotros dos también lo ayudaréis —añadió.

—Tú no eres mi madre —contestó Morgiana en un tono insolente—. No puedes decirme qué debo hacer. Nadie puede.

—Es una pena que no tengas una madre como esta pobre mujer —dijo Akram muy serio—. Terminarás con la cabeza en una estaca antes de cumplir los dieciséis, niña.

Morgiana le sacó la lengua.

—Anda —intervino Duban, un poco nervioso—. Vámonos de aquí.

Los dos corrieron hasta perderse en la noche. Con tristeza, Aladdín los vio marcharse; sus amigos lo abandonaban, y ahora recibiría un castigo que los tres merecían.

—Creo que te vendría bien evitar esas compañías —dijo Akram, pensativo—. Habéis tenido suerte de que os atrapara yo y no otro vendedor. Hay algunos que exigirían que os cortaran las manos como pago por los frutos que robáis.

—Permítame envolver sus cosas para que se las lleve —dijo la madre de Aladdín.

Cogió la fruta de las manos de su hijo y buscó algún paño adecuado para colocarla.

—Está bien —contestó Akram, incómodo. Sus ojos se pasearon por la pequeña y oscura choza—. Ya he empaquetado todo por hoy. Y una mujer que trabaja tanto y que está... tan sola... no debería ser castigada por pecados ajenos. Considérelo un regalo.

Los ojos de la madre de Aladdín centellearon.

—No necesito su caridad. Mi esposo volverá uno de estos días. Gazím habrá conseguido una fortuna y llevará a su familia a un lugar más adecuado para nosotros. Solo me avergüenzo de lo que encontrará cuando regrese.

—Claro, claro —contestó Akram en tono conciliador—. Yo... espero ansiosamente verlo de nuevo. Le encantaban mis nueces de la India.

La madre de Aladdín se alegró con la sola mención a su esposo, aunque el recuerdo viniese de aquel hombre.

Aladdín se encogió. Akram había vuelto a poner la mano en su hombro, pero, en vez de sujetarlo con fuerza, le había dado una palmada como si se compadeciera de él.

Eso solo hizo que se sintiera peor.

—A ver, ¿está todo bien? —Un guardia del mercado, uno de los más jóvenes, salió de entre la oscuridad de la noche. Llevaba una porra en la mano y su mirada era seria—. He oído que ha habido un alboroto en un tenderete, Akram.

—No es nada, Razoul —respondió el mercader con la misma calma con la que había hablado con la madre de Aladdín—. Un malentendido. Está todo solucionado. Gracias por tu preocupación.

El guardia, cuyo único pecado parecía ser el de comer demasiados dulces, no insistió tanto como otros guardias lo habrían hecho. Observó la silenciosa determinación de la mujer, la mirada abatida de Aladdín y la pobreza de la casa.

—Muy bien, entonces. Akram, te acompañaré de vuelta a tu tienda. Por la noche, este no es un lugar seguro para personas respetables como tú.

—Mil gracias, Razoul. —Akram le hizo una reverencia a la madre de Aladdín—. Que la paz sea con vosotros.

—Y con usted —dijo ella, y asintió—. Y... gracias.

Cuando el mercader y el guardia se marcharon, la mujer cerró la puerta casi sin fuerzas y pasó una mano por el cabello de su hijo.

—¿Qué voy a hacer contigo, Aladdín?

—¿Qué? —se sorprendió el chico; ya estaba erguido y sonreía como el típico ladronzuelo brincando de entusiasmo—. ¡Todo ha ido genial! Y mira: ¡tenemos un festín para esta noche!

Emocionado, sacó más dátiles e higos de sus bolsillos y los puso en un bol desportillado. Luego, del fajín que sostenía sus pantalones sacó almendras naturales y pistachos ahumados... y, de algún lugar de debajo de la camisa, nueces de la India.

—¡Aladdín! —exclamó su madre, conteniendo la risa.

—Lo he hecho por ti, mamá. Te mereces una alegría. Nunca quieres nada.

—Ay, Aladdín. No necesito nada. Solo te quiero a ti —dijo ella mientras lo tomaba entre sus brazos y lo apretaba con fuerza contra su cuerpo.

—Mamá —susurró Aladdín, con la cara cubierta por la túnica de su madre—, siempre me das el trozo más grande de lo que sea que tengamos para comer. No es justo. Quiero cuidarte.

—Hay muchas cosas que no son justas, Aladdín. —Se alejó de él, cogiéndolo aún de las manos, y lo miró a los ojos—. Así es la vida. Por eso es importante que las ratas callejeras se cuiden entre ellos. Ese instinto que tienes es bueno. Siempre debes proteger a tus amigos y a tu familia, porque nadie más nos protege. Pero eso no justifica que te conviertas en un ladrón. —Aladdín bajó la mirada al suelo, disgustado—. No dejes que las injusticias de la vida ni tu pobreza decidan quién eres. Tú decides quién quieres ser. ¿Un héroe que cuida a los débiles y desvalidos? ¿Un ladrón? ¿Un mendigo... o algo peor? Depende de ti, no de las cosas ni de la gente que está a tu alrededor. Puedes elegir ser algo más.

Aladdín asintió; el labio le temblaba. Era demasiado mayor para llorar. Lo era.

Su madre lo besó de nuevo y después lo rodeó para ver de cerca los frutos.

—Tal vez sea porque estás aquí solo con tu madre todo el tiempo —dijo ella casi susurrando—. No tienes con quién jugar, salvo con esas dos

buenas piezas que son Duban y Morgiana. Necesitas un amigo de verdad, o a lo mejor una mascota, o algo parecido. Sí, una mascota...

Pero Aladdín no la escuchaba.

Se dirigió a la ventana y descorrió la cortina. Esto era lo mejor, lo único bueno de su casa: gracias al azar de las calles tortuosas o a un descuido en la mente de algún arquitecto, tenían una vista perfecta del castillo.

Miró las torres blancas que se veían aún más cristalinas gracias a la luz de la luna y las vistosas banderas que colgaban de los mástiles tan onduladas y perfectas que parecían capaces de perforar el cielo.

«Puedes elegir ser algo más...»

Todo eso por una hogaza de pan

Tal vez la luna seguía por ahí, en algún lugar del cielo, pero ahora era su hermano el sol quien reinaba, y todo se desdibujaba en la blancura del cálido día, que se sentía aún más ardiente en un brillantísimo tejado desconchado por los efectos del astro rey.

—¡A salvo! —exclamó Aladdín con una sonrisa y su preciado tesoro bajo el brazo.

Echó un vistazo por encima del muro de un edificio para asegurarse de que nadie lo viera allí; sus oscuros brazos se flexionaron con fuerza natural cuando se alejó de los duros ladrillos. Luego, se sentó, relajado y listo para partir su valioso premio por la mitad. Sus grandes ojos de un color castaño claro brillaban con un entusiasmo alegre.

—Una hogaza de pan: más valiosa que todas las gemas frías y resplandecientes del bazar.

El pequeño mono a su lado cuchicheaba, expectante.

Abú fue el último regalo de su madre. El padre de Aladdín, como era de esperar, no volvió de «buscar su fortuna en el extranjero». De todas formas, Aladdín nunca se había creído ese cuento de hadas, así que la pérdida del progenitor no fue tan sentida. Pero su madre había temido que no fuese por el buen camino, que se volviera demasiado solitario por no tener una familia de verdad. Pensó que una mascota le haría bien.

Y tal vez lo hizo...

... excepto que ahora robaba para los dos.

—Y la comida está servida, por fin —dijo Aladdín, y le hizo un gesto a su amigo con el pan.

—¡Alto ahí, ladrón!

Abú huyó. Aladdín se levantó de un brinco.

De algún modo, los guardias del mercado habían logrado trepar por la escalera que llevaba al techo sin que Aladdín se diese cuenta. Bueno, dos habían llegado hasta arriba, seguidos del iracundo Razoul. En esos días llevaba un turbante rayado, adornado con un ónix negro que lo distinguía como el capitán de la guardia. A pesar de sus enfrentamientos, hasta Aladdín debía reconocer que el hombre había ascendido de rango de una forma honesta.

Pero eso no significaba que a Aladdín le cayese simpático.

—¡Te cortaré las manos y me las quedaré como trofeo, rata callejera! —bramó Razoul.

Resoplaba mientras arrastraba su cuerpo por las escaleras.

Debía de estar el doble de enfadado por el esfuerzo que había supuesto llegar hasta allí.

—¿Todo esto por una hogaza de pan? —preguntó Aladdín, molesto.

Eligió cogerla específicamente de uno de los carros cargados para un paseo real, un pícnic para el Sultán o uno de sus festivales de cometas o algo igual de ridículo. Por más gordo que fuera, el pequeño Sultán no echaría en falta una diminuta hogaza de pan.

Pero al parecer, los guardias sí. Y, según la ley, si el acusador lo decidía, podía hacer que le cortaran la mano al ladrón como castigo.

Por si fuera poco, bajo la luz del sol, la cimitarra de Razoul se veía más brillante y afilada que de costumbre.

Así que Aladdín saltó por una pared del edificio. Era muchas cosas: rápido, fuerte, astuto, ágil, sagaz, habilidoso, pero no así imprudente. Por ello, mientras los guardias se detenían de golpe, sorprendidos por lo que parecía un acto mortal y descabellado, él, muy ligero, cayó con gran habilidad al otro lado y se colgó de los tendederos que sabía que habría.

Siempre existía, por supuesto, la posibilidad de que las cuerdas no soportaran su peso.

Pero Aladdín tenía la suerte de su lado. Agarrarse con las manos solo provocó que recibiera golpes de ropa limpia en la cabeza y que se le quemaran los dedos con las cuerdas, mientras su descenso perdía velocidad. Cuando el dolor fue intenso, se soltó y aterrizó sobre la calle con un duro golpe de huesos y con varios moratones.

No tenía tiempo para reflexionar sobre su seguridad, o su suerte, ni siquiera para revisar alguna de sus heridas. Debía planear su siguiente movimiento de inmediato, mantenerse un paso por delante de los guardias, quienes se apresurarían a bajar y ver qué le había sucedido.

Aladdín se había enredado en las túnicas de la Viuda Gulbahar. Se le ocurrió que, si nadie lo veía, podría sin problemas envolverse en ellas, disfrazarse de una chica piadosa, aunque algo fea, y escabullirse en uno de los harenes.

Hizo una pausa, y una fuerte risa femenina estalló por encima de él.

Alzó la mirada para ver a la viuda asomada a una ventana, riéndose burlona. Había otras dos mujeres cerca, seguramente estaban compartiendo un chisme antes de su emocionante llegada. Ese sería su único placer del día sin tener en cuenta la tarea de encontrar comida y trabajo.

—¿No es un poco temprano para meterte en problemas, Aladdín? —se mofó Gulbahar.

—Solo te metes... ay... en problemas... ay... si te atrapan —protestó Aladdín.

Intentaba disimular el dolor mientras se levantaba y se reunía con ellas. Había esperado que captaran su plan cuando se envolvió un paño al cuello y a la cabeza. Se apoyó en la pared de una manera que pareciera femenina, con la cadera hacia delante y la espalda pegada al callejón por el que llegarían los guardias.

Gulbahar hizo una mueca y meneó la cabeza.

—Aladdín, tienes que sentar la cabeza. —Suspiró—. Una buena chica lo conseguiría.

Las demás mujeres asintieron en señal de conformidad. Sabían lo que era ser una buena chica, aunque no por experiencia propia. Pero al menos tenían qué comer, privilegio que, en Agrabah, por lo regular, las buenas chicas no tenían.

—¡Ahí está! —gritó Razoul de pronto.

Él y todo un escuadrón de guardias avanzaron a grandes zancadas por el callejón y le cerraron el paso a Aladdín.

—Ahora sí que tengo problemas —se lamentó.

Se dio la vuelta para escapar, pero Razoul debió unir la rabia y las fuerzas que le quedaban para dar un enérgico salto. Logró atrapar a Aladdín por el brazo y lo encaró.

—Esta vez, rata callejera, te voy a...

Sin embargo, antes de que pudiera terminar su amenaza, un pequeño mono gritón le saltó a la cabeza y le arañó los ojos con sus afiladas uñas.

—Justo a tiempo, *Abú* —exclamó Aladdín en un tono melodramático, para deleite de las mujeres que presenciaban la escena.

Y entonces echó a correr.

Se escabulló por un costado de Razoul y logró esquivar al resto de los guardias que intentaban atraparlo con torpeza. Diez de ellos no valían un solo Razoul, por fortuna. Razoul era el único que le preocupaba a Aladdín, pues conocía las calles casi tan bien como él mismo.

Aladdín se agazapó en lo que parecía un agujero de la misma ciudad, donde dos edificios se encontraban y se inclinaban uno sobre el otro, sosteniéndose como dos ancianos. Corrió por el espacio que había entre ellos y llegó a un jardín medio abandonado. En el centro había una fuente seca e inservible. Quizá alguna vez, hacía mucho tiempo, había

funcionado, si acaso existió un Sultán a quien le importara que las cosas estuvieran en buen estado para los residentes más pobres de Agrabah.

Razoul apareció en el lado opuesto del jardín con la cimitarra en alto.

—No creas que puedes huir por el laberinto de las Calles Orientales —declaró con severidad.

Casi se le escapa una sonrisa al ver la mirada de sorpresa en el rostro de Aladdín.

—Ah, sí, conozco tu plan. Pero infringiste la ley. Debes aceptar tu castigo.

—¿De verdad me vas a cortar la mano por robar... una... hogaza... de pan? —preguntó Aladdín, en un intento por hacer tiempo mientras saltaba de puntillas y daba vueltas para mantener la fuente como un obstáculo entre ellos dos.

—La ley es la ley.

Aladdín se zafó por la izquierda y trató de dar una zancada hacia la derecha. Razoul no se tragó el engaño; su cimitarra se dirigió hacia la derecha. Aladdín se agachó y encogió el estómago, pero no resultó ileso: una diminuta línea escarlata se le dibujó en la piel. Gimió de dolor.

Razoul se detuvo.

—Tal vez, si se lo explicas al juez, tenga piedad. Puede... considerar tus circunstancias. Pero ese es su trabajo. El mío es entregarte.

—¿De verdad? Yo pensaba que tu trabajo era comer *baklavas*. Te has vuelto lento, viejo patán —se burló Aladdín.

Con un aullido de furia, Razoul hizo caer su cimitarra con tanta fuerza como pudo.

Aladdín se encogió hasta hacerse una bola y se alejó rodando. Cuando la punta de la cimitarra golpeó el pavimento de adoquines, salieron chispas.

Aladdín trepó entre andamios oxidados que apenas soportaban su peso. Sin duda, no aguantarían el de Razoul.

El frustrado guardia lo maldijo, y Aladdín corrió tan rápido como pudo y saltó de tejado en tejado sin rumbo fijo. Sin una idea o plan concretos, se concentró nada más en poner tanta distancia entre el mercado y él como fuera posible, antes de volver a las calles en el apacible y oscuro Barrio de las ratas callejeras.

Un chillido le anunció que *Abú* por fin lo había alcanzado. Saltó sobre su hombro y se aferró a él, mientras Aladdín, aún cauteloso, se mantenía en las sombras y se arrastraba por las casas vacías, a través de sus ventanas resquebrajadas y sus puertas entrecerradas.

Al final, sintió que podían detenerse cuando llegaron a un callejón tan decrépito y abandonado que funcionaba como el basurero improvisado de los barrios bajos. Ningún trabajador de la ciudad entraría a llevarse aquellos desechos, así que la basura se acumulaba en grandes pilas que los más pobres de los pobres escarbaban en busca de sobras que otros hubieran pasado por alto. Era apestoso, pero seguro.

—¡Uf! El viejo es cada vez más lento, pero también más listo —admitió Aladdín a regañadientes, y se sacudió el polvo de los pantalones y el chaleco—. Ahora, estimado efendi, comeremos.

Se apoyó en una pared y por fin partió el pan y le dio la mitad a *Abú*, quien la tomó, emocionado.

Sin embargo, justo cuando Aladdín estaba punto de morder su trozo de hogaza, lo detuvo el traqueteo de algo que golpeaba el pavimento.

Esperaba que fueran los guardias.

Esperaba tener que correr de nuevo.

Lo que no esperaba era ver a dos de los niños más escuálidos y pequeños de Agrabah. Los niños se sobresaltaron, asustados por el ruido que ellos mismos habían hecho al escarbar en la basura mientras buscaban algo de comer. Cuando vieron a Aladdín, no se abrazaron el uno al otro, pero sí se aproximaron para sentirse más seguros. Sus ojos eran enormes. Sus vientres parecían encogidos. Solo al examinarlos más de cerca,

Aladdín alcanzó a ver que uno de ellos era una niña; sus harapos no tenían forma y ambos estaban muy muy delgados.

—No os haré daño. Me parecéis familiares. ¿Nos conocemos?

Los niños guardaron silencio y escondieron a sus espaldas lo que llevaban: huesos y cáscaras de melón.

«Las ratas callejeras se cuidan entre ellos.» Las palabras de su madre cruzaron los años hasta llegar a él.

—Para vosotros —dijo Aladdín.

Se puso de pie despacio y sin hacer movimientos bruscos. Sabía lo que era temer que cualquiera que fuera más grande, que estuviera más sano o que fuera mayor pudiera robarte y quitarte lo que tuvieras. Mostró las manos: una vacía, en señal de paz, y la otra con la hogaza.

Los dos niños no pudieron evitar mirar el pan.

—Cogedlo —los animó con gentileza.

No necesitó mucho para convencerlos. La niña, más audaz, se estiró y lo cogió; intentó que no pareciera que se lo estaba arrebatando. Murmuró un «Gracias» antes de partirlo casi por la mitad a toda prisa. Le dio el pedazo más grande a su hermano, que era más delgado y más pequeño.

Abú lo observó todo con interés mientras masticaba su porción.

Aladdín sintió que un nudo de rabia se le quedaba en la garganta.

¿Cuándo había sido la última vez que esos niños habían disfrutado de una comida o de un buen trago de agua limpia? Así había sido su infancia. Nada había cambiado. El Sultán seguía sentado en su hermoso palacio de cúpulas doradas y se entretenía con sus juguetes mientras en las calles la gente se moría de hambre. Nada iba a cambiar hasta que el Sultán —o alguien— despertara y viera el sufrimiento de su población.

Aladdín suspiró y se puso a *Abú* en el hombro. Caminó hacia su casa lentamente, con el estómago vacío, pero lleno de rabia y desesperación.

… Pero sí por una manzana

Cayó la tarde: el sol comenzó su camino descendente mientras la luna se preparaba para su ascenso, y Aladdín despertó de su siesta vespertina, ansioso ante la esperanza de un nuevo comienzo. Y eso, tal vez más que sus pies ligeros como el viento, su mente veloz y su lengua aún más rápida, era lo que lo había mantenido vivo y sano todos esos años en los barrios bajos: su optimismo infinito. Si mantenía los ojos y la mente abiertos, cualquier cosa era posible.

Incluso la cena.

Se aventuró a salir del Barrio de las ratas callejeras para acechar a los mercaderes que quizá estaban un poco menos familiarizados con él y sus estrategias. Los monos no eran tan extraños en Agrabah, pero los que pasaban mucho tiempo en el bazar y robaban cosas sí que lo eran.

—Presiento que es un buen día para comer melón —dijo Aladdín mientras estudiaba un posible objetivo desde la sombra que le ofrecía la carreta de un camello.

El estómago le gruñó en sincronía con la imagen de un jugoso y maduro trozo de fruta. Sin embargo, los acontecimientos de la mañana seguían en su mente e influyeron en su decisión. El vendedor de melones le gritaba a una mujer y se negaba a regatear.

—Me moriría de hambre si bajara mis precios por ti. Todos me lo pedirían. Y ¿dónde está tu velo, mujer insolente? ¡Vuelve al harén, a donde perteneces!

La mujer se dio la vuelta con tristeza. Iba peinada con una trenza larga y negra, con algunos mechones grises. La túnica le quedaba holgada.

Aladdín no pudo evitar pensar en lo mucho que se parecía a su madre. Una escuálida niña —hija o nieta— la siguió.

—Sí, melón, sin duda —murmuró para sí mismo. Levantó a *Abú* y le señaló el puesto—. Tu turno, amiguito.

No tuvo que esforzarse mucho para animar al mono a ir hacia la pila gigante de frutos verdes.

Aladdín saltó al balcón encima de él y cayó con ligereza sobre el palo que sostenía la carpa de los melones. Se inclinó y escuchó con atención. En cuanto oyó al mercader gritar y perseguir a *Abú*, se estiró como una sigilosa serpiente y cogió el melón más maduro que tenía a su alcance.

Cuando estuvo a salvo y fuera de la vista del mercader, dio un silbido corto y suave que bien podía confundirse con el arrullo de una paloma.

De inmediato, los gritos del mono se silenciaron.

—¡Sí, lárgate, ladrón! —protestó el mercader.

Al momento, *Abú* trepó a la viga donde se encontraba Aladdín. Los dos se acuclillaron, en una posición muy cómica y similar mientras Aladdín partía el melón con una punta de madera y lo servía.

—Esto hace que todo valga la pena. Esto es vida —dijo Aladdín mientras se deleitaba con el enorme y jugoso primer mordisco.

Se acomodó y descansó; disfrutó de la digestión mientras sentía que el sol le calentaba la piel y los músculos. Los moratones de la mañana comenzaban a desaparecer de sus brazos y piernas. La multitud empezaba a amontonarse en el mercado conforme se disipaba el poco calor que quedaba. Coloridos toldos y carpas colgaban de todas las estructuras que se extendían hasta donde llegaba la vista, como mariposas recién salidas de la crisálida que abrían las alas. La luz anaranjada de la tarde hacía que los arcos, las torres y los balcones blancos brillaran como si fueran de oro antiguo.

Los locales, hombres con túnicas, turbantes, chalecos y pantalones, y mujeres con largas ropas vistosas, a veces de seda y a veces de algodón, a

veces con velos del mismo color y a veces no, inspeccionaban las frutas y demás productos con miradas de interés. Entre ellos vagaban extranjeros, hombres de ojos extraños vestidos con *galabiyas* oscuras y mujeres con maquillaje del mismo tono. Cada cierto tiempo se distinguía el destello de oro alrededor de una muñeca o el brillo de gemas verdes relucientes que colgaban de un cuello.

Aladdín suspiró, satisfecho. ¿Podía haber algún lugar en el mundo más maravilloso que la bulliciosa y cosmopolita Agrabah?

Sin embargo, en las sombras acechaban ancianos demacrados, casi desnudos, que esperaban que alguien los llamara para limpiar los excrementos de los camellos u otras nimiedades. Ansiaban una propina. Tras una vida de cuidar a sus familias, ¿no era el momento de que los cuidaran a ellos? ¿No era el momento de que bebieran té, jugaran al ajedrez, fumaran narguiles y disfrutaran de sus nietos?

—Vamos, *Abú*, hay que...

Pero entonces se detuvo.

Aladdín sintió un cambio en el ánimo de la gente que paseaba por el mercado; todos volvían la cabeza y miraban a una chica que deambulaba entre ellos. Vestía una túnica y un velo color canela, como cualquier mujer local... pero no parecía ser cliente habitual de aquel lugar. Se movía despacio y observaba todo a su alrededor con el asombro de un niño. Sus ojos eran grandes y claros, y su cabello, tan negro como la noche. Esbozaba una sonrisa cálida con sus hermosos labios y era obvio que susurraba «Hola» y «Permiso» a gente a quien le daba lo mismo o que no quería conversar. Caminaba con la gracia de una nube en el viento, como si su cuerpo no pesara nada, y llevaba la cabeza levantada con una dignidad sencilla. «Sencilla.»

Aladdín sintió que se le salía el corazón del pecho. Nunca antes había visto a alguien como ella.

Cuando la chica se ajustó el velo, dejó entrever una complicada diadema con una esmeralda de un tamaño ridículo.

«Ah, una chica rica que ha salido de compras con sus criados. Quiere sentir el peligro, jugar a la aventura.»

Y después, claro, Aladdín comprobó cómo los demás la miraban.

Ojos salvajes y sonrisas sospechosas. El estómago se le hizo un nudo. Él solo robaba comida para *Abú* y para sí mismo... y para algún niño ocasional hambriento. Las otras ratas callejeras no eran tan prudentes. Por la forma en que la joven caminaba, sin prestar atención, la privarían de sus joyas o de cualquier otra posesión que tuviera antes de que llegara siquiera al otro lado de la plaza. Bueno, si Duban y Morgiana hubieran estado allí, le habrían vaciado los bolsillos y la habrían engañado para quitarle todas sus pertenencias en menos de lo que canta un gallo.

A menos de que estuvieran distraídos con sus resplandecientes ojos con forma de almendra...

Una rata callejera se cruzó en su camino «por accidente». Aladdín lo conocía: no era muy alto para la edad que tenía y era delgado y pequeño, con cabeza y ojos grandes. Solía pasar por un chico de menos años, y en ese momento intentaba parecer muy muy pequeño y muy muy hambriento. De alguna forma, terminó frente a la chica.

Aladdín no alcanzaba a oír lo que ella le decía, pero por su mirada de compasión era obvio cuál era el tono. Era el blanco perfecto.

Abú parloteó algo. Si el humano no se iba a terminar su melón como una persona inteligente, al mono le encantaría comérselo.

—¡Chissss! —le ordenó Aladdín.

Lo que sucedió después fue algo que ni él —ni ninguna otra rata callejera— habría podido predecir.

La hermosa chica cogió una manzana del puesto más cercano y se la dio al niño.

Y luego se alejó.

Confundida, la rata callejera miró la manzana y a la chica que se marchaba.

El vendedor de frutas la agarró por el brazo y exigió su dinero.

Ella se encogió de hombros y movió la cabeza como si él estuviera loco.

La rata callejera y el resto de la gente la observaban como si fuese ella la que estuviera loca. Debía de estarlo. ¿Su plan era simplemente coger esa manzana? ¿Y regalarla? ¿Sin pagarla?

El mercader la miró fijamente un instante, sin entender lo que sucedía; luego la sujetó por los hombros y la empujó contra el puesto. Una multitud se reunió para presenciar la escena. Algunos hombres murmuraban y protestaban para sus adentros, pero nadie hizo nada para ayudarla. El mercader sacó un *janyar* muy afilado y lo levantó por encima de la muñeca de la joven.

Para cuando ella comenzó a gritar, Aladdín ya estaba en el aire, a medio camino hacia el tenderete.

—¡Nadie roba de mi puesto! —rugió el mercader.

La punta de su daga rojiza brillaba bajo la luz de la tarde.

—¡No! —gritó la chica.

El cuchillo cayó deprisa y emitió un silbido al cortar el aire.

La gente se quedó sin aliento.

—Gracias, amable señor —dijo Aladdín, quien de pronto se interpuso entre el mercader y la chica. Antes de que alguien se diera cuenta siquiera de la presencia de este nuevo personaje, Aladdín empujó con suavidad el brazo del hombre con una mano y cogió a la chica con la otra—. Muchísimas gracias por haber encontrado a mi hermana.

—¿Qué? —preguntó el hombre, confundido—. ¿Conoces a esta chica?

—¡Te he buscado por todas partes! —exclamó Aladdín, como regañando a la muchacha, y agitó un dedo frente a ella.

La joven estaba más que confundida.

—¿Qué crees que...? —comenzó a preguntar.

—¡Chissss! —la silenció Aladdín sin hacer ruido—. Sígueme la corriente.

—¡Explícate! ¡Me ha robado una manzana! —gritó el mercader.

—Mis disculpas, buen hombre. Mi hermana... a veces se mete en problemas —respondió Aladdín e hizo una mueca de dolor; luego se dio un golpecito en la cabeza—. Por desgracia, está un poco loca.

La chica pareció enfurecerse al oír esas palabras. Aladdín le lanzó una mirada de desesperación.

Por fin, la joven comprendió la situación y asintió levemente.

—Ha dicho que conocía al Sultán —escupió el mercader.

De forma demasiado evidente, miró a Aladdín de arriba abajo. Con sus largos aretes dorados, salud perfecta y piel brillante, ella parecía alguien que sin duda podría conocer al Sultán. Y Aladdín, con los pantalones raídos, no.

La mente de Aladdín empezó a dar vueltas.

Abú cuchicheaba desde el suelo. Era obvio que el mono percibía los problemas que flotaban en el aire.

Esa era la respuesta.

—Ella piensa que el mono es el Sultán —susurró al oído del mercader lo suficientemente fuerte para que la chica lo oyera.

—Eh... Ah... Oh... sabio Sultán —comenzó a decir la chica, insegura, tras la seña de Aladdín. Miró al suelo fangoso y luego al afilado *janyar* que seguía en las manos del mercader, el cual ahora apuntaba hacia Aladdín. Se lanzó a tierra y se postró frente a *Abú*—. ¿Cómo puedo servirle?

Los hombres y las mujeres espectadores hicieron chasquidos con la boca y ruidos de compasión general; luego, comenzaron a alejarse de la penosa escena.

El mercader vio a la hermosa jovencita tirada en la tierra de la calle y comenzó a creérselo.

Ese era el momento para que Aladdín concluyese su farsa y huyera antes de que algo saliera mal. Cogió otra manzana del carro.

—Trágico, ¿no le parece? —suspiró con tristeza.

Le entregó la manzana al mercader.

—Bueno, no ha ido a mayores. Vamos, hermanita, hay que llevarte con la tía Idina.

La chica se levantó y abrió sus ojos de par en par para que pareciesen los de un loco. Algo exagerado, pensó Aladdín, pero nada mal para una ingenua niña rica. Le puso las manos sobre los hombros y la guio entre la muchedumbre. Ella se dejó llevar, pero caminaba tiesa, más como una muerta viviente que como una loca, lo cual no estaba mal. Convencía lo suficiente.

Se detuvo frente a un camello.

—¡Hola, tía Idina! —exclamó con una sonrisa amplia y boba.

—Esa no es la tía —dijo Aladdín entre dientes, y la empujó para ir más rápido—. Vamos, «Sultán» —llamó a *Abú*.

Por desgracia, eso atrajo la atención hacia *Abú*. El pequeño mono robaba tantas manzanas como podía del puesto; tenía incluso una dentro de la boca.

El mercader, quien por fin había perdido interés en lo sucedido y se había dado la vuelta para recolocar sus frutas, lo vio.

Si antes estaba enfadado, ahora se subía por las paredes. Su cara se volvió púrpura y roja de tanta rabia. Por un instante, a Aladdín casi le preocupó que fuese a desplomarse súbitamente.

—¡Alto, ladrón!

Aladdín cogió a la chica de la mano y echó a correr.

Abú los siguió a saltos, desesperado por conservar al menos una manzana.

El precio del conocimiento

Muy por debajo de las habitaciones más profundas del palacio, un taller secreto brillaba en tonalidades rojas y anaranjadas, provenientes del fuego líquido que fluía en los pozos de su alrededor. A pesar del borboteante y sangriento brillo, la habitación estaba fresca, casi fría. Jafar se movía con cautela debido a sus múltiples capas de ropa; sus dedos golpeteaban impacientes la brillante superficie de ébano de su báculo.

Era el gran visir del Sultán, su más cercano consejero y su único amigo después de la muerte de la sultana. Si la gente difundía rumores sobre la princesa, lo hacía en público, pero reservaba sus conversaciones sobre Jafar para las horas nocturnas. Se decía que era fiel seguidor de la magia negra, que su báculo con cabeza de cobra le daba poder sobre los otros. Se rumoreaba que el Sultán estaba tan sometido a su control que no había nada que estuviera fuera del alcance de Jafar.

Más allá de las habladurías, existían también hechos concretos sobre su persona: era el segundo hombre más poderoso del reino, parecía saber todo lo que sucedía incluso hasta en los rincones más recónditos de Agrabah y —más de una vez— había secuestrado a gente y la había hecho desaparecer en los calabozos o en otros lugares peores.

El taller era uno de esos «lugares peores».

Instrumentos extraños y terribles cubrían la mesa sobre la que Jafar se apoyaba. La madera color óxido había sido tallada para darle forma de dientes y había sido pintada con aterradoras runas que parecían susurrar cuando él se acercaba. Un metal negro que no era hierro se retorcía y se clavaba con figuras inquietantes como una jaula alrededor de la madera.

Restos de objetos lúgubres —telas raídas, sedas de telaraña, plumas sangrientas— estaban atrapados en sus puntas afiladas y ondeaban movidos por una brisa invisible como cabello bajo el agua.

El aire en el centro de todo se sacudía y se deslizaba como si el mundo mismo se desgarrara. Una silueta oscilante apareció en el sangriento hoyo negro.

Jafar se aproximó más; intentó descifrar la imagen. Era la magia más prohibida y más esotérica al alcance de la gente de su clase: Rizar Hanidok, el Ver Más Allá.

En ese instante, una figura gordinflona y sudorosa saltó los últimos escalones que llevaban a la habitación secreta de Jafar. Era obvio que Razoul intentaba no mostrarse nervioso. Saludó con tanta solemnidad como pudo.

—¿Me ha llamado, gran visir?

—Necesito que encuentres y me traigas a este hombre. Es de total importancia para... el Sultán.

Jafar señaló la borrosa silueta en el aire con el movimiento de un dedo alargado y puntiagudo. El capitán de la guardia se acercó dando pasos pequeños y arrastrando los pies, e intentó mantener el cuerpo tan alejado como fuera posible de aquellos instrumentos de apariencia malévola, pero cuando la imagen se hizo más nítida en el aire, su nerviosismo se convirtió en sorpresa.

—¿Él, gran visir? No es más que un niño, una rata callejera, un pequeño ladrón en los mercados. Jamás podría hacerle daño alguno al Sultán.

Jafar arqueó una de sus finas cejas ante el atrevimiento del guardia.

—Mi magia ha vaticinado su papel en ciertos acontecimientos que afectarán al futuro de Agrabah. Es una orden que lo detengas ya —le exigió con dureza.

—Sí, por supuesto, gran visir

Razoul se disculpó de inmediato e hizo una profunda reverencia.

Tras enderezarse, se despidió y se aventuró a mirar el taller prohibido una vez más.

—¿Dónde está *Iago*? —preguntó sin pensarlo.

—¿Humm? —murmuró Jafar, distraído, con la atención puesta de nuevo en sus quehaceres.

—Él... el... loro —tartamudeó Razoul—. Siempre lo tiene en el hombro o cerca.

Jafar miró al guardia con el rabillo del ojo durante un instante aterrador.

—Está comiendo galletas en algún lugar, supongo.

—Sss... sí. Claro, gran visir —dijo Razoul, e hizo otra reverencia.

Luego, salió de ahí tan rápido como pudo, sin que pareciera que estaba huyendo.

Jafar tamborileó en la mesa con los dedos, uno detrás de otro, y contempló la imagen.

—Así pues —le dijo con mucha calma a la imagen del chico—, los antiguos poderes dicen que tú eres el único que puede entrar en la cueva y sobrevivir. No creo que te sirva de mucho, mi «diamante en bruto»...

La Agrabah que nadie ve

Cuando estuvieron a una distancia del mercado que Aladdín consideró segura, por fin se dejó caer junto a un viejo y destartalado abrevadero.

—¡Ay, cielos! ¿Has visto su cara? —dijo, muerto de risa—. Rayos, qué enfadado estaba. Debe de sentirse tan estúpido ahora... ¡Se lo creyó todo! Hasta que metiste la pata, *Abú*.

Abú parecía entender que lo criticaban. Saltó del hombro de Aladdín y gimoteó como señal de berrinche.

La joven estaba doblada por la risa, con una mano en el costado, y jadeaba, hasta que su respiración se convirtió en resuello; después juntó las palmas de las manos, cerró los ojos e hizo una serie de estiramientos elegantes que parecían bien ensayados.

—Lo siento —dijo Aladdín—, supongo que no estás muy acostumbrada a correr, ¿eh?

—Sí, deberías disculparte por salvarme de que me cortaran la mano. Y no, no estoy acostumbrada a correr de la gente. Sí corro con *Rajah*, mi... —hizo una pausa, como si buscara la palabra adecuada— ... perro. —Estaba siendo intencionadamente ambigua. No había que ser un genio para saber que había pasado toda su vida en los aposentos femeninos de una gran mansión o de una finca. Inspeccionó los alrededores y preguntó, para cambiar cuanto antes de tema—. ¿Dónde estamos, por cierto?

Descansaban en la amplia intersección de tres edificios abandonados y en ruinas. No había nadie a la vista, y la brisa del desierto agitaba suavemente las pocas hojas y hierbas que intentaban crecer en las aceras de las sórdidas calles.

El único ruido que se oía provenía de una pelea a lo lejos: gritos acentuados por el terrible sonido de golpes secos.

Aladdín se dio cuenta de pronto de lo que debería de ser aquello para ella. A solas, con un desconocido, en medio de la nada, sin idea de cómo volver al lugar del que provenía. Si hubiera sido la clase de persona incorrecta, un tipo de rata callejera más peligroso, ese habría sido precisamente el lugar al que la habría llevado antes de arrebatarle todas sus pertenencias: era un sitio en el que nadie la oiría gritar.

—Pues podría decírtelo, pero seguramente no significaría mucho para ti —le dijo; intentaba ser amable. Se puso de pie e hizo círculos con las manos mientras hablaba, como el guía turístico perfecto—. Entramos de manera oficial en la pintoresca zona residencial de la parte más pobre de Agrabah. Muchas de estas calles ni siquiera tienen nombre. Las llamamos solo «el camino al este de casa de Hakim» o «el callejón apestoso cerca del atraparratas». El punto de referencia más cercano es la vieja mezquita otomana, por allá... Nadie la ha usado en siglos, salvo las palomas y los indigentes cuando llegan las tormentas de arena que vienen del desierto.

La joven fruncía el ceño, no porque estuviera enojada, sino porque, al parecer, intentaba comprender todo aquello. Lo que Aladdín decía con tanta simpleza la superaba.

—Eh, ¿en qué momento te has perdido? —le preguntó Aladdín—. ¿Ha sido al decir «palomas» o «tormenta de arena»? ¿O fue lo de «apestoso»?

—De hecho, fue lo de «los indigentes» —contestó la joven, despacio—. ¿Hay gente... que vive en la vieja mezquita?

—No todo el tiempo. Es un poco tétrica. Dicen que está encantada. Oye, ya que hablamos de casas, ¿hay algún lugar al que pueda llevarte?

Era lo correcto, por supuesto. Salvar a la chica bonita. Llevar a la chica bonita a su casa. Rechazar la recompensa.

Bueno, tal vez aceptar la recompensa. Si es que había una recompensa. ¿No solía haber una recompensa? En realidad, lo más probable era que lo

descubrieran, cogieran a la chica y lo ahuyentaran a punta de una cimitarra muy afilada.

Aladdín esperaba que viviera muy lejos para tardar mucho tiempo en llegar a su casa. Como en un oasis en el desierto; eso sería perfecto.

Que ella negara con la cabeza fue una agradable sorpresa para él.

—Muéstrame tu casa. Quiero ver dónde vives.

Aladdín se sonrojó, algo inusual en él. Se apartó el negro mechón de la cara para poder verla mejor.

—Ay, no es necesario. No es nada especial.

Y, de hecho, así era: sobre todo si por casa uno se refiere a cuatro paredes, un techo y algo parecido a una puerta.

—¡Vamos! —rogó ella, tras haber recuperado el aliento y el entusiasmo —. Me eché sobre excrementos de camello con tal de seguirte la corriente. ¿Crees que me importa cómo sea tu casa?

Aladdín se dio cuenta de que sonreía.

—Bueno, pero recuerda que tú me lo has pedido.

Miró a su alrededor y reflexionó sobre cuál sería el mejor trayecto. Luego la llevó por detrás de uno de los vetustos edificios derruidos y comenzó a trepar por una tambaleante escalera vieja.

—Eh... —dijo ella, escéptica, haciendo una mueca de miedo con cada peldaño que subía, como si temiera que la escalera se rompiera completamente—. ¿Qué estás haciendo?

Aladdín brincó a un balcón y le tendió la mano. Ella fingió no verla y, una vez que vio lo que debía hacer, saltó con agilidad.

—¿Recuerdas eso de «pobre» y «apestoso»? Eh, pues, no es que sea apestoso, pero tampoco vivo en la parte más segura de Agrabah. Supongo que es mejor no estar en las calles, donde podrían vernos.

—¿Qué tiene de malo que nos vean? —preguntó ella.

—No lo sé. ¿Qué tiene de malo coger una fruta sin pagarla y luego regalarla?

—No sabía... —Su voz se apagó.

—¿... que se tenía que pagar? —Aladdín completó la frase con una gentil sonrisa.

—Está bien. Era la primera vez que visitaba un mercado —admitió—. En realidad, nunca he comprado nada. Nunca había pensado en cómo funcionaba todo, los precios y el dinero y esas cosas. Me has descubierto.

Aladdín no pudo evitar hacer una mueca presuntuosa. Tenía razón cuando supuso que era una niña rica disfrazada. Pero la chica entornó los ojos y le lanzó una mirada como la que en otras circunstancias habría esperado de la Viuda Gulbahar.

—Yo no veo que lleves monedas de oro, chico listo. ¿Cómo pagas tú las cosas?

Tal vez por primera vez en su vida Aladdín no supo qué decir.

—Eso... es muy inteligente —respondió al fin—. ¡Pero es muy diferente! ¡Yo robo porque si no me moriría de hambre!

—Entonces ¿está bien que tú robes porque necesitas comida, pero no está bien que yo robe porque no sabía qué hacer? ¿Aunque solo lo hiciera para ayudar a un niño?

Aladdín se cruzó de brazos.

—Sí, muy bien, eres muy muy inteligente. Digamos que la razón por la que estamos aquí en los tejados es porque, al parecer, no sabes qué es robar y yo sí, y estoy acostumbrado... a esa vida. Mira hacia allá.

Se agazapó en el balcón y la atrajo hacia él. A la sombra de una torre inclinada, un pequeño grupo de niños y un par de adolescentes se dispersaban de forma desordenada. Vestían harapos y tenían sombras bajo los ojos. Dos de los más pequeños intentaban jugar con una piedra; se la lanzaban una y otra vez. Los chicos mayores se tiznaban los brazos con cenizas para parecer que estaban más enfermos de lo que en realidad estaban.

—Cuando pase alguien por ahí, sea quien sea, siempre y cuando no sea una rata callejera, esos chicos se pondrán de pie y lo rodearán. Van a mendigar. Y si él o ella no les da algo, un poco de pan, una moneda... o incluso si se los da, mientras una niña llora por el hambre que tiene, otro le vaciará los bolsillos a esa persona.

La chica parecía horrorizada.

—¿Todos fingen ser pobres?

Aladdín soltó una risita irónica.

—No, no fingen. No fingen ser pobres ni fingen no tener zapatos o casa o comida. Todo eso es muy muy real. Pero a veces es necesario usar disfraces y maquillaje, y actuar para que la gente vea la verdad que tiene frente a sus narices.

Ella miró fijamente a los niños, y él se fijó en su rostro mientras ella intentaba procesar todo lo que acababa de aprender. Era inocente; eso era un hecho. Pero había inteligencia en esos enormes ojos. Comprendía las cosas muy muy deprisa. Era más de lo que Aladdín podía decir de quienes no eran ratas callejeras. Qué desperdicio que un padre aprisionara a una chica tan inteligente detrás de una reja, como si fuera un animal exótico...

—¿Dónde están sus padres?

—Muertos o enfermos. O buscando trabajo o comida.

—¿Dónde...? ¿Por qué no pueden...?

Aladdín la miró e intentó encontrar las palabras para expresar ideas que nunca antes había tenido.

—¿Por qué nadie hace nada al respecto? —preguntó por fin la muchacha, con furia en la voz.

—Ay, por favor. ¿A quién le importan las ratas callejeras? —respondió Aladdín con un poco más de tristeza de la que pretendía—. El Sultán se queda encerrado en su palacio y se divierte con sus juguetes dorados todo el día. Solo sale a observar los eclipses o a jugar con sus cometas. ¿Quién

sabe si por lo menos está enterado de que la mitad de la ciudad se muere de hambre?

La chica entornó los ojos cuando Aladdín mencionó al Sultán. Él no sabía interpretar si ella también estaba enojada con el Sultán... Bueno, en teoría, te podían cortar la cabeza si decías algo malo sobre el Sultán o su familia. Eso nunca había detenido a nadie en el Barrio de las ratas callejeras. Podría no haber carne, pan o agua, pero siempre había una dotación interminable de insultos.

Pensó que ella estaba a punto de decir algo, pero la chica frunció los labios con una pensativa resolución.

—Vamos —dijo Aladdín, dando un brinco para ponerse de pie, y le tendió la mano para alegrarle el ánimo—. No todo es malo. Nosotros tenemos total libertad en las calles... y, créeme, si hubieras crecido aquí, nunca tendrías que haberte preocupado por caminar sola por ningún lugar. La gente te tendría miedo.

Esta vez, ella aceptó la mano, tal vez porque su mente estaba en otro sitio. Su piel era suave y sus uñas cortas, pero perfectas. Aladdín apretó un poco la mano antes de soltarla con arrepentimiento y ayudarle a subir la siguiente escalera.

—Has dicho... «nosotros» —comentó ella despacio—. Entonces ¿te consideras una de esas... ratas callejeras?

—Todos los demás lo hacen —dijo él, con un tono un poco sombrío—. Pero... sí. Quiero decir, soy pobre, crecí aquí, ellos han sido mis amigos y mi familia... Pero, en realidad, no soy parte de ellos. Ya no. Como he dicho, solo robo para comer. Cuando pueden, ellos roban para ganar alguna cosa. Yo quiero algo mejor para mi vida. Esa... es su vida. No es que tengan otra opción —añadió apresuradamente—. Si alguien les ofreciese comida o trabajo...

—Parece muy complicado —intervino la chica.

No lo decía solo por quedar bien.

—Nunca pensé que lo fuera —dijo Aladdín. Hizo una pausa para reflexionar—. Yo no lo soy. Yo soy... solo yo: ladrón a tiempo parcial y amenaza del mercado.

—Creo que hay algo más allá de lo evidente.

Ella sonreía con picardía y, sin duda, había visto cómo trepaba Aladdín. Una extraña sensación de calidez le recorrió el cuerpo; era como si no pudiera decidirse entre sonrojarse o enorgullecerse. Resolvió no elegir ninguna de las dos opciones.

Se dio la vuelta para impulsarse hacia arriba, por encima del filo del terrado. Luego, se asomó y la ayudó a subir.

Ella tropezó con su túnica al cruzar al otro lado, algo inusual en una joven que hasta ese momento parecía tener toda la gracia y elegancia del mundo. Aladdín la agarró antes de que cayera al suelo o, en este caso, al terrado, y al hacerlo, ella se precipitó y presionó su pecho contra el de Aladdín, al tiempo que lo sujetaba por los hombros para apoyarse.

A través de la ropa se escapaba el calor de su piel y Aladdín sintió la suavidad de su cuerpo. Olía mejor que cualquier cosa en el Barrio de las ratas callejeras, mejor que nada que Aladdín pudiera recordar. Mejor, incluso, que el pequeño frasco de agua de rosas que había robado para su madre, y que ella le obligó a devolver.

Después de levantarse, ella no se alejó de él, sino que se mantuvo cerca y se fijó en su rostro; al parecer estaba tan embobado como ella.

Aladdín sintió como si él también se cayera al suelo.

—Aún... —empezó a decir ella.

Aladdín se obligó a concentrarse en cómo llegarían al siguiente terrado. Los postes que solían estar ahí para sostener las jarras de arcilla que se secaban al sol seguían justo donde siempre. Claro. Se ocupó en intentar alcanzar uno.

—Aún no te he agradecido que me salvaras de ese hombre —terminó de decir ella con voz frágil, y no demasiado nerviosa.

—Ay, olvídalo —respondió Aladdín, y lo decía convencido—. En cuanto entraste en el mercado, me pareció que eras alguien que necesitaba ayuda.

Con la habilidad de quien llevaba mucho tiempo viviendo a la fuga, Aladdín corrió hacia el borde del edificio y usó el poste como pértiga para saltar al siguiente.

—¿Es algo tan obvio? —preguntó ella con ironía.

Aladdín sonrió. Que una chica no se tomara a sí misma demasiado en serio era algo maravilloso.

—Digamos que destacas un poco —admitió.

A ella se le iluminó el rostro con el cumplido involuntario; los ojos le brillaban de una forma adorable.

—Eh... Lo que quiero decir es que no pareces entender lo peligrosa que puede ser Agrabah —se corrigió Aladdín, y se pasó la mano por el pelo, tímido.

Miró a su alrededor en busca de una tabla que pudiera cruzar entre los terrados para que ella la usara como puente.

Pero, antes de que pudiera pensar en una manera de cambiar de tema —o de quedarse en el que estaba—, la chica encontró su propia pértiga y saltó con agilidad hacia él. Lo hizo con mucha más gracia. La túnica se arremolinó a su alrededor al aterrizar, como si fuera una reina de los *djinn* y aterrizara en las arenas doradas del desierto.

—Aprendo bastante rápido —dijo con falsa arrogancia.

Aladdín se quedó sin palabras una vez más. ¿Qué clase de niña rica era aquella muchacha capaz de saltar como una cabra montesa y hacerse la loca sin previo aviso?, ¿que nunca antes había visto la pobreza y ahora, al tenerla enfrente, reflexionaba en silencio en lugar de emitir juicios imprudentes? ¿Una a quien no le importaba que Aladdín fuera un ladrón, excepto cuando ella era medida con un rasero distinto? Aladdín no era un solitario ni tampoco un ermitaño. Había conocido a otras chicas:

Morgiana, *la Sombra*; Abanbanu, la hija del sastre; Nefret, con sus extraños ojos verdes, que llegaba del desierto con la luna nueva para intercambiar cachivaches de tierras lejanas.

Ninguna de ellas era como esta jovencita.

—Vamos —le dijo, y le tendió una mano. Ella la tomó como él esperaba que hiciera—. Es por aquí.

La chica sonrió con regocijo mientras Aladdín la llevaba por tablones quebradizos y casi podridos, y por piedras sueltas y desgastadas después de haber sido pisoteadas durante muchos siglos. Entraron en una torre a través de una ventana en forma de cerradura que debió de haber estado enmarcada con exquisitos mosaicos en algún momento; todo lo reluciente o valioso había sido robado hacía décadas. Ni siquiera las ratas vivían ya en ese lugar alto y desolado.

Bueno, había dos que sí. Dos ratas callejeras, si contamos a *Abú*.

—Cuidado con la cabeza —dijo Aladdín para asegurarse de que la chica se agachaba al pasar por debajo del enorme tablón que se inclinaba de forma extraña desde el centro de la torre hacia un lado.

—¿Tú... vives... aquí?

No lo dijo con disgusto. Estaba... ¿sorprendida? ¿Impresionada?

Aladdín jamás había pensado que pudiera llevar a su casa a una chica y que le gustara el lugar.

Llegaron a la estancia que él llamaba «hogar». Cuando su madre vivía, siempre había intentado mantener su pequeña choza tan limpia y acogedora como le era posible. Él hacía honor a su recuerdo con el mismo esfuerzo. Había algunos tapetes deshilachados, algunas telas que fueron muy vistosas en otro tiempo y que ahora hacían las veces de cortinas y cubrían las partes más feas y desconchadas de las paredes. Había incluso algunas almohadas para dormir y un par de jarrones para el agua y también como decoración.

—¡Sí! Solo *Abú* y yo. Vamos y venimos a nuestra voluntad.

—Suena maravilloso —dijo la chica, y suspiró.

—Bueno, no es gran cosa, pero tiene unas vistas estupendas.

Con un movimiento teatral del brazo, echó a un lado una de las cortinas. Sabía lo impresionada que quedaría la muchacha.

Frente a ellos se erigía el palacio; aunque estaba a kilómetro y medio de distancia, era tan imponente que parecía que podían tocarlo si estiraban el brazo. Desde la ventana podían verse una docena de cúpulas doradas en forma de cebolla, deslumbrantes como soles. Las gigantescas y majestuosas puertas y las aldabas brillaban con un azul tan portentoso como el cielo. El camino parecía llevar directo desde la torre de Aladdín hasta el palacio, y cruzaba la ciudad dejando a un lado las molestas casas y los edificios. Nadie obstruía el trayecto. Debía mantenerse despejado para las caravanas, las ofrendas y los desfiles locales, y para los caballos, los emisarios y las carrozas de la realeza que fueran de visita.

En los últimos días habían recibido muchos visitantes, pues la princesa tendría que casarse pronto.

—El palacio se ve impresionante, ¿no crees? —preguntó Aladdín.

—Ay... es... maravilloso —contestó la chica, pero no se acercó a verlo con él. En vez de eso, se dejó caer sobre los escalones que llevaban a la colchoneta en la que él dormía y apoyó la cabeza sobre las manos con pesadez.

—Me pregunto cómo será vivir ahí o en cualquier otra mansión. No soy exigente —reflexionó Aladdín, e intentó esconder su decepción por la reacción de la joven. Esperaba al menos averiguar por fin de dónde venía —. Todos esos criados... y ayudantes...

—Sí, claro, gente que te dice adónde ir y cómo vestir —intervino ella con una mueca.

—Mejor que estar aquí, donde siempre tienes que buscar comida y escapar de los guardias —señaló él.

—Has dicho que tú y *Abú* vais y venís con total libertad. Si hubieras nacido en una familia real, tendrías que hacer todo lo que te dijeran. Todo lo que los otros esperarían que hicieras. Y no podrías ir a ningún lado.

—Sí, pero, cuando eres una rata callejera, la movilidad social no existe. Nuestra capacidad de ascender está muy limitada. Incluso si quisiera un trabajo honesto, nadie me contrataría. Ni siquiera como sirviente en una finca. Y no hay otro lugar al cual ir. Una vez que naces en el Barrio de las ratas callejeras estás...

—Atrapado —completó Jasmine.

Aladdín la miró, sorprendido. Era como si en verdad lo entendiera, como si ella sintiera lo mismo.

Se acercó y se sentó a su lado. Ella no se movió para hacerle espacio. Sus piernas se tocaron.

Aladdín sacó un par de manzanas de su fajín, le dio una a ella y la otra a *Abú*. El mono se lo agradeció con chillidos alegres y estruendosos, y luego hizo justo lo que Aladdín esperaba que hiciera: subió corriendo al tejado de la torre para disfrutar de su manzana en soledad.

La chica sacó una pequeña daga plateada de su ropa, partió con delicadeza la fruta en dos mitades y le dio una a Aladdín. Él le sonrió y chocó su mitad con la de ella a modo de brindis.

—¿De dónde eres, por cierto? —se atrevió a preguntar por fin.

—¿Qué importa? —mascculló ella—. Me he escapado y no pienso volver.

—¿De verdad? ¿Por qué? ¿Qué puede ser tan terrible que te haga no querer regresar a ver a tu padre o a tu madre? ¿O a tu hermana o a lo que sea?

Esas palabras le hicieron bajar la guardia.

—Me encantaría tener una hermana o un hermano. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña —dijo ella, y Aladdín sintió que el corazón se le rompía un poco. Qué cosa tan terrible para tener en común con una

joven hermosa—. Y mi padre... me obliga a casarme. —Sus ojos se endurecieron de nuevo—. ¿Te gustaría que alguien te dijera que no tienes ni voz ni voto cuando se trata de la persona con la que vas a pasar el resto de tu vida? —Cerró el puño con rabia. Aladdín dio un paso hacia atrás—. Podría ser treinta años mayor que yo, pero rico —le reprochó a Aladdín, como si hubiera sido idea suya. Él retrocedió con un miedo sincero—. Podría ser tonto. ¡Pero rico! Podría ser arrogante. Podría tratarme como un objeto. Y es como me trata mi padre al entregarme así. Podría ser cruel. Podría... —Guardó silencio antes de decir otra cosa que tenía en mente y miró a Aladdín un tanto avergonzada, como si fuera algo demasiado horrible para pronunciarlo—. Podría llenarme de hijos, uno al año. No es que los hijos tengan nada de malo. Uno o dos está bien. En algún momento. Lo único que sé es que ni siquiera he cumplido veinte años y mi padre ya ha decidido que mi vida, que lo poco que todavía puedo decidir yo, se ha acabado.

Aladdín tragó saliva. Por alguna razón, le vino a la mente la imagen de la Viuda Gulbahar: no era mala persona, pero ¿y si le dijeran que debía casarse con ella? ¿Y si tuviera que pasar el resto de su vida con aquella mujer? Pensó también en Morgiana. Ella también poseía una pequeña daga escondida, pero no era plateada y no la utilizaba para cortar la fruta. Si alguien se atreviera a sugerirle que se casara en contra de su voluntad, bueno, eso no terminaría bien para nadie. Su amiga nunca permitiría que algo así ocurriera.

—Qué horrible —contestó con mucha empatía—. Lo... lo siento... Yo...

Justo en ese instante, *Abú* se precipitó desde el techo. Aladdín miró con inquietud al pequeño mono que iba directo a la manzana de la joven. Cogió al mono en el aire, se lo puso en el hombro y le regañó al oído.

—¿Qué sucede? ¿Qué hace? —preguntó la chica.

Comenzó a relajarse de nuevo con las travesuras de *Abú*.

—Nada —contestó Aladdín, y acarició la espalda del pequeño animal.

La chica se acercó y le hizo cosquillas a *Abú* en el mentón.

—*Abú* solo... ah... está enfadado por las cosas tan terribles que te hace tu padre.

—¿En serio? —preguntó ella con una sonrisa que la delataba. Apretó los labios e hizo una mueca de incredulidad.

Aladdín sintió que el pecho se le desinflaba y el cerebro perdía cierta parte de su cordura.

—Ay, sí. Me ha dicho que le enfurece que los hombres controlen las vidas de las mujeres jóvenes aun en estos tiempos tan modernos e ilustrados —contestó Aladdín.

Acariciaba a *Abú*, pero miraba a la chica. No estaba seguro de lo que estaba diciendo en realidad. Comentaría lo que fuera, haría lo que estuviera en sus manos con tal de que ella lo continuara mirando de ese modo.

—Interesante. ¿Qué más tiene que decir *Abú*? —preguntó, y se acercó un poco más.

Canela. Su aliento olía a canela. Alcanzaba a percibir el aroma de su piel a distancia. Aunque no era muy dado a la poesía, solo le venía a la mente una fresca brisa del desierto que llevaba consigo un susurro de cipreses y sándalo.

—Querría ayudarte... —Por lo menos esa era la verdad.

No estaba muy seguro de cómo la ayudaría que él le diera un beso. Solo sabía que tenía que hacerlo o se moriría.

—Dile que tal vez le tomaré la palabra —contestó la chica antes de cerrar los ojos y ladear la cabeza.

Aladdín la rodeó con el brazo y se preparó para lo mejor que le podría ocurrir en la vida.

Pero entonces, por supuesto, los guardias aparecieron.

Razoul no venía con ellos. Su segundo al mando era quien estaba al frente de la operación. Y que un hombre más robusto que Razoul,

acompañado de otros cinco guardias, hubiera logrado escabullirse por la escalera sin que Aladdín lo hubiese oído era un misterio que tendría que resolverse otro día.

De inmediato, se dio cuenta de que una mejor pregunta era cómo habían sabido dónde se encontraban.

—¡Por fin, te pillé! —gritó el segundo al mando de Razoul.

—Lo vuelvo a repetir. ¿En serio? —dijo Aladdín dando un brinco—. ¿Todo esto por una hogaza de pan?

—¿Cómo me habéis encontrado? —gritó la chica al mismo tiempo.

Los dos se dieron la vuelta para mirarse.

—¿Te buscan a ti? —preguntó él.

—¿Qué dices de un trozo de pan? —preguntó ella.

El segundo al mando de Razoul no era la clase de persona que permitía que la confusión interrumpiera sus órdenes.

—No puedes escapar. ¡Vámonos, antes de que las cosas empeoren!

Aladdín saltó a lo alto de la delgada barandilla de piedra que separaba su cama de la ciudad a sus pies, y le tendió una mano.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

Ella se mostró confundida por un momento.

—Chissss... ¿Sí? —dijo, pero no parecía convencida.

Sin embargo, eso le bastó a Aladdín.

—¡Entonces, salta!

Cogió la mano titubeante y tiró de ella. Luego, saltó por los aires y la llevó a su lado.

Ella gritó. ¿Quién podría culparla? Caían por el rosado atardecer hacia la profunda noche mientras descendían varios pisos por un agujero en el techo de un edificio inferior.

Dos lonas muy bien sujetas, que Aladdín había instalado en caso de una emergencia como esa, amortiguaron su caída. El aterrizaje, si bien

incómodo y doloroso, fue suavizado por las montañas de arena que se habían acumulado allí tras siglos de olvido y viento.

Aladdín se puso de pie de inmediato, sin soltar todavía la mano de la joven. Ella estaba justo a su lado, pero también era demasiado inteligente para tomarse un tiempo en entender lo que había sucedido. Sin embargo, el umbral de la puerta se cubrió de pronto de una silueta que, para su mala suerte, ambos reconocían.

Apareció tan rápido que les imposibilitó un cambio de dirección.

Aladdín y la chica se estrellaron contra el pecho de Razoul.

—No dejamos de encontrarnos, ¿eh, rata callejera? —dijo con una ironía poco entusiasta.

Agarró a Aladdín por el chaleco y lo lanzó hacia el segundo escuadrón de guardias que venía detrás de él.

Aladdín lo maldijo. Tendría que haber supuesto que algo se traían entre manos cuando vio que el capitán de la guardia no estaba en la torre con los demás. Razoul ya había hecho el reconocimiento de su escondite y se había colocado en la única vía de escapatoria. Qué irritante su inteligencia.

—Esta vez te toca calabozo, chico. No lo pongas más difícil.

La chica, de forma un tanto inesperada, comenzó a atacar al inmenso capitán. Aladdín y los guardias la miraron desconcertados mientras ella golpeaba inútilmente a Razoul en el pecho una y otra vez con sus pequeños puños.

—¡Suéltalo! —gritó.

—Que te crees tú eso —dijo Razoul, y la empujó a un lado con tanta facilidad como lo habría hecho con el mono—. Mirad, una ratoncita callejera.

Aladdín sintió que la sangre le hervía cuando vio a la chica rodar por el suelo.

Los guardias comenzaron a reírse; incluso Razoul esbozó una sonrisa mientras se daba la vuelta para largarse.

—¡Suéltalo! —La joven se puso de pie y se sacudió la túnica—. ¡Te lo ordena la princesa!

Razoul abrió los ojos de par en par y los guardias se quedaron boquiabiertos.

Aladdín sintió un retortijón en el estómago.

Esa chica, la joven con quien había pasado la tarde, la muchacha que había saltado por los edificios y había cruzado algunos otros con una pértiga, que había fascinado a *Abú* y había compartido una manzana con él, no era una niña rica cualquiera que había salido de excursión o se había escapado de casa. Era una princesa. Era la princesa.

Jasmine.

Sus ojos eran negros y fulminantes. Su espalda estaba recta; los brazos le caían a los costados con elegancia, como si tuviera demasiado poder para necesitar apoyarlos en las caderas o cruzarlos. Su diadema relucía.

—¿La princesa...? —murmuró Aladdín.

Se decía que Jasmine era hermosa; se afirmaba que tenía una mente rápida. Sin duda alguna, las dos cosas eran ciertas.

Se rumoreaba también que era una bruja y que uno de sus familiares era un tigre. Las malas lenguas decían que despedazaba a sus pretendientes y que el tigre daba buena cuenta de sus restos.

—Princesa Jasmine —contestó Razoul de inmediato, bajando la mirada y haciendo una reverencia—, ¿qué hace fuera del palacio? ¿Y con esta... rata callejera?

—Eso no es de tu incumbencia —respondió Jasmine. Se llevó las manos a las caderas y caminó hasta ponerse enfrente del capitán, como si él no fuera para ella mucho más que un molesto camello—. Haz lo que te ordeno. Libéralo.

—Lo haría, princesa... —dijo Razoul. El arrepentimiento en su voz parecía sincero. Miró por un instante a Aladdín. Tal vez él también

pensaba que todo aquello por una hogaza de pan era un poco exagerado—. Pero mis órdenes vienen de Jafar. Tendrá que hablar con él.

A Aladdín se le paralizó el corazón.

¿Por qué al gran visir le importaría alguien como él?

—¿Jafar? —Al parecer la princesa Jasmine pensaba lo mismo. Sin embargo, logró contener su sorpresa y transformó la pregunta en un resoplido burlón.

Lo último que Aladdín vio antes de que los guardias se lo llevaran fue la mirada angustiada y enfurecida de Jasmine.

—Créeme —refunfuñó—. Le haré una visita.

La Cueva de las Maravillas

No importaba en lo más mínimo si en el cielo brillaba la luna o el sol.

Bajo la torre más alta del palacio se encontraba el pozo más profundo de toda Agrabah, cuyo fondo lo iluminaba una única antorcha. Ningún rayo de sol, de luna ni de las estrellas había llegado jamás a sus profundidades. La cámara más profunda la excavaron en la penumbra de la noche obreros que luego fueron asesinados y enterrados bajo los mismos escalones de piedra que ayudaron a colocar para preservar los secretos de los calabozos del palacio.

Solo una puerta conducía al interior: carecía de ventanas y tenía tres capas de barrotes. Detrás de ella, una docena de esqueletos colgaban aún esposados a la pared, abandonados ahí incluso después de haberse descompuesto, como un detalle olvidado en un cuento de terror. Algunas ratas corrían entre los cuerpos, ratas que jamás habían visto la luz del sol y que, sin duda, habían influido en el estado de aquellos esqueletos.

Aladdín llevaba ahí pocas horas y todavía no tenía la sensación postrera de aquel lugar. Seguía conmocionado por los sucesos que lo habían llevado hasta allí.

—La princesa —murmuró para sí mismo por enésima vez—. No puedo creer que fuera la princesa. Debo de haberle parecido tan estúpido.

Pero... quizá... solo quizá... ¿también él le había gustado? ¿Un poco?

Por un momento, en aquel frío y apestoso calabozo en el que estaba encadenado, Aladdín se permitió imaginar cómo sería su vida si fuera un príncipe. De ese modo podrían estar juntos. Podría tener a la chica de sus sueños y vivirían felices para siempre.

Claro que él había terminado en un calabozo porque ella era una princesa.

Era obvio: su encarcelamiento no tenía nada que ver con el pan que robó. De alguna forma, Jafar los vio, supo que una rata callejera estaba a punto de deshonrar a la hija real..., que la llevaba hacia una vida de pobreza, crimen y villanía... y lo impidió.

«Ay, pero valió la pena.» Aladdín suspiró al pensar en sus ojos y recordar la suave calidez de su mano. Por un instante, tocó la grandeza. El débil eco de un chillido interrumpió sus pensamientos.

—*¿Abú?* —preguntó, incrédulo, y alzó la mirada. Apenas alcanzó a ver la pequeña sombra de un mono que saltaba de viga en viga y de piedra en piedra para descender a donde él estaba—. ¡Aquí! —lo llamó, emocionado. *Abú* cayó sobre su hombro. El chico lo acarició como pudo y frotó su cabeza contra la barriga peluda—. ¡Hola, amigo! ¡Qué gusto me da verte! ¡Menuda sorpresa!

Después de disfrutar unos momentos más de su afectuoso reencuentro, *Abú* hizo lo que se le ordenó. Con los dientes, Aladdín extrajo con cuidado una aguja que había colocado en el diminuto chaleco de *Abú* por si acaso algún día se encontraba en una situación como aquella. El pequeño mono no era solo una distracción para cuando Aladdín robaba cosas, los dos tenían muchas otras rutinas para meterse en problemas y salir de ellos.

Aladdín volvió la cabeza y estiró el cuello tanto como pudo para meter la aguja en el cerrojo de la celda y manipularlo con los labios y los dientes. Era un dispositivo sencillo y rudimentario; claro que, si te lanzaban al fondo del calabozo más profundo del palacio, no necesitaban medidas extremas para mantenerte allí.

Y eso lo condujo de inmediato al siguiente problema. Una vez que liberó la mano derecha, logró sacar la izquierda sin ningún contratiempo. Pero ¿adónde irían después?

Abú emitió un gritito rabioso. Era obvio que a los monos no les gustaba estar bajo tierra ni atrapados en calabozos. Era como si dijera que él ya había cumplido su parte y que ahora le tocaba a su amigo humano resolver el resto. Y rápido.

—Sí, sí, ya nos vamos. Nos alejaremos del palacio tan rápido como podamos. No volveré a verla... —dijo en tono melancólico, más preocupado por eso que por huir. Pensó en Jasmine en los tejados con la pértiga en la mano y el viento que le retiraba el cabello de los ojos—. Ella solo puede casarse con un príncipe. Y yo soy un tonto.

—Solo eres tonto si te das por vencido, chico.

Aladdín se dio la vuelta.

No vislumbraba nada más que sombras y ratas. Pero la voz era chillona y débil; sonaba a humana, y no fantasmal. A alguno de los otros prisioneros debía de quedarle algo de vida.

—¿Quién eres? —gritó Aladdín a las sombras—. Muéstrate.

Se oyó un tintineo de cadenas y el leve sonido de algo huesudo y rígido que se arrastraba por el suelo. Un anciano cojeaba entre las sombras. Parecía tener apenas la fuerza suficiente para mantenerse en pie, no decir ya para moverse. No estaba atado. Y aún tenía cierto brillo en los ojos, un brillo de locura.

Aladdín se asustó un poco al contemplar el extraño espectro.

—Solo soy un simple prisionero, como tú —continuó el anciano; su boca abierta reveló que conservaba aún la mayor parte de los dientes, los cuales apuntaban en todas las direcciones y estaban amarillentos y rotos por la edad, como palillos. Usaba un viejo y astillado palo como bastón y se forzaba en avanzar de lado, como si fuera un cangrejo—. Pero, juntos, tal vez podamos ser más.

Se frotó las puntas de los dedos con expresión sugerente, como si contara monedas de oro. Aladdín se relajó. Estaba acostumbrado a los hombres cuya mirada había enloquecido por la codicia.

—Te escucho —le dijo.

—Existe una caverna, la Cueva de las Maravillas, llena de tesoros que jamás podrías imaginar.

Metió una de sus artríticas manos en su túnica. Cuando la sacó, con el puño cerrado, y la abrió frente al rostro de Aladdín, el chico casi se cae de espaldas por la sorpresa.

Rubíes.

Tres. Eran enormes, opacos y polvorientos; sus caras necesitaban la mano de un hábil joyero. Pero eran rubíes. Con esos tres se podría comprar todo el Barrio de las ratas callejeras... y también a la gente que vivía ahí.

—Apostaría que hay tesoros suficientes para impresionar a tu princesa —dijo el anciano con una sonrisa astuta mientras se guardaba las piedras de nuevo.

Aladdín sintió que un rubor rápidamente le invadía la cara y desaparecía.

«Rubíes...»

Comenzó a sonreír. Nunca en la vida había visto tanta riqueza junta. Era suficiente para comprar caballos, ropa elegante, criados...

Su sonrisa se desvaneció. Hasta ese momento, Aladdín jamás se había imaginado que las riquezas ilimitadas le serían insuficientes.

—No importa cuánto oro o joyas tenga —dijo con una voz taciturna—. Ella va a casarse con un príncipe. Yo debería pertenecer a una familia noble, o venir de un linaje de príncipes. O tendría que recibir un título y tierras, y no creo que el Sultán vaya a dármelo en un futuro cercano.

El anciano frunció el ceño y resopló como si un dolor indefinido lo aquejara. Respiró profundamente y acercó su rostro al de Aladdín.

—Has oído hablar de la Regla de Oro, ¿cierto? «¡Quien tiene el oro hace las reglas!»

El hombre se rio, tal vez por locura, o tal vez porque pensaba que era realmente gracioso. Cuando los labios del anciano se separaron en una

carcajada, Aladdín notó que el único diente que parecía estar sano era de oro.

—Muy bien —contestó Aladdín con cautela.

Era cierto: el dinero lo compraba casi todo. Era posible sobornar a los guardias con suficiente oro o regalos para que hicieran la vista gorda. A todos, menos a Razoul, claro está. Razoul era un enorme y estúpido muro de moralidad. Tal vez también era posible sobornar a los sultanes y a los reyes... o al menos se podía negociar con ellos. Tal vez, con suficiente dinero, se podía comprar el título de «príncipe».

—¿Por qué compartes todo ese maravilloso tesoro conmigo?

Prestar atención a los pequeños detalles —como que la chica perfecta resultara ser una princesa inalcanzable— era algo a lo que Aladdín estaba acostumbrado. No era habitual, en cambio, recibir un tesoro por nada, y sospechaba bastante de ello.

—Necesito piernas jóvenes y una espalda fuerte —dijo el anciano, y le palmeó las piernas, como lo hacía quien quería comprar un camello.

Aladdín evitó temblar de miedo. ¿Acaso ese anciano era un hechicero dispuesto a quedarse con sus piernas y su espalda?

«No, eso es una tontería», se dijo mientras movía la cabeza.

—Verás, el tesoro está en una caverna, en el desierto —escupió el anciano—. Yo... ya no soy tan ágil como una vez fui. Necesito que tú vayas a por él y lo saques de allí. ¿Qué te parece? ¿Hacemos un trato?

—Sí, claro, claro. —Se rio Aladdín. Si no fuera por los rubíes, habría pensado que el anciano estaba loco de remate—. Pero hay un pequeño detalle: la cueva está allá fuera; nosotros estamos aquí dentro.

El anciano soltó una risotada.

—¡Las cosas no son siempre lo que parecen! —Golpeó una roca en la pared con su bastón varias veces. Esta se deslizó despacio hacia un lado, con cierta dificultad, pero como por voluntad propia—. Repito entonces —

dijo el anciano, como si saboreara cada una de las palabras, y le tendió una mano—, ¿hacemos un trato?

Aladdín vaciló. Tal vez el anciano sí era un hechicero o un antiguo y peligroso *djinn*.

Pero, por otro lado..., el tesoro...

Aladdín cuadró los hombros, apretó la mandíbula y le estrechó la mano.

Después de gatear por un estrecho corredor, Aladdín llegó a una caverna totalmente oscura. Los extraños vientos subterráneos soplaban a veces gélidos y otras abrasadores. Las paredes parpadearon de pronto con una maligna luz roja, y una ráfaga de aire caliente le quemó un lado de la cara.

Abú gritó y se aferró al cuello de Aladdín.

—La sangre de la misma tierra pasa por aquí —le explicó el anciano mientras los guiaba con su paso de cangrejo.

Al doblar una esquina, se encontraron la fuente de la luz roja: un burbujeante pozo de roca derretida que ardía con más fuerza que el horno de un herrero.

—Estamos debajo del palacio, junto a la roca viva sobre la que fue construido.

—No tenía idea de que existiera algo así —dijo Aladdín, maravillado.

Tenía también la mente llena de ideas. ¿Cavernas que pasaban por debajo de la ciudad y del palacio? Parecía un gran problema de seguridad. Se preguntaba si estarían cerca de las cámaras donde se guardaba el oro real.

—Nadie lo sabe. Nadie que esté vivo, quiero decir —graznó el anciano.

Aladdín sintió que lo atacaban de nuevo los temblores del miedo. Pero ¿qué querría un fantasma con un tesoro? Este hombre, sin duda, estaba vivo. Y lleno de secretos. Y loco. Tal vez todo era un acto para proteger sus secretos. Siguieron adelante.

Cada cierto tiempo, el anciano murmuraba y farfullaba para sí mismo y hacía ruidos como los graznidos de un ave. Era probable que conversara con un ente que había muerto hacía mucho. Aladdín notó con interés las pocas desviaciones y giros que había y lo rectos que eran los pasillos. De cuando en cuando sacaba su navaja para marcar un punto o dibujar una flecha en la pared mientras el anciano no lo veía. Quizá algún día volvería a serle útil esa ruta.

—Escucha, muchacho —dijo el anciano mientras caminaban—. Cuando entres en la Cueva de las Maravillas, no debes tocar nada excepto una fea y vieja lámpara de bronce que encontrarás allí. Descubrirás estancias repletas de oro y cofres llenos de rubíes y antiguos tesoros que valen más que mil reinos. No toques nada más que la lámpara o no saldrás con vida.

—Un momento. ¿Se supone que debo pasar sin mirar las montañas de oro? —se burló Aladdín—. Me prometiste riquezas, abuelo.

—Insolente —farfulló el anciano, y por un momento sonó como si fuera más joven—. La lámpara te da poder... sobre la Cueva de las Maravillas y sus tesoros. Si tocas cualquier cosa antes de tenerla en las manos, morirás. Tráeme la lámpara y te aseguro que tendrás lo que te mereces.

—Si tú lo dices... —contestó Aladdín y se encogió de hombros.

Cuando por fin llegaron a la superficie, era de noche. El pasadizo terminaba en un riachuelo cerca de donde se encontraban los establos de los caballos de carga y los camellos, en la parte trasera del palacio, más allá del muro exterior. Apestaba a orina de animales, y Aladdín tuvo que dejar que el anciano montara sobre sus hombros para poder salir. El lado positivo era que no había nadie que los viera.

Aladdín salió de un brinco e inhaló el aire fresco. A pesar de que el cielo estaba despejado, las estrellas titilaban sin control, mientras el viento que soplaba en el desierto levantaba remolinos de área y polvo. No era una

buena noche para aventurarse por allí. Pero la fortuna sonreía a los valientes, y él, sin duda, ansiaba tener suerte.

Miró a su compañero con ojo crítico. Parecía que en cualquier momento el anciano se desplomaría y quedaría hecho una pila de huesos.

Aladdín les susurró a los animales del establo. Escogió un caballo discreto, fuerte y pequeño, y montó al anciano en él.

—El cuidador de este caballo recibirá cincuenta azotes por haberlo perdido —dijo el anciano, y se carcajeó jubiloso mientras tomaba las riendas.

—Si tus historias son ciertas, volveremos antes del amanecer, abuelo —respondió Aladdín mientras la antipatía hacia su compañero se intensificaba—. Y le daré una buena propina al pobre chico.

En el desierto, los vientos arremolinaban la arena y la convertían en demonios asfixiantes, por lo que Aladdín tuvo que cubrirse la cara con el chaleco. Sus pies no dejaban de resbalarse al pisar las cambiantes dunas. El caballo estaba un poco más acostumbrado al terreno, pero relinchaba y protestaba con mucha frecuencia.

No era un viaje sencillo.

El anciano alzó la mirada a las estrellas y farfulló hacia su joroba, como si confirmara sus cálculos. Por fin, Sirio se alzó en el cielo como el ojo de un funesto *ifrit* sobre el frío desierto, y los viajeros llegaron a un risco de roca sólida. Debajo había un amplio valle de arena, que resplandecía hermoso bajo la luz de la luna, pero desolado y mortal. Ahí no había plantas ni lagartijas, ni siquiera piedras solitarias.

Aladdín ayudó al anciano a bajar del caballo. Entre murmullos y quejidos, el hombre sacó algo de sus ropas y lo protegió entre sus manos, como si estuviera vivo, como si fuera algo que pudiera escapar. Al fin, extendió los dedos y reveló lo que era.

En sus palmas reposaba un escarabajo dorado. Aladdín creyó en un principio que se trataba de una joya o una estatuilla, tal vez con un mapa del tesoro en la espalda.

Entonces el bicho abrió un par de alas exteriores que resultaron ser de un dorado refulgente.

El escarabajo dorado voló por los aires con un fuerte zumbido.

Aladdín dio un brinco hacia atrás.

Aquella cosa hermosa y aterradora voló hacia el valle con una fuerza y precisión que no eran propias de un insecto. Rodeó un enorme montículo como si estuviera decidiendo qué hacer y luego se zambulló en la arena.

Casi de inmediato, las dunas se deslizaron hacia delante de forma perturbadora. Algo grande, algo antinatural, ondeaba y se elevaba hacia la superficie. Emergió una enorme cabeza de tigre hecha de piedra que se movía, bufaba y se sacudía como si estuviera viva.

Aladdín se preparó para correr, pero no apareció ninguna otra parte del tigre; era solo la cabeza. No parecía poder moverse ni tenía el cuerpo de una esfinge.

Sus ojos brillaban como un par de soles.

—¿Quién osa perturbar mi sueño?

Era difícil saber si en realidad había pronunciado las palabras en voz alta; el suelo retumbó, el cielo relampagueó y el tigre rugió.

Aladdín retrocedió casi tropezando con sus propios pies.

Esto no era lo que había aceptado hacer. ¿Un peligroso viaje hacia una caverna profunda y oscura? Sí. ¿Una excursión en medio del desierto en la noche? Claro. Pero esto era demasiado. Nadie había dicho nada de un tigre de piedra que hablara con la voz de un dios antiguo.

El anciano le hizo un impaciente gesto con las manos como para decirle: «Adelante».

—¿Qué? —inquirió Aladdín—. ¿Estás loco?

—¿Quieres a la princesa, chico? —preguntó con sorna su compañero.

Sí. Sí la quería.

Inhaló profundamente e intentó calmar sus nervios.

—Eh... soy yo. ¡Aladdín! —gritó, y sintió que estaba haciendo el ridículo más espantoso.

El tigre guardó silencio un momento.

Aladdín volvió a prepararse para correr por su vida.

—Procede. —Los rugidos fueron más suaves, como si el tigre estuviera menos enfadado—. No toques nada excepto la lámpara.

La boca del tigre se abrió para revelar su garganta dorada. Por la lengua bajaba una escalinata de oro. Aladdín no alcanzaba a ver el final, pero igual dio un paso cauteloso al frente.

—¡Recuerda, chico, solo la lámpara! —gritó el anciano, imitando el tono del tigre sin darse cuenta—. ¡Tráeme la lámpara y me aseguraré de que obtengas tu recompensa!

Aladdín pensó en Jasmine y apretó los dientes.

—Vamos, *Abú* —dijo, y comenzó a bajar los escalones.

Las escaleras de oro pronto revelaron ser de piedra normal; solo estaban iluminadas por lo que fuera que había debajo de ellas. Sin embargo, la cantidad de escaleras era abrumadora: el camino bajaba y daba vueltas en la oscuridad hasta donde se alcanzaba a ver. Varias veces, cuando Aladdín creía haber llegado al final, las escaleras comenzaban un nuevo descenso más profundo, hasta que por fin llegó a una caverna enorme. Para alivio de Aladdín, no era un estómago.

En la pared opuesta de la caverna había un arco de piedra que brillaba con mucha fuerza gracias a lo que había en la habitación contigua; resplandecía tanto que Aladdín tuvo que cubrirse los ojos al cruzarlo.

—¡Mira eso! —dijo al pasar al otro lado mientras esbozaba una enorme sonrisa.

Oro. Montañas increíbles, absurdas e inimaginables de oro. Colinas completas de monedas, copas, jarrones y estatuas. Calderas gigantescas

que desbordaban collares, anillos, brazaletes y otras baratijas. Tronos dorados. Mesas doradas. Cachivaches dorados con forma de fruta que parecían no tener otro propósito más que ser vistos.

Y, entre todo aquello, alfombras de una gran belleza y un tamaño indescriptibles, y cofres llenos de joyas en forma de bayas y flores.

—Un solo puñado de esto me haría más rico que el Sultán —susurró Aladdín.

Abú chilló. El cofre más cercano a ellos destelló un haz de luz que rebotaba en un rubí del tamaño de una manzana.

El pequeño mono se dirigió directo hacia la piedra.

—*¡Abú!*

Aladdín corrió desesperado detrás del mono e hizo algo que jamás habría hecho: lo tomó de la cola y lo empujó hacia atrás.

Abú gruñó ante la agresión e intentó impulsarse con las patas traseras sobre la alfombra púrpura y azul en el que estaban de pie.

—¡No toques nada! —lo regañó Aladdín, y agitó el dedo frente a la cara de su amigo—. ¿Recuerdas lo que ha dicho el gato enorme y aterrador? ¿El gatito en cuyo estómago estamos? Tenemos que encontrar la lámpara. Luego, obtendremos nuestra recompensa. —Levantó al mono del suelo y lo puso con firmeza sobre su hombro—. Tiene que estar por aquí...

Caminó entre los tesoros con cautela, asegurándose de no acercarse demasiado a ninguno. Sujetaba con una mano a *Abú*, por si acaso.

El mono gruñó con desesperación.

—No lo sé —respondió Aladdín, como si hubiera sido una pregunta de verdad—. Una pequeña lámpara de aceite, supongo. Es obvio que el anciano cree que podemos cargarla sin problema. Veo copas y jarras y platos y boles y otros utensilios caseros, pero ninguna lámpara aún...

El mono gruñó una vez más. Esta vez sonaba nervioso y miraba sobre su hombro.

—Lo siento, voy tan rápido como puedo —dijo Aladdín para continuar con la conversación imaginaria—. No creo que pueda tocar algo para moverlo... —*Abú* gritó y le arañó el cuello—. ¿Qué pasa? —exclamó Aladdín, y se dio la vuelta para ver qué le molestaba a su amigo.

No había nada detrás de ellos, solo el camino por el que andaban. Y también una alfombra que tenía un parecido sospechoso con una que había visto cerca de la entrada, junto al cofre que *Abú* estuvo a punto de tocar. Tenía incluso las mismas borlas doradas, una en cada extremo.

—Humm... —dijo Aladdín.

Se volvió y comenzó a caminar de nuevo.

Abú se mantuvo en silencio unos diez segundos antes de empezar a chillar, aterrado.

Aladdín se volvió de inmediato. De nuevo, nada.

Excepto por la alfombra.

Que estaba justo detrás de ellos.

De nuevo.

Aladdín entornó los ojos al contemplarla.

Mientras la observaba, la alfombra se elevó del suelo, vacilante. Como un pez o algo que estaba acostumbrado a nadar en el aire.

Aladdín, sorprendido, abrió los ojos como platos.

—¡Una alfombra mágica! —gritó—. Mamá me contaba historias para dormir sobre los *djinn* y sus tesoros mágicos.

Le tendió una mano, despacio y con cautela.

La alfombra respondió; se deslizó hacia el frente como si la empujara una brisa invisible. La parte trasera ondeaba con suavidad, como una bandera. Aladdín le rascaba y le acariciaba la superficie como si se tratara del pelaje de un gato.

—Buena... alfombra. Buena chica. Bonita chica. Oye... ¿podemos subirnos? —le preguntó tras ocurrírsele una idea.

Sería mucho más rápido si pudieran examinar la caverna desde arriba, si pudieran deslizarse sobre las peligrosas montañas de oro sin tener que acercarse a ellas.

La alfombra comprendió lo que el chico quería y descendió un poco, como un elefante entrenado que se pone de rodillas para permitirle a un jinete que lo monte.

Aladdín sonrió.

Subió con cuidado. Era una sensación extraña; la alfombra cedía un poco y lo sostenía por debajo al mismo tiempo, como si caminara encima de un montón de lino que aún no terminaba de secarse. Aladdín se cruzó de piernas, se acomodó y puso a *Abú* sobre su regazo. El mono no estaba del todo feliz con el desarrollo de los acontecimientos, pero, dado que Aladdín no parecía asustado, se tranquilizó.

Consiguiera o no estar con la princesa, esta era la mejor aventura de su vida.

—Buscamos una lámpara —dijo Aladdín. Se sentía como un tonto hablándole a una alfombra, pero, por otro lado, la alfombra estaba volando. ¡Quién sabe qué podría entender o hacer!—. Una... ¿lámpara especial?

La alfombra se arrugó por un instante, como si estuviera reflexionando. Luego, sin hacer un solo ruido, comenzó a elevarse más y más y a acelerar. Pronto estuvieron deslizándose y navegando entre las montañas de aquel tesoro con la facilidad con la que un águila se mueve entre las nubes. *Abú* se agarró a los brazos de Aladdín hasta que sus pequeñas uñas le hicieron sangre; el chico solo rio.

Después de atravesar una serie de túneles y pasadizos imposibles de recordar, llenos de tanta riqueza que Aladdín jamás olvidaría, llegaron por fin a una caverna aún más grande que la primera. No se alcanzaban a distinguir los muros; todo se desvanecía en la oscuridad. El fondo estaba cubierto por un lago de agua quieta y transparente. En el centro se erigía

una isla compuesta por rocas que asemejaban hongos, una sobre la otra, con escalones tallados en el centro. En la cima, un único haz de luz que bajaba desde un punto invisible iluminaba un pequeño objeto de bronce.

La lámpara.

Sin embargo, la alfombra no voló hacia ella; se paró con suavidad sobre una pequeña formación de rocas en un muro cercano. Una pequeña calzada conectaba ese punto con el montículo. Un altar dorado, antiguo y con la imagen de un desconocido dios que parecía un simio con demasiados dientes, protegía el camino. Sostenía un rubí del tamaño de una naranja, como si fuera una lámpara que iluminaba el trayecto.

—Muy bien, allá vamos —dijo Aladdín tras ajustarse el chaleco e intentar sacarse al rabioso dios de la cabeza.

Ese lugar tenía algo raro, tal vez su tamaño, su quietud o algo más, que le impedía correr por la calzada. Había algo que exigía silencio y respeto. Caminó deprisa, pero con cuidado, como si fuera parte de una procesión invisible.

Aladdín subió los escalones de la isla con cautela y solemnidad. Cuando al fin llegó a la cima, cogió cuidadosamente la lámpara con ambas manos... pero era tan sólida y robusta como cualquier lámpara moderna. Morgiana había decorado su escondite con decenas de ellas.

—¿Es esta? —preguntó con una sonrisa incrédula en el rostro. Se volvió hacia *Abú* y la alfombra—. Miradla, chicos. Esto es por lo que venimos hasta aquí... —Terminó de hablar justo para ver a *Abú* coger la enorme gema escarlata e intentar arrancarla de las manos del dorado dios simio—. *¡Abú!* ¡NO! —gritó.

—¡Infieles! —El suelo mismo habló: habló el aire, habló la tierra—. ¡Habéis tocado el tesoro prohibido! —Aladdín miró horrorizado cómo el rubí se fundía como si fuese polvo en las pequeñas manos de *Abú*. El mono gritó como si se quemara y se alejó de la estatua dorada, que cayó hacia delante y también se diluyó—. ¡Nunca volveréis a ver la luz del sol!

El pequeño haz de luz que había iluminado la lámpara con un brillo dorado se tornó de un rojo sangriento.

La caverna comenzó a sacudirse.

Aladdín salió disparado por los escalones para volver a la calzada. Las piedras caían bajo sus pies. Lo que había sido una escalinata se convirtió de inmediato en una rampa por la que Aladdín se deslizó. Apenas logró mantener el equilibrio mientras toda la caverna se estremecía y comenzaba a derrumbarse. Se lanzó hacia delante.

Un calor mortal lo atacó desde abajo. Aladdín se aventuró a mirar y descubrió con horror que el fondo ya no estaba cubierto de agua, sino de lava.

Esa visión bastó para desequilibrarlo por completo. Como si la caverna pudiera percibir su inestabilidad, un temblor más intenso arrojó a Aladdín al horno rojo y anaranjado que se extendía bajo sus pies.

—¡Alfombra! —gritó.

Aladdín agitó los brazos y las piernas para intentar detener su caída. Sintió que el calor le quemaba el vello de las extremidades, y el rugido de la roca fundida se alzaba para encontrarse con él... pero luego sintió los suaves y firmes hilos de la alfombra mágica debajo de su cuerpo.

No tuvo tiempo para relajarse: invadido por el pánico, *Abú* había intentado correr hacia Aladdín y ahora estaba quieto en la última de las rocas que quedaban en la calzada. La punta de su cola humeaba.

Al sentir la urgencia de *Abú*, la alfombra se dirigió hacia el mono. Aladdín cogió a *Abú* por la pobre cola incendiada y lo lanzó hacia arriba.

La alfombra se alejó del calor y voló por los aires a toda prisa. Un cálido viento rompió contra sus espaldas. Aladdín se dio la vuelta. La lava se había acumulado en una enorme y enloquecida ola que se elevaba por encima de sus cabezas, lista para estrellarse sobre ellos.

—¡Más rápido! —suplicó Aladdín.

La alfombra mágica dobló la velocidad y pasó por debajo del arco de la caverna. Una fracción de segundo después, la ola rompió a sus espaldas. La lava estalló y atravesó la puerta sin dejar de fluir, hirviendo desde algún inmenso pozo que parecía no tener fin.

Se zambulleron en cada una de las increíbles cuevas con tesoros en llamas como un halcón que se aproxima a su presa a toda velocidad. Aladdín y *Abú* se agacharon cuando la alfombra pasó por la última puerta, la que conducía a la primera sala de los tesoros.

A Aladdín se le escapó un ligero suspiro de alivio.

Pero entonces las enormes montañas de oro empezaron a explotar.

Cada incalculable colina se arremolinó hasta convertirse en una pila de roca fundida de fuego y ceniza que salía disparada hacia el techo... y hacia la alfombra. Aladdín ayudó a guiarla, dividido entre el temor por su vida y el dolor frente a la destrucción que estaba presenciando. Cuando las explosiones tocaron el techo, este empezó a ceder: los guijarros y las rocas cuadradas que le habían dado forma a la cabeza del tigre gigante ahora caían como bombas. La tierra gritó de rabia, frustración y dolor. La lava comenzó a brotar como sangre por las grietas de la superficie.

Aladdín se cubrió la cara y dejó que la alfombra se abriera paso ella sola hacia el exterior. La alfombra siguió el camino a través de la escalera en la garganta del tigre, que desaparecía a toda velocidad; se mantenía cerca de los escalones, como si ello fuera lo más seguro.

Casi habían llegado a la cima cuando una estalactita que caía rozó la alfombra y la hizo desplomarse. Aladdín se lanzó hacia delante junto con *Abú* y logró aferrarse a la última parte de las escaleras en el límite mismo de la boca del tigre. La caverna se sacudía demasiado como para permitirle lanzar su peso hacia arriba y salvarse.

El anciano apareció milagrosamente.

—¡Ayúdame! —gritó Aladdín.

—¡Dame la lámpara! —exigió el anciano.

Lo que había dicho era una locura tal que Aladdín apenas pudo procesarlo.

—¡No puedo sostenerme! ¡Vamos! ¡Dame la mano!

—¡Primero la lámpara! —insistió el anciano con una mirada desquiciada.

La supervivencia venció a la lógica. Aladdín logró llevar una mano a su fajín, donde había guardado la lámpara, y la sacó mientras que con la otra mano se aferraba a las piedras con desesperación.

El anciano la cogió y cacareó triunfal.

—¡Sí! —gritó—. ¡Por fin!

Aladdín logró subir una pierna a un resquicio en la roca. *Abú* bajó de su cabeza para que le fuera más fácil.

El anciano se acercó al borde; tenía un brillo amenazador en sus ojos.

Comenzó a golpear los dedos de Aladdín con su bastón.

—¿Qué haces? —gritó Aladdín.

—Te doy tu recompensa, tu recompensa eterna.

El anciano —ahora extrañamente muy erguido— sacó una daga negra y de aspecto malévolo, y la elevó por encima de su cabeza.

Abú le mordió un pie.

El hombre gritó, pero logró patear los dedos de Aladdín, que se hundió en la caverna, en la oscuridad y la lava.

Un suave ruido sordo le hizo saber que la alfombra había logrado encontrarlo y atraparlo. El grito del mono significaba que la alfombra había rescatado a *Abú* también. Despacio, temblorosa y con espasmos, como si también hubiera sido golpeada y estuviera cansada, la alfombra los llevó hasta un risco muy por encima de la lava. Aladdín levantó la mirada, consternado, y observó cómo la boca del tigre de piedra bostezaba y rugía una última vez antes de cerrarse de golpe y desaparecer bajo la arena.

Aladdín estaba atrapado, sellado a cientos de metros bajo tierra, sin salida, sin tesoro...

... y sin lámpara.

Jasmine y un genio

El sol se alzó sobre el palacio de Agrabah, aunque palidecía ante la grandeza dorada y blanca de la mansión del Sultán.

La princesa Jasmine estaba inquieta.

De hecho, había estado así desde la noche anterior, desde que los guardias apresaron al chico al que había estado a punto de besar. Había vuelto a pie al palacio, sin importarle quién la viera.

Al llegar, Jasmine exigió de inmediato que la llevaran a la prisión real, donde mantenían a los agitadores inofensivos y a los evasores de impuestos.

Pero el chico no estaba allí.

Exigió que la llevaran al calabozo, donde encerraban a los ladrones, a quienes hurtaban cabras y a los asesinos.

Pero el chico no estaba allí.

A punto de perder la paciencia, exigió que la llevaran a la mazmorra secreta, en donde arrojaban a los peores violadores, los enemigos del Estado y los salteadores de caravanas, y los olvidaban para siempre. A regañadientes, un par de los guardias más robustos, armados con dos cimitarras cada uno, la llevó a investigar.

Pero tampoco estaba allí.

Jasmine comenzó a interrogar a toda la guardia. Estaba claro que los más jóvenes, los de menor rango, no sabían nada sobre el chico ni sobre lo que pudiera haberle ocurrido. Y los que estaban en los altos mandos evitaban responder. Quienes se habían llevado al chico habían desaparecido.

Y Razoul no decía ni una palabra al respecto.

—Mis labios están sellados —dijo en un tono un poco avergonzado—. Órdenes de Jafar.

—No es enemigo del Estado ni espía —exclamó Jasmine con desesperación.

Estuvo a punto de perder la calma, así que le dio un pisotón digno de la niña pequeña que se sentía por dentro en ese momento y añadió.

—Es solo un chico, un chico inofensivo que me mostraba la ciudad.

Razoul se mantuvo en silencio. Pero sus ojos revelaron algo cuando ella dijo la última palabra.

Jasmine, horrorizada, cayó en la cuenta de adónde iba todo eso, incluyendo al chico.

—¡No me iba a escapar con él! —gritó. Probablemente no lo iba a hacer—. Él no iba a... No íbamos a... —Razoul se sentía incómodo. Ella recobró la compostura deprisa—. Iré a buscar a Jafar y aclararemos esto de inmediato —dijo, y se alejó.

—Como gustéis, alteza —exclamó Razoul a espaldas de ella.

Sonaba aliviado.

Varias horas después, Jasmine no había logrado encontrar al aterrador consejero de su padre. Si no lo conociera, habría creído que se escondía a propósito de ella y de su ira. Era hora de ir a ver a su padre, de forma oficial, y presentar sus exigencias de princesa.

—Sin duda estará en su cuarto de juegos —refunfuñó, pero luego se corrigió—. Bueno, su estudio.

No sabía quién podría estar escuchándola.

Atravesó los pasillos, sin importarle quién oyera los pasos de sus pies envueltos en sandalias de seda. La agitación y el esfuerzo por encontrar al chico le habían impedido bañarse o cambiarse desde la noche anterior. Su denso cabello negro comenzaba a escaparse de los prendedores. Debajo de este, los aretes ondeaban como serpientes. Se había arañado la punta de la

nariz con el dorso de la mano en un gesto nada digno de una princesa. En las cálidas calles del mercado y en el Barrio de las ratas callejeras sudó, y el sudor se había secado; la sensación de que seguía ahí y no se lo había limpiado de inmediato era algo nuevo para ella. No era necesariamente malo, pero era algo desconocido.

Abrió con energía las puertas talladas que llevaban al gigantesco y espacioso «estudio» en el que su padre pasaba todo su tiempo desde que su madre había fallecido. Suspiró al pasar junto a la mesa que sostenía una enorme maqueta de Agrabah, cuyo pequeño reloj de agua hacía que un sol y una luna en miniatura salieran y se pusieran, imitando el paso de los días. Puso los ojos en blanco con disgusto al ver en el techo las coloridas cometas compradas en el Lejano Oriente y que parecían dragones.

Encontró a su padre con su reciente adquisición: un complicado juego de equilibrio que había llegado de algún punto de Occidente. El juego consistía en apilar pequeños animales tallados como piezas de un rompecabezas en orden decreciente según su tamaño, con el ratón en último lugar.

En ese momento, el Sultán sostenía un pequeño pato amarillo en la mano y fruncía el ceño.

—Padre —dijo Jasmine con dulzura en un intento por no sobresaltarlo. Luego, apretó los dientes y contuvo su impaciencia.

—¡Ah! ¡Jasmine! —exclamó el Sultán esbozando una enorme sonrisa.

Era un anciano pequeño y regordete, con una barba tan blanca como la nieve de las cimas de las montañas más lejanas. Era bastante mayor cuando se casó con su madre, pero en aquel tiempo la barba no se veía tan blanca; tan solo tenía algunos mechones como nubes sobre las mismas montañas oscuras. Su turbante también era blanco y sostenía un rubí liso y redondo y una iridiscente pluma azul. Una tela dorada delineaba su túnica, y el fajín llevaba adornos de color turquesa.

Hizo una pausa para fijar su atención por fin en ella: los pantalones del mismo color turquesa estaban polvorientos y rasgados a la altura de los tobillos. El fajín estaba torcido. La parte superior del atuendo parecía el de otra persona.

—Va todo bien, ¿querida mía?

Jasmine inspiró profundamente y se alisó el cabello alrededor de la cara para disimular.

—No, padre, nada va bien. Anoche me escapé del palacio...

—¡Jasmine! —la amonestó su padre.

Ella suspiró con intensidad de nuevo y continuó:

—Y Jafar ordenó que sus guardias arrestaran a un chico que me salvó de que me cortaran la mano en el mercado —le explicó. El Sultán parpadeó—. Jafar —repitió, pero más despacio— ordenó que sus guardias... arrestaran... a ese chico...

—¿Que te cortaran la mano? —la interrumpió, en un tono que oscilaba entre el grito indignado de un Sultán y el grito aterrorizado de un padre.

—Fue un malentendido —respondió Jasmine, y agitó la mano que seguía adherida a su brazo, como si no fuera nada. «Un malentendido enorme», admitió para sí misma tras pensarlo por un momento, «por no entender cómo funciona el mundo fuera de estos muros: el dinero, la pobreza, lo que cuesta una manzana»—. Lo importante es que me salvó.

—¿Jafar?

—No, el chico —contestó ella, ya incapaz de ocultar su impaciencia—. Ese chico, no sé su nombre, detuvo a un mercader que quería cortarme la mano, y luego me mostró la ciudad, pero Jafar ordenó que lo arrestaran...

—¿Saliste del palacio sin escolta?

—Y tal vez por eso Jafar ordenó que lo arrestaran —dijo Jasmine con la mandíbula tensa—. Pero no me hizo daño; me ayudó. Y se merece una recompensa, no debe estar encerrado. No lo encuentro por ningún sitio y estoy preocupada.

El Sultán miró a su hija durante unos segundos sin decir una sola palabra.

—Bueno —prosiguió al fin—, no he oído nada de ningún arresto. Pero hablaré con Jafar ahora mismo.

—Gracias —contestó Jasmine, e hizo una reverencia con la cabeza.

—Y ya que hablamos de que casi perdiste la mano —continuó el Sultán con un pequeño gruñido en la voz—, hablemos de que saliste del palacio... sin escolta... Te escapaste...

—Bueno, creo que eso es irrelevante; al parecer, Jafar puede rastrear todos mis movimientos —refunfuñó Jasmine como respuesta.

—Ah, sí, se lo agradeceré a Jafar. Tenlo por seguro.

—¿Agradecerme qué, su majestad?

Jasmine le lanzó una mirada fulminante a Jafar mientras este entraba reptando a la habitación, fresco como una lechuga. Ella lo había estado buscando toda la mañana, y de pronto aparecía allí, casi como si lo hubieran invocado. Vestía de rojo y negro de pies a cabeza, como de costumbre, con una capa de solapas puntiagudas sobre los hombros y un cuello blanco elevado, como si no fuera pleno verano en la ciudad desértica de Agrabah. Al andar golpeaba el suelo con su largo báculo con cabeza de serpiente y ojos malévolos. Aunque para algunos era aterrador, a Jasmine le parecía una tontería dramática.

Por lo menos, no venía con su estúpido loro.

En cualquier otra persona, llevar un ave tan ridícula podría haber sido un refinamiento entrañable. En Jafar era solo otra muestra de su inminente locura. El colorido pajarraco solía posarse sobre su hombro todo el día; a veces comía con deleite las galletas que su dueño le ofrecía. Luego, cuando evacuaba manchaba la parte trasera de la capa de Jafar, que, salvo por aquellos largos y asquerosos rastros blancos, siempre lucía inmaculada.

Nadie en el palacio, ni en la ciudad, se atrevía a decir algo al respecto. Quién sabe qué carísimo tapiz estaría mordiendo o destruyendo con sus garras en ese momento.

—¿Qué has hecho con el chico? —lo increpó Jasmine con los brazos cruzados.

—¿Qué? —Jafar parecía genuinamente confundido.

—¡El chico al que has arrestado!

—Ah. Él. Ya está muerto, supongo. Pero he venido aquí por algo más importante.

—¿Muerto?

—Sí, muerto. Lo han llevado al desierto y lo han ejecutado por ponerle las manos encima a la princesa real... o algo así —dijo Jafar, impaciente y moviendo los dedos.

—¿Quién te ha dado permiso para llevar a cabo una ejecución? —exigió el Sultán.

Jasmine apenas los escuchaba. Había conocido al joven hacía menos de un día, pero podía recordar su rostro al instante, con todos sus detalles: sus enormes ojos de color café que con facilidad se arrugaban al sonreír, la pequeña cicatriz sobre la comisura izquierda de sus labios, la forma en que se movía su cabello cuando reía.

Y ahora todo se había ido. Todo era polvo.

Por su culpa.

—Silencio, viejo inútil. No he venido aquí a discutir la vida de una rata callejera —dijo Jafar. El padre de Jasmine lo miró, anonadado. Nadie trataba así al Sultán; ni Jafar, ni Jasmine—. He venido a decirte que me temo que tu reino ha llegado a su fin.

—Cuida tus palabras, Jafar —dijo el Sultán en un tono de advertencia—. Sin duda, algo va mal en tu cabeza hoy. Pero ni siquiera tú estás por encima de las acusaciones de traición. ¿A qué rayos te refieres?

—Quiero decir —continuó Jafar, arrastrando las palabras—, que tu reino... llegó... a su fin. Y el mío comienza ahora.

—¡Explícate! —estalló el Sultán. Se puso rojo por la rabia y cerró los puños a los costados.

Jasmine se obligó a prestar toda la atención posible. Seguía apenada por el chico, pero parecía que había cosas extrañas en marcha a su alrededor.

—Con gusto —dijo Jafar.

Con un gesto dramático metió la mano dentro de su capa y sacó... lo que parecía ser una vieja lámpara de cobre.

—¿Es esto una broma? —preguntó el Sultán con curiosidad—. ¿Acaso es mi cumpleaños?

Jasmine también pareció confundida en un principio. Pero luego, con las ardientes punzadas del horror, comenzó a entenderlo todo. Sus nodrizas le habían contado historias de la magia de los *djinn* y las cosas que se ocultaban en las profundidades del desierto. Había leído también varios libros sobre las leyendas. El lenguaje inscrito en la base de la lámpara era antiguo, muy antiguo...

Como si ella misma estuviera en una de las historias, Jasmine contempló cómo Jafar hacía justo lo que sabía que haría: cogió una de sus mangas y comenzó a frotar la lámpara.

Nada sucedió al principio.

Jasmine comenzó a soltar el aire que había contenido.

Entonces, un pequeño hilillo de humo azul comenzó a salir de la boca de la lámpara.

El Sultán se inclinó hacia delante, intrigado.

—Oh, no... —susurró Jasmine.

De pronto, empezó a salir más humo de la lámpara, como abejas que escapaban de un panal en llamas. Jafar alejó aquel objeto de su cuerpo con delicadeza. El Sultán retrocedió de un salto. La lámpara comenzó a

centellear y a sacudirse. De ella, surgieron diminutos rayos. Y comenzó a gritar.

O algo comenzó a gritar.

Algo rayado y azul que brotó disparado de la lámpara y se movió por la habitación como un perro salvaje... capaz de volar.

Jasmine se dio la vuelta y se cubrió la cara.

—¡Aaaaaaaaaaaay!

El grito se transformó poco a poco en algo con timbre humano.

La columna de humo azul se detuvo, se expandió y se convirtió en... una persona.

La mitad de una persona.

La mitad de una persona grande y azul con un pendiente dorado y los brazaletes de oro de un esclavo. Era calvo, salvo por una pequeña coleta negra atada con una cinta amarilla y presentaba una barba puntiaguda. Sus ojos parecían almendras brillantes.

La mitad inferior de su cuerpo era solo humo.

—¡Diez mil años! —gritó con una estruendosa voz—. Diez mil años he estado prisionero dentro de la lámpara.

—Genio —lo llamó Jafar con empalagosa voz—. Genio, yo...

—¡Uff! Qué bien me siento estando fuera —continuó el Genio con una voz un poco más normal. Se estiró y sonrió. Se dio la vuelta y notó el aire a su alrededor—. ¿Sabéis lo que es pasar diez mil años sin un masaje? ¿O sin un baño? O...

—Genio —lo interrumpió Jafar—. Soy tu amo. Escucha mis palabras.

—Observad, un hombre que sin duda sabe lo que quiere —comentó el Genio, y se alisó el poco cabello que le quedaba y se enderezó el fajín—. ¡Dime, amo!

Jasmine se dirigió a hurtadillas hacia la puerta, aunque mantuvo la mirada fija en el Genio. No era difícil. Más allá de que su existencia fuera más que improbable, tenía algo que lo hacía muy simpático. A pesar de

que ella sabía que los *djinn* debían ser más o menos como personas normales —personas normales mágicas y antiguas—, siempre los había imaginado serios, dignos y un tanto aterradores, no encantadores y bobos.

Deslizó la mano hacia el pomo.

Pero no giraba.

Jasmine frunció el ceño. Sacudió la puerta un poco. Cerrada. Cerrada por fuera. Debía de ser obra de Jafar.

—Me concederás tres deseos, ¿no es así? —preguntó el visir saboreando cada una de las palabras.

El Genio voló hacia arriba y, de repente, apareció vestido con una túnica de académico. Comenzó a enumerar cosas con los dedos, con expresión pedante y didáctica.

—Por supuesto. Claro está, hay algunos requisitos y un par de reglas...

—Sí, sí, lo que sea —lo interrumpió Jafar—. Genio, mi primer deseo es gobernar desde lo más alto y convertirme en sultán.

La boca de Jasmine se abrió hasta llegar al suelo. El Sultán parecía atónito.

El Genio notó sus reacciones y dejó escapar un leve silbido.

—Lo siento, amigo —le murmuró al Sultán—. No es nada personal. Parece que tu tiempo se acabó.

Con un destello de humo azul, la habitación oscureció. Por la ventana, Jasmine pudo ver que el cielo se volvía negro y tormentoso, como ocurría antes de un monzón. Una extraña energía llenó la habitación. Jasmine sintió que se le erizaban las puntas de su cabellera.

El turbante del Sultán se elevó por los aires.

—¡Por los mil demonios! ¿Qué son estos trucos? —exclamó el Sultán mientras saltaba para intentar coger su turbante—. ¡Jafar, te ordeno de inmediato que detengas esta monstruosidad!

Jasmine apretó los dientes. Su padre no parecía comprender lo que sucedía. Estaba tan acostumbrado a ser el gobernante supremo de Agrabah

que no podía imaginar nada que perturbara esa situación. Aún creía que podía darle órdenes a su consejero.

Giró el pomo de la puerta una vez más, sin éxito. Tenía que salir de allí de alguna manera. Aún le quedaban dos deseos a Jafar y ya era el gobernante de aquellas tierras; lo que viniera después solo podría ser peor.

—Sí, Sultán, pero hay un nuevo orden ahora —dijo Jafar con un tono burlón—. El mío.

Una cortina de humo rodeó a Jafar y al Sultán. Mientras Jasmine miraba incrédula, su padre fue despojado de su túnica blanca y sus ropas doradas. En cuestión de segundos, se quedó en paños menores.

Jafar sonreía mientras el arremolinado humo lo vestía con las más finas telas del soberano.

—¡Arrodillaos ante mí! —les gritó, y clavó sus ojos dementes en la princesa.

No había escapatoria. Eso era obvio.

Jasmine se encontró de pronto pensando en qué haría el chico del mercado. Tenía un instinto natural para tomar decisiones al momento y sobrevivir con nada más que su ingenio. Si le seguían la corriente, ¿podrían ganar algo de tiempo? ¿Se daría cuenta Jafar de su engaño? Tal vez podrían distraerlo y robarle la lámpara...

—Jamás me arrodillaré ante ti. ¡Impostor! —escupió el Sultán.

Bueno, ese plan acababa de morir en ese instante. Jasmine sintió que la desesperación la envolvía.

El rostro rabioso de Jafar se tornó de un tono púrpura. En cualquier otro momento habría disfrutado con júbilo de esa imagen.

—¡Si no te prostras ante un sultán, quedarás humillado frente a un hechicero! ¡Genio!

El Genio, que lo había observado todo en silencio, con el humo azul moviéndose con nerviosismo como una cola, estuvo atento de inmediato.

—¡Deseo ser el hechicero más poderoso del mundo!

Jasmine debió haberle dado más crédito: sin duda estaba loco y era vanidoso y repulsivo, pero nada tonto. De pronto, las cosas se volvieron mucho más difíciles.

El Genio abrió más los ojos; todo el buen humor y la afabilidad que transmitían se esfumó, como si entendiera el terrible error que se avecinaba. Desvió la mirada, avergonzado por lo que estaba a punto de hacer, y apuntó con un dedo a Jafar.

Una oleada de humo azul y pequeños rayos salieron disparados de la punta de su dedo. A Jafar le trepó por las piernas un fuego rojo infernal que se le metió por los ojos. El hombre ya no estaba vestido con la túnica blanca del gobernante, sino con ropas tan negras que parecían el vacío de algo oscuro más que cualquier color de verdad. Su turbante se volvió extraño y angular. Su báculo de cobra serpenteó como si estuviera vivo y se congeló en una afilada lanza de ébano.

—Y, ahora, ¡vil humillación! —exclamó el hechicero, y apuntó su báculo hacia Jasmine y su padre. Jasmine cayó al suelo, de rodillas, postrada frente a él. Su padre protestaba por la humillación y la desnudez con balbuceos incoherentes, casi sin aliento—. Y, por último —dijo Jafar de manera casual mientras acariciaba el báculo—, mi deseo final.

La magia elevó a Jasmine por los aires. No era, para nada, una sensación agradable. La dejó caer de pie y colocó sus manos en una postura piadosa.

—Que la princesa Jasmine se enamore locamente de mí.

Todos en la habitación se quedaron boquiabiertos, incluido el Genio.

Jasmine escuchó ruidos extraños que provenían de su propia garganta, como si estuviera a punto de vomitar.

—¡No! —gritó su padre con rabia.

Jafar se burló y esperó.

Jasmine esperó.

Se examinó mentalmente. ¿Se sentía diferente? ¿Qué sentía por Jafar?

Las ganas de vomitar volvieron.

La expresión arrogante de Jafar se transformó en confusión.

El Genio tosió en voz baja.

—Como decía, antes de que el Señor Hechicero Superpoderoso de Todo el Universo me interrumpiera... ¿Sabe?, el poder ilimitado no debería hacerle olvidar los buenos modales, su reverendísima majestad... Hay algunas condiciones y unas cuantas reglas para los deseos. —Flotó por los aires; su humo azul ondeaba hacia delante y hacia atrás. Jafar no dijo nada, pero Jasmine vio que las comisuras de los labios comenzaron a temblarle de ira—. Estas son las leyes primordiales de la magia, alumnos, poned atención. Regla número uno: no puedo matar a nadie. Regla número dos: no puedo hacer que nadie se enamore de otro. —Le lanzó una mirada fulminante a Jafar y le guiñó un ojo de forma juguetona a Jasmine—. Y, regla número tres, que sospecho que no se aplicará en tu caso, porque no pareces alguien que diría: «Cometí un grave error, vamos a traer de vuelta a tal persona»: no puedo revivir a nadie.

El Sultán parecía aliviado. Se unió a su hija y le apretó el brazo.

Era un gran consuelo. No había un destino peor —que a ella se le pudiera ocurrir— que ser una esclava zombi del amor de ese horrible proyecto de hombre.

Pero aún no estaban a salvo. Jafar no tenía demasiada tolerancia a la frustración. Se frotó la mandíbula intentando controlarse.

—¿De qué sirve un genio con limitaciones? —protestó.

—Oye, oye... —se quejó el Genio, ofendido.

—¡Yo os mostraré lo que es el poder verdadero! ¡Detenlos, Genio!

Jafar lanzó su capa a un lado y dio zancadas hacia delante. Jasmine notó, de pronto, que alrededor de sus muñecas habían aparecido unos grilletes dorados que le sujetaron las manos. Lo mismo le ocurrió a su padre. El Genio se deslizó a sus espaldas. Jasmine se vio obligada a marchar detrás de Jafar.

El Genio se inclinó hacia delante para susurrarles:

—Lo siento. Formáis una pareja preciosa.

—El Sultán es mi padre —estalló Jasmine.

—¡Ay! Perdón. Lo siento. Es bastante común, ¿sabes? Reyes ancianos y muchachas jóvenes. Amores de otoño y primavera. No es culpa mía.

—Por lo menos no me casaré con nadie en contra de mi voluntad. Ni siquiera con Jafar —susurró Jasmine.

—¿Qué tal si mejor no le damos ideas a Don Venganzas? —sugirió el Genio con malicia—. Hay una diferencia significativa entre no poder obligar a nadie a enamorarse y no poder obligarla a casarse.

Tenía razón. Jasmine guardó silencio.

Jafar continuó andando hasta el balcón real. Mientras la extravagante procesión deambulaba por los pasillos, las cosas iban cambiando de una forma sutil o no para ajustarse al gusto del hechicero. Las flores desaparecían o se marchitaban; las pinturas que decoraban las paredes se volvieron negras y se agrietaron. Incluso las piedras sobre las que caminaban se fueron tornando oscuras y brillantes, como obsidianas pulidas.

Jafar abrió la cortina del balcón público y se deslizó hacia el exterior. Los hizo salir a todos, y el Genio empujó a Jasmine y a su padre. Eran un cuarteto extraño: el Sultán casi desnudo, el Genio azul, Jasmine esposada y Jafar que centelleaba gracias a su poder.

Desde todos los rincones de la ciudad, la gente corría hacia la plaza a la que daba el balcón, como hormigas alrededor de un pedazo de sandía que hubiese caído al suelo. ¿Qué había hecho Jafar para que toda aquella multitud acudiera a su llamada? El cielo enloquecido se arremolinaba con la promesa de una tormenta próxima, y los relámpagos se mostraban sobre las nubes. No era la clase de tiempo atmosférico con el que alguien se aventuraría a salir por propia voluntad...

Jafar sonrió, y su diente de oro relució bajo la extraña luz. Levantó el báculo y esperó con paciencia a que, al parecer, todo Agrabah se congregara y guardara silencio.

—Población de Agrabah —dijo. A pesar de que no gritó, sus palabras hicieron eco en todos los edificios—. Por fin, el sufrimiento que os ha provocado el viejo Sultán ha llegado a su fin.

Jasmine no pudo evitar mirar a su padre y ver cómo reaccionaba ante tal acusación. Parecía algo sorprendido. Unos días antes, ella habría reaccionado de la misma forma. Pero, hacía poco, había visto a muchos niños hambrientos que vestían harapos. Había descubierto las organizaciones de ladrones que existían solo porque no había otra forma de ganarse la vida. Había pasado el día con un chico que solo comía lo que robaba.

—Con el apoyo de los guardias del palacio, un Genio más que poderoso y la princesa Jasmine..., ¡yo, Jafar, soy el nuevo sultán de Agrabah! —Si esperaba que lo vitorearan con los brazos en alto, quedó decepcionado. Sus ojos se dispararon hacia la izquierda y la derecha. En vez de entrar en pánico, continuó hablando—: Seré un sultán para el pueblo, atento a todas sus necesidades.

Algunos murmullos surgieron de entre la multitud.

—Ya hemos oído eso antes —gritó alguien como respuesta, con las manos alrededor de la boca para darle más volumen a su voz.

—¡Sí! —exclamó alguien más—. ¿Recordáis la boda? ¡La nueva sultana nos prometió décadas de prosperidad!

Jasmine sintió que le volvía el aliento. ¿Su madre había dicho eso?

—¿Dudáis de mi palabra? —preguntó Jafar, pensativo.

A Jasmine no le gustó el tono de su voz. Haber recibido de pronto poderes mágicos absolutos no parecía haber hecho nada por calmar al hechicero ni por controlar sus tendencias violentas.

Jafar alzó los brazos y exhibió su báculo con cabeza de cobra.

Jasmine y su padre retrocedieron.

—¡Permitidme, pues, que os demuestre mi buena fe con mi primer acto como sultán!

Le lanzó una mirada al Genio. Este, aún sorprendido por el desarrollo de los acontecimientos, sacudió, distraído, los dedos.

Las nubes retumbaron y se partieron con relámpagos.

Comenzó a llover.

Una lluvia... dorada.

Pequeñas monedas de oro cayeron del cielo y tintinearon en los tejados y los adoquines de las calles.

El público se exaltó. La gente se lanzó a por el dinero; alzaban las manos en el aire para atrapar las monedas con una sonrisa. Jasmine desvió la mirada, preocupada por la avaricia que estaba presenciando.

Cuando aquel arrebato multitudinario terminó, la gente comenzó, al final, a vitorearlo.

—¡Larga vida a Jafar!

Jafar se relajó de manera evidente; por fin había obtenido una de las cosas que en realidad ansiaba de ese día.

Tras unos segundos, se volvió a mirar a las tres personas que se encontraban detrás de él y apoyó una mano en el pecho del Sultán.

—¿Lo habéis visto? —preguntó con desprecio—. Ese es poder real.

Entonces empujó al Sultán por el balcón.

Arrodíllate y muestra respeto

En las profundidades del desierto, Aladdín escarbaba.

Escarbaba. Movía piedras. Empujaba montañas fangosas de guijarros y arena. Escarbaba otra vez.

Llevaba dos días haciéndolo.

Un hombre de menor valía se habría dado por vencido.

Tenía tanta sed que se le había hinchado la lengua y ya no podía tragar. Tenía tanta hambre que apenas podía mantenerse sentado; debía estar recostado para continuar en su empeño. Se sentía tan cansado que la diferencia entre estar dormido y despierto era difícil de identificar.

La oscuridad a su alrededor era absoluta excepto por el ocasional destello rojo de la lava debajo de él. El tiempo había perdido todo significado. Aladdín dormía poco; temía no volver a despertarse.

Pero no perdió la esperanza. Aquella inagotable expectativa de un futuro mejor que acompañó a su madre hasta la tumba corría también por su sangre.

No estaba enterrado tan profundamente, ¿o sí? Y, aunque estuviera dormido o vivo y se moviera, el enorme tigre de piedra tenía la misma estructura básica, ¿cierto? Así que era probable que siguiera en la «garganta», que estaba cerca de la «boca», que llevaba a la superficie. Y aquella cosa estaba tan dañada y destruida que, sin duda, tendría agujeros en toda su piel de granito...

¿No es así?

Aladdín tenía dos bienes, además de ese optimismo inagotable, que casi nadie más poseía.

Uno de ellos era un pequeño mono.

No es que fuera de mucha ayuda, pero *Abú* mantenía a Aladdín cuerdo y le daba un motivo para seguir adelante.

El otro, una alfombra mágica que no sabía si era persona o cosa, pero sí muy útil. Cargaba sin problemas montañas de rocas y las retiraba del camino; de cuando en cuando, también prestaba una de sus borlas para empujar alguna roca inamovible. Aladdín se agazapaba en la alfombra para descansar y podía jurar que ella lo mecía un poco.

También tenía pensamientos que lo mantenían ocupado mientras trabajaba. A veces, esos pensamientos se inclinaban hacia el anciano loco y maligno y su intento de asesinarlo. Pero a Aladdín no lo motivaba la venganza; había visto que ese sentimiento agotaba y consumía a otros en el Barrio de las ratas callejeras. No podía entender por qué, una vez que el anciano obtuvo la estúpida lámpara, sintió la necesidad de matarlo. No estaba pensando quitársela. Había algo más, un misterio que resolvería en cuanto escapara de allí.

Pero, sobre todo, Aladdín pensaba en la princesa Jasmine. Si no la hubiera conocido, los guardias reales no lo habrían metido en la cárcel, no habría encontrado al anciano loco y malévolo, y no estaría allí, ahora, intentando salir de un pozo negro y sofocante en medio del desierto.

Pero, aun así, no habría cambiado nada.

Pensó en los ojos de Jasmine clavados en los suyos. Pensó en sus ojos cuando vieron a los niños que mendigaban. Había sido testigo del preciso instante en el que ella había comenzado a comprender el mundo en el que él vivía. Repasó en su cabeza la gracia con que la princesa manejaba su pequeña daga plateada. Pensó en ella bajando del cielo, encima de un extremo de la pértiga, como un ángel guerrero.

Pensar en todo aquello le hacía olvidar que tenía los dedos en carne viva y que el interior de su boca era peor que la arena que escarbaba.

Al final del segundo día —tal vez era la mitad del tercero; era difícil saberlo—, Aladdín comenzó a alucinar.

Se imaginó que había un pequeño mono que vestía un pequeño chaleco como el suyo. Tuvo la visión de una alfombra mágica que lo ayudaba y agitaba sus borlas como una gallina clueca preocupada por sus polluelos.

Aladdín decidió mantener la mirada clavada al frente y seguir escarbando. Las cosas que no eran reales tan solo lo distraerían.

Tras una cantidad desconocida de horas, empezó a tener alucinaciones, y le parecía distinguir una luz que provenía de algún lugar. Una luz amarilla; una luz límpida.

Unos minutos después de empujar rocas hacia un lado y escarbar muchísima arena revelaron que esto, al menos, no era una alucinación. Un agujero del tamaño de un alfiler, no más grande que un túnel de hormigas, dejaba entrar la luz del sol que la cueva absorbía ávidamente.

—¡Veo el sol! —exclamó Aladdín con emoción en dirección a sus amigos, tras olvidar por un momento que no eran humanos—. ¡Lo veo!

Escarbó con más ahínco; arrastraba piedras sueltas e intentaba no animarse demasiado para no provocar una avalancha. Si imaginaba que la alfombra y el mono lo ayudaban, sería mucho mejor.

Tras perder varias uñas más con la desesperación, Aladdín por fin logró abrir un hueco lo suficientemente grande como para pasar la cabeza y los hombros. Cuando las piedras se negaron a moverse más, se quejó, frustrado. No se quedaría atrapado en la caverna hasta morir. Eso no iba a suceder.

Con un último empujón que consumió todas las fuerzas que le quedaban, logró atravesar la arena y salir a la luz.

Se quedó tumbado allí un momento, parpadeando bajo el cegador cielo azul y blanco.

Luego, se rio como un loco bajo el mortal sol desértico. El calor en su rostro se sentía vivo, mucho más natural que las mortíferas llamas de lava. Si iba a morir, al menos lo haría al aire libre, mirando al cielo.

Pero no iba a morir...

Abú y la alfombra llegaron a su lado dando tumbos.

¿Cómo pudo haber dudado de su existencia?

—¡Chicos! —gritó, y los abrazó a ambos—. ¡Sois reales! ¡Todos somos reales! ¡Y estamos vivos! ¡Adelante! ¡Vámonos a casa! —La alfombra se extendió y Aladdín rodó sobre ella, apenas capaz de evitar que la cabeza le diera vueltas—. Agrabah. Llévame a Agrabah.

La alfombra se elevó por los aires y se dirigió al este.

A pesar de que el agotamiento amenazaba con llevárselo, Aladdín mantuvo los ojos abiertos y se obligó a reconocer la aparición de Agrabah en el horizonte. Los muros estaban bastante destruidos y la escena se mostraba demasiado polvorienta como para que fueran imaginarios. Aquello no era un sueño.

Recorrieron la distancia por el aire mucho más rápido de lo que lo habían hecho él y el anciano loco y maligno a pie. Un relajante viento golpeaba a Aladdín en el rostro, y la arena dorada ondulaba debajo de ellos como si fuese agua. Deseó sentirse mejor para poder disfrutarlo. Pensó que con un poco de impulso podría hacer que la alfombra tomara algunas curvas con más velocidad y volara con más fuerza. Era como montar un águila...

La alfombra se detuvo frente al abrevadero de los camellos tal vez de forma más abrupta que lo adecuadamente necesario, lo que provocó que Aladdín, con un movimiento exagerado, cayera sobre uno de los pilones dándose un buen remojón.

—¿Qué intentas decirme, alfombra? —preguntó Aladdín con una sonrisa y con la gloriosa agua deslizándose por su cuello.

Abú ya bebía a borbotones, pero Aladdín esperó a salir del pilón y fue hasta el pozo mismo. Cogió el cubo e ignoró el cazo; vertió el preciado líquido directamente en su garganta.

Solo después de secarse la boca con el dorso de la mano se dio cuenta de que estaban totalmente solos. Miró a su alrededor con suspicacia. No había caravanas que llegaran a dar de beber a sus camellos tras el largo y polvoriento camino por el desierto. Tampoco había caravanas que partieran, con gente que llenara sus cantimploras de agua y dejara a sus camellos prepararse para un largo viaje. No había vendedores que ofrecieran pastelillos a los viajeros hambrientos y cansados. No había vendedores en las calles que intentaran convencer a los recién llegados de quedarse en su hostal o de instalar sus tiendas en sus propiedades. No había niños que se ofrecieran para portear cosas o guiar personas por la ciudad a cambio de una propina.

—Humm —murmuró Aladdín, despacio—. Bien... Busquemos algo de comer. Pero con sutileza.

Hizo un movimiento con el dedo y la alfombra se enrolló. Voló hacia él y se acomodó sin problemas sobre su hombro izquierdo. *Abú* se subió al derecho. Caminaron de forma tan natural como pudieron por la calle vacía.

Mientras los tres avanzaban y se adentraban en la ciudad, las calles permanecían en silencio. El viento desértico soplaba con tristeza entre los puestos, las casas y las plazas vacías. A lo lejos se oía el sonido de algo que Aladdín no lograba identificar del todo, como el lejano susurro de una cálida brisa antes de una tormenta. Fuera de eso, nada.

Agrabah no solía ser una ciudad silenciosa. Siempre había alguien gritando: un mercader que vendía sus productos, un mendigo que suplicaba que le regalaran algunos desechos, madres que regañaban a sus

hijos, hombres que se peleaban. Rara vez lo hacían con ira; era solo la forma en que la gente de ese lugar se comunicaba.

Se rascó la cabeza. Según su experiencia, las cosas raras que no tenían mucho sentido solían conducir a algo malo, como aquel día, hacía años, cuando todas las palomas y los gorriones de la ciudad se lanzaron a volar al mismo tiempo. Fue una imagen increíble y justo después se produjo un terremoto.

Resistió el impulso de silbar, de llenar el aire con algún sonido.

Se asustó cuando un gato solitario maulló desde lo alto de un muro.

Hasta que estuvo casi en el centro de la ciudad no comenzó a ver señales de vida humana. Personas que parecían haberse quedado rezagadas corrían hacia la plaza principal, hacia el palacio.

—Oye, amigo —dijo Aladdín al coger a un hombre por el brazo con un poco más de fuerza de la que usaría con un conocido—, ¿qué se está incendiando?

El hombre lo miró con una expresión de sorpresa.

—¿No lo sabes? ¡Se ha organizado un gran desfile para el nuevo sultán! Suéltame, no quiero perdérmelo.

—¿Nuevo sultán? —preguntó Aladdín, desconcertado—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡El viejo se ha ido! ¡Larga vida a Jafar! —gritó el hombre, y alzó la mano de un modo extraño, casi reproduciendo un saludo militar.

Se liberó de la mano de Aladdín y corrió a toda velocidad por la calle que finalizaba en el palacio.

—¿Se ha ido? —repitió Aladdín, asombrado.

Una semana antes le habría dado igual lo que le pasara al Sultán, para bien o para mal; tal vez hasta habría celebrado un poco el cambio de régimen. Las cosas no podrían empeorar con otro nuevo.

Pero luego había conocido a la princesa Jasmine.

El Sultán bien podía ser, en el mejor de los casos, alguien ridículo, pero no dejaba de ser su padre. Ella nunca había tenido a nadie más.

Y estaba también la no menos importante pregunta de qué le había sucedido a Jasmine ahora que su padre no era el sultán.

Aladdín comenzó a correr en la misma dirección que el hombre. Encontraría en el desfile, al menos, respuesta a algunas de sus preguntas, o cuando menos más gente con la que poder hablar.

Por supuesto, la preocupación por Jasmine y la curiosidad no lo desalentaron de pasar a toda velocidad por un par de puestos abandonados y coger un pequeño kebab, una rebanada de pan de pita y media docena de albaricoques. Llevaba al menos tres días sin probar bocado, y no era solo subirse a la alfombra lo que le causaba mareos.

El ruido que atribuyó al viento con el tiempo resultó ser los murmullos de una multitud. Luego... ¿música? Alguien... Todo un coro... cantaba.

Se refugió en silencio en la pared de un edificio y dobló una esquina de puntillas para no ser visto. Pero no tendría que haberse preocupado por ello, pues nadie se fijó en él.

En todas las calles, que parecían comenzar desde el escondite de Aladdín y terminar en el palacio, se estaba desarrollando el más grande y extraño desfile que jamás se hubiese organizado en la historia de Agrabah.

El volumen de la música era ensordecedor y se escuchaba en todas partes al mismo tiempo. Tambores y trompetas, y personas con ropas de muchos colores gritaban las alabanzas propias para el sultán, con declaraciones extraordinarias y listas de hazañas improbables.

Pero... parecía que algunas de las personas del público acompañaban el canto como si de alguna forma conocieran la letra. Eso era más que una mera peculiaridad.

Los cantantes del desfile iban seguidos de una docena de tragafuegos y acróbatas que saltaban y hacían cabriolas con unas sonrisas desquiciadas reflejadas en sus rostros y llamas en sus miradas. El público exclamaba

«¡Oh!» y «¡Ah!», sorprendido y admirado, mientras los artistas se tragaban las espadas y exhalaban nubes de humo.

Pero... Aladdín había visto tragafuegos en el mercado varias veces y conocía casi todos sus trucos. Estos, sin embargo, parecían estar respirando fuego... de verdad...

Detrás de ellos, cien hombres con brillantes armaduras negras ceremoniales marchaban como escarabajos en perfecta sincronía. En lugar de espadas, blandían sistros plateados que tocaban como si todos los guerreros angelicales del paraíso estuvieran a punto de desfilar.

O tal vez no del paraíso. Sus ojos parecían estar en llamas también.

Tras ellos venía un batallón blandiendo cimitarras plateadas que parecían tan afiladas que podrían rebanar al mismísimo cielo. A pesar de la increíble habilidad de los participantes, Aladdín retrocedió un poco.

A continuación, desfilaban varias docenas de bailarinas con poca ropa. Eran hermosas, voluptuosas y elegantes. Había un extraño parecido entre todas ellas; no porque fueran hermanas, ni primas, ni parte de un harén demasiado cercano. El parecido estaba más en su porte. La sonrisa en sus rostros era la misma y no llegaba del todo hasta sus ojos.

Aladdín se sintió tan incómodo al contemplar a aquellas jóvenes como se había sentido con las cimitarras y los tragafuegos.

Enseguida, sobre ruedas, pasó lo que al ojo entrenado de Aladdín le pareció una réplica de oro exacta del palacio, tal vez de oro macizo, dado el esfuerzo de los caballos que la arrastraban. Pequeñas figuras mecánicas —incluida una Jasmine en miniatura— saludaban desde los diminutos balcones.

Detrás de aquella maqueta, marchaba un zoológico entero de animales albinos, lo que era más que extraño, pues varias de esas bestias no eran el tipo de criaturas que se podían entrenar para desfilar. Cocodrilos, por ejemplo, y pavos reales que avanzaban en formación perfecta. Había unos

cuantos domadores, algunos látigos y unas tantas correas, pero todo se mantenía dentro de un orden fuera de lo normal.

Tras ellos iban los elefantes. No eran elefantes comunes. Eran enormes, mucho más grandes incluso que los originarios de las junglas occidentales al otro lado del océano. Todos tenían unos colmillos inmensos que culminaban en una curva, mucho más largos incluso que un hombre adulto. En algunos de ellos se podían apreciar cuatro colmillos. Y sus ojos eran mucho más pequeños que los de un elefante normal. Y tenían pelo.

En el lomo del más grande de todos se distinguía un asiento decorado con joyas y cubierto con un toldo. Y sobre él viajaba Jafar, el consejero más cercano al Sultán, el que algunos decían que era el hombre más aterrador de Agrabah.

Era él, según Razoul, el responsable de que hubieran arrestado a Aladdín y lo hubieran encerrado en los calabozos.

Jafar sonreía, una expresión que era tan poco natural en él como lo era en las bailarinas a sus pies. Con la mano izquierda saludaba a las multitudes que aplaudían. Cada vez que hacía un movimiento adicional con la mano, del cielo caían pequeñas monedas de oro y pedazos de pan.

La gente enloquecía; adultos y niños se lanzaban al suelo para coger el botín.

Aladdín frunció el ceño. Aunque circulaban rumores de que Jafar era un experto en las artes oscuras, nunca había demostrado tener poderes de aquel tipo. La explicación podía relacionarse con la criatura que flotaba con tristeza detrás de él, justo por encima de su monstruoso elefante. Parecía, en cierto modo, un hombre, un hombre azul cuya mitad inferior era de humo.

Un *djinn*.

Jafar había conseguido un *djinn*. Aladdín creía que no eran más que leyendas. Para dormir, su madre solía contarle historias sobre los *djinn*,

los *ifrits* y los *marids* y toda clase de criaturas extraordinarias que llevaban muertas más de mil años.

Esta parecía querer estar muerta. Movía el cuerpo con pesar, y su rostro era la expresión de la miseria misma. Cada vez que Jafar agitaba la mano, el Genio apuntaba el dedo con tristeza y otra lluvia de monedas y pan se hacía presente, y la gente vitoreaba.

Aladdín inclinó la cabeza e intentó ver por qué Jafar solo alzaba la mano izquierda.

Se subió a la alfombra para tener una mejor vista desde las alturas. Ahí.

En la mano derecha, Jafar empuñaba una vieja lámpara de cobre como si fuera su posesión más preciada, como un bebé o un puñado de joyas.

«¿Una vieja lámpara de cobre?»

De repente, todas las piezas comenzaron a encajar, a demasiada velocidad para el cerebro de Aladdín, aún agobiado por el calor.

Jafar era el anciano malévolo. De hecho, ahora que Aladdín lo miraba de frente, el parecido era inconfundible. Lo único que necesitaba era una barba falsa, una túnica vieja y un poco de —extraordinaria— actuación. Jafar había metido a Aladdín en los calabozos con acusaciones falsas justo para que él cogiera la lámpara... la lámpara en la que el Genio estaba atrapado, tal como contaban las historias. Y los genios concedían deseos.

Uno de esos deseos debió de ser convertir a Jafar en sultán y permitirle adueñarse de Agrabah, tener poder sobre los ciudadanos y organizar ese extrañísimo desfile.

Aladdín dejó que la alfombra lo ocultase en las sombras.

Las cosas eran confusas. ¿Dónde estaba el viejo Sultán? ¿Dónde estaba Jasmine? ¿Les habían hecho prisioneros? ¿Había escapado, la princesa? ¿Estaba...? No, no iba a pensar en la tercera posibilidad; no iba a hacerlo.

Necesitaba descansar, reorganizarse y tomarse un tiempo para pensar. Sin embargo, no quería regresar a su escondite. Era probable que Jafar creyese que estaba muerto en el desierto... pero a Aladdín le inquietaba

que el hechicero hubiera sabido dónde estaban Jasmine y él. Casi como si los vigilara a distancia. Con magia. Aladdín necesitaba mezclarse entre la gente, volver a ser una rata callejera invisible.

Rata callejera.

«Humm...»

La alfombra mágica giró despacio hacia una calle vacía, como si sintiera el humor contemplativo de Aladdín. *Abú* chilló en un tono inquisitivo.

—Creo que por fin ha llegado el momento de visitar a unos viejos amigos —decidió Aladdín—. ¡Alfombra, vamos a la guarida de las ratas callejeras! —exclamó—. Si no me matan antes —susurró.

Los planes de Jafar, el destino de los *djinn*

A través de una ciudad que se horneaba bajo el ardiente sol, la multitud se apresuraba a volver a sus casas después de la celebración más grande jamás vista en Agrabah.

En el palacio, Jasmine se encontraba recostada en su cama e intentaba no llorar. No estaba del todo sola, por supuesto, *Rajah* estaba con ella. Acarició el grueso y espeso pelaje de su tigre y hundió la cara en él. Esa suavidad la reconfortaba de una manera sobrenatural.

Apenas... apenas... había empezado a entender que su padre era algo más que su padre. Era también un ser humano con defectos humanos. Apenas comenzaba a comprender que podía amarlo, juzgarlo y aceptarlo, todo al mismo tiempo.

Pero ahora estaba muerto.

No dejaba de oír su risa y ver su rostro. Si cerraba los ojos y hundía la cabeza en el lomo de *Rajah* y se esforzaba mucho, era como si nada hubiera ocurrido y todo hubiera sido una simple pesadilla. Su padre estaba en el palacio, divirtiéndose con sus juguetes, y vendría a verla pronto.

Cada cierto tiempo, Jasmine alzaba la mirada con esperanza.

Pero claro que él no estaba allí. Se había ido para siempre.

Alguien llamó a la puerta.

Rajah dejó escapar un gruñido.

Jasmine no tuvo tiempo para sentarse y gritar: «¡Largo de aquí!», ni para prepararse antes de que Jafar entrara en la habitación. El miserable Genio iba detrás de él como un perrito faldero. Le dirigió una débil sonrisa.

Rajah le mostró los dientes a Jafar.

El Genio chasqueó los dedos y un ratón de peluche que olía a hierba gatera apareció de la nada. *Rajah* se distrajo de inmediato y comenzó a darle golpecitos con sus enormes patas. Jasmine le dirigió una mirada de agradecimiento al Genio. Ambos sabían que Jafar pulverizaría a su querida mascota si tan solo intentaba oler al hechicero.

—Hola, querida —saludó Jafar con su «alegre» y empalagosa voz—. Te veo un poco cansada hoy. ¿Has dormido lo suficiente?

—Mataste a mi padre —dijo Jasmine sin inflexión alguna en la voz.

—Ah, ¿aún te molesta eso? Olvídalo. —Hizo una mueca pensativa, casi afligida—. Puedo hacer que lo olvides, si quieres...

—¡No! —gritó Jasmine.

—Vale, de acuerdo —dijo Jafar sonriendo.

Se acercó a la cama y se sentó junto a ella. ¿Cómo se atrevía a invadir el más privado de los espacios? Tendría que lavar todas las sábanas. O quemarlas.

—Solo he venido a decirte, de nuevo, lo mucho que me alegra que vayamos a casarnos... y fortalecer así mi derecho al trono.

—Ya tienes el trono —dijo Jasmine con indiferencia—. ¿Para qué me necesitas? Deja que me marche. O mátame. O algo parecido. No necesitas que me case contigo. Has tomado por la fuerza lo que querías.

—Y en general estaría de acuerdo contigo en que ya tengo bastante —contestó Jafar con un cansado suspiro y dándole unas palmaditas en la rodilla a Jasmine. El contacto hizo que la princesa se estremeciera—. Pero hasta el hechicero más poderoso del mundo tiene algunas limitaciones en lo que respecta a la tradición..., la historia..., la religión... y la opinión pública. De verdad que es la forma más fácil. De cualquier modo, ibas a casarte con un príncipe elegido para ti de manera arbitraria, el cual heredaría el trono. Da lo mismo que sea yo.

—No iba a...

—Ah, claro que sí —le espetó Jafar—. Tu padre te consentía mucho, pero habría terminado por ceder a la tradición, a la ley. Era un cobarde. Y te habría entregado como si fueras cualquier otra propiedad al príncipe al que detestaras menos. Créeme, niña, sé lo que es que no te valoren, ser propiedad de otro. Pero, por desgracia, eres la princesa real y yo soy el sultán, y necesito tu mano para fortalecer mi reinado. Y, repito, tú no tienes ni voz ni voto en este asunto.

—Si fuera la «hechicera más poderosa del mundo», la tendría —protestó Jasmine.

Jafar se rio. Para sorpresa de Jasmine, no fue una risa muy malvada.

—No estoy seguro de que tengas lo necesario para emprender ese camino. Yo soy muy paciente. No te preocupes, princesa Jasmine, llegarás a amarme con el tiempo.

—Nunca... te... amaré —escupió Jasmine entre dientes—. ¿O acaso tus últimos experimentos con la magia negra no han logrado convencerte de mi decisión?

Los ojos aún le dolían por los «gestos hipnóticos» que Jafar había practicado como un bobo adolescente, aunque fuera un bobo adolescente que consultaba un libro forrado con piel humana.

Las burlas no le molestaron a Jafar en lo más mínimo.

—Bien, el Genio no podrá hacer que me ames porque es tonto y débil, y quizá no lo haya logrado aún, pero... hay... otras formas. —Sus ojos se clavaron en la lejanía—. Pronto romperé las patéticas leyes mágicas que controlan al Genio... y me limitan. Entonces levantaré a los muertos de sus tumbas para que hagan lo que yo les ordene. Mataré a quien se me oponga con un chasquido de los dedos. Por lo tanto, no solo tú, sino ¡todos los habitantes de Agrabah me amarán!

No le prestaba atención a nada ni a nadie en la habitación; se estremecía y miraba al vacío como un loco. La mano que no sostenía el báculo se cerró en un tenso puño.

Jasmine miró su transformación horrorizada; el Genio, resignado.

Incluso *Rajah* había desviado la mirada de su juguete para ver al humano que se comportaba de forma tan extraña. Un grave gruñido se le formó en la garganta.

Jafar miró al tigre con el rabillo del ojo. Pareció recuperarse de aquello que lo había poseído, bajó los hombros y relajó las manos. Su expresión volvió a ser la de superioridad sarcástica que era habitual en él.

Luego, chasqueó los dedos.

Rajah voló por la habitación como si un gigante lo hubiera agarrado y lo hubiera lanzado. El tigre se estrelló de cabeza contra la pared del otro extremo de la habitación, y cayó al suelo como un saco de huesos inerte.

—¡*Rajah*! —gritó Jasmine, y corrió hasta él.

El tigre alzó la cabeza, mareado y confundido. Soltó unos pequeños maullidos, herido. Jasmine le envolvió el cuello con sus brazos.

—Si no puedo tener amor aún, tendré al menos miedo y respeto —refunfuñó Jafar—. La fuerza de un tigre no es nada en comparación con el poder mágico que ahora poseo. Te convendría recordarlo.

Jasmine le susurró algo al oído a *Rajah* y le acarició el cuello. Tenía una herida sangrante sobre el ojo izquierdo y le estaba saliendo un enorme chichón detrás de la oreja. Intentó varias veces levantarse y se tambaleó con incertidumbre.

El Genio agitó la cabeza con compasión.

—Eres un monstruo, Jafar —murmuró Jasmine.

—No tienes idea, princesa —siseó Jafar en respuesta. Esbozó entonces aquella sonrisa fina y de labios fruncidos que le llegaba a las orejas, pero no a los ojos. Caminó hacia el Genio mientras hacía amplios gestos con los brazos—. Pero, en principio, vine aquí por una razón mucho más alegre. ¡Genio, quiero que confecciones el vestido de bodas más magnífico que el mundo haya visto para mi flamante novia! Cuando quedemos

unidos en matrimonio, deseo que todos los mortales nos miren con asombro y se maravillen.

—Pensé que sería una ceremonia privada —señaló el Genio con acritud.

Jafar lo ignoró.

—Me voy para que os ocupéis de todo... Da mala suerte ver a la novia con su vestido antes de la boda y esas cosas...

Movió los dedos y salió de la habitación golpeando el suelo con el báculo de ébano con cabeza de cobra mientras avanzaba con paso arrogante. Las puertas se cerraron mágicamente a su espalda.

Rajah gimoteó un maullido.

Jasmine lanzó una mirada fulminante al Genio.

De pronto, el Genio iba disfrazado como un sastre, con agujas en los labios y con una cinta métrica en las manos para poder tomar las medidas de Jasmine.

—Eh... supongo que no sabes qué mide tu cintura —dijo con voz suave.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—¿Cómo puedes hacer esto? —exclamó Jasmine con voz suplicante, también al borde del aullido. La histeria que se había acumulado en su interior durante la última semana amenazaba con estallar y apoderarse de todo. Se levantó del lugar junto a *Rajah* y comenzó a caminar de un lado a otro en un intento por no explotar. Cruzó los temblorosos brazos para intentar calmarlos.

El Genio se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Él tiene la lámpara. Él tiene el poder. Tengo que hacer lo que me ordena. Por eso, digo: «¿Qué desea, amo?». ¿O no lo has oído?

—¡Has convertido a la peor persona en el hechicero más poderoso del mundo! ¡Está loco! ¡Agrabah está condenada! ¡Y yo he de casarme con él! ¿Y no te importa?

—Claro que me importa. ¿Crees que no me importa? Para ser una princesita insolente, no pareces tan mala persona y, sí, diría que tu ciudad está a punto de convertirse en una pesadilla distópica fascista. Pero... presta mucha atención..., tengo que hacer lo que él me ordene —dijo. Jasmine abrió la boca para contestarle, pero el Genio no la miraba. Sus ojos fantasiosos se perdían en el vacío, en sus recuerdos—. Tuve un amo una vez. Un buen tipo. Quería... ¿Estás lista para esto? Un rebaño de ovejas un poco más grande y una casa. Tenía una choza; quería una casa. Le di una casa. Y le di las ovejas. Y una esposa, quien, debo añadir, estaba más que feliz de casarse con alguien con más ovejas. Nada de romper las leyes mágicas en este caso. Lo único que debía hacer era encontrarla. Tres bonitos y pequeños deseos y estaba feliz de liberarme. Todos deberían ser así de modestos.

—¡Basta! —gritó Jasmine—. ¡Basta de tus chismes y cuentos estúpidos! ¡Esta es mi vida, la vida de *Rajah*, la vida de todos en Agrabah, y tú lo afrontas como si fuera una tontería! ¡Eres ridículo!

—¿Yo soy ridículo? —rugió el Genio. El humo azul se enturbió. El Genio se ensanchó hasta ser varias veces el tamaño de Jasmine. La princesa intentó no retroceder. La habitación se llenó de nubes oscuras y pequeños relámpagos que refulgían en las paredes—. No creo que hayas entendido la letra pequeña, alteza. Estoy a-tra-pa-do. Soy un ser vivo que siente y que piensa y que lleva diez mil años atrapado en una lámpara. Solo salgo para recibir órdenes de vosotros, los ridículos humanos y sus avaros y desquiciados deseos. ¿Crees que tú podrías seguir cuerda si vivieras en esas condiciones tanto tiempo?

Jasmine nunca lo había pensado así. Los genios eran... criaturas mágicas que solían estar atrapadas en lámparas y a quienes se les podía exigir que cumplieran deseos. Nunca había pensado en ellos como personas. En las historias, nunca eran seres humanos. Solo hacían lo que se les ordenaba.

El Genio estaba lejos de haber terminado.

—Además: toda mi gente desapareció. El pueblo de los *djinn* desapareció. Desapareció de este mundo. Por completo. Sí. Pues eso pasó en algún momento de los últimos diez mil años. No estoy seguro de cuándo ni cómo, porque yo estaba dentro de la lámpara cuando sucedió. Soy el único que queda. Así que estoy solo en el mundo, y si por algún designio de la magia pudiera liberarme, no tengo hogar al cual ir ni nadie con quien estar. Ah, sí. ¿Ese pequeño detalle también se la ha escapado a su real alteza? ¿Lo de «liberarme»? —El Genio le restregó los antebrazos por la cara a Jasmine. Ella intentó no encogerse frente a los brazaletes dorados que estuvieron a punto de romperle la nariz—. Es-cla-vi-za-do. Esto son esposas, muchachita. Pero... ¿tú qué vas a saber de eso? —De pronto, el Genio pareció exhausto. Se encogió y, al mismo tiempo, pareció alejarse de Jasmine—. Tú eres una princesa entre hombres. No tienes idea de lo que es sentirse atrapado.

Jasmine respiró profundamente. Dio un paso al frente y le puso una mano en el brazo, justo por encima del brazalete.

—Genio... —Lo miró a los ojos, que estaban en una cabeza más grande que la de un toro y que eran de un violento tono azul. Era difícil verlo como un humano; no, como una persona. Pero tenía que hacerlo—. Estoy muy arrepentida por no haber comprendido tu situación. No tenía idea de cómo viven los genios, los *djinn*. O cómo vivían. Como has dicho, soy una princesita insolente. Soy una idiota. ¿Yo qué sé? —El Genio se sintió compungido, pero ella movió la cabeza para detenerlo—. Tú has vivido muchísimas vidas más que yo... Juzgarte ha sido grosero y soberbio por mi parte. Abuelo —añadió con un brillo en los ojos.

—Oye, oye...

—Pero, bueno, ya que hablamos de estar atrapados... Antes de que todo este asunto con Jafar y contigo comenzara, mi padre me iba a entregar, como bien dijo Jafar, al príncipe que me resultara menos detestable. Y

luego mi trabajo sería que naciesen bebés hasta tener un heredero varón. En el supuesto, ya sabes, de que no muriera durante el parto. Tendría suerte de llegar a los cuarenta años, no te digo a los diez mil. Y, en este momento, estoy encerrada en mi habitación a la espera de casarme con un hombre a quien odio y odiaré a lo largo del resto de mi vida, a menos que él encuentre algún conjuro que me haga amarlo como una marioneta descerebrada. Si esa no es la definición de estar atrapada, no sé cuál es.

El Genio la observó en silencio durante un largo rato.

—Disculpa aceptada —dijo al fin.

No hizo precisamente un chiste. Pero ella alcanzaba a ver en sus extraños ojos que la comprendía.

Jasmine sintió de repente que toda su energía, todo el miedo, la tristeza, la rabia, la histeria, la abandonaban. Se tumbó con tanta gracia como pudo sobre la cama y se frotó los ojos. Tenía un compañero en su misma situación, tan impotente como ella. Podían apoyarse el uno en el otro, pero no mucho más. ¿Qué clase de victoria era esa?

Era la clase de victoria con la que tendría que conformarse por el momento, entendió.

—¿Todo el pueblo *djinn*? ¿Como en las leyendas? —preguntó, temerosa, pero con curiosidad.

Rajah saltó a la cama junto a ella. Jasmine le acarició la cabeza y se recostó sobre su lomo firme y cálido, como si se preparara para escuchar un cuento de buenas noches.

—Sí. Gente como tú —dijo el Genio con añoranza—. Perdona, no como tú. Nosotros éramos lo que vosotros llamáis «mágicos», pero lo que nosotros llamábamos «normales». Y no nos veíamos como vosotros los humanos. Mi esposa era púrpura, y...

—¿Tu esposa? —preguntó Jasmine, y se sentó.

—Sí. Ella también se fue —respondió el Genio con tristeza.

Chasqueó los dedos y un espejo plateado apareció y flotó en el aire entre ellos. En vez de reflejar la habitación, mostró a una chica púrpura sonriente. Tenía lo que parecían ser cuernos detrás de las orejas y garras en los pies.

Mientras la veía más de cerca, Jasmine intentó recordar que no era solo una criatura legendaria, sino que era una mujer que alguna vez estuvo viva y casada con el Genio, y que vivieron lo que para los *djinn* era una vida normal. Si se concentraba, Jasmine podía comenzar a ver a la persona detrás de aquel color púrpura: pequeñas arrugas que se le formaban en los ángulos de los ojos al sonreír, una pequeña constelación de pecas de un púrpura más oscuro que atravesaba su nariz, líneas de expresión entre las cejas. Distinguía el tipo de barriga redonda y brazos rechonchos que la gente suele tener después de estar casada un tiempo y estar conforme con su existencia.

—Se la ve feliz —afirmó Jasmine, cuidadosa de no usar el cumplido «bella»; además, esos cuernos...

—Sí, pues, es porque en ese momento no me estaba gritando ni lanzándome cosas —respondió con cariño el Genio—. Es broma. Nos peleábamos mucho, pero también nos amábamos. Mucho. —Le mandó un beso a la imagen, la cual desapareció en una nube de humo azul.

—¿Qué... pasó?

—Ah, ya sabes. —El Genio agitó la mano con un gesto desdeñoso—. Lo de siempre. Oscuras profecías sobre el fin del mundo. El fin de nuestro mundo, quiero decir. El tiempo se acababa para los *djinn*. Comenzaba la Era del Hombre. Un joven y ambicioso *djinn* que ya poseía un poco más de poder que aquellos que estaban a su alrededor lo usó como excusa para conseguir todavía más. Salvar nuestro mundo. «Lo hago por mi esposa e hijos», ¿sabes?

—¿Tenías hijos también?

—No, es un decir. Estoy en medio de una historia, amiguita. ¿Te molesta? Así, para no hacer el cuento más largo, el camino más rápido al poder infinito es... tener deseos infinitos, ¿verdad? Un deseo es la cosa más poderosa del universo, si sabes cómo manejar las limitaciones. Así que emprendí el camino para convertirme en lo que vosotros llamáis un «genio», el ser más poderoso de este mundo. Pero había un pequeño problema: no leí bien la letra pequeña; uno no puede pedirse deseos a sí mismo. El universo tiene formas de mantener todo equilibrado. Sí, debí haberlo entendido mejor al ser estudiante de los grandes poderes mágicos. Pensé que estaba por encima de todo eso. Así que... bim, bam, badabum, henos aquí. Aún pago por mi arrogancia, diez mil años después. Y los *djinn* se extinguieron de todos modos. Como dicen por ahí: FIN.

Jasmine estaba callada. Era demasiada información para poder procesarla. Un pueblo entero desaparecido, un hombre que intentó evitarlo y fracasó. La historia del Genio era triste y terrible.

Y, sin embargo, si ignoraba que supuestamente pensaba en salvar a su gente cuando buscó obtener ese poder ilimitado, casi alcanzaba a ver cierto parecido entre su camino y el de Jafar.

Aun así, el Genio los perdió a todos y, al quedarse atrapado en la lámpara, puso en marcha los acontecimientos que llevarían a que el codicioso Jafar obtuviera poder casi ilimitado para sí mismo. Era como un ciclo interminable de avaricia, poder y locura.

Y finales infelices.

Sin duda, el universo tenía una forma terrible de mantenerlo todo en equilibrio, si es que eso era lo que estaba pasando, reflexionó Jasmine.

Se estremeció al pensar que Agrabah terminaría como el imperio de los *djinn*: olvidado y convertido en leyenda.

—Así que... otra vez, para no hacer la historia más larga... te ayudaría en un santiamén, si pudiera —dijo el Genio con amabilidad—, pero esto es todo lo que puedo hacer por el momento.

Movió el dedo de arriba abajo con tristeza. Salió un humo blanco de la punta de su dedo y se convirtió en un hilo de seda. El hilo se elevó y descendió y luego comenzó a enrollarse. Iba cada vez más deprisa y uno de sus extremos se volvió puntiagudo y dorado, como una aguja. El susurro de la tela al rozar con más tela se fue haciendo más audible mientras una silueta comenzaba a formarse.

Jasmine miró, hipnotizada, cómo aparecía un vestido en el aire.

No era el vestido más maravilloso que el mundo hubiera visto. Era de color hueso; los hoscos hilos estaban tejidos con tal soltura que parecían formar capas de red. En vez de mangas normales, el material se acumulaba en los hombros, en los codos y en las muñecas, se extendía hasta el suelo y dejaba los brazos al descubierto. No llevaba bordados ni encajes, ni pequeños cristalitos cosidos en la tela, ni perlas ni joyas ni ningún brillante. El dobladillo quedaba por encima de los tobillos.

—Es muy bonito —afirmó Jasmine.

Se puso de pie y se acercó al vestido para imaginarse cómo le quedaría puesto. Le dio la vuelta y las capas de tela brillaron. Era perfecto para bailar.

—Es el vestido que mi esposa llevó el día de nuestra boda —dijo con tristeza el Genio.

Se volvió y salió flotando de la habitación en forma de humo; apenas necesitó mover la puerta para pasar a través de ella.

Jasmine lo observó marcharse aún con el vestido en las manos. Por alguna razón, lo cogía ahora con más fuerza. Tuvo que forzarse a relajar las manos para que sus uñas no arruinaran la hermosa tela.

No iba a derramar más lágrimas.

Era la princesa real. Tenía que comenzar a actuar como tal. Debía dejar de hablar sobre estar atrapada y ser un juguete en manos de los hombres. Tenía que comenzar a actuar.

Tenía que empezar a ser la heroína.

Las ratas callejeras

La alfombra volaba por una calle solitaria. Aladdín iba de pie sobre ella y apenas necesitaba mover los brazos para equilibrarse, incluso aunque tomaran alguna curva a gran velocidad. Una vez más, deseó tener tiempo para averiguar lo que en realidad podía hacer, pero asuntos más urgentes lo esperaban en el Barrio de las ratas callejeras.

Si las zonas que Jasmine había visto eran aterradoras, esta vez Aladdín se adentró en vecindarios que eran mucho más peligrosos.

Los altos y antiguos edificios se apilaban unos sobre otros y bloqueaban el cielo que se asomaba por encima de ellos. Al mediodía, las calles estaban cubiertas de sombras, lo que originaba un alivio para aquel sol abrasador, pero hacía que todo quedara envuelto en un extraño crepúsculo. Había muchos lugares en los que esconderse. Las ventanas negras de las casas deshabitadas parecían cuencas de ojos vacías. Estatuas sobrias y destruidas, y montañas de ladrillos que se derrumbaban hacían que el área pareciera una zona de guerra. El único espacio abierto era uno de los pocos cementerios dentro de las murallas de la ciudad. Sus aterradoras y puntiagudas tumbas se erguían como dientes retorcidos que apuntaban en todas las direcciones.

El lugar entero estaba inundado de soledad y desesperación... y, sin embargo, al mismo tiempo se notaba una sensación constante de estar siendo observado por alguien —o algo— que no era perceptible a la vista.

Las únicas personas visibles tenían una mirada sospechosa y transmitían una sensación de maldad. Aladdín bajó de la alfombra frente a un edificio abandonado igual que el resto. Ya acostumbrada a su nueva

rutina, la alfombra se enrolló sobre sí misma y se colocó encima del hombro del joven.

Habían transcurrido años —y no era una exageración— desde que Aladdín había puesto un pie en ese sitio. Mientras cruzaba con cuidado el polvoriento umbral, vio que era casi idéntico a como lo recordaba. A pesar de que las habitaciones sin ventanas debían estar casi en completa oscuridad, las grietas que atravesaban las paredes con un extraño acuerdo iluminaban las cosas necesarias. Una puerta por aquí, una escalera por allá. Una trampa escondida ahí...

... que Aladdín recordó en el último instante. Logró echar el pie hacia atrás justo antes de pisar la cuerda que lo habría atrapado y lanzado por los aires, atado como un conejo.

Con una exhalación temblorosa, avanzó con mucha cautela por el edificio hacia una habitación trasera. Contando de tres en tres, encontró el tablón que debía levantar para descubrir una vieja bodega. Una vez abajo, caminó de puntillas alrededor de lo que parecía un nido de escorpiones y se deslizó por detrás de algunas ánforas de arcilla rotas. Por último, saltó en dirección a un túnel negro e inclinado para caer sobre un tobogán de metal por el que descendió sin dificultades.

Al fondo, para recibirlo, había una caverna que, a pesar de recordarla con cariño, ahora le parecía muy similar a la Cueva de las Maravillas. Intentó no entrar en pánico: tragó saliva varias veces y trató de fijarse desesperadamente en las diferencias entre ambas. Esta era más pequeña y para nada estaba llena de tesoros y joyas, solo se distinguían decenas de lámparas de aceite que parpadeaban y varios pares de ojos que brillaban.

—Bonito lugar el que todavía tenéis. —Aladdín arrastró las palabras en un intento por no dejar que se le quebrara la voz—. Me gusta lo que no le habéis hecho.

—Aladdín.

La silueta pequeña y de músculos firmes de Morgiana apareció de entre las sombras. Iba vestida de manera distinta a la última vez que Aladdín la había visto: llevaba unos pantalones bombachos bien ceñidos a la cintura, de forma que se movían con el más mínimo movimiento de sus caderas. Solía usar una ajustada blusa que dejaba al aire su ombligo y sus brazos, pero ahora vestía una holgada camisa hecha del mismo material con el que había atado su impenetrable masa de rizos negros.

Su nariz aguileña de aristócrata estaba arrugada como si hubiera olido algo asqueroso, y tenía los robustos labios fruncidos. No había rastro alguno del hoyuelo que solía aparecer en su mejilla cuando sonreía.

—No recuerdo haberte invitado a cenar —dijo.

—Pasaba por aquí, así que pensé en hacer una visita —respondió él—. ¿Qué hay de nuevo?

—¡Aladdín! —Duban dio un paso al frente con una sonrisa mucho más genuina que se desvaneció casi al instante, como si de pronto hubiera recordado algo sobre su viejo amigo. Aquel pilluelo estaba como siempre, si bien un poco más alto: fuerte, rechoncho, con unos ojos sorprendentemente inteligentes en una cara amplia y abierta, cabello largo y negro atado en una cola de caballo con aros dorados. Sus orejas también estaban adornadas con aros de oro—. Ven, siéntate. Come con nosotros.

Aladdín se fijó en los pares de ojos adicionales que lo contemplaban desde la oscuridad. A Morgiana y Duban los conocía de toda la vida. No podía decir lo mismo del resto. Su pequeña pandilla de ladrones había crecido con los años; si, por alguna razón, las cosas se ponían difíciles, sería muy complicado escapar.

Pero había llegado hasta allí.

—Por supuesto —contestó con una alegría forzada. Incluso una sonrisa falsa escapó de su rostro mientras se acercaba a la pila de cojines y tapetes.

A salvo por el momento, el cansancio lo abrumó. Llevaba días comiendo poco, y los acontecimientos de los últimos días comenzaban a pasarle factura.

La expresión de Morgiana se suavizó.

—¿Estás bien?

—Lo estaré —respondió con un movimiento de la mano.

Se sentó con tanta elegancia como pudo sobre la mesa baja e intentó tomar algunas uvas lentamente, con toda la naturalidad que le fue posible.

—Te traeremos agua —dijo Morgiana.

Hizo un ruido como un chasquido y señaló con la barbilla a uno de los golfillos mucho más jóvenes que los miraban desde la oscuridad.

—Otra taza para nuestro invitado. ¡Rápido, Hazan!

Un niño pequeño se movió con la velocidad de una sombra para cumplir sus órdenes.

—¿Qué ha sido de tu vida? —preguntó Duban al sentarse junto a él—. Parece que has estado en una pelea.

—Ah, no es nada. Problemas nada más, como de costumbre —respondió Aladdín.

Cuando el niño regresó con el agua, Aladdín la sorbió despacio, como si no fuera gran cosa. Luego, lanzó cinco uvas al aire y las atrapó con la boca; se las tragó sin masticar.

—Creo que una pregunta más importante es qué ha pasado con Agrabah en los últimos días, mientras he estado... atendiendo otros compromisos.

Duban se rio.

—¡Qué más quisiéramos saber todos nosotros! Parece que el repugnante gran visir Jafar ahora es el repugnante sultán Jafar.

—Me he dado cuenta —dijo Aladdín mientras asentía.

—De hecho, ha estado... bastante bien —admitió Morgiana—. Me refiero al cambio de régimen. No ha habido demasiada violencia ni tampoco un levantamiento militar. Y la vida con el nuevo sultán, hasta

ahora, ha estado bastante bien. Nadie en la ciudad ha padecido hambre desde que llegó al poder. Todos en el Barrio de las ratas callejeras han tenido la barriga llena; algunos por primera vez en sus vidas. Nadie ha tenido que robar comida gracias a los regalos.

—Lo que hace que nuestro negocio tenga cierta inestabilidad —dijo Duban con una sonrisa entre dientes—. Sobre todo, con el anuncio de Jafar acerca de las nuevas patrullas de la paz que vigilarán la ciudad. El crimen ya ha disminuido.

—Pero, aparte de nosotros, todo el mundo está muy contento —añadió Morgiana alegremente—. A nadie le importa que Jafar haya matado a sangre fría al viejo barbudo.

Aladdín se atragantó con una uva.

—¿Lo ha matado?

—Sí —respondió Duban con un filosófico encogimiento de hombros—. A pesar de sus bondades, Jafar no es precisamente un ángel. Llamó a toda la ciudad a reunirse frente al balcón público y anunció que él era el nuevo sultán. Luego, lanzó al viejo Sultán por la barandilla. Así, sin más.

—Después, hizo que lloviera oro —señaló Morgiana.

Con un familiar movimiento de los dedos, una pequeña moneda apareció en su mano. Brillaba de forma siniestra bajo la luz de las lámparas. Aladdín vislumbró montañas de las mismas monedas detrás de ella. Eran como versiones en miniatura de los tesoros dorados dentro de la Cueva de las Maravillas.

Frunció el ceño y cogió la moneda de las manos de Morgiana. Ella no puso ningún tipo de reparo, eso era contrario a la actitud de la antigua Morgiana, quien habría protestado y se la hubiera arrebatado de inmediato. Tan solo lo miró mientras la sostenía con cuidado entre el pulgar y el índice, y la inclinaba un poco para observarla mejor. La notaba como si fuera de oro puro y real: más pesada de lo que su pequeño tamaño sugeriría. Una de sus caras estaba en blanco; en la otra había un extraño

símbolo dentado que Aladdín no lograba descifrar. Era antiguo y amenazador, como una lagartija estilizada o un...

—Un loro —le informó Morgiana—. O eso creemos. Un loro muy enfadado, al parecer, ¿verdad? El pico abierto aquí y, ahí, las garras, ahí... Tienes que usar un poco la imaginación.

—Ah, ya veo... Jafar tiene un loro como mascota, creo.

Morgiana asintió. Le devolvió la moneda. No guardaba gran parecido con un loro, en realidad. Parecía algo maligno.

—Y... ¿permanecen? ¿No desaparecen después de un tiempo, como los tesoros de los *ifrits* en los cuentos?

Morgiana se encogió de hombros.

—No. Permanecen. Todo es real.

A Aladdín le inquietaba todo aquello. No podía quitarse de la cabeza las montañas de oro antiguo enterradas en el desierto.

—¿Qué hay de la princesa Jasmine? —preguntó al fin.

—Jafar se casará con ella. Para fortalecer su posición, supongo.

—¿Y ella está de acuerdo? ¿Quiere casarse con él?

—Sí, claro. Seguro que está loquita por un hombre que le dobla la edad, que mató a su padre y que todos saben que es malvado —contestó Morgiana despacio y en un tono burlón—. ¿Desde cuándo eres tan idiota, Aladdín?

—¡Pero no lo ama!

—No me digas, Kazem —añadió Duban con una risita—. Dicen que es tan malo que su propia madre lo abandonó cuando nació.

—Pero ¿qué otra opción tiene? —intervino Morgiana—. Debería estar agradecida de que no la matara al instante como a su padre. Seguro que habrán hecho alguna especie de trato: «Tú te casas conmigo y legitimas mi posición como sultán, y yo no te mato». ¿Por qué te sorprende tanto? Es lo primero que hacéis los hombres cuando tenéis el poder: castigar a las mujeres.

—Tengo que detener esa boda —exclamó Aladdín.

—Calma, calma —terció Duban en un tono tranquilizador, pero no era fácil saber si se lo decía a Aladdín o a Morgiana—. Aladdín, no va a haber una ceremonia pública a la que puedas ir y gritar: «¡Me opongo a este matrimonio!». Va a suceder en las habitaciones privadas del sultán mañana por la noche. Solo los más ricos y privilegiados han sido invitados. Por eso, se ha organizado un desfile hoy, una celebración pública de la boda.

—Y, por cierto: ¿por qué tienes que detener tú la boda? —lo interrogó Morgiana con dulzura—. ¿Te has convertido de pronto en el defensor de los derechos de las mujeres en Agrabah o hay algo más que no sabemos?

Aladdín pensó en mentir. Lo hacía muy bien... con las otras personas. Ellos eran sus dos mejores amigos.

—Es una larga historia —fue todo lo que se permitió decir.

—Aladdín desaparece unos días, hay un golpe de Estado en Agrabah y, de pronto, tiene un especial interés por rescatar a la princesa real —continuó Morgiana—. Seguro que es una larga historia.

—Bien, pues tienes hasta la noche de mañana para convertirte en héroe —dijo Duban, y abrió los dedos para mostrarle la comida, los cojines y a los demás pillos más jóvenes, quienes se acomodaban y se preparaban para escuchar una buena historia—. Has traído incluso tu propia alfombra para sentarte —añadió con una mirada titubeante hacia la alfombra mágica—. ¿Qué hay de eso?

—Es parte de la historia —admitió Aladdín.

—Sí, cuéntanos la historia. Vamos a ponernos al corriente. Hace años que no veo a *Abú* —canturreó Morgiana, mientras tomaba una uva y se la daba al pequeño mono.

Abú la aceptó con una amabilidad que no solía demostrar.

—No...

Pero la llegada de una nueva horda de pequeños ladrones impidió que Aladdín pudiera decir nada más. Se deslizaron por la rampa, saltaron por

la habitación y rodaron y gatearon para presentarse ante Morgiana y Duban.

—Señora —dijo el primero y abrió las manos.

Entre ellas había un brazalete dorado y un collar de esmeraldas.

—¡Bien hecho, Deni! Excelente. ¿Quién sigue?

Todos los ladrones se pusieron en fila para presentarle algo, cosas tan pequeñas como una bolsa de cuero vacía o una moneda de cobre.

—¡Creí que habías dicho que las ratas callejeras no habían tenido que robar en los últimos tres días! —estalló Aladdín en tono acusatorio.

Morgiana se encogió de hombros.

—Sí, dije que no tuvieron que robar comida. El desfile fue el lugar perfecto para... reubicar algunas de las posesiones valiosas de todos los idiotas hipnotizados por las tonterías mágicas.

—¡Este siempre ha sido mi problema con vosotros! —Aladdín maldijo a sus viejos amigos—. Sí, yo también robo, pero solo lo que necesito. Lo que puedo tomar para mí. Para vosotros, es un trabajo. ¡Habéis creado toda una... pequeña organización de aprendices que van a crecer con la idea de que esto es aceptable!

—Si la comida y el oro siguen llegando del palacio, ya no será aceptable —dijo Morgiana con dulzura—. Pero la historia nos ha demostrado una y otra vez que suele ser mala idea para los pobres depender de los demás, sobre todo de los más poderosos. Le doy una semana o dos al nuevo sultán antes de que se dé cuenta de que no quiere seguir dando cosas a la gente, no sin recibir algo a cambio.

—¡Hasta cuando las cosas van de maravilla esperas lo peor de los demás y piensas que merecen que les roben! —escupió Aladdín.

—Mi padre no merecía perder la pierna —intervino Duban con timidez —. Mi hermana no merecía que su esposo la maltratara.

—Nadie se merece nada de lo que tenemos —dijo Morgiana, encogiéndose de hombros—. Las cosas son lo que son. Solo nos queda

asegurarnos de estar, por lo menos algunas veces, del lado bueno de lo que toca. Para nosotros.

—Y el mal sigue su camino —maldijo Aladdín furioso y se levantó para irse—. Hay otra forma de hacer las cosas. No tenéis por qué escoger esta vida. Podéis ser algo más.

Un rescate… o algo así

Era de noche en Agrabah.

¿Había más silencio que de costumbre? ¿La gente estaba recuperándose de la gran celebración y se había encontrado de pronto con algo que la incomodaba, pero no sabía bien qué era?

¿Sacaban las pequeñas y graciosas monedas doradas y las miraban bajo la luz de las lámparas mientras pensaban con detenimiento en lo que había sucedido en su ciudad? ¿Dejaban las monedas sobre las mesas en vez de esconderlas en los zapatos, bajo los colchones o en las almohadas? ¿Para qué tomarse esa molestia? Todos los habitantes poseían monedas también.

No eran solo los religiosos o los supersticiosos quienes se preocupaban por el oro. Los académicos más doctos y los más sabios entre los ancianos sabían que algo nunca podía crearse de la nada; no sin consecuencias.

Y aquel desfile había sido más que peculiar.

Sin embargo, esos dilemas filosóficos eran la menor de las preocupaciones de Aladdín en ese momento. De hecho, debía admitir que la inquietud en la ciudad le era de gran ayuda. Con todo el mundo encerrado en sus casas, era mucho más sencillo escabullirse por las calles, cerca de los pórticos, alejado de los espacios abiertos.

Abú estaba sentado sobre su hombro y la alfombra planeaba en silencio detrás de ellos; la oscuridad era muy espesa para volar correctamente sin arriesgarse a golpearse con algo.

Desde hacía siglos hubo siempre alguien que intentó colarse en el palacio. Algunos de sus cráneos se exhibían aún en estacas alrededor de

sus muros, blancos y diminutos como canicas después de tantos años bajo los rayos del sol.

Aladdín lo sabía muy bien. Pero también tenía algo de lo que aquellas pobres almas carecían: conocimientos secretos de los terrenos del palacio. Y, a pesar de que adentrarse de nuevo en el túnel oculto hizo que su corazón galopara muerto de miedo, apretó los dientes y continuó su camino hacia los establos en los límites del palacio, al borde del desierto.

Los caballos y los camellos relincharon y patalearon cuando se acercó; los tranquilizó con sonidos suaves. Reconoció entonces a uno de los caballos.

—¡Lograste volver, campeón! —susurró Aladdín con alegría y le dio unas palmaditas en el cuello. El caballo resopló, tal vez alegre por ver de nuevo al joven o tal vez porque no quería saber nada del humano que lo llevó al terrible desierto en plena noche. Pero, aun así, parecía encontrarse perfectamente—. Espero que tu cuidador también esté bien —susurró.

Encontró la piedra que escondía la entrada secreta y, con cautela, la movió lo suficiente para pasar por el hueco. La colocó de nuevo en su lugar con el mismo cuidado cuando tuvo la cabeza en el otro lado. Esta vez iba preparado para la oscuridad con una pequeña lámpara de aceite que le había robado a Morgiana al salir de su casa. En cierto modo, le pareció apropiado hacerlo.

Había un silencio sepulcral en los pasadizos de piedra, salvo por el lejano rugido de la lava. Aladdín avanzó con cuidado de todos modos. Era, sin duda alguna, un trayecto mucho más sencillo en compañía de sus dos amigos. La alfombra mágica flotaba a su lado como si fuera un perro fiel, mientras que *Abú* iba cómodamente sentado sobre su hombro.

Aladdín descubrió, aliviado, que todas las marcas que había hecho con su cuchillo seguían en las paredes. No tuvo problemas para llegar hasta los calabozos. Un pequeño golpe en la roca correcta la hizo deslizarse. Se encontraba de vuelta al lugar donde todo había comenzado.

Abú chilló nervioso. Allí estaban las esposas que habían sujetado a Aladdín; aquel era el lugar en el que Jafar había aparecido de entre las sombras, disfrazado.

—Bastante inteligente —admitió refunfuñando.

Pero se preguntó por qué Jafar había ideado todo aquello para hacer que él fuera a por la lámpara. Cualquier rata callejera lo habría hecho por un darico dorado o menos...

Podría pensar en eso después. ¡Tenía que rescatar a la princesa! La puerta de salida estaba cerrada, por supuesto, pero Aladdín llevaba sus herramientas a mano. Trabajó con sus alfileres bajo la parpadeante luz de la linterna durante varios largos minutos mientras sudaba y maldecía. Cuando la cerradura cedió al fin, lo hizo con un clic muy silencioso y decepcionante.

El pasillo exterior era bajo, turbio y oscuro. Los ojos casi se le salieron de las órbitas al distinguir lo que parecía una cantidad infinita de escalones de piedra que subían hacia el brumoso techo. Era como si estuviera en el fondo de una torre subterránea. Incluso el diseño era parecido al de la Torre de la Luna, el edificio más alto del palacio, la torre de Jafar...

Frente a la entrada al calabozo había otra puerta con grabados extraños. Los bordes brillaban con un maligno color anaranjado que emanaba de aquello que protegía.

—En otro momento —se prometió Aladdín.

Cuando la situación fuera menos apremiante, exploraría lo que seguramente era el estudio secreto de Jafar.

Chasqueó los dedos y, con total obediencia, la alfombra descendió para que él pudiera subirse. Ascendieron flotando en medio de la oscuridad por encima de los escalones, como un diente de león mecido por una suave brisa.

En lo alto había una extraña puerta corredera que se abría al presionar una palanca. Aladdín abrió una rendija muy pequeña y se asomó. La habitación que observaba estaba poco iluminada y casi vacía, salvo por unos cuantos muebles con grabados muy finos.

Aladdín retrocedió, sorprendido. ¿Qué clase de calabozo no tenía guardias?

Empujó la puerta solo lo suficiente para que cupieran su cuerpo, *Abú* y la alfombra. Cuando estuvieron en aquella sala, se dio la vuelta y comprobó que lo que parecía una puerta desde el lado del calabozo era en realidad un trozo de pared desde el lado del palacio. De hecho, cuando la puerta se cerró con un suave clic, prácticamente desapareció.

¡Un calabozo secreto! Secreto incluso para el Sultán mismo, supuso. Era el pequeño y siniestro laboratorio y calabozo personal de Jafar. Parecía que todos los rumores sobre él eran ciertos...

Y, si todo era verdad, Aladdín descubrió con amargura que era probable que Morgiana tuviera razón y que Agrabah estuviera en más problemas que antes. No era normal que alguien tan sigiloso, manipulador, asesino y malvado se convirtiera de la noche a la mañana en un generoso y magnánimo benefactor. Aladdín conocía a la gente. Era su deber como ladrón. Y la gente no cambiaba tanto.

El suelo de mármol se sentía frío bajo sus pies descalzos. De repente, Aladdín comprendió por qué los ricos lo cubrían con tantas alfombras.

El suave golpeteo de unos talones contra la piedra lo alertó de que había otras personas cerca. Se escondió detrás de un sillón de terciopelo. La alfombra se echó al suelo. *Abú* trepó por una pared de la habitación y permaneció quieto y en silencio cerca del techo.

Un par de guardias pasaron marchando, tiesos como palos y con amenazadoras lanzas junto al pecho. Iban vestidos de pies a cabeza de rojo y negro, los colores de Jafar. Esos no eran los pusilánimes guardias del mercado con los que Aladdín estaba acostumbrado a lidiar; eran guardias

del palacio, con ojos veloces e inteligentes, manos nerviosas y ni un solo gramo de grasa en el cuerpo. Eran hombres muy muy peligrosos.

En cuanto se fueron, *Abú* comenzó a descender. La alfombra se enrolló en una esquina, preparada para levantarse.

—¡Chisss! Todavía no —susurró Aladdín.

Contó sus pulsaciones y sus respiraciones.

Casi diez minutos después, los guardias pasaron de nuevo: la misma ruta, las mismas miradas desafiantes, la misma marcha.

Aladdín se alegró de su conjetura con una sonrisa.

—Ahora —murmuró en cuanto los guardias se fueron.

Los tres caminaron de puntillas —o eso intentaron— hacia la siguiente habitación. Lo que encontraron allí hizo que Aladdín se detuviera... y luego arqueara una ceja ante la sorpresa.

El espacio en el que estaban podía ser un salón de banquetes que sin problemas era capaz de albergar un centenar de comensales. No obstante, estaba repleto de mesas cubiertas de... cosas: palacios en miniatura; maquetas de laberintos sobre plataformas inclinadas por los que debían correr pequeñas bolas plateadas; rompecabezas de colores brillantes que mostraban imágenes de junglas al ser completados; juegos de equilibrio en los que los bloques estaban tallados de manera compleja para formar animales y bestias fantásticas. Y, sobre todas esas cosas, colgaban las hermosas cometas que el Sultán hacía volar cuando se dignaba a salir del palacio para uno de sus famosos pícnics.

Así que esos rumores eran ciertos también. El viejo Sultán no era más que un anciano loco y decadente que se divertía con sus juguetes mientras Agrabah se moría de hambre.

O... era el viejo triste y solitario padre de Jasmine, quien quería más hijos, o nietos, o recuperar a su esposa. No era tan sencillo.

Un suave tic proveniente de la esquina de la habitación hizo que Aladdín saliera disparado a esconderse detrás de una mesa, y que *Abú* y la

alfombra hicieran lo mismo.

Nadie apareció.

Los tics continuaron.

Aladdín alzó la cabeza y vio que sobre una de las mesas había una maqueta de Agrabah —una ciudad distinta, una ciudad imaginaria y limpia— que era una representación exacta hasta el más mínimo detalle, incluida la torre del reloj que se alzaba en la plaza principal. Eso era lo que producía el ruido, una versión diminuta del reloj verdadero: una minúscula luna menguante salió y giró la aguja del reloj un grado.

Aladdín movió la cabeza, no supo si para sí mismo o por compasión hacia el Sultán fallecido y sus pasatiempos.

«Diez minutos.» Oyó el taconeo de los zapatos otra vez.

Hizo un gesto desesperado hacia la habitación contigua. La alfombra y *Abú* lo siguieron de cerca mientras se agachaba y gateaba deprisa hacia la que parecía ser una estancia sin función alguna. Había un brasero con carbón que ardía en una esquina y un incensario que enviaba humo hacia el techo junto a un diván, pero se encontraba vacía.

«Más pasos.» ¡Pero venían en la otra dirección!

Aladdín se zambulló debajo del diván conteniendo la respiración.

No alcanzaba a ver los rostros de esos nuevos guardias desde su posición, pero estaba seguro de que esta vez eran más de tres, quizá cuatro, caminando perfectamente sincronizados. Los guardias a los que había evitado en las dos ocasiones anteriores se encontraron con ellos en el centro de la habitación. Aladdín miró sus pies y oyó que sus lanzas chocaban en un saludo militar.

Luego, cada grupo de guardias siguió andando en la misma dirección en la que iban al principio.

Aladdín comenzó a contar de nuevo, frustrado. Esto no era nada bueno: no había calculado el tiempo adicional para esperar a que los guardias terminaran sus rondas. Impaciente por moverse, se puso de pie y decidió

arriesgarse; sabía que el primer grupo de guardias le daría al menos diez minutos y supuso que todos cumplían los mismos tiempos.

«¡Error!»

Aladdín se lanzó contra la pared más cercana mientras el segundo grupo de guardias pasaba junto a la puerta, en una ruta distinta.

Abú atravesó corriendo el frío salón para estar cerca de él. Sus pequeñas uñas rasgaron el suelo.

Los guardias se detuvieron.

—Espera, Abdullah. ¿Has oído algo?

Aladdín cerró los ojos e intentó detener su corazón. El silencio era tan absoluto y profundo que estaba seguro de que podían oír sus latidos.

—He oído algo... en la habitación del incienso.

—Seguro que ha sido un ratón o un mono.

—No voy a perder la cabeza por algo que resulte no ser un ratón.

Aladdín hizo una mueca mientras el guardia preocupado caminaba hacia la puerta con la lanza levantada.

Lo único que debía hacer era dar cuatro pasos más hacia la habitación.

El guardia examinó la estancia, moviendo la cabeza a un lado y a otro.

Aladdín abrió un ojo y casi soltó el aire cuando vio lo cerca que estaba la punta plateada y afilada de la lanza.

El silencio se alargó.

—No es nada —declaró el guardia.

Mientras retrocedía para reunirse con su compañero, Aladdín casi se desplomó del alivio.

No perdió el tiempo; salió a hurtadillas de la sala y se agachó debajo de una ventana a través de la cual la luna brillaba como un enorme foco. Luego, se detuvo, cautivado por las vistas.

En lo que debía de ser una hectárea o dos de terreno se extendía el jardín más hermoso que jamás había visto.

Contemplaba un bosque en miniatura completo, con cedros, cipreses y otros pinos aromáticos que, por lo general, no sobrevivían en la seca y cálida Agrabah. Vislumbraba hileras de rosas y otras flores de pétalos delicados. Había un jardín solo de plantas de montaña. Un estanque lleno de lirios y de lotos rosas más altos que muchos hombres permanecía tranquilo. Una fuente tan grande como una casa y con forma de huevo dejaba correr el agua. Había un delicado aviario blanco que parecía la jaula de un gigante. Curiosamente, no tenía aves dentro.

Y, por todas partes, entrelazados y rodeando cada pequeño edificio y cada barandilla y cada arbusto circular, había jazmines. Jazmines blancos, rosados, amarillos, nocturnos... El aroma fue suficiente para que Aladdín se sintiera un poco ebrio.

Jasmine.

Ese era su jardín.

Tenía que estar cerca. Aladdín se apresuró.

Notó una clara feminización de la decoración mientras avanzaba de puntillas por el polvoriento ocaso del durmiente palacio: más alfombras suaves, más jarrones estilizados, más decoraciones que colgaban de las paredes, más flores y más plantas. Pasó por una sala repleta de cojines de seda y mesas bajas con cuencos llenos de nueces, pergaminos e incluso algunos juegos. Al parecer, el Sultán consideraba que el palacio estaba lo suficientemente seguro de las miradas forasteras y no creía que un biombo —ni los habituales y enormes guardias— fuera necesario.

Claro está que se decía que el mejor amigo de Jasmine era un tigre, así que los guardias no eran tan necesarios.

Después de aquella habitación llegó a una pequeña estancia que terminaba en un par de puertas doradas talladas de forma hermosa que sobresalían como las alas de una mariposa. Al lado de cada puerta se situaban dos de los guardias habituales, vestidos de negro y rojo, a la usanza de Jafar.

Eso era un problema.

Aladdín cerró los puños, frustrado. Claro que podía eliminarlos —de alguna manera—, pero al hacerlo haría tanto ruido que atraería a todas las personas del palacio. Pensó en Morgiana, *la Sombra*, y en que ese era precisamente el tipo de situación en la que la muchacha habría sido de gran ayuda.

Algo debió hacer clic en algún lugar, algún reloj invisible o un suave tintineo. Los dos guardias alzaron las lanzas e hicieron un saludo; luego se volvieron y salieron marchando de la habitación.

Aladdín no tenía ni idea de cuándo volverían, pero su instinto de ladrón le indicó que actuara de inmediato. Podría no volver a tener una segunda oportunidad.

Corrió hacia delante y sacó de nuevo su equipo de cerrajero. Esta cerradura era bellísima y tenía una decoración muy complicada, pero el mecanismo era bastante sencillo. Solo tardaría un minuto o...

De pronto, la puerta se abrió hacia dentro. Sorprendido, Aladdín miró el rostro de la también sorprendida Jasmine. La princesa sacaba un par de afilados pasadores de la cerradura.

—Eh... Hola —saludó Aladdín.

No lo entendió, pero no le molestó el abrazo repentino con el que Jasmine lo envolvió, más efusivo que los que la Viuda Gulbahar le daba en las fiestas.

—¡Estás vivo! —susurró ella con alegría.

—Claro que estoy vivo —comenzó a protestar Aladdín.

Luego pensó en los últimos días de su vida. Tal vez no era una conclusión tan obvia.

—He vuelto para rescatarte. Aunque... ya no parece tan necesario.

Su famoso tigre mascota aprovechó ese momento para aparecer y lanzar una mirada fulminante a los intrusos con sus centelleantes ojos amarillos. Parecía violento y taimado, con una herida de un aspecto

desagradable en la cabeza. Soltó un gruñido profundo de desaprobación. *Abú* dio unos saltitos y comenzó a chillar histérico encima del hombro de Aladdín, quien se apresuró a ponerle una mano en la boca para acallar a su amigo.

—En serio, pareces estar bien —continuó Aladdín con tanta calma como pudo.

—La intención es lo que cuenta. —Jasmine sonrió, y se colocó los pasadores otra vez bajo su tiara y una mano encima del cuello de *Rajah*—. Yo... Jafar me dijo que te habían ejecutado por mi culpa.

—¿Qué? —La mente de Aladdín se aceleró—. Humm. Las cosas comienzan a tener sentido. Más o menos. Hablaremos de eso después. Tenemos que salir de aquí.

—Disponemos de unos nueve minutos antes de que llegue el relevo de los guardias —dijo Jasmine, asintiendo.

—Claro.

Aladdín cogió su mano y dio media vuelta para irse.

Abú chilló en señal de conformidad. La alfombra se elevó.

—¿Qué es eso?

Jasmine intentó contener su gritito en un susurro. Aladdín estaba a punto de decir algún chascarrillo sobre cómo Jasmine era una niñita que le tenía miedo a los monstruos. Pero una chica que estaba encerrada en su propia habitación por culpa de un hombre desquiciado que intentaba obligarla a casarse con él no tenía necesidad alguna de pensar en monstruos. Se podía entender que estuviera un tanto nerviosa.

—¿Ah, esto? —preguntó Aladdín en un tono desinhibido—. Saluda a la Alfombra Mágica. Alfombra Mágica, te presento a Jasmine, la princesa real.

—Una... alfombra... voladora... de verdad —dijo Jasmine, maravillada, con los ojos muy abiertos—. Increíble. Tenemos mucho de que hablar.

—Sí, princesa real Jasmine, así es —asintió Aladdín con gran sarcasmo.

Ella tuvo la ingenuidad de sonrojarse un poco.

Aladdín comenzó a caminar hacia el pasillo.

—Podremos hablar cuando estemos con Morgiana.

—¿Quién...? Olvídalo. Primero tenemos que rescatar al Genio.

—Eh, no, Jasmine. No podemos hacerlo ahora. No tenemos tiempo.

—Está atrapado, como yo —dijo ella con desesperación—. Jafar lo obliga a hacer todas esas cosas horribles: convertirlo en sultán, transformarlo en un hechicero poderoso. Él no quiere hacerlo. Solo tenemos que robarle la lámpara...

—Quitársela a un poderoso hechicero que también es el sultán, que tiene un calabozo secreto y ya ha convertido el palacio en su... eh... palacio personal. No hay forma, Jasmine. No ahora. Podemos regresar mejor preparados y con un plan, pero sacarte de aquí ya será bastante difícil. ¿Crees que descuidaría su posesión más valiosa para dejar que cualquiera la consiga?

El rostro de Jasmine mudó sus facciones.

—Pero...

Aladdín la cogió del brazo y la miró a los ojos.

—Te lo prometo: si es importante para ti, volveremos a por él. Pero ahora no hay mucho que un ladrón, una princesa, un tigre, un mono y una alfombra mágica puedan hacer.

Jasmine asintió con tristeza y le apretó la mano.

—Ahora disponemos de siete minutos —dijo Aladdín—. Sé un camino secreto para salir de aquí. Solo debemos regresar a la habitación con las paredes rojas.

Jasmine asintió y corrió junto a él, con cuidado de mantener sus veloces pies en silencio.

—Pero Jafar no ha terminado —susurró casi sin aliento mientras avanzaban—. Tiene un plan.

—¡Tiene a toda Agrabah! —murmuró Aladdín exasperadamente—. ¿Qué más podría querer?

El rostro de Jasmine se ensombreció.

—¿Qué es lo que la gente como él siempre quiere? Más: más poder, más adulación, más...

Se detuvo cuando Aladdín se paró de pronto. La alfombra y el tigre derraparon al frenar. *Abú* se aferró al cuello de Aladdín ante la repentina ausencia de movimiento.

Inmóvil en la habitación del brasero, tan sorprendido como ellos, se encontraba Razoul.

—Corre —sugirió Aladdín con poca fuerza.

—¡Guardias! ¡A mí la guardia! ¡A la Habitación del Brasero Titilante! —rugió Razoul.

—¿Habitación del Brasero Titilante? —murmuró Aladdín con disgusto mientras salían disparados hacia el pasillo.

Unas estruendosas zancadas parecían venir de todas las direcciones. Si hubieran estado fuera, en las calles de Agrabah, Aladdín habría sabido dónde podrían estar, qué calles eran lo suficientemente seguras para esconderse, por dónde podrían escapar fácilmente. Ahora, los guiaba a ciegas.

—¿Podemos salir? —le preguntó a Jasmine, jadeando.

—Adelante —dijo ella con cierto resuello—. Hay una logia que lleva al Patio Real de los Reposapiés con Olor a Rosas.

Aladdín la miró.

—Es broma —dijo ella con una rápida sonrisa—. No huelen.

El tigre se lanzó hacia delante, como si conociera el plan. La alfombra se quedó atrás, como si vigilara la retaguardia.

Aladdín no estaba seguro de lo que era una logia, pero frente a ellos había una galería techada con arcos sobre columnas que daba a un amplio patio sin techo. Distinguía limoneros, arrayanes con aroma dulce y rosales en macetas. Más columnas, decorativas y abstractas, adornaban el interior del patio junto a estatuas que representaban antiguos dioses del río. Había, en efecto, reposapiés tallados en forma de rosas.

Sin olvidar la docena de guardias a la espera de atrapar a Aladdín y a Jasmine.

—¡Alto!

Aladdín retrocedió cuando los dos primeros guardias se abalanzaron sobre ellos. Un robusto guardia lo agarró por la cintura y lo tiró al suelo. Jasmine logró zafarse del otro.

El tigre rugió y levantó una pata, listo para destripar a uno de aquellos hombres.

—¡*Rajah*, no! —gritó Jasmine—. No es culpa suya. ¡Son órdenes de Jafar!

—¿Ahora es la «amiga del pueblo»? ¿No podía esperar unos diez minutos más? —se preguntó Aladdín en voz alta mientras forcejeaba para librarse del guardia.

Como ese plan fracasó, se hizo una bola. Apuntó los dedos de los pies a las partes bajas del hombre. Con un esfuerzo gigantesco, empujó los brazos y las piernas tanto como pudo.

El guardia gritó y cayó a un lado. Aladdín trepó hasta su espalda.

—¡Separaos! —ordenó mientras se lanzaba hacia el otro lado.

Una cuchilla rebanó el aire sobre su cabeza. Aladdín cayó y rodó. Disparó los pies hacia su atacante y logró derribar al guardia, que cayó encima de los otros dos. Las cimitarras volaban como misiles mortales.

Un grito de Jasmine lo sobresaltó. Un guardia la sujetaba por el fajín y la empujaba. Para salvar la vida, se agarró a una estatua con una mano... pero sostenía su daga plateada con la otra.

Rajah se volvió y rugió.

—¡Tonto! —gritó Razoul cuando por fin llegó al lugar de la pelea—. ¡El sultán te cortará la cabeza si tocas así a la princesa!

Rajah saltó.

Aladdín no logró ver lo que sucedió después, ya que un par de guardias corrieron hacia él con las espadas en dirección a su pecho.

Se agachó y giró como un derviche. Logró derribar las piernas de uno de los guardias, lo que provocó que el otro tropezara. Ambos se estrellaron contra el suelo de piedra y aterrizaron con un crujido espantoso.

—¡Alfombra! —ordenó Aladdín en cuanto recuperó el aliento—. ¡Ve a por Jasmine!

La alfombra se detuvo de golpe con una danza aérea. Se encontraba justo fuera del alcance de algunos guardias fáciles de distraer, que intentaron golpearla con la punta de sus cimitarras. Cuando terminó de hacer lo que fuera que les hizo a los otros guardias, *Rajah* los acechó por detrás, listo para atacar.

Por órdenes de Aladdín, la alfombra zigzagueó de inmediato entre las columnas de mármol para llegar hasta Jasmine. Los guardias se giraron para perseguirla y se toparon con el tigre.

Antes de que pudiera darse media vuelta y hacer algo más, Aladdín fue capturado por la espalda y, de forma violenta, por un par de manos familiares, profesionales y muy predispuestas: las de Razoul.

—Rata callejera. ¡Esto está muy por encima de tu cabeza!

—Por lo menos aún tengo cabeza —respondió Aladdín.

Pero, por más que pataleara y luchara, Razoul lo tenía agarrado con fuerza. Otro guardia acercó su espada hasta que la punta quedó justo sobre la barriga de Aladdín.

Los acontecimientos no tenían buena pinta.

Sin embargo, Aladdín vio que Jasmine se había librado de sus perseguidores. La princesa se lanzó hacia la alfombra y se agarró a sus

borlas. La alfombra se hundió un poco con su peso, pero luego aceleró hacia el tragaluz con Jasmine colgando como un conejo en las garras de un halcón.

Aladdín soltó un suspiro de alivio. Él estaría bien, por supuesto... o no. No importaba. Al menos ella estaba a salvo.

Con un grito, *Abú* cayó sobre la cabeza del guardia que tenía la espada.

Eso le dio a Aladdín todo el tiempo que necesitaba para impulsarse y lanzarse hacia arriba y hacia atrás, con las manos de Razoul aún aferradas a sus brazos, y caer sobre la espalda del guardia. Intentó no gritar de dolor al doblar los brazos de forma tan poco natural.

Entre gritos y balbuceos, la sujeción de Razoul se debilitó. Aladdín forcejeó con desesperación, como una comadreja, hasta encontrar un punto débil y liberarse.

—¡Oye! —le gritó una voz desde arriba.

Aladdín alzó la mirada.

En completa contradicción con su maravilloso plan de rescate, Jasmine estaba asomada desde lo alto del techo, no había escapado, como debía haber hecho. Señaló y la alfombra mágica volvió hacia Aladdín.

—¿Todas las princesas son así de desobedientes? —gritó con una sonrisa y se subió a la alfombra de un brinco.

Con un aullido furioso, Razoul se lanzó sobre Aladdín con la espada desenfundada. La punta de la cuchilla alcanzó su costado y le cortó la carne.

Aladdín vaciló con el dolor de la punzada. La sangre se derramó en cascada por la herida.

Jasmine perdió el aliento.

Aladdín contuvo la respiración y se obligó a permanecer de pie. La alfombra estaba cerca, solo debía dar un paso...

Pero el siguiente ataque de Razoul no estuvo dirigido a Aladdín.

A pesar de que intentó quitarse de su camino, la alfombra mágica no salió bien parada.

La espada de Razoul le rebanó un extremo y le arrancó una de sus borlas. La alfombra se estremeció de una manera terrible y luego se alejó, bastante arrugada, para intentar recuperarse. *Rajah* gruñó.

Aladdín maldijo.

—No quiero matarte, rata callejera —gritó Razoul con la espada alzada.

—Pues eso parece, Razoul —soltó Aladdín como respuesta.

—Si la princesa desaparece, yo perderé la cabeza, al igual que muchos de mis hombres.

Con el rabillo del ojo, Aladdín vio que la alfombra volaba de un lado a otro junto a una muy interesante hilera de estatuas y columnas que parecían casi estar alineadas desde ese ángulo. Una idea comenzó a formarse en su cabeza.

—Si la princesa no desaparece, la obligarán a casarse con un hombre que sabes que es un monstruo. ¡Es peor que tú! —gritó Aladdín mientras se agazapaba junto a él.

Razoul giró más rápido de lo que un hombre de su tamaño podría hacer y lanzó su arma hacia la espalda de Aladdín.

Este se agachó y la evitó. Con un salto como de rana, apoyó las manos en la cabeza de la primera estatua y se impulsó hacia la segunda.

Sin detenerse, saltó hacia la tercera.

Razoul tardó en comprender su plan y corrió para detenerlo.

En la última columna decorativa, Aladdín saltó con todas las fuerzas que le quedaban. La columna se balanceó con el ímpetu de su impulso.

Sus manos alcanzaron el tejado e intentaron agarrarse a las tejas que se soltaban bajo sus dedos. Jasmine lo sujetó por los brazos y lo ayudó a subir.

Debajo de él, en el patio, la columna se balanceó demasiado y comenzó a ladearse. Aladdín miró horrorizado cómo Razoul giraba y alzaba la vista,

confundido, sin entender lo que sucedía.

—¡Alfombra! ¡Ve a por Razoul! —gritó Aladdín—. ¡Sácalo de ahí!

La alfombra, lenta y desconcertada, se movió hacia el capitán de la guardia. Más que golpear a Razoul, se enredó en sus tobillos.

Abú trepó por un lado de la columna y logró saltar justo antes de que esta se estrellara contra el suelo del patio.

Razoul no tuvo tanta suerte.

Aquel hombre tan corpulento se dio la vuelta, alzó la mirada... y gritó.

Luego, se produjo un horrible crujido.

Aladdín desvió la mirada, pero no antes de ver el brazo libre de Razoul levantarse sin fuerza y caer desplomado.

El nacimiento de un ejército

Un trío de siluetas avanzaba de puntillas por encima de los muros del palacio. La noche estaba tan oscura que solo eran visibles cerca de donde las estrellas no brillaban. Se empezaron a oír ruidos en distintas torres y edificios de la capital. Se daban órdenes, se montaba una persecución, se ofrecían explicaciones, y las cabezas comenzaron, literalmente, a rodar.

Aladdín, Jasmine y *Abú* llegaron a una zona cercana a unas palmeras altas. Irónicamente, era el lugar por el que Jasmine había escapado hacía no mucho. Habría sido imposible saltar desde allí con el tigre, pero sería mucho más sencillo con la alfombra mágica. No era correcto dejarlos atrás; su grupo se sentía incompleto y solitario.

Aladdín se estiró boca abajo sobre el muro, agarró a Jasmine y la bajó todo lo que pudo. Ella tuvo que dejarse caer los últimos tres metros hasta las espinosas copas de los árboles. Su aterrizaje, si bien no fue perfecto, fue lo suficientemente bueno, y la parte de su cabello que quedó atrapada entre las punzantes hojas ya crecería de nuevo.

Aladdín saltó detrás de ella; la herida le quemaba al estirar la piel. La sangre le brotaba por el costado.

Bajaron por los árboles como lagartijas. Cuando llegaron al suelo, corrieron tan rápido y ligero como se lo permitieron sus pies hasta llegar al Barrio de las ratas callejeras.

No habían recorrido muchos metros cuando un extraño sonido salió de entre la oscuridad, como el andar de un enorme ciempiés con zapatos grandes y puntiagudos.

Jasmine hizo una pausa y se llevó un dedo a los labios cuando Aladdín la miró con un gesto inquisitivo.

—¡Tenemos que escondernos! —susurró.

Aladdín miró a su alrededor y encontró lo que parecía ser una casa abandonada. «Parecía», porque toda Agrabah, fuera del palacio, parecía estar abandonada esa noche. Todos los edificios estaban a oscuras, cubiertos con persianas y biombos, o con pocas lámparas encendidas. Incluso en los barrios ricos, las casas de té, los bares y los jardines de vino estaban vacíos. El silencio que Aladdín había encontrado al volver de la caverna en el desierto se unía de alguna forma al terrible y regular golpeteo.

Al atravesar la puerta rota que colgaba de las bisagras, vieron que había muy pocos muebles dentro y lo que quedaba estaba destruido y desvencijado. El polvo y una cantidad infinita de arena del desierto se habían adueñado de aquellos muros. Era obvio que el lugar estaba vacío. Jasmine se hundió con pesadez en un viejo cojín podrido que seguramente estaba lleno de insectos, pero que a ella no pareció importarle.

Aladdín se quedó junto a la puerta para poder observar todo por una rendija.

A un par de metros de allí marchaba una tropa de seis... guardias. Aladdín no sabía de qué otra forma podía llamarlos. Sus uniformes eran negros y brillantes, como los de quienes tocaron los sistros en el desfile. Sus movimientos eran perfectos y sincronizados. Llevaban unas inusuales armas de metal, largas y solo afiladas en la punta. Calzaban botas como de jinetes, con metal incrustado en los talones.

Pero eran sus rostros... y sus ojos... lo que hacía que Aladdín se asombrara. Todos se veían iguales. Como las bellas bailarinas del desfile. De nuevo, era más que un parecido filial... Sus expresiones tenían una similitud casi perfecta, desde sus extraños ojos negros vacíos hasta sus bocas rectas como una línea. Como estatuas, marionetas o...

Aladdín se estremeció sin saber por qué...

—¿Qué son? —preguntó después de que pasaron.

—Las nuevas patrullas de la paz de Jafar —respondió Jasmine con un profundo suspiro—. Son..., bueno, no sé bien qué son. Solo que no dejan de aparecer. Más magia, supongo. —Mientras hablaba, se quitó los broches y los prendedores del pelo y empezó a peinárselo con los dedos. Por mucho polvo y harapos que llevara, a Aladdín le habría gustado enormemente hacerlo él. Acomodárselo detrás de las orejas...—. Las patrullas son solo una parte de los grandes planes de Jafar para Agrabah. Hacen rondas por la ciudad durante toda la noche. Mantienen el crimen bajo control. O eso dice él. A algunas personas les gusta, creo. Se sienten más seguras. O eso dice él.

—Parecen un poco... raros.

El rostro de Jasmine estaba pálido y no mostraba interés. Habían logrado escapar, y quizá debían celebrar su triunfo, pero ella no parecía muy emocionada. De hecho, ahora que lo pensaba, Aladdín tampoco estaba emocionado. Se sentía aliviado, por supuesto, pero también fatal por la alfombra mágica. Y en la última semana había visto cosas muy extrañas y había pasado por situaciones muy difíciles, mucho más que cualquier vicisitud que hubiera vivido antaño.

—Siento lo de tu padre —susurró al sentarse junto a ella.

El rostro de Jasmine se endureció. Sus ojos tenían un brillo ahora, pero de ira y rabia. Estiró y encogió los dedos como un tigre que desenvainara sus garras.

—Jafar lo mató delante de mí. No tenía ni idea de que... lo odiara tanto. Podía haberle hecho cualquier otra cosa. Con todo su poder, podía haberlo desterrado o convertirlo en ratón, o... en cualquier otro animal. En cambio, lo lanzó por el balcón, sin más.

—Creo que Jafar ha cultivado grandes ambiciones... y una gran cólera durante mucho tiempo —dijo Aladdín en un tono amable—. Todo esto ha

sido más que planeado. Arrestarme por estar contigo fue solo parte de su plan. Me necesitaba para obtener la lámpara del Genio.

Jasmine parpadeó.

—¿Tú le proporcionaste la lámpara a Jafar?

—Sí. Es una larga historia. Es curioso, he dicho eso varias veces en los últimos días. Tal vez algún día pueda contártelo todo. Basta decir que nunca quiero volver a estar dentro de una cueva.

Jasmine frunció el ceño.

—Entonces... ¿no fue culpa mía? ¿Habría encontrado a alguien que hiciera el trabajo sucio por él?

—No tengo ni idea. Es algo que me he preguntado muchas veces. Pero sí es culpa tuya no pensar en las consecuencias cuando saliste a pasear por Agrabah disfrazada —dijo Aladdín con dulzura—. Pensé que solo eras una hermosa niña rica que jugaba a ser pobre, su queridísima alteza real.

—¿Crees que soy hermosa? —preguntó ella con los ojos muy abiertos. Aladdín hizo una pausa y se quedó boquiabierto, sin saber qué decir—. ¡Ja! Es broma. Claro que lo crees —continuó Jasmine y mostró una sonrisa nada propia para una princesa. Le dio un empujoncito en el hombro y, por un momento, Aladdín recordó con cierto afecto a Morgiana —. Eres tan fácil de leer como un libro en arameo. Pero sí debes decirme la verdad sobre algo —añadió, con una seriedad repentina.

—Lo que sea —le prometió él.

—¿Cómo te llamas?

Aladdín se rio.

—Supongo que nunca nos hemos presentado de manera oficial, ¿o sí? —Se levantó de un salto e hizo una reverencia—. Soy Aladdín, hijo de Hatefeh, hija de Twankeh, hijo de Ibrahim, hijo de un montón de personas de las que nunca has oído hablar, de las que nadie ha oído hablar.

—Y yo soy..., pues, tú ya sabes quién soy yo —dijo Jasmine, volviendo a su tono sombrío—. De verdad, siento mucho todo por lo que has pasado.

—Ha valido la pena... casi todo —respondió Aladdín tras sentarse otra vez a su lado. Hizo una mueca a causa del dolor de la herida. Jasmine vio la sangre y perdió la compostura. Pero, cuando se acercó para tocarla, él le alejó las manos con suavidad—. Además, he vivido para contarlo y pelear otro día más. Atraparemos a Jafar. Y vamos a devolverte el trono. De alguna manera. En honor a tu padre.

—En venganza por mi padre —susurró Jasmine entre dientes.

Apretó los puños de nuevo y miró hacia el horizonte con una furia abrasadora.

Aladdín cambió la cara. Habían sucedido muchas cosas demasiado rápido. Todo cambiaba muy deprisa. El viejo Sultán se había ido; no era un gran hombre en la escala de los sultanes, pero al menos era predecible. Jafar, el aterrador visir, era ahora un terrible y loco dictador. Agrabah era... distinta. Todo era inquietante.

Y Razoul se había ido.

Aladdín no sentía un particular afecto por aquel hombre, sobre todo desde que le regaló aquella herida en el costado. Pero, como el viejo Sultán, había sido una constante en su vida, una constante personal. Razoul lo había perseguido desde que era niño. Ahora era un joven, y Razoul era el capitán de la guardia. Era como si hubieran crecido juntos en caminos distintos.

Un extraño dolor se formó en el estómago de Aladdín. Nunca le había deseado la muerte a ese hombre. Nunca antes había sido responsable de la muerte de nadie. Eso era diferente también. Ese sentimiento de culpa era nuevo. Y todo lo novedoso parecía terrible.

Excepto por Jasmine.

Con tan solo mirarla se sentía mejor con respecto a todo. Su cabello trenzado y enredado parecía el de una nómada; sus aretes caían de sus orejas de forma sumamente encantadora. Su cara, llena de polvo, aún brillaba.

En otro lugar y en otro momento se habría acercado a besarla.

Pero ella era diferente también. Ardía. Aladdín se dio cuenta de que en el interior de la feliz y generosa —si bien inocente— muchacha estaba creciendo algo oscuro y terrible.

Tenía que evitarlo.

—Debemos detenerlo —dijo ella, con la voz quebrada y en un extraño eco en consonancia con los pensamientos de Aladdín.

—Sí, lo haremos —respondió él con suavidad, y le pasó un brazo sobre los hombros—. Pero no creo que podamos detenerlo nosotros solos. Vayamos a un lugar seguro, con Morgiana. Ahí podremos pensar las cosas.

Se puso de pie y le tendió la mano. Ella la cogió y luchó contra el cansancio que amenazaba por tumbarla.

Aladdín se asomó a la calle; el peligro parecía haber pasado. Podía escuchar que Agrabah empezaba a despertarse tras la vigilancia de la patrulla, como los matorrales llenos de tímidos insectos que comienzan a chirriar una vez que los jinetes continúan su camino.

Habían atravesado cuatro casas de esa calle a hurtadillas cuando Jasmine preguntó de pronto:

—Espera, ¿quién es Morgiana?

Aladdín suspiró.

—Una amiga —respondió él.

—Una «amiga» —repitió Jasmine con escepticismo.

—Nos conocemos desde que éramos niños. Crecimos juntos. Y luego, como que... seguimos caminos distintos.

—¿Qué? ¿Ella estudió? —replicó Jasmine, algo aliviada—. ¿Madre? ¿Sacerdotisa?

—No, algo peor. Ladrona. Ella y Duban crearon su pequeña organización criminal. Primero, entrenaron a las ratas callejeras pequeñas y abandonadas para ser mejores mendigos. ¿Recuerdas aquellos que te mostré? Sí, esos. Y luego los entrenaron para robar. Y a veces para otras

cosas nada agradables también. Yo no estaba de acuerdo con su... filosofía de vida. Entre eso y lo que sucedía con mi familia, nos separamos.

—Hace dos semanas no entendía nada de mercados, robos o pobreza. Hoy aprendo que hay distintos niveles de criminalidad —contestó Jasmine, y negó con la cabeza.

—Sí. Intenta quedar atrapada en el estómago de un tigre de piedra. Eso sí que te dará nuevas perspectivas del mundo.

Jasmine se sorprendió al entrar en el escondite de Morgiana, pero no por las dagas que de pronto apuntaron hacia ellos en cuanto llegaron a la estancia principal.

—Dos veces en una semana, Aladdín —dijo Morgiana arrastrando las palabras. Era obvio que ella y Duban habían estado sumidos en una tensa discusión: se encontraban cerca el uno del otro y se veían tristes—. Me siento honrada.

—Deberías estarlo —murmuró Aladdín e intentó no caerse cuando la daga de una niña pequeña le punzó la herida.

—Ay, déjalos —ordenó Duban con autoridad—. Aladdín y su novia no son una amenaza.

Morgiana asintió en dirección a los niños, y estos se disolvieron en las sombras como un sueño. Luego, esbozó una veloz y blanca sonrisa al ver a su viejo amigo.

—Y menuda novia impresionante. Dime: ¿cómo es que os conocéis tú y la princesa real Jasmine?

Jasmine parecía sobresaltada. Aladdín estaba sorprendido, pero solo un poco. Debajo de la tierra y la sangre, sus ropas seguían siendo de seda y satén; sobre las trenzas, aún portaba la corona, y aquellos enormes aretes de oro eran una buena pista. Morgiana logró descifrarlo más rápido que él; la belleza de Jasmine no la distrajo de descubrir quién era.

Además, en su defensa, Jasmine no llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo.

Jasmine intentó mirar con el rabillo del ojo hacia donde Morgiana apuntaba su mentón. Cuando se dio cuenta de que era su corona, se la quitó rápidamente. La lanzó a los pies de los ladrones, donde golpeó el suelo con un ominoso plop.

Duban y Morgiana, e incluso Aladdín, saltaron sorprendidos.

—Es vuestra. No me importa. Perdí a mi padre. Perdí a mi tigre... Perdí mi reino. ¿Qué va a hacer una corona por mí?

—Yupi —dijo Duban.

—No tienes que deshacerte de la corona —dijo rápidamente Aladdín—. Podíamos...

—Si hubiera querido tu corona, te la habría cogido yo misma, princesa —añadió Morgiana.

Usó el talón para levantar la corona en el aire y la sujetó con una mano. Luego, caminó hacia Jasmine y se la entregó.

—En mi casa, lo que es mío es tuyo —afirmó con la tradicional bienvenida—. Si tienes sed, hay agua.

Jasmine se puso otra vez la corona. Comenzó a sonreír despacio.

—En efecto, tengo sed. Me encantaría una copa de agua.

—Por favor —dijo Morgiana, y señaló una mesa baja.

Jasmine se sentó con tanta elegancia como pudo en posición de flor de loto. Aladdín también se dejó caer, a su espasmódica y «elegante» manera. Duban y Morgiana hicieron lo mismo. Un niño, Hazan, dio un paso al frente con dos copas de agua: una plateada sin adornos para Aladdín y otra dorada para Jasmine.

—Muchas gracias —dijo Jasmine, y brindó.

Tomó un largo trago y se terminó el agua. Después, entregó la copa y miró el fondo.

—Ah... lo sabía. Este cáliz proviene del palacio. Pertenece a la cristalería de menor valor para los banquetes. Ahí está el sello de mi padre.

Morgiana extendió las manos y se encogió de hombros.

—No es fácil desprenderse de ellas, por el sello. Nadie las quiere comprar. Pueden ser reconocidas como propiedad del palacio, y la pena por robar algo de palacio es la muerte. Así que las utilizamos aquí.

—Eh... —comenzó a decir Aladdín.

Duban también parecía nervioso.

Jasmine agitó la mano hacia ellos con cansancio.

—Fue solo una observación. Mis límites sobre el bien y el mal han variado mucho en estos días.

Duban y Morgiana intercambiaron sus miradas al percibir el tono de hastío en su voz.

—Se os ve nerviosos, chicos —dijo Aladdín; se acomodó en el cojín y se llevó a la boca algunos caquis y una pata de codorniz de un plato. Estaba sorprendentemente jugosa y bien cocinada—. Más guardias, vigías en las esquinas de las calles. Sí, los he visto. También la joven completamente disfrazada de azul. Pensé que Agrabah era maravillosa con el nuevo gobernante.

—No todo cambio es bueno —farfulló Duban, y bebió de su copa algo que evidentemente no era agua, y luego se sacudió las gotas que le cayeron en la barba.

—Pensamos que las patrullas de la paz serían la misma basura que los guardias del mercado —intervino Morgiana—. Pero son... otra cosa. Algo antinatural. Nadie sabe quiénes son ni de dónde vienen. Y, por la información que tengo, no han llegado a la ciudad caravanas de otras tierras con docenas de soldados idénticos.

—Y mantienen la paz férreamente —refunfuñó Duban—. Hace tan solo una hora han encontrado a un ladrón clavado en una pared, como un insecto, con una daga en cada muñeca, en los pies, el cuello y el corazón. No era uno de los nuestros —se apresuró a añadir.

—También está el pequeño problema de la inflación —continuó Morgiana mientras se servía un poco de vino de una bota de cuero—. No es broma.

—¿Inflación? ¿Como de dinero? —preguntó Jasmine—. ¿Qué tiene que ver eso?

—¿Ves esta naranja? —preguntó Morgiana tras ensartar una naranja de la mesa con su daga—. Hace una semana, podías comprar una docena con un séquel de plata. ¿Ahora? Esta naranja te costará veinte daricos de oro, o *jafares* de oro, o como quieras llamar a las monedas mágicas.

—Cuando puedes conjurar oro del cielo —explicó Duban al ver que Jasmine seguía confundida—, cuando cualquiera puede alzar las manos y tomar tanto como quiera, el oro deja de tener valor. Se vuelve como la arena.

Morgiana apuntó con la barbilla hacia las pequeñas montañas de oro en los límites de la caverna.

—Todo eso ya casi no tiene ningún valor.

Aladdín recordó una vez más la cantidad de riqueza ahora enterrada bajo el desierto. Un extraño pensamiento le vino a la mente. Todo esto... ¿había sucedido ya... antes? ¿Sería posible que el tesoro estuviera enterrado no porque algún anciano o antiguo sultán quiso que su fortuna quedara oculta con él, sino porque alguien estuvo cerca de destruir el mundo al ofrecerle demasiado oro? Con la ayuda de un Genio, cuya lámpara era la única cosa «insignificante» ahí... Tal vez todo estaba escondido para proteger a la gente del poder de los deseos.

Se frotó la cabeza. Los pensamientos profundos no solían ser lo suyo. Sospechó que eso también era parte de los cambios.

—Esto no ha podido ser parte del plan de Jafar —murmuró Jasmine—. No creo que lo haya previsto.

—Pero dijiste que tenía un plan descomunal, ¿cierto? —intervino Aladdín—. ¿Algo peor?

—¿Peor que oro sin valor? —preguntó Morgiana con malicia—. Me cuesta trabajo imaginarme algo peor que eso.

Jasmine asintió. Era como si con un poco de descanso y una copa de agua hubiera vuelto a ser ella misma y hubiese recuperado sus energías.

—Tenemos que detener a Jafar. Escuchad: tiene una lámpara con un Genio atado a ella. Hasta ahora ha pedido dos deseos: uno, convertirse en sultán; el otro, ser el hechicero más poderoso del mundo. El Genio no fue capaz de cumplir su tercer deseo, pues iba en contra de las leyes de la magia.

—¿Cuál era? —preguntó Duban, absorto.

Jasmine se sonrojó y vaciló en su papel de narradora.

—Jafar quería una esposa voluntaria —dijo al fin, tras obligarse a enunciar las palabras—. Quería que el Genio hiciera que me enamorara de él.

—Ah —dijo Morgiana, un tanto decepcionada—. ¿Eso es todo? ¿Por qué?

Aladdín sintió alivio al ver que Jasmine no se lo tomaba como un insulto.

—Porque eso es lo que quiere, además del poder —explicó—. Más que cualquier otra cosa, Jafar parece querer ser amado y admirado. Por eso, organiza todos esos desfiles y regala todas esas monedas y da todos esos discursos desde el balcón. Quiere que todos lo amen, incluyéndome a mí.

—Sin ofender, ese no es el deseo que yo pediría —dijo Duban, también atónito—. ¿Qué hay de todas esas cosas geniales que se escuchan en los mitos y en las leyendas? Como un caballo más veloz que el viento o un barco que pueda navegar por las estrellas. Eso es lo que yo querría.

Morgiana entornó los ojos que mantenía fijos en Aladdín.

—Perdón, pero ¿significa que has traído el objeto del deseo del hechicero más poderoso del mundo a nuestro escondite secreto?

—Eh... ¿Sí? —titubeó Aladdín con una sonrisa pícara.

—Podría ser una buena ficha de negociación —propuso Duban.

—Si supiera que estoy aquí, ya habría atacado —manifestó Jasmine rápidamente—. No creo que tenga el poder de ver a través de las paredes. Permitidme continuar: Jafar se enfureció muchísimo cuando el Genio no pudo... no pudo hacer que me enamorara de él. La magia no puede hacer eso, ni matar a nadie, ni traer a alguien de regreso de la muerte. Así que, en este momento, Jafar dedica todos sus recursos a descubrir cómo romper las leyes mágicas. Ya ha enviado a decenas de sirvientes por todo el mundo para que encuentren fuentes de conocimiento antiguas y malignas que puedan ayudarlo. Jafar quiere que todos lo amen, pero también quiere formar un ejército de muertos vivientes. Quiere conquistar al resto del mundo.

—Es broma —dijo Duban con los ojos abiertos como platos.

—No lo es —contestó Jasmine tímidamente—. Vi sus primeros intentos. Os... os juro que no es ninguna broma.

Morgiana escupió una maldición en el idioma de su madre.

—¡Magia negra de Shetan! Esto es una cosa muy seria, Jasmine —dijo, casi como una acusación.

—No estoy seguro de qué es peor —susurró Duban—. Levantar a los muertos para que le sirvan o un hechizo que nos obligue a amarlo de forma incondicional el resto de nuestras vidas.

—Las dos cosas suenan terribles —sentenció Aladdín—. Tenemos que detenerlo. O abandonar la ciudad. O morir en el intento.

—¿Me ayudaréis? —rogó Jasmine—. ¿Me ayudaréis a evitar que Jafar consiga las cosas que necesita para hacer realidad esa pesadilla? ¿Me... me ayudaréis a derrocarlo y a recuperar mi trono?

Morgiana y Duban se miraron mutuamente.

—Somos ladrones, Jasmine. ¿Qué podríamos hacer? —preguntó Duban.

—No sois solo ladrones, sois una red entera de ladrones —puntualizó Jasmine—. Sois casi un ejército. Y no precisamos fuerza militar, solo

necesitamos impedir que Jafar obtenga la capacidad de romper las leyes mágicas. Podemos, por ejemplo, robar las cosas que busca antes de que él llegue a conseguirlas. Seguro que sabéis bastante sobre cómo asaltar caravanas.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —contestó Morgiana, apacible, y tomó un sorbo de su copa.

Jasmine la ignoró.

—Mientras tanto, yo puedo hablar a la gente para ganarme su apoyo y lograr mi regreso al trono, crear una verdadera base de poder.

Los dos ladrones se quedaron callados. Jasmine paseaba la mirada entre ambos.

—¿Nosotros... qué ganamos? —preguntó Morgiana de forma razonable.

—¿El agradecimiento eterno de una sultana? —respondió Jasmine con picardía—. ¿No perder el control de tu mente y que tu cuerpo no sea usado como un soldado zombi en el ejército de un hechicero desquiciado? ¿Qué te parece eso?

La ladrona se encogió de hombros.

—Tal vez sea el momento de que los ladrones desaparezcamos, nos reubiquemos. Dicen que Bagdad es muy agradable en esta época del año...

—¡Vamos! ¡Se trata de Agrabah! ¡Y también de salvar al resto del mundo! —exclamó Jasmine, desesperada.

—No me importa mucho el resto del mundo. Que se lo quede el ejército de muertos vivientes —respondió Duban con un gesto de indiferencia.

—Sí, pero tampoco me gustan las patrullas de la paz —suspiró Morgiana, como si hablara sobre un tipo de ciruela—. Complican bastante la vida de un grupo de ladrones.

—En eso estoy de acuerdo —coincidió Duban, y brindó con ella—. Y, a decir verdad, tampoco me satisfacen los espectros. Podría ser desagradable toparse con un ejército de ellos.

Jasmine pareció perder la esperanza con aquellos comentarios banales.

Pero Aladdín sonrió. Había reconocido las bromas propias de sus viejos amigos: ya habían tomado una decisión y le daban vueltas al asunto, como si enfrentarse a un sultán, a un hechicero, a un Genio y a un palacio muy protegido no fuera gran cosa.

—Entonces... ¿nos ayudaréis? —preguntó Jasmine, esperanzada al notar lo divertido que estaba Aladdín.

Duban se estiró y golpeó la mesa con el puño frente a ella. Jasmine retrocedió. Cuando se levantó de la mesa, Jasmine vio la daga erguida y clavada en la madera: oscura, pequeña y mortal, como el mismo Duban.

—Nadie nos quitará Agrabah. Ningún hechicero maligno ni un ejército de ellos.

Morgiana hizo lo mismo; clavó su daga en la madera frente a Jasmine.

—Por Agrabah —juró.

—¡Por Agrabah! —repitieron los demás en la caverna.

Media docena de dagas, cuchillos y estiletes quedaron clavados en la mesa delante y alrededor de Jasmine con ayuda de varios brazos pequeños y adeptos.

—Perfecto, princesa —dijo Morgiana—. Ya tienes tu ejército de ratas callejeras. Ahora, ¿cuál es el plan?

Desenredo

—No espero que entiendas lo que hago. Solo observa y aprende.

Iluminado con la intensidad de la lava que fluía debajo de su taller secreto, Jafar parecía un aterrador sastre malvado. Apretó los labios y arqueó una ceja; se alejó de su obra para apreciarla desde otro ángulo. Después, tomó una decisión, escogió un punto y comenzó a cortar con las tijeras.

La tela con la que trabajaba se estremeció.

La alfombra de colores brillantes estaba estirada y tensada sobre un potro que solía estar reservado para víctimas humanas. Sus tres borlas restantes estaban clavadas con crueles clavos con púas en la cabecera y los reposapiés. Mientras Jafar apretaba las tijeras y desgarraba la tela, la pobre alfombra se retorcía enloquecidamente. Trozos de hilo y hebras de lana cayeron al suelo formando un extraño torrente líquido, como si fuese sangre.

—El problema es... —dijo Jafar al llegar al extremo de la alfombra y batallar con el denso borde—. El problema, *Iago*, es que aún no comprendes que debes mantener la mente abierta y estar listo para tomar lo que sea que la vida te ofrezca. No has comprendido cómo puedes convertir las decepciones, los fracasos y los tropiezos en triunfos. Se trata de perspectiva. Podrá verse muy mal que hayamos perdido a Jasmine, pero dale la vuelta. Hemos ganado una batalla muy interesante y valiosa. ¿Crees que sería sultán hoy si no fuera capaz de producir... soluciones creativas a los problemas que la vida me presenta?

Un tijeretazo final y la tela quedó cortada en dos; las dos partes se menearon de forma extraña, como un insecto que ha perdido la cabeza, pero cuyas patas todavía se mueven unos segundos más.

Jafar tenía bastante experiencia con ese tipo de cosas. Verlo lo ponía nostálgico. Suspiró y siguió cortando.

—No tienes ni idea, *Iago*, no la tienes. Has pasado tu vida consentido y cómodo en estos pasillos dorados. Todos te dan premios y galletas; incluso aquel estúpido Sultán te lo toleraba todo. Cuando yo era niño, mi madre no me dio más que mi nombre. Me vendió como esclavo a la primera persona que me quiso. Nadie me regaló galletas. Te lo digo, *Iago*. Tuve que trabajar duro, siempre estaba planeando y tenía que ser resolutivo para cambiar mi destino.

Enmudeció, concentrado en presionar las tijeras sobre la siguiente pieza de la resistente tela. Al tener más espacio, la alfombra podía forcejear un poco más, así que Jafar tuvo que sujetarla con fuerza. Gotas de sudor le brotaron en la cálida frente. La habitación estaba en silencio, salvo por el detestable sonido de las hojas sobre la gruesa y crujiente tela. La pila de extraños y brillantes hilos crecía en el suelo.

Cuando por fin logró cortar todo un trozo, Jafar soltó una risotada triunfal. Levantó una larga hebra de la alfombra que se deshilachaba por los remates. El trozo se dobló y retorció sin fuerza en el aire.

—¡Perfecto! ¿No lo crees, *Iago*?

No obstante, la habitación estaba vacía, excepto por el hechicero y la alfombra, así que no recibió respuesta alguna.

Un atraco

Una extraña y muy custodiada carreta avanzaba despacio por los senderos polvorientos de Agrabah. Delineadas contra el cielo, detrás de la carreta, se alzaban las montañas de Atrazak: altas, picudas, grises y, sobre todo, inertes. Lo que fuera que la caravana traía desde las tierras que estaban más allá de las montañas era tan importante como para precisar dos conductores con armaduras, dos soldados del palacio vestidos de rojo y negro a cada lado y al Genio que flotaba en silencio sobre ellos, con las manos azules extendidas, preparadas para algo...

Cuando esta extraña procesión silenciosa, salvo por el rechinamiento de las ruedas y el ocasional escupitajo de los camellos, atravesó las puertas nororientales de la ciudad que rara vez eran utilizadas, la calma se rompió de inmediato.

Una docena de niños pequeños corrió a recibirlos, armados con cubos, tazas y jarras. Los golpearon y los mostraron para llamar la atención.

—¿Puedo saciar vuestra sed, honrados guardias?

—¿Le doy de beber a sus camellos, estimado efendi?

—¿Un trago, buen señor?

—¿Quiere un poco de agua?

Uno de los conductores bajó de un brinco. Estaba cubierto de sudor y polvo, y tenía los labios agrietados. La armadura acolchada que vestía se le pegaba de forma desagradable y el cabello que se le escapaba por debajo del casco puntiagudo estaba aplanado como el peinado de una estatua. Su rostro era la desagradable imagen de las quemaduras del sol, la arena del desierto y el cansancio.

Y, sin embargo, cumplió con su tarea y alejó a los niños con un pequeño látigo.

—¡Largaos de aquí, ratas callejeras! —estalló—. ¡Si uno de vosotros toca siquiera un pelo de mis camellos o mi carreta, os golpearé hasta sacaros vuestra miserable alma!

Los niños retrocedieron de inmediato, unos con reverencias, otros se lanzaron al suelo, algunos se arrodillaron a los pies del soldado.

—Decidme, sabandijas, ¿cómo es que habéis sabido que llegábamos? —preguntó. No era el guardia de una caravana normal; era más inteligente que el resto y tenía un brillo de desconfianza en los ojos—. ¡Nuestras idas y venidas son secretos que solo Jafar y sus consejeros de más confianza conocen!

—Vuestras ruedas han dejado un rastro de polvo en el aire, señor mío —respondió una valiente voz.

Una niña dio un paso al frente; una joven, más bien. De su sinuosa cadera colgaba un recipiente con agua. Su brillante cabello negro se asomaba por debajo de su pañuelo y le enmarcaba las orejas como una cascada. Su túnica era de un azul muy oscuro, como un antiguo río.

El conductor de la caravana se dio la vuelta para mirar detrás de él: en efecto, la chica tenía razón. Las nubes de polvo y arena que sus camellos habían levantado se extendían a lo largo de varios kilómetros, se alzaban con delicadeza hacia el cielo y permanecían inmóviles en el aire calmado.

—Humm —dijo con brusquedad—. Tú, trae agua para mí y para mis hombres. Los demás pueden llenar los abrevaderos... pero nadie puede acercarse a la carreta o a los camellos, so pena de varios azotes. ¿Queda claro?

Murmullos de consentimiento se entremezclaron con los sonidos de pies descalzos que se arrastraban por el suelo conforme los niños se dispersaban para cumplir las órdenes.

La chica sirvió despacio y con cuidado un pocillo de agua y se lo extendió al soldado.

—Cuando termine con sus hombres, ¿hay alguien en el carro a quien pueda atender?

El conductor tomó el agua lentamente y con la precaución de quien está acostumbrado a tenerlo todo bajo control. No tendría malestar al beber demasiado deprisa.

—Nadie —dijo con prontitud, y devolvió el pocillo—. Supongo que querrás una moneda por esto.

—Ninguno de nosotros quiere monedas de Agrabah —dijo la chica mientras se acercaba al otro conductor—. Las monedas ya no valen nada en esta ciudad, salvo que sean extranjeras. Aceptaremos monedas extranjeras. O comida.

—Humm —balbució el conductor de nuevo, sin mostrarse sorprendido ni alterado por el hecho... pero sin refutarlo tampoco.

Otra chica apareció con un jarrón de agua y se apresuró a atender a los hombres del otro lado de la carreta. Su cabello era corto y su sonrisa tenía un hoyuelo de apariencia peligrosa en una de las mejillas. La chica de azul comenzó a gritarle de inmediato.

—¡Yo he llegado primero!

La chica nueva le respondió con más gritos. Pronto, su audible batalla se elevó por encima del resto de los ruidos.

Un mono se sumó al caos al saltar de un edificio cercano sobre el casco del conductor.

—¡Aléjate, maldita bestia! —farfulló el hombre, agitando la cabeza, y usó el mango de su látigo para golpear al mono.

—¿Ha visto algún demonio extranjero? —le preguntó un niño al guardia de la carreta—. ¿Algún monstruo?

Arriba, en el caliente y seco ático de una bodega abandonada desde donde se veía la escena completa, Aladdín sonrió.

—Esa es mi señal.

Salió por la ventana y se escabulló por el muro con un ojo puesto en lo que sucedía abajo. Entre la actividad ruidosa y caótica, nadie notó su arácnido descenso. Al menos nadie que no tuviera que notarlo. Los niños, las chicas aguadoras y *Abú* elevaron el nivel de confusión con más golpes, gritos y salpicaduras de agua.

Entonces, a Aladdín se le metió el pie en una vieja verja. Un pedazo oxidado por la intemperie cayó al camino.

—El *djinn* flotante —dijo la chica del hoyuelo en voz muy alta, tras interrumpir su pelea con la joven de azul cuando los guardias comenzaban a darse la vuelta para mirar—. ¿Quiere agua también?

Funcionó: los guardias volvieron a clavar la mirada en ella. Uno le dirigió una sonrisa lasciva.

—Seguro que te gustaría atender a un *djinn*, ¿no, mujerzuela? Pero no, no necesita ni agua ni comida ni... ninguna otra cosa que requieran los hombres reales.

Aladdín suspiró, aliviado.

Se dejó caer los últimos tres metros y aterrizó de puntillas con suavidad. Mientras la chica de azul inclinaba un pocillo hacia la boca de un guardia, Aladdín se deslizó hacia el interior de la carreta.

Transportaba las provisiones que los nómadas y los viajeros del desierto solían llevar consigo: carnes y frutos secos, pequeñas ánforas de cuero con agua y vino, cuerdas y ropas adicionales y arneses... Pero en la oscura y polvorienta parte trasera había un cofre con varios candados que parecía demasiado delicado e inusual en un cargamento así.

Aladdín sacó sus herramientas de cerrajero y se puso manos a la obra a toda prisa. Estos eran candados complicados, no como los del calabozo. Escuchó que el sonido del caos subía y bajaba en el exterior, y que el Genio había decidido involucrarse y ahuyentar a los mendigos aguadores.

Una única gota de sudor rodó por su elegante nariz y cayó de forma desagradable en la tierra.

Al fin, los cerrojos cedieron. Aladdín abrió el cofre y se asomó al interior.

No había nada dentro más que libros viejos. No pudo evitar sentirse un poco decepcionado; había esperado encontrar joyas encantadas o un báculo que le otorgara acceso a un oráculo omnisciente o algo así.

Aladdín chasqueó la lengua, lo que bien podía interpretarse como el sonido de las patas de los camellos sobre el suelo o una espada al desenvainarse.

De inmediato, la cabeza de una rata callejera apareció por la tela de la carreta. Aladdín le lanzó un libro. En lo que pareció una orden completamente aleatoria, otras ratas callejeras formaron una cadena humana que zigzagueaba entre el tumulto. La primera niña le lanzó el libro a un segundo, quien lo atrapó con un cubo vacío. Le dio el cubo a un niño pequeño, quien se escabulló con él entre las patas de los camellos. Una chica lo cogió después y corrió por las calles tan rápido como pudo.

Hicieron esto cinco veces. Una vez por cada libro.

Por el nivel del ruido que le llegaba procedente del exterior, Aladdín entendió que el conductor y los guardias comenzaban a desesperarse. Ahora que habían saciado su desértica sed, estaban listos para dirigirse al palacio, reponerse y retirarse posiblemente a los baños. La multitud de aguadores era dispersada con palabras y latigazos.

En cuanto el cofre quedó vacío, Aladdín lo cerró de golpe y volvió a colocar los candados; se aseguró de que todos los broches quedaran tal como los había encontrado. Se asomó por la carreta y se deslizó por debajo.

Los guardias lanzaron monedas extranjeras y naranjas tan lejos como pudieron. Los niños salieron disparados detrás de los regalos. El conductor silbó y golpeó a un camello en el costado. La carreta comenzó a avanzar

despacio. Las dos chicas aguadoras se quedaron rezagadas y los observaron partir...

... y también cubrieron a Aladdín con la túnica de una mujer, en la que entró en cuanto salió de debajo de la carreta, como un mago que aparece en un cesto.

Cuando la carreta, los guardias y los camellos se adentraron en las calles, el Genio volvió la mirada hacia Aladdín. Asintió. Aladdín asintió en respuesta. Luego, el Genio se volvió y alcanzó a los guardias, con una mirada seria... casi triste.

El rostro del Genio tenía algo peculiar. Era agradable nada más verlo, más apto para sonreír y bromear que para las muecas y los gestos que parecía hacer siempre. Era un *djinn* mucho más humano de lo que Aladdín habría imaginado.

En otras circunstancias, casi podía imaginarse siendo su amigo, conversando al menos, o...

Aladdín movió la cabeza. Otro momento, otro lugar. Mientras tanto, las ratas callejeras tuvieron que dispersarse y tomar caminos distintos para regresar a la guarida secreta de Morgiana y Duban.

Sin decir una palabra, las tres «chicas» se dispersaron entre las sombras. Momentos después, de no ser por las marcas en la tierra, era como si nadie hubiera estado en aquella plaza.

Reina de los ladrones

Aladdín se permitió unos momentos de soledad y relajación; anduvo por las calles de la forma en que se imaginaba que lo hacían las mujeres, con la túnica enroscándose entre sus piernas. *Abú* chilló con alegría, pues sentía el cambio en el humor de su amigo.

—Eres una chica bastante creíble —dijo alguien arrastrando las palabras desde una esquina.

Ahí estaba Morgiana, cruzada de brazos y mirando las excentricidades de Aladdín con una ceja levantada. Se había quitado el disfraz y ahora vestía su atuendo habitual.

—Tú también —respondió él sin perder un segundo.

—Estúpido —mascullό Morgiana, y se acercó para ayudarlo a quitarse el vestido.

—Digo, no tan creíble como esa otra chica. Estuvo increíble. ¿Dónde la encontraste?

—Se llama Pareesa y es una de las ladronas con más talento de nuestro pequeño grupo. ¿Sabes qué? Cállate —dijo Morgiana con un tono amable —. Un hombre que goza de las atenciones de una atractiva princesa real no debería desviar mucho su mirada.

—Es broma, Morgiana. De verdad solo tengo ojos para Jasmine —dijo muy serio. Luego añadió—: Sin ofender.

—No hay ofensa. Eres demasiado flacucho para mi gusto de todas formas. Ponle algo de carne a esos huesos y luego ya veremos.

Caminaron por la calle de la forma más distendida posible para ser dos ladrones; sus hombros chocaban cada cierto tiempo, como si no les

importara nada, y con la mirada buscaban salidas y escapatorias por si acaso.

—Te hemos extrañado, ¿sabes? —dijo Morgiana al fin.

—Yo... también os he extrañado —admitió Aladdín—. Solo quisiera...

—Sí, sí, que no fuéramos ladrones profesionales, don Moralidad —contestó Morgiana poniendo los ojos en blanco—. Solo hacemos lo que haces tú... y refinamos un poco el proceso. Ninguno de nosotros es moralmente superior al otro, Aladdín. La ley trata todos los robos por igual.

—Nunca me ha importado la ley —respondió Aladdín—. Solo me importa lo que dice mi corazón.

Morgiana negó con la cabeza.

—Es muy fácil robar solo lo que necesitas para comer y para vivir si eres un hombre joven y fuerte. Los niños de tres años que se mueren de hambre y las abuelas convalecientes no pueden robar para comer. Así que robamos más y, sí, también monedas y joyas.

—No me digas que todas esas cosas que tienes en tu guarida únicamente son para destinarlas a contribuciones caritativas —replicó Aladdín con un brillo en los ojos.

—No te negaré que tengo planes más ambiciosos y una predilección por los objetos brillantes —admitió Morgiana, y se encogió de hombros—. Solo digo que no somos tan malvados como tú crees, Aladdín. Hay matices y también llevamos nuestra porción de bondad dentro.

—Nunca he creído que seáis malos, Morgiana. Solo que optáis por las decisiones incorrectas.

Ella se rio.

—Ahora pareces mi madre, cuando estaba, eh, cuerda.

Aladdín sonrió. ¿Era posible ser amigo de alguien con quien no se estaba de acuerdo?

Doblaron una esquina y, con su instinto de ladrón, de inmediato se protegieron entre las sombras.

Había una tienda instalada al final de una amplia calle. Era rechoncha y cuadrada, con los colores negro y rojo de Jafar. Tenía pintado el símbolo angular y malévolo de la moneda en uno de sus laterales y en la punta de un mástil ondeaba también una bandera. Una larga fila de gente, acalorada y con gesto desesperado, serpenteaba al salir de la tienda y tomar la calle.

—¿Qué es eso? —preguntó Aladdín, inquieto.

—Algo nuevo —contestó Morgiana, también preocupada.

—Investiguemos.

Al darse cuenta de que no parecían más que una joven pareja que paseaba por la vía, salieron de las sombras y entrelazaron los brazos. Con la naturalidad de dos expertos que estudian el terreno para un robo, dejaron que sus ojos inspeccionaran todo lo que allí se cocía.

—¿Qué sucede, amigo? —le preguntó Aladdín a un padre que aguardaba en la fila con las manos puestas sobre los hombros de sus dos hijas.

—¿No lo has oído? —preguntó el hombre; sus ojos se movían nerviosos de un lado a otro mientras presionaba con más fuerza los hombros de sus hijas—. Van a regalar pan. Más te vale ponerte a la cola.

—Pensaba que Jafar ya lo hacía, o sea, que se lo lanzaba a la gente en los desfiles y por el balcón del palacio y esas cosas.

—Lo ha suprimido. Jafar ha dicho que... demasiadas personas indeseables se aprovechaban de su bondad.

El hombre enunció esas últimas palabras despacio, de forma clara y con un volumen un poco más elevado que el resto, para asegurarse de que cualquiera que estuviera prestando atención lo escuchara.

—Humm —masculló Morgiana—. Creo que nos quedamos. Gracias, amigo.

El hombre inclinó la cabeza y se giró, como si ya no existieran.

Cuando se dieron la vuelta para alejarse, Aladdín hizo un gesto con la barbilla hacia la tienda. Morgiana siguió su mirada.

Un hombre de cara estrecha y ojos entornados estaba sentado dentro de la tienda en una mesa improvisada. Dos guardias gigantescos lo custodiaban. A sus espaldas había una pila de pan tirado sin ningún miramiento sobre una sábana en el suelo. Una mujer joven con una túnica roja remendada varias veces intentaba no mirarlo mientras el hombre le hablaba.

—¿Le juras lealtad a Jafar y a su nuevo gobierno, ciudadana de Agrabah?

—Sí. Sí. Claro —respondió la mujer; mirando el pan con anhelo.

—¿Juras respetar sus leyes y obedecerlo con el respeto y el amor que merece el legítimo señor de las tierras cercanas a las montañas de Atrazak?

—Lo juro. Digo... ¿Una cosa? No es que me vaya a casar con él, ¿verdad? —objetó la joven de pronto; por primera vez miraba al hombre y no el pan.

—No. No te casarás con él. —La sonrisa del hombre no era un brillo lúdico. Era un destello malicioso y de complicidad—. ¿Lo juras?

—Sí —contestó la mujer.

—Perfecto. ¡El siguiente!

La mujer parpadeó, luego se rio como una niña cuando uno de los guardias le puso dos hogazas de pan en las manos. Se fue saltando de alegría.

—Creo que habría jurado regalar a su madre —murmuró Morgiana.

—Creo que no le ha importado lo que ha dicho o ha considerado que no significaba nada —añadió Aladdín—. Y seguro que no significa nada.

Caminaron despacio por la calle y se desviaron en cuanto pudieron alejarse de la cola del pan.

—Esto no me gusta —manifestó Morgiana cuando estuvieron lo suficientemente lejos para sentirse cómodos—. Toda esta situación es horrible.

—Es extrañísima —reconoció Aladdín—. No sé exactamente por qué. De nuevo, ¿qué significan esas palabras? Como has dicho, esa mujer habría jurado regalar a su madre y no decirlo en serio.

—Sí, pero ¿qué pasará cuando Jafar se dé cuenta de ello?

No hubo sobresaltos el resto del camino a casa, hasta que entraron en el escondite. En cuanto estuvieron dentro, un monstruo anaranjado y negro con dientes del tamaño de dagas se lanzó sobre ellos saliendo de la oscuridad.

—¡*Rajah*! —exclamó Aladdín sorprendido. Acarició el pelaje del cuello del felino. El tigre ronroneó—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Morgiana negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—Duban nos ha dicho que apareció en la puerta esta mañana, justo después de que nos marchásemos. Llevaba una cinta en el cuello, ¡una cinta! y una nota que decía que debíamos buscar un libro en particular en las caravanas de Jafar. *Al-no-sé-qué*. Estaba firmada por «el Genio».

—¡Ajá! —Aladdín acarició a *Rajah* con la nariz—. Me gusta esta nueva forma de conseguir información. Es mucho más segura que hacer que Jasmine se encuentre con él.

—Pues creo que necesitaremos muchos más tigres —comentó Morgiana, escéptica—. Aunque eso haría muy felices a Ahmed y Shirin. Ya han adoptado a *Rajah*. Y Maruf no confía en dejar al tigre con sus nietos.

—¿Maruf está aquí? ¿Dónde? —preguntó Aladdín con regocijo.

—¿A esta hora? Seguro que está en la cocina, preparando el desayuno.

—¡Claro! Iré a saludarlo.

—Claro —refunfuñó Morgiana. Se alejó agitando las manos en el aire y hablando consigo misma, desesperada—. ¿Genios? ¿Tigres? ¿Libros mágicos? ¿En qué se ha convertido mi vida?

Aladdín atravesó varios pasadizos laberínticos y bodegas conectadas de un modo inexplicable y llegó hasta la sorprendentemente espaciosa cocina de alguna gran casa antigua que no tenía ventanas, solo tragaluces. Sobre una gigantesca estufa con una sartén igual de gigantesca se encontraba Maruf, el anciano padre de Duban. Sonreía y hablaba y saltaba alrededor de una multitud de niños hambrientos, y no se tiraba ni una sola gota de aceite sobre la despeinada barba ni pasaba por alto una sola mano hambrienta y extendida. Era más que especial cuando usaba la pierna que no podía mover como pivote y giraba sobre su talón.

Todos recibieron un trozo de pan caliente y, de un enorme frasco en la esquina, una porción de queso dulce.

—¡Aladdín! —gritó Maruf en cuanto lo vio—. Estoy recalentando tu plato favorito: *nan-e sangak*. Los hice anoche. ¡Toma!

Giró la sartén y una pieza redonda de pan voló por los aires. Aladdín la atrapó y de inmediato la lanzó a su otra mano; estaba muy caliente para poder comérsela.

Maruf echó la cabeza hacia atrás y se partió de risa.

—No has cambiado, Aladdín. Siempre quieres morder cosas que son peligrosas.

—¿Yo? —preguntó Aladdín mientras se soplaba un dedo—. ¿Qué hacías tú cuando tenías mi edad?

—¡Ja, ja, ja! Justo les decía a estos niños... —dijo Maruf mientras movía la cabeza de un lado a otro—. Cuando tenía tu edad..., caray, incluso cuando era un poco más joven, ¡podría haberles enseñado una o dos cosas sobre esquivar guardias en el mercado!

Dos niños corrieron hacia delante, saltando entre las piernas de Maruf y se colgaron de ellas a pesar del peligro del fuego y el aceite caliente.

—¡Ahmed! ¡Shirin! ¡Me vais a matar! —exclamó el anciano con una sonrisa.

Aladdín miró a los niños. Le parecieron conocidos... ¿de dónde? Luego, los ubicó. Eran a quienes les había dado su pan hacía como una semana.

—¿Son...? —preguntó despacio.

—Los hijos de Kazireh, mis nietos —respondió Maruf con orgullo.

Aladdín se agachó y les hizo cosquillas a ambos.

—Creo que ya nos conocíamos —dijo.

—¡Tenemos un león como mascota! —gritó Ahmed, el más pequeño.

—Tigre, Ahmed. Tiene rayas —lo corrigió Shirin con dulzura—. Y hemos cuidado de *Abú* por ti.

—Genial. El pobre necesita un poco de amor extra —dijo Aladdín, y se llevó el pan, ya templado, a la boca—. Y, ya que hablamos de eso, ¿alguien sabe dónde está Jasmine?

Maruf le dirigió una mirada maliciosa.

—Sí... está en el... «estudio». Seguro que necesitas discutir asuntos importantes con ella.

Aladdín fingió no percibir la insinuación en el tono del anciano y le hizo una pequeña reverencia, con las manos juntas, a modo de agradecimiento. Salió de la habitación y volvió por donde había llegado, por el intrincado laberinto de almacenes y túneles secretos que las ratas callejeras habían excavado bajo el vecindario abandonado. El «estudio» era una habitación grande con una alfombra rectangular y sin adornos que ocupaba el centro de la estancia. La alfombra tenía dibujado con tiza un mapa de Agrabah. Pequeños ladrillos y bloques de piedra representaban edificios y sitios importantes. A su alrededor un grupo de ratas callejeras atendía a las explicaciones de Jasmine.

Jasmine estaba apoyada en las manos y las rodillas, y empujaba pequeñas piedras que simbolizaban los niños ladrones y mendigos que conformaban sus tropas. Explicó con cuidado el plan a su público y luego

hizo que se lo repitieran palabra por palabra antes de dispersarse para cumplir sus órdenes. Pronto, todos se marcharon, y Aladdín se sentó junto a ella.

—Oye, ¿qué es esto? —preguntó al contemplar varias marcas de tiza en la pared.

Al principio creyó que eran aleatorias, pero ahora se daba cuenta de que eran cuatro triángulos alargados... como si fuesen las garras de una bestia descomunal.

—La marca de Rajah —respondió Jasmine sin alzar la mirada. Siguió atenta a su mapa con un dedo en la boca—. Algunas ratas callejeras pensaron que, si Jafar tiene un símbolo, nosotros debíamos tener uno también. Se supone que significa resistencia. Además, *Rajah* se resistió a Jafar... y quedó herido. Es en su honor.

—Claro. Muy listo —dijo Aladdín.

—Sí, sí, pero escucha —añadió ella con impaciencia. Pequeños rizos se mecieron sobre su cabellera desaliñada, como una guirnalda, y a Aladdín le costó trabajo concentrarse en sus palabras—. La nota del Genio decía que Jafar busca un libro en particular que trata de magia con los muertos y los no muertos. Si no está en este cargamento, podría venir de Kajha, por el mar. Se espera que lleguen esta noche, pero no sabemos si se detendrán a por provisiones en Midrahf. Así que las ratas callejeras atacarán caravanas en la puerta del sur y en la del oeste como distracción.

—¿Cuál es el libro?

—*Al Azif*, de Abdul Alhazred.

A pesar de que se encontraban dentro de pasadizos subterráneos donde el viento no soplaba, Aladdín sintió un escalofrío repentino. Jasmine tampoco se sentía muy cómoda al pronunciar el título del libro en voz alta. Tenía algo que...

—Tal vez sea uno de esos libros que acabamos de robar... Sin duda parecían muy serios.

—Sí, vamos a verlos —dijo Jasmine; se levantó y se estiró—. Será agradable descansar un rato de jugar a ser la reina de los ladrones. No lo digo... eh... por ofender. Nada de esto sería posible sin Morgiana, Duban y las ratas callejeras.

Aladdín guardó silencio mientras pensaba en la discusión que acababa de tener fuera con su vieja amiga: capas de complejidad, bien y mal, decisiones. Si Morgiana no hubiera seguido un camino que él no aprobaba, no habría podido ayudarlo ahora. ¿Dónde cabía todo eso en el gran mapa moral del mundo?

—Habéis tardado mucho en volver —dijo Jasmine, y le dio un pequeño puñetazo en el estómago; era como si pudiera leerle la mente—. Tú y Morgiana.

—Nos estábamos poniendo al corriente. ¿Celosa?

—Solo de que te conozca desde hace tanto tiempo —respondió Jasmine con una sonrisa, y le apretó la mano.

—Hemos visto una cosa —dijo Aladdín de mala gana, sin querer cambiar el ánimo—. Jafar ahora ordena que la gente guarde su turno para obtener unos pedazos de pan a cambio de que le juren lealtad y fidelidad. Ya no lo regala. Los acontecimientos han dado un... giro inquietante.

—¿Acaso lo de «Quiero crear un ejército de muertos vivientes» no te inquieta?

—Sí, eso es horrible. Es tan horrible que casi parece irreal. Pero esto... Eran personas normales y desesperadas que se han encontrado de pronto aterrorizadas por perder la comida a la que acababan de acostumbrarse. No puedo hablar de genios, espectros y antiguos libros mágicos, pero no me gusta en lo que Jafar ha convertido a la gente de Agrabah.

—Mató a mi padre delante de mí, ante los habitantes de Agrabah —le recordó Jasmine con la mandíbula apretada—. No hay nada de lo que no sea capaz.

Llegaron a la habitación principal del centro de operaciones, aquella con las mesas y los braseros. Un vigilante estaba de pie junto al cofre con los artículos robados: la chica de azul del atraco. Ahora vestía pantalones y una daga larga colgaba de cada una de sus caderas.

—Gracias, Pareesa —dijo Jasmine con una cálida sonrisa—. Nosotros nos encargamos. Te mereces un descanso después de todo lo que has hecho hoy.

—Por supuesto, Jasmine —respondió la chica con una reverencia antes de irse.

Aladdín abrió el cofre y cogió con cuidado los húmedos libros encuadernados en cuero. Todavía eran algo nuevo para él; estaba más acostumbrado a los pergaminos y a las notas grabadas en fragmentos de arcilla seca.

—Hay un imam en el Barrio Antiguo llamado Khosrow, muy sabio; dijo que nos ayudaría con las traducciones en cuanto pudiera escapar —dijo Jasmine.

Se sentaron a la mesa baja, sobre la cual solo había una jarra de té con menta y una bandeja con pan. Colocaron la pila de libros entre ellos y cada uno cogió un ejemplar.

Aladdín abrió el suyo, *Tratado sobre los límites de la magia*, y de inmediato cambió el enorme volumen sin ilustraciones por *Rompehechizos*, un compendio, que tenía imágenes y recetas para llevar a cabo encantamientos.

Tras unos minutos, Jasmine dejó el suyo, decepcionada.

—No creo que ninguno de estos sea *Al Azif*. No puedo saber si alguno de estos dos lo es, por culpa de los idiomas. Eso parece ser escritura cuneiforme, que es una locura..., y eso es egipcio hierático, que definitivamente no sé leer. Pero, si las ilustraciones nos dicen algo, parecen ser sobre temas mucho menos complejos. Necesitamos a ese imam.

—Por otro lado, ¿no quieres proteger a tus ovejas de los hongos en las pezuñas? —preguntó Aladdín alegremente. Le dio la vuelta al libro para que ella observara la imagen antigua y brillante, y la receta que él acababa de leer—. Porque, si es así, ¡tengo el hechizo perfecto para ti!

Jasmine sonrió.

—Me pregunto si funciona.

Aladdín puso el libro a un lado.

—Y, ¿de qué trata *Al Azif*, a todo esto?

—Supongo que es un registro de los viajes que hizo un antiguo hombre loco por mundos prohibidos y oscuros. Puso por escrito el conocimiento que obtuvo sobre canalizar poderes más allá del universo mismo. De alguna forma, el acto de anotarlos se convirtió en el conducto de ese poder —explicó Jasmine. Aladdín parpadeó, perplejo—. Poseer el libro por sí solo te permite matar personas con la mente y levantar ejércitos de muertos vivientes —volvió a explicarle Jasmine con una mueca de desesperación.

—¡Aaah! Ya comprendo. Cosas malas. ¿Qué haremos nosotros cuando lo tengamos? —preguntó Aladdín, y depositó su libro en la mesa—. ¿Lo quemaremos o algo por el estilo?

—¿Quemarlo? —preguntó Jasmine, asombrada—. ¿Un libro de una importancia tal? No, no podemos hacer eso. Tenemos que conservarlo.

—Eh... ¿Qué? —dijo Aladdín despacio.

—Piénsalo un poco. En él se encuentra el poder para romper las leyes de la magia. ¿Qué más podrá hacer?

—Nada. Nada bueno —contestó Aladdín con firmeza.

—Podría darme el poder que necesito para derrotar a Jafar y conseguir el trono.

—Estamos en ello. Aquí —replicó Aladdín, amablemente, y se estiró para acariciarle la rodilla—. Con personas que creen en ti y en tu causa,

con niños y ladrones y mendigos, con tigres y genios. Podemos hacerlo sin magia adicional.

Jasmine no parecía convencida.

—Tener más poder y más armas no nos haría daño.

—Ah, sí, sí que podría, cuando las armas son malignas. Y solo porque el libro esté en nuestras manos no significa que no pueda terminar en manos de alguien más. Tenemos que quemarlo. Eso hará que nunca nadie lo use con fines malvados.

—Es una razón estúpida para destruirlo, solo porque podría originar daño algún día. ¡Podemos usar su magia para arreglarlo todo! —gritó Jasmine.

—¿Sabes quién creía que la magia podía arreglarlo todo? —Aladdín gritó como respuesta—: Mi madre. Creía en todas esas historias sobre *marids* y *djinn* y huríes, y en cumplir deseos y arreglar todos tus problemas con chasquear los dedos; en esas historias en las que todos viven felices por siempre jamás. También pensaba que mi padre se había marchado a descubrir alguna cosa «mágica» o algún trabajo, o lo que fuera que salvaría a nuestra familia. La magia no hace eso. Nada lo hace. Y estás tan loca como mi madre si piensas lo contrario.

—Podría traer a mi padre de vuelta.

Jasmine lo dijo en voz muy baja y casi imperceptible. Ya no miraba a Aladdín ni a los libros; miraba al vacío con unos ojos que se habían humedecido de pronto.

Aladdín sintió de inmediato que su ira se desvanecía como un castillo de arena en el viento del desierto. Se veía tan pequeña ahí sentada, no como la reina de los ladrones ni como una sultana. Se acercó hasta ella y la envolvió en sus brazos.

—Oye —dijo con dulzura, y le dio un beso en la mejilla—, sé que lo extrañas. Yo también extraño a mi madre, a pesar de todo eso que acabo de

decir. Pero... no lo puedes traer de vuelta. No sería el mismo. Él no lo querría.

—No lo sabes —contestó Jasmine con un sollozo.

—¿Estás dispuesta a comprobarlo por las malas? Se fue, Jasmine. Déjalo marchar.

Jasmine abrazó con fuerza a Aladdín por un momento; lo apretó más fuerte de lo que él había creído que era posible para una chica de su complexión. Después, se volvió a sentar e intentó recobrar la compostura limpiándose la nariz.

—En cierto modo, todo esto es por culpa de mi padre, ¿no es así? —dijo finalmente—. Si él no hubiera llevado a Agrabah a donde está ahora, con una enorme población de personas pobres y una desigualdad aún más grande entre ellos y los nobles ricos como yo, alguien como Jafar no hubiera tenido la oportunidad de aprovecharse. Nadie lo habría apoyado si el Sultán... hubiera respondido a su pueblo —afirmó Jasmine. Aladdín ansiaba decirle que se equivocaba. Pero no podía. Jasmine vio su mirada de compasión y sonrió un poco—. He... aprendido muchas verdades difíciles sobre él y sobre mi mundo en estos últimos días. Creo que, tal vez, en algún lugar de mi mente, siempre lo supe. En los libros de historia que leí, los grandes gobernantes no pasaban todo su tiempo con juguetes para niños, y no permitían que sus consejeros se ocuparan de todo. Mantenían un ojo puesto en la gente y una mano en las operaciones diarias. Los grandes líderes, al menos. Incluso los líderes militares como Jerjes. No permitían que las personas normales murieran de hambre sin una causa justificada..., personas normales y corrientes como tú... —Aladdín imaginó lo que vendría después. Se concentró en su pedazo de pan; lo partió por la mitad con cuidado—. ¿Qué... le sucedió a tu familia? ¿A tu madre? —preguntó con un atisbo de duda—. ¿Qué hizo que dedicaras tu vida a robar?

Aladdín suspiró y devolvió el pan a la bandeja. Su júbilo habitual se esfumó bajo el escrutinio de Jasmine. De hecho, muchas de sus bromas y travesuras habían desaparecido en las dos últimas semanas. No estaba seguro de si las extrañaba o no.

—Mi padre, Gazím, nos abandonó cuando yo era muy pequeño. Apenas lo recuerdo. —Hacía años que Aladdín no pronunciaba el nombre de su padre en voz alta. Casi esperaba no poder recordarlo, pero surgió sin problemas de las profundidades de su mente, inmediato y completo, a la espera de volver a la superficie con todo el dolor que conllevaba—. Imagina a alguien como yo —continuó—. Imagina a un hombre joven, independiente y con un atractivo picaresco, de lengua mordaz para las risas y las bromas. Pero lento para encontrar un trabajo honrado. Imagíname sin pensar en cualquier otra persona, sin considerar nada más que la diversión del momento, pero siendo responsable de dos personas más. Cuando esto se volvió excesivo, simplemente... se marchó. Y mi madre... era una madre increíble —dijo con énfasis, y miró a Jasmine a los ojos—. Podía preparar sopa con polvo y una gota de agua. Podía coser ropa, ropa decente, con restos que mendigaba a personas un poco menos pobres que nosotros. Mantenía nuestra pequeña y horrenda casa impecable y tan alegre como le era posible.

—Por lo que dices era una persona maravillosa —dijo Jasmine con dulzura.

—Sí. Pero... —Aladdín suspiró de nuevo; su tono defensivo desapareció —. Como he dicho, vivía engañada. Era irresponsable y loca a su manera. Cualquier otra mujer habría hecho que alguien persiguiera a su marido ausente para traerlo de vuelta. Cualquier otra mujer lo habría dado por muerto y habría buscado otro esposo, un hombre mejor. Pero ella verdaderamente creía, hasta el día en que murió, que Gazím regresaría. Creía que aparecería un día y nos llevaría a una nueva y maravillosa vida, a una casa más grande y con sirvientes. Creía que él permanecería en el

hogar y sería el padre y el esposo que nuestra familia necesitaba. —Observó a Jasmine. Tenía una mirada tan llena de tristeza y compasión que Aladdín tuvo ganas de acercarse y abrazarla—. Falleció joven, por supuesto —concluyó. No había otra forma de decirlo. No había «mejores palabras»—. Trabajaba demasiado y contrajo una enfermedad que la consumió. Fue... una de las otras cosas que me alejó de Morgiana y de Duban, y de los demás. «Las ratas callejeras se cuidan entre ellos», solía decir. Pero nadie nos cuidó. Maruf intentó ayudar un poco..., pero, para entonces, la pierna ya no le respondía y la poca comida que conseguía era para su familia. Y mis amigos estaban demasiado ocupados con la fundación de su pequeña red de ladrones y mendigos para pasar mucho tiempo conmigo o reconfortar a mi madre. Bueno, creo que estoy siendo injusto —dijo mientras partía su pedazo de pan en trozos más pequeños—. Cada cual tiene sus cosas, como dicen. Todos tenían a alguien que se moría de hambre, o estaba enfermo, o agonizaba. Los padres de Morgiana gastaban cada centavo que tenían en vino. El papá de Duban estaba herido y su hermana mayor se casó con un hombre que la maltrataba.

—Dios mío —murmuró Jasmine—. No tenía ni idea.

—Sí. Todo está mal. Es el Barrio de las ratas callejeras, ¿recuerdas? Desde el día en que murió mi madre, decidí que nunca dependería de nadie únicamente para conseguir comida o refugio, o para cumplir mis sueños. Y que algún día sería rico y viviría en el palacio. Y todos mis problemas se terminarían.

—¿Soñabas con vivir en el palacio? —preguntó Jasmine con una sonrisa curiosa.

—Nuestra casa tenía unas vistas al palacio, en la ventana trasera —dijo Aladdín sonriendo débilmente—. Solía asomarme por ella y soñar. Parecía el paraíso. Dorado y blanco bajo el sol, robusto e imponente en medio de las tormentas de arena, iluminado por miles de lámparas durante las

noches. Y, luego, cuando me mudé..., después de que mi madre muriera..., escogí un escondite que tuviera unas vistas parecidas.

—Y todos esos años —reflexionó Jasmine—, yo languidecía en mis hermosos jardines y miraba en la noche por la ventana hacia Agrabah, a mis pies, y deseaba estar ahí. Me pregunto si nuestros pensamientos alguna vez se cruzaron, como brisas extraviadas.

—O un par de golondrinas.

Aladdín movió las manos simulando unas alas que volaban en el aire.

—Pero la riqueza no es una lámpara mágica que borra de repente todos los problemas —dijo Jasmine lentamente, y partió un pedazo de pan para ella—. Imagina ser un ave muy grande en una jaula muy pequeña, pero dorada. Si no hubiera sido por la muerte de mi padre, no sería tan feliz como soy ahora. Aquí, soy libre. Tener la libertad de elegir es mejor que tener todo lo que quieres.

—Más te vale convencer a los habitantes de Agrabah de eso —dijo Aladdín en un tono irónico—. De otro modo, nunca te apoyarán. Hasta ahora, parece que prefieren tener la barriga llena y no atender a otras razones.

—Cuando sea la sultana tendrán ambas —prometió Jasmine—. Encontraré la forma de alimentar al pueblo y de mantenerlo libre. Todos los niños acudirán a la escuela, sin importar su religión, ni su clase. Niños y niñas. Dispondrán de un montón de oportunidades para hacer lo que quieran cuando crezcan y no se verán obligados a robar ni a mendigar. Lo juro.

Su mirada era distante; estaba fijada en la imagen futura, en un mundo construido por ella. Aladdín no tenía duda de que cumpliría su deseo o moriría en el intento. Le hizo creer que en realidad era posible..., que esos paraísos en la tierra eran una posibilidad.

Y él estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario para ayudarla a cumplir su sueño.

—Te creo —susurró—. Creo en ti.

Jamás se hubiera atrevido a besar a la princesa real Jasmine.

Resultó que no necesitaba hacerlo.

La princesa real Jasmine se acercó y lo besó a él.

Su piel era cálida y olía a arena y menta. Aladdín se disolvió en el beso como si su cuerpo entero hubiera estado esperándolo sin que él lo supiera. Ella puso sus manos alrededor de su cuello y lo apartó. Una de sus manos subió hacia su cabello, la otra bajó a su hombro, con una necesidad que él no sabía que ella sentía.

—Supongo que ya hemos terminado de pelearnos —susurró Aladdín.

La princesa real Jasmine le pellizcó la nariz.

Magia mortal

—Buenos días, gente.

Duban bostezó al entrar en la habitación; arrastraba los pies, con pasos gigantes y pesados. Traía una gran *ibrik* de café caliente y varias tazas que parecían delicadas. Con todo ello, se dejó caer sin miramientos sobre un cojín en el suelo. No derramó ni una gota. Adormilado, depositó las tazas y sirvió la bebida.

—Un momento, todavía es de noche, ¿no? —preguntó Jasmine tras levantar la mirada del libro que leía—. Está tan oscuro aquí... que se pierde la noción del tiempo.

—El ocaso es el amanecer de quienes trabajan en las sombras —respondió Duban, sirviendo el café sin problemas a pesar de tener los ojos entornados—. Lo siento, gran reina de los ladrones y futura sultana, no he preguntado cómo te gusta el café. Lo he preparado con mucho azúcar, como me enseñó mi padre.

—Ahora mismo me bebería los desechos que hubiese en el suelo de un comedor del ejército —dijo Jasmine, y cogió la taza con delicadeza—. Y estoy segura de que el tuyo sabe mucho mejor.

—¡Jasmine!

Dos bolas irregulares de harapos entraron como un torbellino en la habitación y se abalanzaron sobre el regazo de la princesa. Ella se rio y las envolvió con un abrazo.

—Shirin, Ahmed —los regañó Maruf, que venía detrás de ellos, despacio, con el golpeteo particular que producía la pierna enferma—. No debéis tratar a la princesa real como si fuera vuestra tía.

Aladdín inclinó la cabeza y miró a Ahmed, que sujetaba a *Abú* en el hombro con toda la naturalidad del mundo, como si fuese un Aladdín en miniatura.

—No te preocupes, Maruf —contestó Jasmine, y los apretó contra su cuerpo—. Nunca he podido jugar con niños en el palacio. Incluso a mis parientes les decían que se «mantuvieran en la distancia».

Shirin miró a Jasmine con unos enormes ojos de admiración. Luego, encontró su pequeña daga plateada y jugó con ella con nostalgia mientras cantaba una canción que guardaba un sospechoso parecido con el himno que sonó en el extraño desfile de Jafar.

—Parecen felices —añadió Duban, y señaló a los niños con su taza.

—Más de lo que han estado en mucho tiempo —contestó Maruf, parcamente.

—Tu hermana odiaba los robos. Juró que ni ella ni sus hijos tendrían nada que ver con esa vida —señaló Aladdín—. Y helos aquí, en la boca del lobo.

—Pues, si ella estuviera aquí, tal vez podría opinar algo al respecto —replicó Duban.

—No he querido ser irrespetuoso —dijo Aladdín, y extendió la mano.

Pocas cosas podían alterar al siempre impasible Duban. Sin embargo, lo que le había sucedido a su hermana era una de esas cosas.

—Solo quise decir que parece que aquí están muy contentos.

—Bueno —dijo Maruf con alegría—, ¿qué podría ser mejor que tener a una princesa real, un tigre, un mono, otros niños con los que jugar? Ah, sí, y comida. Casi lo olvido. Tener comida en el estómago parece ser importante para estos pequeñines.

Abrió los brazos, y Ahmed y el mono saltaron hacia ellos, felices.

Pero Shirin no parecía querer moverse. Uno de sus brazos permanecía inmóvil alrededor de la cintura de Jasmine, mientras jugaba con la daga y un pasador dorado que había cogido de las trenzas de la princesa.

—No tiene ninguna muñeca —explicó Maruf, avergonzado—. Debería... robarle un juguete, o...

—¿Adónde fueron todos los participantes del desfile? —preguntó Shirin de pronto—. Todos esos bailarines, animales y soldados... ¿Adónde se marcharon cuando terminó el desfile?

—Eh... —balbuceó Jasmine, sorprendida.

Miró a Aladdín en busca de ayuda. Él se encogió de hombros; no lo sabía.

—Ahmed y yo queríamos ver los animales cuando acabó el desfile, pero no encontramos ni sus jaulas ni sus cercados, como cuando los espectáculos errantes vienen a la ciudad. ¿Son como las patrullas de la paz? ¿Son las mismas personas, pero con disfraces diferentes?

—Creo... que el Genio los invoca. A todos —explicó Jasmine.

—Pero ¿adónde van después? —insistió Shirin.

—Es una muy buena pregunta —intervino Aladdín al instante; se agachó y le dio un pequeño pellizco en la nariz a la niña—. Tal vez Jasmine se lo pueda preguntar al Genio la próxima vez que lo vea.

—A mí me gustaría poder verlo algún día —murmuró Ahmed con añoranza.

—A mí también —dijo su hermana—. Quiero pedirle mi propio tigre, uno al que pueda subirme. Y mi propia daga.

—O una muñeca —añadió Maruf, esperanzado—. Eh, que puede tener una daga. Una daga de juguete.

—Yo también deseo que podáis conocerlo —dijo Jasmine con mucho sentimiento—. Cuando todo esto termine.

Aladdín sonrió y bebió el contenido de su taza de un solo trago. Luego, se puso de pie de un brinco.

—Creo que voy a ver si puedo conseguir más partidarios en esas colas para el pan. Seguro que hay ciudadanos que no están de acuerdo con esta situación y querrían ver a la princesa exiliada reclamar su trono legítimo.

—Ten cuidado —le advirtió Shirin, muy seria.

—Siempre tengo cuidado —contestó Aladdín con dulzura, lo que provocó un resoplido y la risa de Jasmine.

Escucharla reír era una delicia. Aladdín decidió que intentaría hacerla reír más a menudo.

—Hoy se me han puesto los pelos como escarpias —dijo Duban, titubeante—. Shirin me ha comentado que ha visto un gato blanco en el callejón cercano a la casa de té egipcio, ¿verdad, Shirin?

—Eres peor que una vieja —se quejó Aladdín—. Tú y tus supersticiones. Adiós, princesa.

Se inclinó y le dio a Jasmine un rápido beso en los labios.

Mientras salía por la puerta secreta detrás de la chimenea, Aladdín oyó que Duban le decía a Jasmine:

—¿Delante de los niños? ¿De verdad? ¿Qué clase de lugar os creéis que es este?

—Bueno, ¿no te gusta no tener que competir con Aladdín por Morgiana?

—¿Morgiana? Que se la quede. Preferiría casarme con una cabra salvaje con cinco cuernos. Sería más fácil lidiar con ella.

Aladdín sonrió para sí mismo mientras cruzaba a hurtadillas la oscuridad azul del incipiente atardecer. Jasmine, que en apenas un mes había pasado de ser una princesa inocente y solitaria a convertirse en una rompecorazones y una cautivadora de mentes y sentimientos, conseguía que los demás se sintiesen cómodos con ella sin perder su posición como líder.

Abú alcanzó a Aladdín cuando se encontraba a muy pocos metros de distancia, y por un momento todo volvió a ser como en los viejos tiempos: treparon por las rejas, saltaron de tejado en tejado con habilidad y se deslizaron entre los postes bien ubicados.

Pero Agrabah era distinto. El enorme sol rojo estaba casi hundido en el horizonte del desierto occidental y parecía nadar en un lago de sangre. Las pocas personas que seguían en las calles se apresuraban a volver a sus casas —o a resguardarse bajo un techo— tan pronto como podían. Guardaban silencio y miraban nerviosos por encima de sus hombros, temerosos de algo que esperaban que no llegara nunca.

Desde su posición, Aladdín alcanzaba a ver tres patrullas de la paz distintas que se extendían desde el palacio. Se movían como extraños insectos, haciendo clic al unísono, con los escudos a la espalda como si fueran caparazones de escarabajos. Pensó en las preguntas de Shirin. Ella también había notado el peculiar parecido entre las patrullas y los participantes en el desfile. Motivado por aquella curiosidad, eligió una patrulla para seguirla.

Para entonces, todos en la ciudad les tenían tanto miedo que sus obligaciones se habían reducido a marchar por las apocalípticas calles vacías. El traqueteo de sus botas metálicas era una advertencia muy efectiva que los precedía. Caminaban con los negros ojos fijos al frente, con sonrisas extrañas en sus rostros, como si les gustara mucho, pero mucho, su trabajo. Si oían un ruido extraño o veían algo que se movía entre las sombras, reaccionaban casi como humanos: alzaban las armas, adoptaban posiciones de combate y enviaban a uno o dos miembros de su escuadrón a investigar.

Sin decir una sola palabra.

No abrieron la boca ni una sola vez durante todo el tiempo que Aladdín los siguió. Únicamente asentían con la cabeza, eso era todo. ¿Cómo se comunicaban? Aladdín se estremeció tan solo de pensarlo. Cuando la luna menguante llegó al cénit de su recorrido, el reloj comenzó a dar la hora.

La patrulla se detuvo.

Sus caras idénticas comenzaron a verse difuminadas. No habían desviado la mirada, sino que, de alguna forma, parecían haber dejado de

prestarle atención a lo que fuera que tuviesen delante.

Horrorizado, Aladdín se dio cuenta de que, en efecto, sus rostros se diluían. Sus ojos, sus narices y sus bocas se volvían borrosos, se retorcían y se decoloraban como ropa sucia nadando en el agua.

Luego, sus cuerpos se hincharon. Parecieron aferrarse a las puntas de sus pies y, de pronto, comenzaron a balancearse como movidos por una brisa.

Después, explotaron.

En silencio, como todo lo que hacían las patrullas, excepto por el golpeteo de sus pisadas. Finas humaredas de borrosos colores surgieron de la silenciosa explosión, una detrás de otra. Seis en total. Aquellos destellos ondearon y navegaron por el aire, para luego desaparecer con un último chispazo de humo azul.

Aladdín se estremeció. No tenían siquiera algún rastro humano. No eran tampoco tan reales como el Genio. Eran gólems: criaturas mágicas inimaginables con una existencia limitada que hacían lo que se les ordenaba hasta que se les acababa el tiempo. Se obligó a pensar en su misión: encontrar nuevos partidarios para su causa. Cualquier cosa que no fueran aquellos rostros que a partir de ahora lo acecharían en sus peores pesadillas.

Pero, cuando se dio la vuelta para irse, los ecos de una acalorada conversación flotaron en el aire a varias calles de distancia. Era algo que habría ignorado en circunstancias normales, pero ahora era poco habitual con el nuevo toque de queda.

Saltó en silencio hacia el siguiente tejado y luego lo hizo hasta un balcón. Desde allí se columpió colgado de un tendedero y aterrizó sin hacer ruido sobre un toldo al otro lado de la calle. Se escondió detrás de un par de pantalones bombachos y observó.

Era la plaza del Marinero, llamada así por los barcos tallados en las esquinas de los edificios públicos que la rodeaban. Fue alguna vez un lugar

de reunión popular para los menos pobres del gueto; tenía incluso en un extremo una casa de té con sillas desvencijadas, tapetes deshilachados y té de no muy buena calidad.

Pero ahora albergaba a Jafar y a seis de sus guardias de élite —estos sí que eran humanos—, así como a una pequeña multitud que comenzaba a congregarse.

Una bandeja plateada con té, vino y pastelillos que definitivamente no provenían de aquel establecimiento flotaba en el aire frente al hechicero, quien esbozaba una sonrisa que hasta el más ciego y menos pensante de los observadores habría adivinado que era falsa.

Aladdín no era ninguna de las dos cosas. Se acercó. No había visto bien a Jafar desde el desfile. Rara vez se veía al «sultán» en público. La luz de la locura titilaba con fuerza en sus ojos. ¿Qué valdría tanto la pena como para arriesgar su preciada persona y mezclarse entre la gente común?

—Lo único que pido —decía Jafar con la tranquilizante paciencia de una madre— es la ubicación de la princesa Jasmine. Decidme solo dónde está y jamás volveréis a pasar hambre. Cenaréis carne y otras delicias, y vino... y no este orín de cabra que vuestro amigo os sirve cada noche.

La muchedumbre de personas escuálidas y andrajosas se movía inquieta. Algunos no podían quitarle los ojos de encima a la bandeja plateada con pastelillos. Otros parecían incómodos y paseaban la mirada de los guardias a Jafar y viceversa. Algunos esperaban a ver qué hacían los demás. Unos cuantos volvieron a las sombras en un intento por salir de la que parecía una situación difícil.

Aladdín se fijó mucho en esas caras para recordarlas después. Sería útil encontrarlas más tarde.

—¿A quién le importa la potrilla del viejo Sultán? —preguntó un hombre—. Su majestad puede tener a quien quiera. Mi hija es dos veces más bella que Jasmine... y ella no se esconderá, se lo juro.

Tal vez intentaba obtener el favor del hechicero loco. Era una pésima idea. Una rabia inmediata y absoluta ardió en los ojos de Jafar.

—No me importa mucho tu opinión sobre mis asuntos —dijo Jafar con la cuidadosa pronunciación de alguien a quien la verdad no le importaba en absoluto, alguien que podía dedicarle todo el tiempo que quisiera a un grupo de hormigas al que inevitablemente terminaría haciendo trizas bajo su talón—. Tampoco tengo interés alguno en tu hija. Ahora, os pregunto de nuevo. ¿Alguien... sabe... dónde... está... la princesa?

La bandeja de pastelillos se movió de forma sugerente en el aire. Aladdín alcanzó a oler el embriagador aroma de los dátiles y del dulce de miel incluso desde donde estaba. Se preguntó si eso también era magia.

Nadie dio un paso al frente.

—Dejadme que os lo exponga de otro modo —dijo Jafar con calma. La bandeja plateada cayó al suelo con un estruendo; los pastelillos rodaron por tierra—. Tú, el de ahí.

Señaló a alguien con su báculo con cabeza de cobra. El hombre, bajo y huesudo, miró a su izquierda y a su derecha muy rápido para asegurarse de que no se refería a nadie más. Sin decir una sola palabra, dos de los guardias del palacio vestidos de rojo y negro lo flanquearon, lo agarraron de los brazos y lo levantaron en el aire. Sin saber qué iba a ocurrirle, el hombre comenzó a forcejear.

—Dime —ordenó Jafar. Los ojos le brillaron con un rojo intenso, del mismo modo que el rubí de los ojos de la cobra en su báculo. El pobre hombre parecía estar paralizado, como un ratón o un ave pequeña, hipnotizado por el brillo. Su cuerpo aún luchaba un poco, como si hubiera olvidado decirle que se detuviera, pero su cara y su cabeza permanecían inmóviles—. ¿Dónde está la princesa Jasmine?

—¿En el palacio? —contestó el hombre, aturdido.

El rostro de Jafar pasó de la concentración a la molestia desgarradora.

—Si estuviera en el palacio, ¿qué motivo tendría yo para venir aquí a buscarla?

—Es un palacio muy grande —respondió el hombre.

Aladdín tuvo que hacer un esfuerzo por contener la risa.

El pobre hombre respondía de la forma más honesta posible al estar bajo el hechizo. El problema era que no era una persona muy brillante. Y no sabía nada.

Con un suspiro de frustración, Jafar agitó el báculo. El brillo rojo se desvaneció.

El hombre se giró para ver a sus amigos en busca de ayuda..., pero ahora era como si su cuerpo se hubiera paralizado y solo su cabeza y su cuello pudieran moverse.

El rostro de aquel desdichado palideció cuando el pánico comenzó a reinar en el ambiente.

Su cabeza continuó girando.

Los músculos de su cuello se tensaron; los tendones ejercieron presión contra la carne.

Jafar miraba al hombre sin compasión alguna. Solo movía la punta del dedo, con la que dibujaba el más pequeño de los círculos.

La cabeza del hombre no dejaba de girar despacio.

El infeliz gritó mientras los músculos se desgarraban y sus huesos comenzaban a crujir; las vértebras chocaban entre sí de un modo imposible de imaginar.

La multitud, horrorizada, observaba la escena. Tal vez intentaban desviar la mirada... pero no podían.

El grito del hombre culminó en un único gorgoteo agonizante. La cabeza siguió girando mientras la piel se agrietaba y la sangre comenzaba a fluir.

Con un último crujido, la cabeza dio la vuelta completa y los ojos en blanco del hombre se fijaron en el gentío.

El cuerpo permaneció de pie durante varios segundos aterradores antes de desplomarse en el suelo.

Aladdín desvió la mirada, apenado.

—El siguiente —pidió Jafar con una sonrisa indulgente.

—¡Que una plaga te atormente, rata asesina! —gritó un hombre entre la muchedumbre, asustado y enfurecido al mismo tiempo.

Jafar hizo una mueca.

—Ajá. El siguiente —repitió con voz cansina.

El hechicero había dejado de ser un villano casi cómico para convertirse en un loco de proporciones auténticamente demoníacas.

Aladdín tuvo que tomarse unos segundos para recobrar el aliento antes de volver a la oscuridad de la noche.

Té con un genio

Jasmine, por supuesto, no estaba en el palacio. Pero irónicamente sí que se encontraba al otro lado de sus muros, en un elegante y lujoso distrito ahora silenciado por el miedo.

Muchas veces había soñado con ir a una casa de té a jugar al ajedrez o a discutir sobre esotéricos temas académicos con estudiantes y animosos ancianos y mujeres. Era un sueño prohibido para una princesa real, evidentemente. Pero, ahora que por fin estaba allí... se sentía sola. Jarrones gigantes, vacíos de té, proyectaban extrañas y monstruosas figuras a media luz.

Un delator humo azul muy fino apareció detrás de la barra. De inmediato, el resto del Genio se manifestó sujetando con una mano una bandeja llena de vasos y platos, y con un trapo colgándole de la muñeca.

—¿Café? ¿Té? ¿Quién tiene el vino egipcio? Un poco temprano para eso, ¿no crees? Mejor bebe un poco de falerno.

Se deslizó junto a Jasmine. El trapo y los objetos de su sencillo disfraz desaparecieron, excepto dos tazas. El Genio le ofreció una a Jasmine. Era un bello recipiente de cristal con asas doradas a los lados y té caliente en su interior. Ella lo miró con curiosidad; sintió su calor en la mano.

—No está envenenado —dijo el Genio en un tono apagado—. Jafar no es tan sutil. Créeme. Si supiera que íbamos a encontrarnos, ya estarías atada y gritando «Acepto» en contra de tu voluntad.

—No, solo me preguntaba... —Frunció el ceño—. Si puedes hacer que la comida y la bebida aparezcan de la nada, ¿por qué Jafar no lo hace? Le lanzaba pan a todo el mundo en los desfiles, pero eso parece haber

terminado. Ahora lo raciona... Solo se lo entrega a los que aguardan en colas y le juran lealtad. Y todo eso de la inflación del oro ha complicado que la gente consiga comida de otro modo. ¿No podríais o él o tú resolver esta situación con solo chasquear los dedos?

—Ajá, chica lista —respondió el Genio y una sonrisa de calidez verdadera reemplazó su habitual expresión sardónica—. Las leyes de la magia no son tan simples como puedas pensar. Ni siquiera los hechiceros más poderosos del mundo pueden invocar de la nada cantidades infinitas de cualquier cosa para siempre. Tienen que salir de algún sitio. Y, en parte, el oro es mucho más fácil de producir que el pan y la carne.

—Bien, pero tú podrías hacerlo, ¿no? Lo has hecho antes. Eso es lo que separa a un Genio, eh, a un *djinn*, de un hechicero, ¿no es así? ¿No eres mucho más poderoso?

El Genio fingió modestia y se ruborizó.

—Pues, sí, podría. Pero los dos deseos de Jafar fueron muy explícitos. Podríamos asumir que convertirlo en sultán conllevaría el desfile y los regalos complementarios. También podría venir con su propio ejército desechable. Sin embargo, no significa que deba estar a su lado para invocar comida tras comida para todo el mundo como una encargada de una cafetería mágica.

—¿Como una qué?

—Nada. Olvídalo. Si él fuera inteligente y encontrara un precedente histórico, tal vez podría lograr que yo lo hiciera. Pero no lo es y yo le complico las cosas. Y, además..., Jafar no quiere regalar cantidades infinitas de comida.

—Pero ¿por qué?

—Es el cebo.

El Genio hizo la imitación de lanzar una caña para pescar. En sus manos, de pronto, apareció aquel objeto y, por supuesto, de su extremo

colgaba un pez que guardaba un parecido inquietante con un ciudadano de a pie de Agrabah.

—Todos se quedan con la comida gratuita y el oro y, ¡pum!, los pesca —vociferó la caña de pescar.

El pez se sacudió en el suelo.

—Ahora, solo los ahoga o les aprieta el nudo. —El Genio frunció el ceño y pensó en sus metáforas. De pronto, el pez-persona pareció más un conejo-persona, con un nudo alrededor del cuello—. Esto no está funcionando —se lamentó el Genio con un suspiro. Toda su artillería, conejo incluido, desapareció—. Cambiando de tema a una forma un poco más malvada de magia... Una caravana llegará de Carcossa dentro de tres noches, cuando la luna esté en cuarto creciente. Transporta montones de libros y otras fruslerías mágicas. Creo que esta es la importante, la que traerá el *Al Azif*.

—¿Por qué no te han enviado esta vez con la caravana, para protegerla?

—Lo que Jafar busca quizá no está en, cómo llamarlo..., los reinos humanos. Digámoslo así: a los *djinn* no les va muy bien en Carcossa. De hecho, a nadie le va bien. No seáis muy agresivos con los guardias cuando los atraquéis —dijo el Genio tembloroso.

—De acuerdo. Gracias —respondió Jasmine y brindó con su té. Tomó un sorbo. Estaba caliente y dulce, más que reconfortante—. Y gracias por devolverme a *Rajah* y por contarnos lo del *Al Azif* y... todo lo demás. Te debemos mucho.

El Genio se encogió de hombros.

—Estamos en una situación muy desagradable. Solo atrapad al malo. Y, de paso, tal vez podréis liberarme. Ya lo sabes, todo es buen karma.

Jasmine ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Tú cómo te encuentras? —le preguntó con suavidad.

—Ah, tan bien como podría estar —contestó mientras agitaba la mano —. Si consideramos que soy..., bueno, que soy el último de los míos, que

estoy esclavizado bajo los designios de un dictador chiflado y maligno, ¿he dicho que es maligno?, con delirios de convertirse en un dios..., que no se digna siquiera a pedir su tercer desquiciado deseo para librarme de todo esto... Tal vez mi siguiente amo sea más amable, un tirano sádico del reino de los vampiros o algo así.

—¿Qué harías? —preguntó Jasmine con curiosidad—. ¿Si fueras libre?

—Viajaría —respondió el Genio de inmediato—. Me alejaría tanto como pudiera de aquí y de mis recuerdos sobre este lugar. Es demasiado. Tal vez volvería algún día, pero hay mucho que ver allá fuera. La nieve, por ejemplo. Me gustaría ver eso.

—No sé si yo podría irme de Agrabah. —Jasmine suspiró con nostalgia—. Es tan hermosa y hay tantas cosas que hacer.

—Sí, se está mejor que en Roanoke —puntualizó el Genio, y chasqueó la lengua—. Nadie sabe lo que les pasó a ellos.

Jasmine pensó en los extraños cambios de humor del Genio, en sus graciosas bromas seguidas de insinuaciones de cosas horribles. Tenía frente a ella a una criatura que sabía más de lo que ella jamás podría saber y que estaba atrapada en un lugar y en un tiempo en el que no quería estar.

—Debe de ser muy difícil... ser tú. —Fue lo único que le pareció apropiado decir.

—Princesa, no tienes ni idea —respondió, citando a Jafar, pero con una sonrisa triste.

Dicho esto, se difuminó en una nube de humo azul y se evaporó en el aire nocturno.

Amigos en lugares inusuales

—Jamás creí que robaría contigo otra vez —murmuró Duban mientras esperaba de pie en la parte trasera de una carreta y le lanzaba un saco a Aladdín.

Su asalto más reciente a una caravana no transportaba ningún libro mágico, pero sí algo mucho más valioso para las personas pobres de Agrabah: comida.

Aladdín sonrió, atrapó el saco y se aseguró de que la parte superior estuviera bien atada. Las callejeras no eran el único tipo de rata que andaba por allí.

—Creo que la idea de Morgiana de hacer que sea Jasmine la que reparta los víveres es brillante —continuó Duban—. Va a crear una conexión muy estrecha con el pueblo.

—Es peligroso —objetó Aladdín, con una expresión algo irritada—. Jasmine es demasiadas cosas: un premio valioso para Jafar, un símbolo del viejo Sultán, nuestra líder. No creo que deba pisar las calles así como así.

Duban se encogió de hombros.

—Sin riesgos no hay recompensas. Tú deberías saberlo mejor que nadie.

El sutil ruido de un carraspeo interrumpió la conversación.

Aladdín y Duban levantaron la mirada, sorprendidos, y se toparon con un hombre alto y de mediana edad que estaba allí parado, esperando en silencio. Llevaba puesta una túnica sencilla con ligeros desgarrones que parecían hechos adrede. Su rostro no mostraba ninguna de las señales permanentes de la precariedad: si bien era delgado, no era por hambre.

Tenía la piel limpia y tersa, y la barba grisácea bien recortada. Sus manos estaban entrelazadas en un gesto de buena educación. Llevaba un sencillo anillo de oro en una mano..., pero el ojo muy bien entrenado de Aladdín percibió que no se ajustaba a las líneas de su dedo. Y se apreciaban otras franjas pálidas en los otros dedos...

—Solo estábamos... —comenzó a decir Aladdín.

—Mi padre tiene una panadería —dijo Duban—. Solo lo ayudábamos. Aquí es donde... guarda sus...

—*Baguettes* —concluyó Aladdín.

Duban lo miró como si fuera un idiota, que en cierta forma sí lo era.

—Estoy aquí para hablar con... «las ratas callejeras» —dijo el hombre muy gentilmente.

Su acento era entrecortado y refinado.

—Yo no conozco a ninguna... —empezó a decir Duban.

—No somos... —añadió Aladdín.

—¿Se refiere a esos ladrones por los que bautizaron este vecindario? —preguntó Duban con interés.

—Son incorregibles —maldijo Aladdín—. No hacen más que desplomar el valor de las propiedades.

Estuvieron divagando un rato mientras el hombre se limitaba a mirarlos en silencio.

—Soy Amur, líder del gremio de los joyeros y, al venir aquí, pongo en riesgo mi vida —dijo al fin.

Hizo girar el anillo dorado en su dedo y, como Aladdín sospechaba, reveló una enorme gema en bisel: un pedrusco de obsidiana con la imagen perfecta de un diamante dorado grabada en ella.

Duban silbó con gravedad.

—¿Qué quieres? —preguntó Aladdín, confundido.

—Me sentiría... más cómodo si lo discutiéramos mientras tomamos el té —respondió el hombre, y miró a su alrededor de la manera más obvia

posible.

Los dos ladrones se sintieron un poco tontos. Era evidente que un hombre rico que se había disfrazado de pobre para ir a la parte más peligrosa de la ciudad tendría un propósito que no querría mostrar al mundo.

—Sí. Por supuesto. Claro —dijo Aladdín muy rápido—. Pero ¿cómo... supiste que somos ratas callejeras o que estaríamos aquí?

El hombre carraspeó y señaló con la barbilla la pared.

Allí había la marca de Rajah, cuatro garras en pintura roja como la sangre.

En el laberinto de pasadizos que formaban el mundo de las ratas callejeras, Aladdín y Duban lograron improvisar un espacio con un poco de té, unas sillas y una mesa..., sin llevar a Amur a las verdaderas profundidades de su guarida secreta.

El líder del gremio de joyeros se sentó en una posición de elegante relajación y miró a su alrededor con interés, como si estuviera en una nueva casa de té y no en la guarida de personas que probablemente les habían robado a él y a sus clientes.

—Tenemos que hacer algo al respecto —le sugirió Aladdín a Duban—. Acerca de las marcas de garras, quiero decir.

—A los niños les encantan —respondió Duban, dubitativo—. Les hace sentir que son parte de algo.

—Y yo que pensaba que te preocupaba la seguridad.

—Me preocupa, pero es un símbolo perfecto para unir a la gente. Solo que no deberían... pintarlo tan cerca de casa.

Amur tomó un intencionado sorbo de té y esperó a que se sentaran.

—Lo lamento. Podemos discutir esto después —dijo Aladdín.

—No. Sí, es un símbolo perfecto —intervino el joyero—. Tal vez podría hacer algunos en oro para quienes apoyan nuestra causa.

—¿Nuestra causa? —preguntó Jasmine al entrar en la sala.

Se quitó la capucha del disfraz. Morgiana venía detrás de ella. Frunció el ceño cuando vio quién estaba sentado tomando el té.

—¡Alteza real! —exclamó Amur, y se puso de pie de un brinco. Inmediatamente pronunció un «Salaam» impecable—. He oído rumores de que estaba involucrada en todo esto, oculta...

—Los rumores son ciertos —intervino ella con una sonrisa, e hizo un gesto para que Amur se sentara.

Ella también se sentó y le quitó la taza de las manos a Aladdín. Él sonrió y le permitió aquella acción.

—Me alegra saber que está viva y a salvo, bajo tierra, literal y metafóricamente —manifestó Amur—. Y esto nos permite llegar a lo que he venido a discutir aquí: quiero hablar de la relación que Agrabah tiene con Jafar.

—¿Te importa eso verdaderamente? —preguntó Morgiana—. A ti no te preocupa. A ti no te obliga a que le jures lealtad a cambio de pan. En las noches, cuando hay toque de queda, os quedáis dentro de vuestras mansiones y esperáis al día siguiente. ¿De qué modo os molesta?

Amur le dirigió una mirada triste.

—La vida no es tan sencilla, muchacha. Comencemos con el oro, por ejemplo. Estoy seguro de que, siendo ladrona, eres consciente de lo mucho que se ha devaluado con el reciente flujo de monedas mágicas.

Aladdín se rio por lo bajo, pero no de forma maliciosa.

—Eso no puedes refutárselo, Morgiana. Jafar también está arruinando su oficio.

—Punto número dos —continuó Amur—, pero no menos importante. Jafar ha cerrado todas las bibliotecas, todos los centros de educación religiosa y todos los centros de comercio donde se negocia con magia o

ciencia. Los alquimistas, lo sé de buena fuente, tienen prohibido reunirse, so pena de muerte.

—¿Por qué querría...? —comenzó a preguntar Duban.

—Porque no quiere competencia —intervino Morgiana en un tono sombrío—. Busca romper las leyes de la magia y no quiere que nadie se lo impida.

—Y, por supuesto, cualquier persona instruida sabe cómo terminará el «magnánimo» reinado de Jafar —dijo Jasmine mientras asentía.

—Es cierto. Los imames, los mulá, los sacerdotes, los rabinos, los maestros, los académicos, los estudiantes... están... insatisfechos con el actual estado de las cosas, por decirlo de una forma sencilla.

El joyero suspiró.

—¿Y tú...? —lo instó Jasmine.

Amur juntó los dedos.

—Digamos que yo los represento. Vengo a hablar en nombre de un cierto sector de la población que incluye a líderes religiosos, gremios y otros grupos de distintos barrios de la ciudad... Personas con las que, por lo general, vosotros no conversaríais. Personas que... han oído rumores sobre algunos atracos a caravanas y otras hazañas de una pequeña banda de forajidos. Personas que están dispuestas a apoyarlos en sus acciones tanto como les sea posible.

—¿Y te eligieron a ti para arriesgar tu patética vida al venir aquí? —preguntó Duban con una sonrisa que mostraba todos sus dientes.

—No. Yo me ofrecí voluntario —contestó el hombre, con mucha calma. Duban se mostró avergonzado. Pero Amur no había terminado—: ¿Sabes, ladrón? Vosotros no sois los únicos que valoráis la libertad: la libertad de hacer lo que queráis cuando queráis y con quien queráis; de leer lo que os gusta, si sabéis leer; de vivir. Tengo dos nietas con las que solía pasear todas las tardes hasta la colina que está detrás del mercado de las telas para contemplar el atardecer. Parece insignificante dejar de hacer algo tan

sencillo... pero a mí me importa. Nos importa a ellas y a mí. Y ni siquiera los muros de las mansiones pueden alejar el miedo a la noche y los odiosos acontecimientos nuevos que trae consigo.

—Entonces ¿nosotros hacemos el trabajo sucio y vosotros nos apoyáis en secreto? —le preguntó Morgiana—. Tus palabras sobre la libertad están muy bien, pero vivir esa libertad es un privilegio del que carecen muchos de los más pobres de esta ciudad. ¿Dónde estabais antes de que hubiera colas para obtener pan..., cuando la gente tan solo tenía hambre?

—Es un argumento razonable —contestó Amur—. Pero es difícil medir la gravedad de una situación cuando tu patética vida, como tu amigo muy bien la ha descrito, corre peligro cada vez que pones un pie en las zonas más pobres de la ciudad, cuando existe una pandilla bien organizada de ladrones que tiene la audacia de infiltrarse en los mercados de joyas y de oro.

—También este es un argumento razonable —dijo Jasmine, sonriendo gentilmente—. ¿Podríamos llegar al acuerdo de que, cuando todo esto termine, trabajaremos en este problema para poder resolverlo? Todos juntos. ¿Podríamos llegar al acuerdo de que los problemas de Agrabah son de todos y requieren la ayuda de todos?

Morgiana y Amur intercambiaron unas miradas encendidas durante unos largos segundos.

—Sí —afirmó Amur al fin.

—Está bien —añadió Morgiana, algo menos molesta.

—Genial —concluyó Jasmine con un suspiro de alivio—. Es hora de que me marche y les haga entrega del pan a las familias que se han negado a jurarle lealtad a Jafar, a las que tienen hambre por las decisiones que tomaron. ¿Por qué no me acompañas, Amur? Así podrás ver de primera mano los problemas de una parte de la población de Agrabah que no conoces.

—Sí, creo que es buena idea —contestó Amur inesperadamente, encantado con la decisión—. Y... me gustaría ayudar.

—¡Guau! —exclamó Morgiana.

—¿Princesa Jasmine? —preguntó la anciana, asombrada al mirarla al rostro.

Media docena de nietos en distintos grados de desnudez corrían a su alrededor; intentaban mantenerse ocupados y jugar mientras sus padres no estaban.

Jasmine se presentó frente a ella como una suplicante, con la cabeza cubierta, y le ofreció una pequeña bolsa con pan y queso. Morgiana venía detrás de ella, con las manos puestas en sus dagas. Más atrás, Ahmed y Shirin cargaban más bolsas de pan, y Amur llevaba un saco enorme.

Jasmine sonrió.

—Sí. He venido a ayudar.

—Pero... ¿no se va a casar con Jafar, el nuevo sultán?

—No —respondió Jasmine de forma abrupta—. Jafar es un usurpador asesino. Llevaré a cabo mi venganza y... —Morgiana le dio un discreto codazo en las costillas—. Y... él y yo no estamos de acuerdo en algunos puntos sobre cómo gobernar —añadió Jasmine rápidamente con una sonrisa amable—. Y está convirtiendo Agrabah en una prisión en la que todos temen hacer o decir algo incorrecto.

La anciana continuó mirando a Jasmine con sus ilegibles ojos castaños y pálidos.

Jasmine intentó no ponerse nerviosa.

—Es un maldito asesino —gritó la anciana al fin soltando un escupitajo —. El viejo Sultán pudo ser un tonto que nunca hizo nada por nosotros... pero jamás torturó a nadie ni exigió lealtad a cambio de pan. ¿Y de qué

nos protegen las patrullas de la paz, a todo esto? ¿De nosotros mismos? ¡Estamos en Agrabah! Si no llevas una daga, es tu problema.

—Eso mismo pienso yo —dijo Jasmine—. Estaría muy bien que las calles fueran libres y seguras. Pero, por favor, tome este pan y este queso. No le exijo su lealtad a cambio. Solo quiero que mi gente esté alimentada.

La anciana miró el pan con cautela. Luego, su cara se transformó en una sonrisa de mil arrugas. Soltó una risotada.

—La princesa real..., la futura sultana..., trayéndome pan y queso. A mi casa. ¡Y ni siquiera he tenido que ponerme de pie y hacerle una reverencia!

—La paz sea con usted —dijo Jasmine, y asintió.

—Y contigo —contestó la anciana con dignidad—. ¡Y muerte a Jafar! —añadió con una sonrisa traviesa mientras su mano cortaba el aire como la garra de un tigre.

Cuando salieron de allí, Jasmine respiró profundamente. Sabía que debía ceñirse más la capucha alrededor de la cabeza..., pero no pudo evitar quitársela un momento. Necesitaba aire fresco. Aún era una sensación extraña llevar la cabeza tan cubierta, y el áspero material le tiraba del cabello y de sus nuevas trenzas.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Suspiró al ver la expresión de Morgiana—. Solo dame un segundo. Y... gracias por la pequeña ayuda ahí dentro. Cuando pienso en Jafar..., pierdo la cabeza. Es como una furia que no cabe en mi cuerpo. Ansío tanto que pague por lo que ha hecho.

—Lo sé —respondió Morgiana.

Las dos chicas caminaron codo con codo por la calle con sombra, lejos de las abrasadoras paredes blancas del lado opuesto. El resto del equipo venía unos pasos atrás. Ahmed y Shirin jugaban a la rayuela con una pequeña piedra. Amur miraba con interés aquella parte de la ciudad en la que nunca había puesto los pies. Shirin detuvo su juego para mostrarle la forma correcta de caminar por el Barrio de las ratas callejeras: el rostro

fijo al frente, los ojos moviéndose en todas las direcciones, sin mostrar hacia dónde se miraba.

—Pareces un turista —añadió con la paciencia de una maestra mucho mayor.

Morgiana los miró esbozando una sonrisa. Luego, inspiró profundamente e intentó encontrar una forma amable de decirle algo a la princesa.

—Verás, la cosa es que... ninguno de nosotros... a ninguna de las ratas callejeras, ni siquiera a la mayoría de los ciudadanos normales, les importa mucho quién esté en el poder. Sin ofender o faltarle al respeto a tu padre. Pero, fuera de los impuestos y la cárcel, al más pequeño no le importa mucho. Jafar está haciéndolo muy mal con las patrullas y el aumento de la violencia. A nadie le gusta eso. Y deberías mencionarlo. Con frecuencia. Pero, aparte de este tema, yo hablaría menos de los detalles del cambio de régimen y más de la preciosa sultana Jasmine que se preocupa por su pueblo.

—Tienes razón. —Jasmine suspiró y se acomodó el cabello peinándoselo para volver a ponerse la capucha.

Varias personas pasaron cerca de ellas y la miraron dos veces. Casi todos los habitantes de la ciudad ya sabían que Jafar no se había casado con la princesa real... y se preguntaban cómo Jasmine lo había evitado y adónde había huido. En los barrios más pobres circulaban rumores de que ella se refugiaba allí, pero nadie conocía el lugar exacto. Y que ayudaba a los pobres, como una especie de heroína de leyenda.

Jasmine les sonreía a quienes la observaban detenidamente.

—No obstante —añadió mirando de reojo a Morgiana—, me sorprende un poco que tú, de entre todas las personas, seas la que tenga que recordarme que debo hablar de cosas pacíficas.

Morgiana sonrió. La característica tensión y dureza de su rostro se esfumó, como si se hubiera quitado un disfraz o un pesado par de botas.

—Aladdín podrá no estar de acuerdo con nuestra «organización criminal» y burlarse de ello..., pero lo que no logra comprender es cómo se estructura. No todo gira en torno al oro y a las joyas y a los atracos y a robarle a los «de arriba». También se trata de territorios y porcentajes y divisiones justas... y divisiones no tan justas cuando la familia de alguien está en problemas y necesita un poco más. Se trata de préstamos que nadie va a pagar jamás. De resolver conflictos, porque, en nuestro caso, uno sin solución suele terminar en un cruce de dagas. Se trata de lidiar con la gente, atenderla de forma justa y escucharla, aunque no estés de acuerdo con ella. A veces es hacer infelices a todos... en la misma proporción.

Jasmine la escuchó con interés.

—Yo... apenas he comenzado a darme cuenta de esas cosas. Ninguno de nuestros planes, ninguno de mis planes de ganarme a la gente, de evitar que Jafar rompa las leyes de la magia, de derrocarlo... sería posible sin la red que has construido. Perdón por apropiarme de todo.

—Está bien —dijo Morgiana con un atisbo de melancolía—. Es la única forma de impedir que Agrabah tome un camino muy muy malo.

—¿Qué harás cuando todo esto termine? —preguntó Jasmine, y se dio cuenta de que era la segunda vez en poco tiempo que le hacía esa misma pregunta a alguien.

Morgiana parecía sorprendida.

—No lo sé. Tú serás sultana y supongo que no podré volver a robar... ahora que ya lo sabes todo sobre nosotros...

Amur intentó hacer como que no escuchaba.

—Me ha gustado lo que has dicho —continuó Morgiana despacio— sobre que todos trabajemos juntos para hacer de Agrabah... —Se detuvo de golpe.

Amur lo malinterpretó.

—¡Lo que he manifestado sobre querer ayudar ha sido en serio! —protestó—. Y no estaba solo interesado en lo que digan los demás; no...

—No, observa —soltó Morgiana, y señaló algo sin mover un músculo.

Jasmine y Amur siguieron su mirada.

Uno de los transeúntes no miró dos veces a Jasmine, sino tres. Y luego se volvió a mirarlos una vez más. Jasmine no estaba segura de cuál era el problema, pero Morgiana estaba tensa y ya tenía sus manos sobre las dagas escondidas.

El hombre se dio cuenta de que los tres lo observaban y echó a correr.

Era como si Morgiana supiera que haría justo eso; salió disparada tras él casi antes de que las piernas del hombre comenzaran a moverse. Lo dejó alejarse lo suficiente como para poder escabullirse por un callejón estrecho y desierto. Seguro que creyó que allí estaría a salvo de ella. Tal vez pensó que podría someter sin problemas a una chica más pequeña que él en un lugar donde nadie lo veía.

Pero el hombre no era una rata callejera.

Una vez que se encontraron a solas en el callejón, Morgiana apresuró el paso y cubrió los últimos metros con un impresionante salto. Cogió al hombre del cuello con un brazo y lo empujó hacia ella. Con la mano izquierda le puso una daga en el costado.

Jasmine, Amur y el resto del grupo doblaron la esquina justo a tiempo para presenciar la escena. Amur retrocedió, sorprendido.

—¿Cuál es tu problema, grandullón? —susurró Morgiana al oído de su prisionero.

—Ninguno. Voy de camino al mercado. No me ocurre nada. ¡Suéltame! —ordenó el hombre.

—Inténtalo otra vez.

Morgiana hundió un poco más la punta de la daga para que él sintiera la punzada y le apretó el cuello con más fuerza.

—Soy ciudadano de la Agrabah del gran Jafar. Agrabah Ascendente. ¡Suéltame, rata callejera! ¡O esto no terminará bien para ti!

—¿Qué hacías mirándonos de aquel modo? —le preguntó Morgiana.

Giró la daga para hacerle un desgarrón en la túnica.

—Déjalo —comenzó a decir Amur—. Tan solo ha reconocido a la princesa y se ha sorprendido. Déjalo ir...

—Sí, la... princesa... real... —balbució el hombre, ahogándose un poco —. Me he sorprendido.

Morgiana no parecía convencida. El hombre se llevó las manos al cuello mientras ella lo apretaba un poco más.

—Te voy a dar otra oportunidad.

—Morgiana, por favor —le rogó Jasmine—. No. Espera... ¿Qué tiene en la mano?

Todos se detuvieron y lo observaron. Shirin corrió hacia él y le cogió el brazo izquierdo girándoselo de tal forma que la palma de la mano quedara expuesta.

Se distinguía un extraño símbolo cauterizado con tal violencia en la piel que la carne aún estaba sin cicatrizar y supuraba.

—La marca de Jafar —escupió Morgiana—. Como en sus monedas y estandartes.

Jasmine se llevó una mano a la boca, sin saber si iba a vomitar o a maldecir por la frustración.

Amur maldijo.

—Mis disculpas, Morgiana —mascculló—. Sabes de lo que hablas. Tienes ojo de halcón.

—¿Qué es eso? —preguntó por fin Jasmine, y se acercó para verlo mejor.

Los ojos rasgados del hombre se disparaban hacia delante y hacia atrás como los de un caballo desbocado. Intentó patalear, pero Ahmed se sentó sobre sus piernas y las detuvo.

—Es una marca —dijo Shirin, sin más—. Como la que les hacen a las cabras.

—¿Quién te hizo esto? —le preguntó con frialdad Jasmine al hombre.

—Recibes más. —Lloró el hombre—. La luz roja. Te mira a los ojos y se da cuenta de que le tienes devoción total. Y entonces recibes la marca. Luego, te entregan carne y oro.

—Pero... ¿qué hay de los juramentos? —preguntó Jasmine—. ¿No recibes pan solo por acatar los juramentos?

—Todos mienten —berreó—. Pero yo soy puro. Soy fiel. Ahora soy uno de los hombres de Jafar, un Marcado.

—Dios mío —murmuró Amur—. ¿Cuándo comenzó todo esto?

—Soy uno de los primeros cien —presumió él—. Pronto, toda Agrabah será pura, pero yo soy uno de los primeros.

—No puede conseguir que lo amen con magia y con pan —manifestó Jasmine—. Así que ¿se gana su lealtad con torturas y temor? ¿Dónde hace esto?

—En el palacio —respondió hoscamente el hombre—. No importa. Te he visto. Soy los ojos y los oídos de Jafar.

—Tendremos que matarlo —intervino Morgiana.

—No —dijo Jasmine, más por agotamiento que por auténtico decoro moral.

Pensó deprisa. ¿Qué haría Aladdín?

«Mentir.»

—Así que Jafar sabe que estoy en la ciudad... Es probable que ya lo supiera de todas formas. Lo que no sabe es dónde estaré después. Porque... no permanezco inmóvil. Nunca duermo dos veces en el mismo sitio. Me muevo como el viento y las sombras. Me refugio con las personas buenas y fieles de todos los barrios de Agrabah. Vuelve arrastrándote con tu amo, basura. Dile que yo soy los ojos y los oídos de mi pueblo, y que ellos no lo quieren.

Morgiana hundió la daga un poco más, y de la piel del hombre brotó sangre.

Después lo dejó ir.

Tras una serie de torpes y desesperados traspiés, el hombre por fin consiguió mantener el equilibrio y se alejó corriendo, con un fuerte ruido de sus sandalias al golpear el suelo.

Ni siquiera les gritó ni les dirigió una maldición o una promesa.

—Cobarde —escupió Amur.

Jasmine quería derrumbarse y hacerse pequeñita en el suelo. El olor de la carne recién quemada seguía en el aire; había visto la marca de Jafar, sangrienta y pálida, con sus propios ojos.

Morgiana pasó un brazo sobre los hombros de la princesa.

—Jasmine —dijo—, creo que es el momento de replantear nuestra táctica. Jafar está formando su base de poder, una base fuerte, con amenazas y recompensas.

—Tienes razón —murmuró Jasmine de mala gana—. Esta ya no es una operación de resistencia con robos y trucos. No podemos esperar pacientemente a conquistar los corazones y las mentes de todos los pobladores de Agrabah. Debemos hacer algo más. Tenemos que atacar a Jafar de frente y recuperar la ciudad.

Una declaración de guerra

Hermano y hermana compartieron el cielo, si bien por un breve instante: el sol se hundía bajo el horizonte de poniente, y la luna lo seguía de cerca, ahuyentando el día poco a poco. Esa noche había una extraña y anaranjada luna creciente. Sus destellos señalaban hacia la tierra como un toro listo para embestir. Los ancianos la llamaban luna seca y decían que auguraba cosas malas.

«Como si el toque de queda, las patrullas y las marcas de lealtad no fueran suficientes», pensó Aladdín con ironía.

Pero la luna también era hermosa, con las estrellas que empezaban a aparecer a su alrededor y las palmeras que se mecían con el cálido viento. Al menos, eso fue lo que le dijo a *Abú* y lo repitió para sí mismo.

El atraco sería más complicado precisamente porque se desarrollaría durante el ocaso. Las patrullas de la paz empezaban las rondas a esa hora, por lo que las calles estaban vacías. No habría oportunidad de usar el truco de «dar agua a los camellos», ni la trampa de los «mercaderes furiosos que discuten», o la estafa del «rebaño de ovejas desbocadas» para distraer a los conductores de la caravana.

«Niña herida» tendría que funcionar: una niña tumbada en la calle, quejándose por el dolor y sujetándose la pierna. En cierto modo, esa estrategia era mucho mejor a esas horas de la tarde, pues se justificaría el que estuviera aterrorizada al ser encontrada por las patrullas.

Esta era la grande, la caravana de Carcossa. En ella, sin duda, encontrarían el *Al Azif*. Mantener ese libro lejos de las manos de Jafar era vital para salir victoriosos de la guerra que planeaban librar en contra del

hechicero para recuperar la ciudad. Si el libro llegaba a sus manos y empezaba a levantar a los muertos, las cosas se complicarían mucho más.

Y, además de la obvia ventaja que implicaba privar a Jafar de un arma con la que él creía contar, una victoria contra el «todopoderoso hechicero» sería beneficiosa para los ánimos. Representaría para los demás habitantes de Agrabah que los buenos tenían posibilidades de ganar. Y eso, a su vez, atraería a más gente a su lado. Jafar se sentiría vulnerable. Entonces sería solo cuestión de tiempo poder derrotarlo completamente.

Aladdín esperó sobre un tejado, desde donde observaba cómo se iban haciendo más grandes las carretas que aparecían por el horizonte. El viento cálido y seco se estrellaba contra su cara y traía consigo el resinoso aroma de los matorrales del desierto. Deseó que Jasmine estuviera ahí con él, los dos solos, compartiendo un momento de paz juntos en un tejado, como debieron haberlo hecho unas pocas lunas atrás, cuando ella no era más que una niña rica que paseaba disfrazada por un barrio pobre y él ni siquiera tenía nombre.

Suspiró y pateó sus pies descalzos contra el techo de lodo seco. Habría tiempo, algún día. Cuando todo esto terminara. Cuando derrocaran a Jafar, y la ciudad fuera suya, y Jasmine fuera la sultana... e instituyera sus reformas... Claro, habría tiempo de sobra para pasar el rato en los tejados.

En ese momento, había regresado a la guarida e ideaba planes para atacar el palacio. Amur había llevado al líder de los alquimistas para hablar de explosivos. Morgiana estaba organizando la repentina incorporación de nuevos partidarios, a quienes dividió en tropas reales. Duban estaba a cargo de la táctica, junto con un tipo nuevo llamado Sohrab, que era un desertor de la guardia real. Maruf administraba el tránsito de los suministros a su incipiente ejército y se encargaba de seguir llevando comida a las familias que apoyaban la resistencia.

Aladdín, por supuesto, iba al frente: lideraba el asalto de esa noche.

Las carretas detuvieron su recorrido justo después de cruzar las puertas de la ciudad.

Una niña tumbada en el suelo, en medio de la calzada, les gritó pidiendo ayuda.

—¡Por favor, estimado efendi! Llévenme... a donde sea. ¡Al menos unas calles, hasta la primera casa vacía que encuentren! ¡Así podré refugiarme de la noche y de las patrullas de la paz!

Esa era la señal para Aladdín.

Bajó del tejado con habilidad, con *Abú* a su lado. Los conductores, a pesar de su aspecto caricaturesco y sus ojos vacíos, estaban, como era de esperar, más molestos por la interrupción de su rutina que preocupados por la seguridad de la niña. Se bajaron del carro para apartarla del camino y dejarla a merced de las patrullas.

Por lo tanto, Aladdín no se sintió demasiado mal por ellos cuando Morgiana y Duban salieron de entre las sombras por detrás de los conductores y los golpearon en la nuca con silenciosos garrotes cubiertos de cuero. El plan era atarlos en algún lugar después de dibujar toda clase de insignias en sus prendas, como si hubieran sido derrotados por un hechicero rival. Por más que Aladdín detestara a quienes trabajaban para Jafar, no quería verlos perder la vida por fallarle a su amo.

Las ratas callejeras se materializaron de entre la escenografía, cogieron a los guardias entre varios y desaparecieron de nuevo. Aladdín tomó las riendas del camello principal con presteza, chasqueó la lengua y le susurró. Un poco alterados por lo que acababa de pasar, los animales obedecieron de inmediato a su nuevo amo humano. Probablemente, como todos los humanos, les daría agua y comida. *Abú* saltó a la joroba de uno de ellos y chilló como si él condujera la caravana entera.

Aladdín los llevó de regreso por la puerta hacia el muro exterior. Si Agrabah se había vuelto cautelosa por las noches, el desierto, en las afueras, disfrutaba de un silencio sepulcral. Los insectos y los pequeños

reptiles y animales que solían hacer ruidos en las horas de oscuridad permanecían inmóviles. Lo único audible provenía de los susurros del viento sobre las hojas secas del césped.

Aladdín tiritó a pesar del calor y sintió alivio al llegar a una grieta en el muro, en el que una gran cantidad de ratas callejeras esperaba en silencio para descargar los libros y los objetos tan rápido como pudiesen formando una enorme cadena humana. Al detenerse, le dio una palmadita en el cuello al camello principal.

—Te daremos agua muy pronto —le prometió antes de ir a la parte trasera de la carreta y abrir las solapas de tela.

Había cajas, jarrones e incluso barriles de estilo occidental bien sellados para el viaje. Alguien le pasó una ganzúa de metal, y él se puso a trabajar de inmediato. Arrancó la tapa de la primera caja.

Estaba llena hasta los topes de antiguas y podridas... ¿rocas?

Miró las grises piedras desérticas, macizas y desgastadas. Estaban todas revueltas, como si un niño gigante hubiera cogido un montón de piedras y las hubiera guardado pensando que eran gemas preciosas.

Abrió otra caja. Más rocas.

Colocó la herramienta sobre un ánfora de arcilla y destrozó la tapa. En vez de agua bendita o pociones mágicas, o incluso vino o cerveza, cayó un fino río de arena que parecía burlarse de aquello que reemplazaba.

Aladdín lo miró un brevísimo instante antes de reaccionar.

—¡Fuera!

Se dio la vuelta y empujó a las ratas callejeras más pequeñas frente a él para que se movieran más rápido.

—¡Es una trampa! ¡Fuera! ¡Corred! ¡Escondeos!

Una risa maliciosa surgió a su alrededor. Crecía como una tormenta de arena: desde el desierto, desde las murallas de la ciudad, desde las calles, desde el aire mismo.

—¿De verdad pensasteis que no descubriría vuestras pequeñas traiciones?

Aladdín intentó no prestar atención a la voz de Jafar mientras se concentraba en alejar a los niños. Subió a dos a un camello y le dio un golpe en el costado al animal, lo que lo hizo gimotear de angustia y cabalgar hacia la ciudad.

—*Yo, sultán de esta ciudad y el hechicero más importante del mundo. ¿Creísteis que os podríais esconder de mí?*

Duban y Morgiana habían abandonado el plan original: al oír la voz, dejaron a los guardias inconscientes y corrieron a ayudar a Aladdín. Dispersaron y alejaron de allí al resto de las ratas callejeras.

—Tenemos que avisar a Jasmine —dijo Aladdín cuando el último de los pequeños ladrones había huido—. ¿Está en el escondite?

Como respuesta silenciosa, la misma Jasmine surgió de entre las sombras con una expresión un tanto culpable.

Aladdín la rodeó con sus brazos y la apretó con tanta fuerza que casi temió ahogarla. La besó con energía.

—Y yo que creía que te molestarías porque he venido a ver uno de tus atracos —dijo ella con una sonrisa triste.

—Solo me alegra que estés a salvo y junto a mí.

—Pero sí es cierto. Hay otras personas en el escondite —añadió Jasmine—. Maruf, Shirin y Ahmed y todos los demás que no están aquí. Deberíamos volver...

—Nadie lo ha localizado aún —afirmó Morgiana con cierta preocupación.

—*¿Creísteis, ratas callejeras, que os podíais reunir con el Genio a mis espaldas? ¿El Genio, a quien yo controlo? Ah, sí, Jasmine. Lo atrapé al volver de su pequeña fiesta de té. No quería decirme nada, no sin que yo sacrificara mi último deseo, claro. Me llevó un tiempo convencerlo..., mucho tiempo y más tortura de la que creí necesaria...*

Jasmine palideció. Aladdín la sostuvo de la cadera mientras ella se tambaleaba, mareada por el sobresalto.

—*Pero, al final, me contó vuestro pequeño plan. Y con la ayuda de algunos de mis acólitos, he sabido la ubicación de vuestra... madriguera.*

—Mi padre... —exclamó Duban con los ojos muy abiertos—. Los niños...

—Tenemos que volver —dijo Morgiana con la voz sombría.

Aladdín estuvo de acuerdo. Seguramente era otra trampa, pero ¿qué otra opción tenían? No podían dejar que Maruf y los niños perecieran. Los cuatro comenzaron a correr.

La voz de Jafar los siguió, burlándose.

—*Todavía no lo entendéis, pequeñas ratas. El verdadero poder no es la voluntad del pueblo. No es la fuerza bruta, ni los trucos, ni el sigilo, ni los planes. Todo eso, todo esto, ¡puede superarse con magia! La gente en Agrabah lo entiende. La magia les ha traído oro, pan, una policía, paz y prosperidad. La magia significa dolor y obediencia. La magia es la única forma de transformar un sistema corrupto y descompuesto. La magia es el único poder verdadero en el mundo. Y vosotros carecéis de él.*

Aladdín estaba seguro de que nunca había corrido tan rápido. Morgiana, más ligera y veloz que él, se adelantó como una gacela. Detrás venía Jasmine. Duban cerraba el grupo y, a pesar de resoplar y jadear, el veterano ladrón no disminuía el paso.

—*Pueblo de Agrabah, mirad a aquellos que dificultan vuestras vidas. Huyen como las mismas ratas que dicen ser y se esconden en la mugre y en la enfermedad de su amada ciudad. Si deseáis tener una Agrabah pacífica y próspera, os imploro que entreguéis a cualquiera de estos infelices villanos que intentan destruir sus muros.*

A medida que los amigos se acercaban al Barrio, un extraño olor comenzó a inundar el ambiente. No iba y venía como si se encontrasen cerca de una pila de basura o de una cañería abierta. Permanecía junto a

ellos mientras corrían... y se intensificaba cuanto más se aproximaban al escondite. El hedor era horrible, como si fuese carne podrida, suciedad y cuerpos putrefactos, todo ello mezclado bajo el calor del sol.

Aladdín sacudió la cabeza e intentó concentrarse en correr. Los cuatro tuvieron que girar a la izquierda deprisa para evitar chocar de frente con una patrulla de la paz. Esta se dio la vuelta para seguirlos, pero lo hizo del mismo modo ominoso, constante y lento como el que utilizaban para deambular por la ciudad.

Aladdín y Jasmine irrumpieron en la entrada secreta del escondite y se deslizaron hacia la habitación principal. El terrible olor era más intenso allí y ocupaba casi por completo el espacio cerrado.

Jasmine se tapó la nariz y se apresuró hacia la «sala de guerra». Aladdín se llevó el chaleco a la cara y la siguió de cerca.

El mapa de Agrabah había desaparecido.

Había sido borrado completamente del suelo. Los edificios hechos con guijarros estaban esparcidos por la habitación, como si un terremoto los hubiera destruido. La marca de Rajah en la pared estaba difuminada de una forma siniestra, como si alguien hubiera querido suprimirla.

Aladdín frunció el ceño: o algún partidario de Jafar había estado allí o las ratas callejeras habían intentado borrar cualquier prueba para evitar que alguien conociese sus planes. Era imposible saberlo.

Morgiana y Duban entraron en la guarida por otros pasadizos secretos y corrieron por las salas contiguas para encontrarse con Aladdín y Jasmine.

—No hay nadie —anunció Duban mientras intentaba no respirar.

—*¿Todod logdadon salid?* —se aventuró a preguntar Jasmine, dubitativa, y con los dedos tapándose la nariz.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Morgiana sin aliento.

Aladdín no tenía idea, pero no le gustaba cómo se estaban desarrollando las cosas. Algo iba muy mal.

Y la voz de Jafar aún se oía haciendo eco en las paredes.

—Me temo... que hasta que hayamos derrotado a este grupo terrorista, tendré que vigilarlos de cerca. Lo he intentado con la zanahoria; ahora es el momento de usar la vara. Y, en caso de que os preguntéis de qué forma me tomo vuestra seguridad, por favor, acercaos a las puertas del palacio y contemplad lo que queda de algunos simpatizantes de las ratas callejeras que hemos atrapado.

Jasmine palideció. Duban parecía enfermo. Morgiana escupió, iracunda. Aladdín se preguntó cuánta maldad encerrarían las nuevas medidas, pues se imaginaba que los actos de Jafar debían de ser aún peor que lo que había hecho hasta ese momento.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Aladdín, ahogándose con aquel hedor.

No se molestaron siquiera en ser discretos; los malos ya sabían dónde estaban. Los cuatro amigos salieron por la puerta con las dagas desenfundadas, listos para el ataque.

En las calles, los guardias del palacio iban flotando por el aire en dirección hacia ellos.

—¿Qué...? —dijo Duban, frotándose los ojos.

—¿Son trucos nuevos de Jafar? —exigió saber Morgiana.

Los guardias volaban de forma misteriosa sobre los edificios, con las manos preparadas para desenvainar sus espadas.

Sin que pareciera siquiera que lo intentaban, se agruparon en una formación militar, dos por tres. Sus uniformes eran algo distintos a los negros y rojos del resto de los guardias; cada uno vestía unos puños muy coloridos y gruesos al final de las mangas, que presentaban un patrón extravagante para pertenecer a un grupo militar.

—Ay, no —exclamó Aladdín horrorizado al reconocer el diseño.

—Es la alfombra mágica —susurró Jasmine.

—Jafar ha debido de cortarla —explicó Aladdín, y sintió náuseas mezcladas con un sentimiento de culpabilidad.

A pesar de que era solo eso, una alfombra con algún tipo de conjuro que le permitía volar y con una rudimentaria comprensión del mundo a su alrededor, Aladdín se sentía como si hubiera traicionado a un verdadero amigo.

Abú chilló de forma compasiva sobre su hombro.

Jafar se había adueñado de una cosa misteriosa y bella, y la había destruido, la había vuelto a crear para sus propósitos malévolos. Profanaba todo lo que tocaba.

Y los guardias apestaban. Ellos eran la fuente del terrible olor. ¿Qué hacía Jafar ahora? ¿Prohibía las duchas?

Jasmine señaló al capitán de los soldados voladores. Aquel hombre gigantesco maniobró en silencio hasta situarse al frente del grupo.

—Ra... Razoul —tartamudeó incrédula—. Estaba muerto. Murió aquel día...

Aladdín ahogó un grito.

Era Razoul quien guiaba la tropa. Sus ojos eran rojos. Un rojo negruzco e inerte que, de alguna forma, los hacía parecer más pequeños y mucho más profundos de lo que fueron en vida. Tenía la piel blanca, lechosa. Las piernas y los brazos le colgaban inmóviles a los lados.

—Se ha... levantado de entre los muertos —afirmó Morgiana.

Por primera vez, tal vez en toda su vida, Aladdín percibió miedo en la voz de su amiga.

La intención de Aladdín no fue matar a Razoul. Y el guardia de ninguna manera merecía eso, convertirse en un espectro. ¿Sufría? ¿Deseaba descansar en paz? ¿Les guardaba algún rencor a los vivos?

Lo que estaba ocurriendo en ese momento era, en cierto modo, culpa de Aladdín.

Enderezó los hombros y ahuyentó las náuseas. Podría lidiar con la culpa más tarde. Enmendaría sus errores después. Ahora tenían que sobrevivir.

Las cuatro ratas callejeras observaron, en la distancia, muchos más escuadrones de soldados que volaban lentamente por el aire y se agrupaban en el cielo sobre la ciudad.

—*Como siempre he dicho, ese estúpido Genio no lo sabe todo. He roto por completo una de las tres leyes de la magia y he aprendido a resucitar a los muertos. Para siempre. Y bajo mi control. Cada vez que una de mis tropas sea derrotada, será reemplazada. Cada vez que una de vuestras tropas caiga, se unirá a mi ejército. La muerte es mi aliada en la guerra por Agrabah.*

Morgiana farfulló algo en la lengua de su madre.

—*Ratas callejeras, Jasmine*. —La voz de Jafar se volvió menos juguetona y más seria—. *Incluso si lográis escapar de mi ejército, sería conveniente que os entregaseis mañana al amanecer.*

—¡Nunca! —le gritó Jasmine al cielo—. Antes...

Pero Aladdín le tocó el brazo y señaló algo con la mano.

Un enorme remolino de arena se elevó en el desierto como un tornado. Pero, a diferencia de un tornado normal, este era descomunal y tenía plumas. La arena bailó dentro del viento invisible con espasmos monstruosos. De repente, reprodujo una imagen: un reloj de arena gigante, con granos de arena que caían. En su interior estaban Maruf, Shirin y Ahmed; golpeaban el cristal en silencio y con desesperación, intentando salir.

Duban hizo un ruido con la garganta, un llanto ahogado.

—*Mañana al amanecer, esta pequeña familia de ratas callejeras estará muerta. No creo que sea una gran pérdida. Pero, si de verdad os importa alguien además de vuestras patéticas vidas, os entregaréis antes del alba.*

Y entonces, sin pronunciar otra palabra, o emitir otro ruido o eco, la voz de Jafar se silenció. La arena que conformaba la imagen se difuminó como la lluvia.

—Nos ha derrotado sin desenvainar una sola espada —dijo Morgiana, desolada—. Duban, nos entregaremos. No podemos dejarlos morir así.

—Y, después, ¿qué? —preguntó Aladdín, dirigiéndose a ella—. ¿De verdad crees que eso cambiará algo? ¿Crees que los dejará irse como ha prometido? Y si lo hiciera, y si olvidamos por un momento lo que nos haría entonces, tal vez una rápida ejecución para sumar cuatro espectros más a su ejército, ¿qué sucederá con Agrabah? ¿Qué ocurrirá con todos los demás? No quedará nadie que luche contra él. La ciudad será suya, un enorme juguete con el que poder experimentar. Y, después, ¿quién sabe? ¿El mundo?

—No me importa el mundo —lo interrumpió Duban—. Lo único que me importa son mi padre y mis sobrinos. —Jasmine quiso decir algo, pero Duban alzó una mano para impedírselo—. Pero tienes razón. Jafar no tiene por qué dejarlos ir. Él posee todas las cartas. Y, si sobrevivieran, no me gustaría que formaran parte del mundo que Jafar está construyendo.

—Pero ¿qué hacemos? —preguntó Morgiana.

—Lo que debimos hacer desde un principio —respondió Aladdín—. Robar la lámpara. Rescatar a la familia. Hacer que el Genio deshaga todo esto y vivir felices por siempre jamás.

—Ah, ¿así de sencillo?

Morgiana puso los ojos en blanco.

—¿No has oído lo que ha dicho? —preguntó Jasmine; sus ojos se endurecían mientras lo pensaba—. No nos ha llamado traidores, ni revolucionarios, ni insurgentes. Ha dicho: «La muerte es mi aliada en la guerra por Agrabah». Él cree que es una pelea equilibrada. Piensa que estamos en guerra, a la par.

—Bueno, si lo que quiere es una guerra..., ¡se la daremos!

Solidaridad y estrategia

Los cuatro caminaron por las calles de Agrabah en silencio. Todo el entusiasmo inicial que sintieron al declararle la guerra a Jafar se fue esfumando a medida que la realidad de la situación se asentaba en sus cabezas. No encontraron en su camino un solo rastro del hechicero en la ciudad; ahora estaba en silencio y la voz había vuelto al palacio mientras esperaba que los ladrones tomaran una decisión. Era una situación muy muy difícil.

Agrabah misma estaba llena de una extraña y tensa energía: aunque había llegado la noche y las patrullas de la paz estaban activas, la gente murmuraba tras las puertas cerradas, o las abría un poco para intercambiar opiniones con sus vecinos al otro lado de la calle, quienes también se escondían detrás de una puerta entreabierta.

Pero nadie podía no contemplar los cadáveres desparramados en los callejones, abandonados allí a modo de advertencia.

Morgiana cogía a Duban de la mano con fuerza y le murmuraba palabras de compasión y apoyo, aunque él no parecía notarlo. Tenía la mirada fija en el suelo o en sus pies mientras avanzaba.

Cuando llegaron al escondite de Aladdín y cerraron la puerta, Morgiana fue la primera en hablar.

—¿Secuestrar niños? —dijo anonadada—. ¿Y ancianos? Si ya eres el hechicero más poderoso del mundo... ¿Por qué?

—La magia solo es tan poderosa como la mente que la controla —dijo Jasmine. Era algo que había leído en algún lugar. Pensó en la historia del Genio sobre un amo anterior, quien solo quería un rebaño más grande. Era

un hombre feliz que estaba satisfecho con la vida que tenía—. Jafar está más enfermo de lo que creía.

Duban se tumbó en silencio en el suelo y se cubrió el rostro con las manos.

—Lo siento mucho —dijo Aladdín; se arrodilló y le pasó un brazo por los hombros a su amigo. Duban alzó la mirada y le lanzó una escueta sonrisa de agradecimiento a Aladdín, pero no lo miró a los ojos—. Los traeremos de vuelta. Te lo prometo.

—Y lamento no haberte creído del todo, Jasmine —añadió Morgiana—. De verdad, pensé que todo eso del ejército de muertos vivientes era solo..., no sé..., un poco...

—¿Creíste que había exagerado para que nos ayudaras? —preguntó Jasmine con cierta rudeza.

—No sé... Es como una historia que te contaría una abuela. Pero esos... espectros... en el cielo..., Razoul.

La ladrona se estremeció.

—Tenemos que idear un plan, una estrategia de guerra —manifestó Jasmine, y chocó ambos puños—. Debemos organizar...

Por fin, Duban intervino con voz firme:

—Declararle la guerra a Jafar está muy bien. Pero, en realidad, ¿qué podemos hacer? Somos ladrones, Jasmine, no soldados. Necesitarías el ejército más grande que Agrabah hubiera visto jamás para tomar por asalto el palacio y rescatar a mi familia.

Aladdín se preocupó por el tono de desesperación en la voz de su amigo. No había luz en los ojos de Duban; no había esperanza alguna.

—Pero eso es lo que Morgiana y tú me disteis —dijo Jasmine—, un ejército de ratas callejeras.

—¡No tienen espadas! Y si las tienen, no saben usarlas. La mayoría son niños.

Morgiana se interpuso entre los dos. Le daba la espalda a Duban, pero era para protegerlo más que para ignorarlo.

—Sí, poseemos un ejército —dijo—. Pero es un ejército cuya habilidad es moverse en silencio, abrir cerraduras, robar cosas. Tal vez podríamos robar todos los libros mágicos del palacio ante las narices de Jafar, pero no estoy segura de que sea de mucha ayuda ya.

—No sé qué se puede hacer ahora mismo contra ese monstruo —murmuró Duban—. Es la encarnación del mal, poderoso e infinito.

—Vamos a salvar a tu familia —le prometió Jasmine—. Solo tenemos que saber cómo. Y eso es lo que haremos ahora.

—No disponemos de mucho tiempo para averiguarlo —dijo Morgiana al asomarse nerviosa por la ventana para mirar el cielo, que se iba tornando azul profundo conforme pasaban las primeras horas de la noche.

Jasmine y Duban también miraron hacia la ventana, lo que interrumpió su incipiente discusión. Duban maldijo para sí mismo. Jasmine intentó parecer fuerte, pero no podía ocultar la desesperación en su mirada.

—Esperad —intervino Aladdín de pronto para romper el silencio—. Ambos tenéis razón. Y los dos estáis viendo las cosas del revés. —Los tres lo miraron confundidos. Aladdín se plantó ante ellos de un salto, intentando sonreír—. Jasmine, tú dijiste que la magia solo es tan grandiosa como la mente que la controla. Ya hemos visto que Jafar no piensa como un hombre muy cuerdo, con esa obsesión de perseguirte y secuestrar niños. Así que debemos preguntarnos qué es lo que Jafar espera que hagamos.

—Entrar en guerra contra él —respondió Morgiana, algo irritada—. Ya lo has oído, Aladdín. Todos lo hemos oído. Y planeamos hacerlo. Pero necesitamos más tiempo. Si lo intentamos ahora...

—Lo haríamos bastante mal, como dijo Duban. Pero con orgullo y energía —añadió rápidamente, antes de que Jasmine pudiera interrumpirlo—. Ahora, ¿en qué somos buenos?

—En robar cosas —estalló Morgiana—. ¿Eres tonto, Aladdín? ¿No lo has escuchado? ¿Qué...?

—Entonces —continuó Aladdín, y le puso un dedo en la boca para callarla— lanzamos una guerra contra Jafar, una guerra grande, obvia y terrible, mientras algunos de nosotros liberamos a Maruf, Shirin y Ahmed, y robamos la lámpara y el libro, y cualquier otra cosa que nos parezca útil. Todo ello delante de sus narices.

Se produjo un silencio infinito.

Los ojos de Jasmine se volvieron más luminosos a medida que reflexionaba sobre el plan de Aladdín. Una sonrisa comenzó a formarse en las comisuras de sus labios.

Hasta Morgiana parecía impresionada.

—No está nada mal —dijo a regañadientes—. La guerra es una fantástica estrategia de distracción. No hay forma de que pueda ignorarla. Añade algunos incendios bien localizados...

—Tal vez uno en el mismo palacio —añadió Duban, incapaz de contenerse. Planear golpes complejos era su especialidad—. Para unirse a la confusión.

—¡Brillante! —exclamó Jasmine dando un sonoro aplauso—. ¡Esto podría funcionar!

—Pero ¿qué hay de Jafar, ojos brillantes? —objetó Morgiana—. Hemos de enfrentarnos a él en persona en algún momento. No puedo creer que tenga la lámpara o el libro fuera de su alcance, y mucho menos fuera de su vista. ¿Cómo nos preparamos para eso?

—Toda su magia física, su magia ofensiva, parece que precisa tiempo y concentración —dijo Aladdín al recordar la plaza del Marinero—. Apuesto a que, en el combate cuerpo a cuerpo, tiene desventaja.

—Estás apostando tu vida —afirmó Morgiana en un tono mordaz—. ¿Y qué hay de que sepa cosas sobre nosotros y nuestros planes como si nos leyera la mente? ¿No pueden los hechiceros hacer ese tipo de cosas?

—El futuro es un reino... al que no tiene acceso —intervino Jasmine, intranquila—. La única vez que logró prever algo, necesitó una magia complicada y sangrienta... y el sacrificio del ser al que más quería.

—¿Quién era cercano a Jafar? —Aladdín no pudo contenerse en plantear la pregunta—. Nunca nadie lo ha amado.

—Ay, por todos los cielos —exclamó Morgiana al comprenderlo de pronto—. El loro. Su estúpido loro. Por eso está en todas sus monedas y en sus estandartes y en todo. Es a quien más ha querido. Es un demente.

Aladdín se estremeció. Antes de Jasmine, *Abú* era el ser más cercano a él... Casi podía entender la retorcida mente de Jafar. Contrariamente a él, sin embargo, nada en el mundo podría obligarlo a matar a *Abú*.

—Volvamos al plan —dijo súbitamente—. Si las cosas terminan entonces con una batalla contra el hechicero, no será agradable, pero intentaremos evitarlo. El plan es distraerlo a él, a sus tropas de muertos vivientes y a quienes aún le sean fieles con un ataque directo al palacio mismo, mientras los mejores ladrones...

—Nosotros tres —interrumpió Morgiana.

—Cuatro —la corrigió Jasmine.

—Tres. Tú no eres una ladrona —señaló Aladdín—. Entraremos por detrás. Cada uno tendrá una tarea... Yo robo la lámpara.

—Yo, el libro. ¿Tú liberas a tu familia? —Morgiana le preguntó a Duban.

Su rostro era indescifrable.

—Creo que deberíamos cambiar —dijo despacio—. Yo... robaré el libro. Tú libera a mi familia.

—¿Por qué? —preguntó Morgiana, confundida—. ¿No quieres ser tú quien los salve?

—Yo... yo no pensaría con claridad —contestó Duban; abrió y cerró los puños con nerviosismo—. Es una mala estrategia. Sería una carga para el

equipo si pongo a mi familia por encima de nuestros objetivos. Además, confío en ti.

Morgiana le dedicó una extraña sonrisa: era una mezcla de sorpresa y dulzura, pero quizá también la revelación de algo más profundo.

Duban no se la devolvió, pero su rostro se iluminó un poco.

—Estupendo, parece que tenemos el principio de una estrategia —afirmó Jasmine—. Ahora bien, aunque no sea una ladrona, podría... ser útil para distraer a Jafar o algo...

—Jasmine —la interrumpió Aladdín con las manos sobre los hombros de la princesa—, ¿intento alejarte del peligro porque me importas? Por supuesto. Pero tu tarea es tan importante como las nuestras. Tú eres la cara de la resistencia. La gente, tus líderes, tu ejército, tu pueblo necesitan verte. Necesitan saber que eres tú quien les dice qué hacer. Tú debes quedarte aquí y organizar el ataque al palacio.

Jasmine guardó silencio. Sus manos revolotearon por un instante.

—Tienes... razón. Este es mi primer trabajo como sultana. Únicamente... me preocupo por vosotros. Y he vivido en el palacio. Y he lidiado con Jafar. Quiero estar ahí y asegurarme de que todos estáis bien. Solo siento que podría tener un papel mayor...

Morgiana sonrió y pareció estar a punto de tocar a Jasmine, de darle una palmadita en el hombro o algo por el estilo.

—Estaremos bien, Jasmine. Tenemos que estarlo.

Pudo haber dicho otras cosas, pero Aladdín notó que una sombra volvió a posarse en la cara de Duban. Había salido a la terraza derruida y miraba hacia el palacio y hacia el cielo.

—Vamos a rescatarlos —dijo Aladdín en voz baja al acercarse a su viejo amigo.

—Sí, Aladdín —respondió Duban.

No lo dijo con sarcasmo ni condescendencia, pero había algo en su tono que no era del todo honesto.

—Duban...

El ladrón negó con la cabeza.

—Pensé que Shirin y Ahmed estarían a salvo una vez que su padre se fue. Pensé que estarían a salvo con su abuelo, aunque tuvieran hambre. Pensé que estarían más seguros incluso rodeados de ladrones y... tigres. Aladdín... —Duban se dio la vuelta de pronto para ver a su amigo con ojos muy abiertos e inquisitivos—, tenemos que acabar con esto, con esta locura que se ha apoderado de Agrabah. Debemos terminar con esto ya. Cueste lo que cueste.

—Sí, Duban. Estoy de acuerdo —dijo Aladdín despacio. Había algo... inusual en quien solía ser la más juiciosa de las ratas callejeras—. Eso es lo que haremos: rescatar a tu familia y derrotar a Jafar.

Jasmine y Morgiana habían terminado de hacer planes y esperaban en silencio a Aladdín y a Duban. Jasmine le arqueó una ceja a Aladdín. Este se encogió de hombros. ¿Qué podía decir? El padre, la sobrina y el sobrino del chico estaban presos bajo los designios de un loco que había jurado matarlos.

—Muy bien, repasemos el plan. Morgiana ha tenido un par de ideas brillantes que deberíamos discutir. Luego, avisaremos a varios líderes de diversos grupos con los que podemos contar y organizaremos un consejo de guerra. Deprisa —dijo Jasmine en voz alta.

—Pero no aquí —puntualizó Morgiana—. Ni tampoco en nuestro viejo cuartel.

—El almacén de pan —sugirió Aladdín—. El... almacén de *baguettes* —añadió, y le lanzó una sonrisa esperanzada a Duban.

Pero su amigo no le devolvió la sonrisa; tan solo miró hacia la ciudad y puso una mano sobre su daga.

El plan

En el exterior de un viejo y polvoriento almacén de pan, desobedeciendo el toque de queda, ciudadanos de todas las clases sociales y ocupaciones posibles aguardaban las órdenes. Se movían por todas partes, con un ojo atento a la presencia de las patrullas de la paz. Hablaban en voz baja, afilaban sus cuchillos y preparaban sus antorchas.

En el interior, Duban, Morgiana, Jasmine y Aladdín estaban de pie delante de una enorme y destartalada mesa, en la que unas débiles linternas apenas iluminaban un maltrecho mapa de Agrabah.

Al otro lado de la mesa se situaban los líderes de hecho del ejército de ratas callejeras.

Algunas caras eran viejas y muy conocidas, pero otras eran nuevas. Muchas ni siquiera eran ratas callejeras de origen. En representación de los joyeros y otros gremios importantes estaba Amur. Proveían a la resistencia de armas hermosas, pero mortales, como dagas con incrustaciones de piedras preciosas. En representación de los guardias, soldados y otros exmilitares exiliados se encontraba el general Sohrab. El portavoz de los distintos colegios religiosos era Khosrow, quien aportaba sabiduría, una inteligencia extraordinaria y cien acólitos furiosos porque habían prohibido sus estudios. La representante de los alquimistas era Kimiya, una mujer tuerta y llena de cicatrices que, a pesar de su aterrador aspecto, saludó a todos con una sonrisa amigable y sincera. Ella aportaba a los incendiarios.

Una cantidad sorprendente de ciudadanos apareció en representación de nadie más que de sí mismos, hombres y mujeres jóvenes y furiosos,

molestos con lo que Jafar le había hecho a su ciudad. Traían consigo lo que tuvieran: armas, comida, sus puños.

Era el grupo más diverso que Aladdín hubiera visto en su vida, excepto un día festivo en el mercado.

—El plan básico es muy sencillo —anunció Jasmine—. Aladdín y un par de ladrones elegidos con mucho cuidado se introducirán en el palacio, no por la puerta trasera, como podría esperar Jafar, sino por un lateral, por aquí, la ruta más fácil hacia el patio de la princesa. —Señaló el lugar en el mapa con una vara—. También tendría sentido que Jafar tuviera protegida la lámpara con el Genio, así como al mismo Genio y a otros prisioneros en su calabozo secreto, aquí. —Apuntó al lugar de donde Aladdín había «escapado» con otro golpecito—. Sin duda, ese sitio está cerrado y defendido como si fuera la sala del tesoro del diablo. De todas formas, no creemos que la lámpara se encuentre ahí. La imagen de arena en el cielo de ayer contenía algunos detalles importantes, como el dibujo de un tapiz que sé que cuelga en la sala del trono. Eso tiene más sentido: es probable que Jafar quiera mantener al Genio, a la lámpara y a Maruf y a los niños cerca de él. Y a Jafar le gusta mantenerse cerca de la sala del trono. Es importante para él parecer el sultán y sentarse en el trono cada vez que puede. Ellos liberan a Maruf y a los niños, cogen el libro, roban la lámpara y liberan al Genio. Entonces, derrocamos a Jafar con el deseo de que todos sus poderes desaparezcan.

—Y eso es todo... —dijo un ladrón adolescente en un tono sarcástico—. Solo os vais a dirigir hacia el palacio atravesando una ciudad repleta de espectros, os introduciréis en la habitación más vigilada y robaréis algo en las narices del hechicero.

—Ese es el plan a grandes rasgos —dijo Jasmine, con paciencia—. Vosotros nos ayudaréis en otras cosas. Por lo que dijo ayer Jafar, espera que ataquemos el palacio frontalmente. Así que eso haremos; utilizaremos el asalto para distraerlo mientras los ladrones llevan a cabo su misión.

La gente asintió y murmuró aceptando aquel plan que les parecía muy ingenioso.

—¡Pero el hechicero es muy poderoso! ¡Puede invocar pan y oro del cielo! —intervino con preocupación Hazan, la pequeña rata callejera.

—¡No! —respondió Aladdín con una sonrisa—. Solo el Genio puede hacer eso. Si estuvisteis en los desfiles o las celebraciones, os debisteis de dar cuenta de que el Genio siempre estaba allí; agitaba las manos detrás de Jafar, mientras este se llevaba la fama. La gran pregunta es dónde ha estado el Genio estos últimos días.

—Lo han torturado —respondió Jasmine, desolada—. Preso. Encerrado. Fuera de combate. Todo porque nos ayudó. Así que, salvo que Jafar pida su último deseo, creo que no podemos contar con él. —Cuando Jasmine dijo esto, Aladdín notó los rostros titubeantes de la multitud—. Escuchad, os diré esto: en una pelea directa, de persona a persona, Jafar es un enemigo poderoso. Esa es mi preocupación. Fuera de eso, no es más poderoso que ningún otro sultán.

—Tampoco es más sabio ni más inteligente desde que obtuvo esos viles poderes —apuntó Amur—. Aún piensa como el viejo Jafar, y el viejo Jafar no sabía nada de tácticas ni de maniobras militares. Tenedlo presente.

—Y ya que hablamos de luchar... —continuó Jasmine—. ¿Duban?

El robusto ladrón dio un paso al frente. Pareció olvidar cualquier angustia que sentía por el secuestro de su familia mientras explicaba la logística.

—Hasta donde sabemos, hay cerca de quinientos Marcados y tropas de muertos vivientes. Muchos de los que se apuntaron en las listas han desertado en los últimos días. Aquellos que todavía son fieles están organizados en patrullas de la paz de seis o diez miembros. Podemos pensar que al menos un centenar de ellos se quedarán dentro de los muros del palacio para defenderlo. Eso nos deja con cuarenta o sesenta grupos de individuos que hay que mantener ocupados, y también hay que distraer la

atención que Jafar ponga en ellos, mientras Aladdín, Morgiana y yo nos infiltramos.

—¿Y qué hay de los espectros? —preguntó alguien más—. ¿Cómo se supone que debemos combatir contra aquellos que ya están muertos?

—Comenzad por no morir —respondió Sohrab en voz no muy alta—. Evitad sumar vuestros cadáveres a las huestes de Jafar.

El comentario fue recibido con un silencio inquietante.

—Recordad: esto es una guerra... pero también es una distracción —señaló Jasmine deprisa—. Para derrotar al hechicero tenemos que robar el libro y la lámpara, no debemos matar a todos los que están a sus órdenes. No toméis riesgos innecesarios.

—En cuanto a pelear contra los espectros que encontréis —intervino Khosrow con una expresión de tristeza en sus ancianos ojos castaños—, la magia que los resucita no es tan poderosa como creéis. El cuerpo, como es natural, quiere permanecer muerto. Separad la mente del alma, la conciencia del corazón, y podréis permitir que descansen como Dios lo dispuso.

—Cortadles la cabeza —tradujo Sohrab— o cortadles la médula espinal a la altura del cuello. Eso debe bastar.

—Os dividiré en tropas más pequeñas y os asignaré cuadrantes y misiones según sea preciso —continuó Duban—. Después de eso, Sohrab se hará cargo de todo mientras yo ayudo a los otros. Artemis, que está aquí a mi lado, se encargará de distribuir las armas.

—¿Cuántos éramos en el último recuento? —preguntó Jasmine.

—Cerca de trescientos —respondió él.

—No somos suficientes —dijo Sohrab, muy seco—. Necesitaremos más hombres.

—¿Por qué hablamos solo de hombres? —La mujer que lo dijo era pequeña y rechoncha, e iba cubierta de ropa. Se abrió camino a empujones. A Aladdín le sorprendió ver a la Viuda Gulbahar apartar a varios líderes—.

Tengo a todas las madres, abuelas, viudas y tías solteronas de Agrabah conmigo. ¿Queréis enfrentaros a nosotras?

—¿Qué pueden hacer las mujeres? —la retó un hombre a su lado.

Como respuesta, Gulbahar agitó un cucharón de madera y lo golpeó con él en la sien. El hombre aulló de dolor y cayó de espaldas.

—¿Quieres más de esto? Desde hace cincuenta años lavo tapetes, y mis brazos son una prueba palpable de ello.

—Pero ¿qué pueden hacer contra los espectros, respetable señora? —preguntó Amur muy gentilmente.

—Te lo mostraré —respondió ella con la boca fruncida—. Traedlo.

Varias mujeres mayores se movieron en sus voluminosas túnicas y manipularon algo que permanecía oculto a la vista. De inmediato, la viuda sujetó a un niño pequeño por los hombros, no tendría más de nueve años; parecía normal, si bien se veía algo taimado y enfermizo. Luego, Aladdín notó aquel brillo rojizo alrededor de sus ojos y el tinte verde en su carne blanca.

—¡Dios mío! —exclamó Jasmine tapándose la boca con la mano—. ¡Es... un espectro!

El público perdió el aliento cuando la viuda giró su cabeza para que las parpadeantes luces mostraran su rostro triste y monstruoso.

—Pobre muchacho —murmuró Aladdín.

Gulbahar hizo de todo menos escupir.

—Murió cuando algunos soldados destruyeron el mercado oriental en busca de traidores.

—Cualquier persona que muere se convierte en espectro —dijo Khosrow con tristeza.

—Tú eres la princesa Jasmine —habló el niño; sus ojos muertos se ensancharon—. Debo llevarte con Jafar. Debo matar a las ratas callejeras.

Levantó los brazos despacio para atacar.

—Basta, Jalil —gritó Gulbahar con mucha energía. Le dio un bofetón. El niño hizo una pequeña mueca y bajó los brazos—. ¿Cuántas veces te he dicho que no hay que pelearse?

—Lo siento —dijo el niño sin inflexión en la voz.

—Te... ha hecho caso —añadió Jasmine lentamente—. Sabe quién eres. ¿Lo recuerda?

La viuda asintió.

—Todos recuerdan. Un poco.

—¿En qué nos ayuda eso? —preguntó el hombre que había recibido el golpe en la cabeza. Le estaba saliendo un chichón de tamaño considerable.

—Cada uno de ellos es hijo de alguna madre —susurró Gulbahar—. Una madre puede traer a su hijo a casa. Y, si eso falla, luchará como un tigre contra cualquiera que intente detenerla.

Aladdín había creído que perder a sus padres era lo peor que le podía suceder a una persona. Jamás pensó en lo contrario, en que los padres sobrevivieran a sus hijos, y que luego los vieran regresar, pero no siendo los mismos, ya que nunca volverían a ser los mismos...

—No hay mayor poder en el mundo que una madre preocupada por sus hijos —murmuró Khosrow.

—Genial. Eso nos da al menos doscientas personas más —dijo Sohrab, reduciendo el asunto a meras cifras. Lo que le importaba era tener más soldados con los que luchar, no su género ni tampoco sus motivaciones. Asintió en dirección de Duban—. Hablaré con las mujeres después para perfilar los detalles.

—Necesitaremos un... corral —dio Gulbahar con delicadeza—. Los muertos vivientes... inofensivos necesitan permanecer alejados de Jafar.

Sohrab parecía indeciso, pero no expresó su desacuerdo.

—Veremos qué podemos hacer.

—Bien, de vuelta a los planes de batalla —dijo Duban—. *Rajah* puede enfrentarse a un grupo o a dos él solo. Haremos que Navid, el pastor, reúna

a los leales a la causa para que bloqueen el área del mercado occidental...

—¿Qué sucede con los espíritus voladores? —preguntó alguien.

—Disponemos de arqueros, algunos de los mejores, gracias a Sanjar y sus cazadores, y algunos de los guardias que desertaron del palacio y que Sohrab trajo consigo. Estarán posicionados aquí, aquí, aquí... y aquí.

Señaló algunos tejados amplios en los barrios de clase media de la ciudad.

—Y nosotros también les estamos preparando una serie de sorpresas —intervino Kimiya, jubilosa—. Un par de golpes con nuestras granadas de fuego llenas de metralla deberían destrozarlos, además de los explosivos y las bombas que detonaremos en diferentes sitios aparentemente aleatorios... También muy cerca de los muros del palacio para aumentar la confusión.

—Y, hablando de incendios —intervino Jasmine, y señaló el mapa de nuevo—, provocaremos uno en lo alto de la Torre de la Luna de Jafar, aquí en el palacio, para distraerlo aún más del robo de Aladdín. Sospecho que Jafar será inteligente y usará algunas de sus fuerzas aéreas para apagarlo.

—¿Y cómo sabrás cuándo hacerlo? ¿Cuándo deberemos atacar cada uno de nosotros? ¿Cuándo es conveniente soltar a *Rajah*? ¿O cuándo intervendrán las abuelas? —preguntó una joven espigada, la líder de uno de los grupos estudiantiles.

—Ah, muy buenas preguntas. A eso vamos —respondió Morgiana tras dar un paso al frente con deleite—. Además de disparar a los espectros voladores, los arqueros serán nuestros mensajeros. Una vez que Duban y yo os hayamos dividido en grupos, os enseñaremos las señales adecuadas: el número de flechas encendidas significarán una cosa u otra.

—¿Alguna pregunta más? —quiso saber Jasmine. Se oyó el movimiento de pies inquietos, pero nada más—. ¿Algún comentario? —preguntó con más dulzura—. ¿Algo más? Si tenéis algo que decir, queremos oírlo ahora.

Amur miró a su alrededor y se aclaró la garganta.

—¡Que caiga Jafar! —gritó con una voz a la que no estaba acostumbrado.

—¡Que caiga Jafar! —repitieron todos los presentes con mucha más fuerza.

—Esto podría funcionar —dijo Aladdín con una sonrisa esperanzada.

Jasmine le puso un dedo sobre los labios.

—No llames al mal tiempo.

La calma antes de la tormenta de arena

Cuando la reunión concluyó y Sohrab, Duban y los demás se pusieron a la tarea de dividir a su ejército en los grupos acordados, Aladdín, por fin, tuvo un momento para sí mismo. Caminó hacia el exterior y se apoyó en un muro a medio derrumbar, mirando hacia las luces tenues de Agrabah.

Incluso el palacio parecía mucho más lúgubre que de costumbre, como si una porción adicional de noche hubiera caído sobre la ciudad que amaba.

Se frotó los ojos con las manos. No se notaba cansado y, sin duda, estaba ansioso por hacer algo. Pero, primero, tenía que despedirse de Jasmine. Esas últimas semanas habían tenido un ritmo extraño, pero lo único de lo que podía estar seguro era de lo mucho que quería estar con ella.

Como si sus pensamientos la hubieran invocado —como un deseo concedido por un Genio—, Jasmine apareció detrás de él. Ella pensó que estaba siendo sigilosa, pero, para un ladrón, sus pasos eran tan ruidosos como una trompeta que anunciara su presencia. Le dio un golpecito a una piedra desprendida del muro.

—Adelante —dijo Aladdín con una fina sonrisa.

—Sabía que te encontraría aquí —respondió ella, y dio un salto para sentarse junto a él y contemplar las vistas.

—Así que, princesa real, perdón, sultana Jasmine, ¿vienes a admirar tu futuro reino? —preguntó Aladdín con una sonrisa.

—Sí. Quiero hacer algunos cambios. Creo que un poco más de luz no le vendría mal —dijo con un dedo sobre la barbilla y expresión

contemplativa—. Antorchas ahí, ahí y allá. Y tal vez otro tono de blanco en un futuro: más «hueso» o «luna», menos «arena».

—Sin duda menos arena —concluyó Aladdín.

Le pasó un brazo alrededor de la cadera y la atrajo hacia él. Ella se recostó sobre su hombro. Eran como dos gatos, pensó él, sentados juntos en una cerca, mirando la luna.

Aunque en realidad miraban el palacio. Y en el palacio ocurrían cosas terribles. Aladdín podía sentir que el corazón de Jasmine delataba su aparente calma y buen humor: latía con tanto nerviosismo como el suyo. O tal vez lo que sentía era su corazón y no el de ella. Era difícil distinguirlo.

—Tenemos que salvar a Maruf, Ahmed y Shirin —murmuró Jasmine—. Lo demás..., si fallamos, podemos intentarlo otra vez. Pero no podemos fallarles a ellos.

—Lo sé —dijo Aladdín; estrechó un poco más el cuerpo de Jasmine entre sus brazos.

—No dejo de ver su cara... y las de Ahmed y Shirin en la arena... —expresó Jasmine—. Pero...

—Pero ¿qué? —Aladdín la enderezó y le volvió la cabeza para encontrarse cara a cara.

—Pensarás que lo que voy a decir es una estupidez. Y es raro. Y es egoísta —manifestó ella, sonrojada.

—Dime —la instó Aladdín con voz suave.

Jasmine suspiró.

—Al menos... al menos están ahí juntos. Los niños tienen a Maruf, quien intenta ayudarlos. Y Maruf nos tiene a nosotros, que intentamos rescatarlos. Si hubiera sido yo, estaría ahí sola. Antes de conocerte, antes de unirme a Morgiana y a Duban y a las ratas callejeras, estaba sola. Antes de escaparme, mi amigo más cercano era un tigre.

Aladdín se rio sutilmente.

—Antes de conocerte a ti, mi amigo más cercano era un mono. —Le besó la frente—. Vaya pareja.

Jasmine cogió las manos de Aladdín entre las suyas. Las de él eran más grandes, pero, de alguna forma, se sentían más pequeñas entre los dedos de Jasmine: cálidas, protegidas. Ella lo miró con unos ojos enormes y temblorosos.

—Aladdín —susurró—, te amo.

Él comenzó a abrir la boca. Hacía un mes o apenas unas cuantas semanas, habría dicho algo ingenioso para quitarle hierro al asunto.

—Y yo a ti, Jasmine —murmuró.

Giró las palmas de sus manos y las apretó contra las de ella.

—Pase lo que pase, si salvamos la ciudad o si cae en un pozo bajo tierra y la perdemos para siempre, jamás de los jamases cambiaría un solo segundo de nuestro tiempo juntos. Eres lo mejor, lo único bueno que me ha pasado en la vida.

Un chillido adormilado y molesto salió de una sombra entre las rocas.

—Además de ti, *Abú* —añadió Aladdín con una sonrisa.

Jasmine sonrió también. Se acercó y lo besó de nuevo. Sus labios le calentaron todo el cuerpo, más que la más cálida de las noches del desierto. Ya no podía pasarle las manos por el oscuro y grueso cabello; ahora siempre lo llevaba atado en una apretada trenza. Pero su nuca y su espalda eran suaves, y Aladdín las acarició con las yemas de los dedos mientras la abrazaba.

Cuando se separaron, Jasmine volvió a apoyar la cabeza en el hombro de Aladdín.

—Y, ahora, todos tus amigos son mis amigos también. De pronto tengo amigos.

Aladdín resopló.

—No han vuelto a ser mis amigos hasta que tú has llegado. De algún modo... nos has ayudado a dejar las cosas atrás con..., ya sabes, todas esas

nimiedades sobre salvar el reino y alimentar a los hambrientos.

Jasmine sonrió.

—Sí, bueno, no me habría enterado de que había gente hambrienta si no hubiera sido por vosotros. Seguro que hay mucho más que no sé sobre Agrabah. Cuando sea sultana, dependeré de las ratas callejeras para mantenerme en mi sitio.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Necesito conocer a la gente de mi ciudad para gobernar correctamente. Y una de las mejores cosas que se deriva de todo esto es la red de apoyo en la que se han convertido las ratas callejeras. Tal vez pueda utilizar algo así a mayor escala.

Aladdín se rio.

—Esta me parece una gran idea. Estoy seguro de que Morgiana y Duban querrán formar parte de las futuras acciones en Agrabah, incluso si no son ilegales.

—¡Ay! ¡No puedo esperar a que todo esto empiece! —exclamó Jasmine y con impaciencia se puso de pie—. Quiero saber cómo va a acabar todo. Quiero ganar. Cuando rescatemos a Maruf y tengamos el libro y la lámpara, comenzará una buena etapa.

—Sí —asintió Aladdín con cautela. Una de las palabras de Jasmine lo inquietó—. Pero, vamos a quemar el libro, ¿no es cierto?

Jasmine dejó de moverse y lo miró.

—No, Aladdín. Ya lo hemos hablado. Es un recurso valioso. Podemos usarlo para derrotar a Jafar.

—No necesito un libro maligno para derrotar a un hechicero maligno. Suena a que es una pésima idea.

—Tú sí que suenas como uno de esos ancianos supersticiosos que están en contra de la magia —señaló Jasmine—. Como si todo lo que viniera de ella fuera malo.

—¿Podemos hablar un momento del Genio? —preguntó Aladdín, nervioso—. No parece ser malévolo. Pero, tan pronto como se visualiza en nuestro mundo, alguien usa sus poderes para hacer cosas terribles. Él no es malo y la magia tampoco... pero esas personas sí lo son.

—¡Yo no soy Jafar!

—No, pero eres humana, Jasmine. ¿Qué pasaría si alguien lograra convencerte de que la gente estaría más a salvo y sana si mantuviéramos las patrullas de la paz? ¿Qué ocurriría si una madre desesperada te pidiera que le devolvieras a su hijo de entre los muertos, aunque fuera un zombi? ¿Lo harías?

Estaban muy cerca el uno del otro y se miraban a los ojos. Jasmine tenía las manos en la cadera. Aladdín tenía las suyas hechas un nudo.

Morgiana apareció de pronto. Como buena ladrona, sus pasos sí que eran sigilosos. Los vio a ambos, escuchó el silencio, y tosió nerviosamente.

—Eh, perdonad que os interrumpa... ¿tortolitos? Pero ha llegado la hora.

—Ya bajamos —dijo Jasmine sin quitarle los ojos de encima a Aladdín. Él tampoco desvió la mirada.

—Bien... Pero, daos prisa. Según las estrellas, parece que ya ha terminado la tercera guardia.

Morgiana se fue de puntillas por donde había venido.

Aladdín sacudió los brazos e inspiró profundamente.

—¿Sabes?, hablaremos de esto después de rescatar a Maruf, Ahmed y Shirin, y luego de que hayamos robado la lámpara y hayamos cogido el libro y Jafar haya sido derrotado... y nosotros hayamos sobrevivido.

—Bien pensado —dijo Jasmine. Con ambas manos, tomó el rostro de Aladdín y lo besó—. No nos vayamos enfadados.

—Preferiría que simplemente no nos separáramos —dijo él, y la acercó hacia su cuerpo una última vez.

Como en los viejos tiempos

Una vez más, Aladdín se encontró sentado en un tejado. Esta vez estaba sobre una peletería al norte del palacio. Se preguntó por un momento si sería la última vez que se encontraría en una situación como esa.

Lo rodeaba la decoración habitual de un tejado en Agrabah: tapetes para secar las frutas, cuerdas para los tendederos y las alfombras, un pequeño gorrión de acompañante, los tablones y las escaleras que no podían almacenarse en ningún otro lugar. Había también una cabra, masticando y sin prestar ningún tipo de atención a los extraños humanos que habían invadido su terraza.

Con Aladdín estaban Morgiana y Duban, los dos «ladrones elegidos», y Pareesa, cuya especialidad era provocar incendios. Jasmine dirigía el sitio de Agrabah con Sohrab desde el almacén de pan. Ella daría la señal para el inicio. Así que, en ese momento, los cuatro estaban únicamente sentados bajo el calmado firmamento, sobre la ciudad oscura a causa del miedo; solo esperaban.

Por fin, tras una rápida mirada para asegurarse de que Pareesa estuviera distrayendo a Duban con un juego de canicas y una partida de tres en raya, Morgiana rompió el silencio.

—¿Os estabais peleando?

Aladdín respiró profundamente. Era curioso que hubiera llegado a ese punto con Morgiana; primero fueron conocidos, luego se distanciaron, y ahora... ¿Y ahora? Hablar con ella resultaba fácil. Era como una vieja amiga.

—Tenemos ideas muy distintas sobre qué hacer con el libro *Al Azif* cuando lo tengamos en nuestro poder.

—¡Ah! ¡Es muy sencillo! Yo lo usaría para pedir una mansión y cientos de criados. —Morgiana suspiró y columpió las piernas como una niña. Aladdín le lanzó una mirada fulminante—. ¡Es broma! Más o menos. El lunático de Jafar arruinó mis sueños de grandeza. No sé qué haría con él. Tal vez lo enterraría en el desierto.

Una vez más, Aladdín pensó en la Cueva de las Maravillas, el tesoro enterrado, la lámpara enterrada. La historia se repetía...

—No es como la lámpara o el Genio, Morgiana. No concede deseos. Es un antiguo y oscuro volumen de magia lleno de conocimientos malignos que resucita a los muertos de la tumba, mata a las personas y rompe todas las leyes conocidas de la magia. Hay que quemarlo. —Suspiró y cambió de posición—. Ella cree que puede usarse para hacer el bien.

Morgiana frunció el ceño, pensativa.

—Es una decisión difícil. Pero, si yo fuera tú, cedería —dijo ella. Aladdín miró fijamente a la ladrona, sorprendido—. Amigo mío —continuó ella con dulzura—, Jasmine es lo mejor que te ha pasado. Tienes que hacer todo lo que puedas para no perderla.

—¿Que yo debería...? ¿Qué hay de ti? —le preguntó él con una sonrisa pensativa—. ¿Cuándo fue la última vez que claudicaste ante Duban?

—Nosotros no estamos juntos —respondió ella rápidamente. Aladdín levantó una ceja—. De forma oficial —añadió Morgiana. Aladdín esperó —. Ay, cállate. Se sale con la suya muchas veces —dijo ella, y lo golpeó por la desesperación.

—Me preocupa —admitió Aladdín tras mirar hacia donde su amigo se negaba a seguir jugando con Pareesa—. Suele absorber las cosas y lidiar con ellas a su manera. Nunca ha sido un tipo melancólico.

—Lo sé —dijo Morgiana con el ceño fruncido—. A mí también me preocupa. Actúa de un modo extraño, casi furtivo. Se ha metido en su

mundo. Si no lo conociera mejor... ¡Espera! ¡Mira!

Señaló un punto. En el cielo, trazando un arco sobre el Barrio de los Jardines, se arqueaban cuatro flechas encendidas que formaban una gigantesca garra de tigre en el cielo nocturno.

—Esa es la señal —dijo Aladdín, y gateó hacia el borde del tejado para tener una mejor visión de la ciudad.

En algún lugar, a lo lejos, una ruidosa multitud con antorchas se congregaba para marchar de forma muy escandalosa hacia el palacio. Manchas inquietas de un color rojo brillante que estaban distribuidas a lo largo de toda la ciudad reaccionaron de inmediato y se dirigieron hacia allí, como hormigas que se daban cuenta de que su hogar corría peligro. En el aire, las tropas de soldados y espectros que patrullaban el cielo detuvieron sus maniobras y se encaminaron en la misma dirección.

Aladdín contaba en su cabeza. Justo cuando llegó a veinte, una explosión iluminó el antiguo mercado. Los guardias aéreos se detuvieron sin saber qué hacer. Morgiana y Aladdín observaron cómo uno de ellos salía disparado por encima de los muros y entraba en el palacio por una enorme ventana de la segunda planta. Unos instantes después, las cortinas del balcón público se abrieron y Jafar salió con paso firme para ver qué sucedía en la ciudad.

—¡Adelante! —ordenó Aladdín.

Los cuatro ladrones se abalanzaron por la pared del almacén.

Pero, como era de esperar, cada uno se sostuvo de un tendedero que estaba debajo. Cruzaron al otro lado de la calle colgados de la cuerda, con una mano detrás de otra, por encima de las cabezas de algunos soldados humanos que corrían en medio de la noche. Después, se dejaron caer en una terraza. Desde allí saltaron a la calle y se ocultaron a la sombra de los muros del palacio. Morgiana, Duban y Pareesa llevaban dagas entre los dientes, no así Aladdín. Los cuatro se escabulleron por la vieja almena que estaba hecha para albergar ejércitos y milicias, pero no ladrones. Estaban

más que expuestos: cuatro siluetas oscuras en la enormidad blanca de los muros que brillaban muchísimo, incluso bajo la tenue luz de la noche. En cualquier momento, un guardia que estuviera haciendo su ronda sobre el muro podría asomarse y verlos.

Aladdín se concentró únicamente en encontrar apoyos para los pies y escalar. Se negaba a mirar hacia arriba o hacia abajo o dudar en su ascenso.

Una vez en lo más alto, se impulsó hacia arriba y aterrizó de cuclillas; de inmediato, miró en ambas direcciones. El plan parecía funcionar: allí no había nadie más. El único guardia que quedaba corría hacia la puerta principal para ayudar a abrir los cerrojos exteriores. Aladdín ató una cuerda alrededor de una sólida viga para preparar su descenso hacia el otro lado.

La cabeza de Morgiana apareció junto a él, seguida de su cuerpo, ligero y veloz como un ave. No pudo evitar tomarse algo de tiempo para examinar el palacio perfecto que se extendía a sus pies: las torres, los jardines, los patios ocultos, las fuentes que alimentaban los baños. Desde ahí parecía una de las maquetas del viejo Sultán.

Sacudió la cabeza y se permitió soltar un silbido. Aladdín le dirigió una sonrisa de tristeza y compasión.

Duban y Pareesa llegaron unos instantes después. Cuando estuvieron los cuatro, Aladdín señaló la torre más alta del palacio.

—¿Esa es la de Jafar? ¿La Torre de la Luna? —preguntó Pareesa.

Morgiana asintió.

—¡Buena suerte!

La chica esbozó una sonrisa maliciosa.

—No necesito suerte, solo piedras y yesca.

Luego, corrió en silencio por los muros del palacio. A pesar de su gracia y velocidad, Aladdín tuvo que desviar la mirada cuando Pareesa saltó hacia la torre. Se extendía una gran explanada de vacío nocturno entre ella y la torre, y él no quería ser testigo de una potencial caída.

—Muy bien —le susurró al resto del equipo—. Vamos.

Los tres bajaron en rapel con ligereza por el muro interior y aterrizaron con suavidad sobre el acolchado y fragante césped. El palacio había crecido con los siglos como un grupo de hongos, y cada edificio nuevo parecía un miembro de la colonia. Aladdín contó con detenimiento y eligió una de las estructuras más bajas cercana a la Torre de la Luna. Era la biblioteca que, al menos antes de que Jafar se convirtiera en sultán, no era un área muy vigilada, según Jasmine. Aladdín les hizo una seña con los brazos a Morgiana y Duban, y señaló una ventana, que era más amplia que una aspillera.

Los tres echaron a correr por el estrecho espacio de campo abierto. Al sentir algo, Aladdín se detuvo de golpe. Se deslizó para frenarse justo cuando una extraña luz roja se cruzó en su camino. Levantó la mirada.

Ante ellos flotaban un par de espectros, silenciosos como la muerte. A medida que sus ojos exánimes recorrían de forma inhumana el paisaje, uno de ellos agitó una extraña linterna negra con una complicada carcasa que dirigía el haz de luz roja.

Los tres ladrones se quedaron inmóviles. Morgiana susurró un insulto.

El tiempo se congeló también mientras uno de los espectros cruzaba el patio de ida y vuelta con una lentitud agónica. El cielo que los enmarcaba era negro como el pecado..., lo que significaba que no faltaba mucho para el amanecer. Aladdín sintió que el corazón le latía con furia dentro de su cuerpo inmóvil.

Finalmente, el haz de luz se alejó de ellos en su firme camino y no se detuvo.

Los espectros continuaron su muda ronda nocturna con su malévola linterna.

¿Era la imaginación de Aladdín o el césped parecía haberse secado un poco después de que la luz lo iluminó? No obstante, parecía haber menos cantidad de césped de la que había antes.

Los tres ladrones corrieron hacia la relativa seguridad de la sombra de la torre.

—¿Qué terrible magia nueva es esa? —preguntó Duban.

—Hay un lugar especial en el infierno para Jafar —farfulló Morgiana— y sus seguidores.

—Siento lástima por quienesquiera que hayan sido esos dos —dijo Aladdín en cierto tono mordaz.

Pero para sus adentros pensó que no habría sido tan terrible si esos hombres hubieran muerto con una explosión y no hubieran dejado un cuerpo potencialmente reanimable.

Morgiana sacó un pequeño arpeo, una de sus herramientas favoritas, y tras balancearlo unas cuantas veces del extremo de la cuerda de seda al que estaba atado, lo lanzó. Con un suave ruido, el arpeo aterrizó junto a la ventana. Morgiana lo estiró y aquel utensilio quedó sujeto tras clavarse sus garfios en el yeso. Duban les indicó a los otros dos que subieran mientras él sostenía el cable en la posición correcta. Morgiana y Aladdín treparon como monos; Duban se apresuró a seguirlos.

Después de pasar su robusto cuerpo por la ventana, hizo una pausa y miró asombrado a su alrededor.

—Guau. No es que quiera tener mi propio castillo... pero no deja de ser impresionante.

Era una habitación enorme, llena de estantes y repisas y cajones. En cada espacio y esquina había pequeñas estatuas de todo tipo: personas ilustres fallecidas hacía mucho tiempo, bestias que nunca existieron y edificios que parecían imposibles. El espacio restante estaba ocupado por libros. Había montones de ellos en el suelo, pilas sobre las mesas, así como repisas llenas que forraban las paredes. Docenas de urnas contenían cientos de pergaminos enrollados. Tablillas de cera y arcilla con textos en lenguas extrañas habitaban los cajones abiertos. Sobre mesas inclinadas

especiales se mostraban extendidos mapas de coloridos océanos y extravagantes países.

La sala estaba en penumbra, tal como Jasmine les había comentado; tan solo dos lámparas estaban encendidas junto a la puerta, lejos de cualquiera de los pergaminos inflamables y los valiosos rollos. Era difícil saber cómo era de grande aquella biblioteca o cuántos volúmenes contenía. Aladdín comenzó a comprender a Jasmine un poco mejor. Tenía acceso a todo ese conocimiento, a toda la sabiduría y la información del mundo, al parecer, y no podía salir a vivirlo en sus propias carnes.

—¡Aladdín! —susurró Duban de repente interrumpiendo sus pensamientos.

Se arrastró hacia la puerta y escuchó.

—¡Vienen guardias! Creo que son dos.

—¿Tan pronto? —maldijo Morgiana—. Esta misión está condenada.

—¡Deprisa! —Aladdín hizo un gesto para que se moviera al otro lado de la puerta.

No había ningún sitio en el que Aladdín pudiera esconderse; las mesas y los escritorios eran todos muy altos, con estrechas y elegantes patas, detrás de las cuales era imposible ocultarse. Aquella parecía ser la única habitación del palacio sin un diván o un sillón.

Incapaz de pensar en otra cosa, Aladdín cogió un pergamino y lo desenrolló simulando que lo estudiaba.

Dos guardias humanos aparecieron bajo el umbral de la puerta para una inspección de rutina. Entonces, vieron a Aladdín.

Hicieron una mueca y desenvainaron sus cimitarras.

—Es curioso —murmuró Aladdín mientras le daba vueltas al pergamino y fruncía el ceño—. Siempre he pensado que Hiperbórea estaba en el norte, no en el sur...

El guardia de la izquierda se recuperó de la sorpresa inicial y abrió la boca para ordenar a Aladdín que hiciera tal o cual cosa.

Antes de que pudiera emitir un solo sonido, Morgiana y Duban cogieron un par de urnas grandes de bronce y se las estrellaron en la cabeza a los guardias, quienes se desplomaron de inmediato. Los dos ladrones los sujetaron antes de que llegasen al suelo, querían evitar el ruido más que impedir que se lastimaran todavía más.

Duban maldijo.

—¡Van a notar su ausencia si no continúan con su ronda!

—Deberíamos matarlos —dijo Morgiana de inmediato.

—¿Para que resuciten como muertos vivientes que no pueden sentir dolor? No es una buena idea —susurró Aladdín—. Vamos. Creo que tengo un plan.

El amanecer se acerca

De vuelta al almacén, Jasmine miraba el cielo y, con Sohrab a su lado, daba órdenes a las múltiples divisiones del ejército de ratas callejeras.

Incluso Khosrow, el viejo líder religioso, tenía una sorprendente habilidad para ayudar a organizar el ejército.

—Mis cincuenta años en la enseñanza de acólitos me avalan —le había dicho con su gentil sonrisa—; no es una guerra, pero en algo se parecen.

Un mensajero entró de pronto, exhausto y sin aliento.

—Jasmine..., la marabunta con antorchas funciona... Han cerrado la calle de las Palomas y el camino de la vieja sinagoga. He visto con mis propios ojos que cerca de quince guardias armados y tres espectros han caído derrotados, y se han producido otros hechos parecidos.

—¡Excelentes noticias! —exclamó Jasmine, aplaudiendo. Sin embargo, hubiera deseado que los espectros y los guardias abatidos fueran todavía más.

—Además, creo que veinte guardias más, casi todos espectros, han sido enviados a sofocar los incendios en el antiguo mercado. Yahya vio a varias tropas, algunas de hasta veinte hombres, que iban hacia los incendios del distrito peletero.

—Gracias por tu información. Por favor, refréscate con agua y comida, y vuelve aquí para recibir instrucciones de nuevo. ¡Iza, Deni! —llamó a dos mensajeros; eran chiquillos que no tenían más de ocho años—. Id a decirles a los arqueros que disparen la segunda señal. Es el momento de enviar a *Rajah*.

Los dos niños pequeños asintieron y bajaron las escaleras corriendo.

Jasmine chasqueó la lengua y el tigre se colocó a su lado. Al sentir la emoción, no se recostó a sus pies como solía hacer, sino que se quedó erguido, cerca, tenso y observante. Sus músculos de tigre se expandían y se contraían con regocijo. Por fin, iría de cacería.

Jasmine puso los brazos alrededor de su cuello. Su causa necesitaba todos los soldados que pudiera obtener, por supuesto. Pero ¿qué libre albedrío podía tener un tigre mascota? ¿O, en ese mismo sentido, dos niños de ocho años desesperados por complacerla? Aun así, ella estaba lista para enviarlos al peligro y, en el caso de *Rajah*, a la batalla.

—Buena suerte, viejo amigo —le susurró a la suave oreja. Luego, sacó las prendas obtenidas para su oscuro objetivo: un turbante, un fajín, una bota... Todas ellas pertenecían a capitanes de la guardia. Era la comandante de un ejército de ladrones; robar cosas era la parte sencilla. Jasmine las sostuvo para que *Rajah* las oliera. Sus enormes fosas nasales se expandieron y se contrajeron. Frunció el ceño como si se tomara el asunto con muchísima seriedad—. Ve —le ordenó Jasmine cuando hubo terminado—. Ataca.

Rajah gruñó y bajó por las escaleras, saltando diez escalones a la vez, mientras movía la cola.

Jasmine se dijo que no había tiempo para preocuparse o para llorar. La gente estaba sacrificando mucho más que ella. El pobre niño Jalil. Sus padres. Razoul.

Además, *Rajah* se podía cuidar solo. Era un tigre.

Se encogió de hombros y le dio la vuelta al mapa de la mesa; lo actualizó con los últimos acontecimientos. Una explosión sacudió el escondite. Jasmine se apoyó en la pared mientras llovían pedazos de arcilla seca y guijarros.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. ¡A mí, mis fieles! ¡Esa señal ha llegado mucho antes de lo pactado!

Sohrab entró corriendo con una expresión sombría en el rostro.

—No han sido los nuestros. Algo ha explotado cerca de la vieja guarida de Morgiana y Duban. Necesitamos que Hazan regrese y nos diga qué ha ocurrido.

—Jafar —maldijo Jasmine con los ojos puestos en el palacio.

En los oscuros pasillos del palacio, Aladdín y Duban avanzaban en silencio por los fríos suelos de mármol.

—Jasmine comentó que los baños estaban por aquí —susurró Aladdín —. Y la sala del trono está arriba, después de los baños, de camino a...

Dos guardias aparecieron al final de un pasillo y se dirigieron hacia ellos blandiendo las cimitarras, bloqueándoles el paso.

Los dos ladrones levantaron sus cimitarras robadas e hicieron el ruidoso saludo que Aladdín había observado la última vez que se había infiltrado en el palacio.

—Mal hecho —objetó uno de los guardias al observar la técnica de Duban.

Aun así, los dos guardias verdaderos siguieron su camino. Aladdín casi se cae de satisfacción cuando se marcharon. Duban se alisó la pechera de su camisa con cierto orgullo herido; iban vestidos con los uniformes de los guardias, a quienes habían atado y encerrado en un armario.

Morgiana salió de su escondite y corrió para alcanzarlos.

—Os he dicho que yo debía ser la otra guardia —susurró.

—El turbante no te quedaba bien —murmuró Aladdín como respuesta —. Ya lo hemos hablado.

Un temblor agitó el suelo bajo sus pies como si un gigante se hubiera desplomado o se hubiese producido un terremoto en el desierto. No tuvo la fuerza suficiente para desestabilizarlos, pero sí para marearlos.

—¿Eso ha sido dentro de los muros del palacio? —preguntó Duban, inquieto.

—No, creo que ha sido más lejos —respondió Aladdín.

Ninguno de los explosivos que habían planeado usar tenía tanta potencia. ¿Qué sucedía allá afuera?

Aladdín movió la cabeza. Tenía que confiar en que Jasmine y el ejército de ratas callejeras distraerían a Jafar y a sus legiones hasta que ellos pudieran robar la lámpara y el libro, y rescatar a la familia de Duban. Debía concentrarse en la tarea que le habían encomendado.

Depender de alguien más era una sensación extraña.

—Esto es ridículo —afirmó Morgiana, con los ojos en blanco.

—Si tienes un mejor plan, compártelo —sugirió Aladdín.

—No tengo nada más, chico —dijo ella con amabilidad.

—Muy bien. Seguimos con el plan original. El destino de Agrabah y el de la familia de Duban están en nuestras manos.

Así pues, continuaron.

—Es como una bala de cañón en llamas o algo así —informó Hazan, sin aliento; tenía las cejas chamuscadas—. Ha caído en donde está el viejo escondite... donde estaba. Está en llamas. Púrpura y rojo.

—¿Púrpura? —preguntó Sohrab—. Eso suena a magia... o a obra de los alquimistas.

—Pero sabemos que ellos no están con él —replicó Jasmine.

—Pero ¿por qué atacar el escondite? —se preguntó el militar con una ceja arqueada; señaló el mapa marcado de Agrabah—. En ese lugar ya no había nadie. Solo un idiota habría vuelto allí después de que tomó a los rehenes. ¿Por qué no atacar aquí, aquí o aquí, donde puede hacer daño real que sería visible para todos?

—Porque está reaccionando con furia —contestó Jasmine en tono triunfal, pero sin ninguna muestra de alegría—. Como hemos dicho, no es un estratega brillante. Es un hechicero y gran visir. Y nunca antes ha

estado en una batalla. ¡Esto es justo lo que queríamos! Está distraído, enfadado y no es capaz de ver lo que sucede ante sus narices. Todo podría ser más sencillo de lo que pensábamos.

—¡Jasmine!

Un joven ensangrentado entró en la habitación, cojeando, y estuvo a punto de tirar el bulto que cargaba. En los brazos llevaba a un chico más joven que también estaba herido. Un horrible rasguño negro y azul le desfiguraba la frente, y su cara mostraba una palidez mortal. Los ojos estaban en blanco y no podía ver.

—¡Recuéstalo aquí! —ordenó Jasmine de inmediato, señalando un lugar en el suelo con algunos cojines y telas—. No se nos ha ocurrido instalar una enfermería... Hazan, antes de ir a refrescarte, por favor, habla con algunas de las mujeres mayores y pensad si podemos organizar algo.

—Claro, Jasmine —dijo el niño; hizo una reverencia y salió corriendo.

Sohrab examinó las heridas y su rostro se endureció. Estaba claro que albergaba pocas dudas sobre la supervivencia del chico.

—Agua —exigió Jasmine—. ¡Vendas!

Sohrab abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor.

—Enviaré a uno de mis hombres. Pero, Jasmine, si muere...

—Lo encerraremos con los otros espectros.

Sohrab movió la cabeza con un gesto de evidente desaprobación.

—No es un niño, Jasmine. Es un hombre casi adulto que sería difícil derrotar si fuera un espectro. Sería más compasivo ponerle fin ahora.

Jasmine cerró los ojos y sintió el peso de la realidad.

—Lo sé.

Entonces el escondite se sacudió con otra explosión.

Aladdín y Duban se arrastraron hacia delante, listos para volver a adoptar las posturas militares si los descubrían. Morgiana los seguía por detrás, en

silencio. Había una escalinata no muy secreta en la parte trasera del edificio de la biblioteca que llevaba a un balcón rodeado de delicadas ventanas en forma de arco. Estas daban a un pequeño patio bordeado por naranjos. Al otro lado del patio estaban los baños reales, que conectaban directamente con la cámara de audiencias, el salón de banquetes y, después, la mismísima sala del trono. A Aladdín le había parecido extraña esa distribución hasta que Jasmine le explicó que los sultanes solían recibir huéspedes extranjeros y se reunían con sus consejeros más cercanos mientras disfrutaban de los vapores con aroma de menta que los hacían sudar.

—Es un buen trabajo si lo consigues —murmuró.

Un par de guardias cruzaron por el patio. Uno de ellos blandió la espada sin mucho entusiasmo en dirección a la rama de un naranjo; la afilada hoja de la cimitarra cortó una naranja de su tallo en silencio y con precisión, y la fruta cayó al suelo con un discreto ruido, como una cabeza después de una ejecución.

Morgiana tragó saliva, muy nerviosa.

—Yo solo quería ganarme la vida como carterista —dijo—. Tal vez involucrarme en el robo de alguna joyería fina... Voy a perder la cabeza por esta pequeña revuelta civil.

—Prefiero a estos tipos antes que a los espectros, siempre —respondió Duban en un susurro—. Es mejor morir a manos de un hombre.

—Espera un momento... No hemos visto a un solo espectro desde hace rato —dijo Aladdín despacio—. En el interior del palacio, todos son guardias humanos. Todos están vivos, salvo aquellos zombis de antes, los de la linterna.

—Necesitan guardias que puedan pensar y actuar de forma independiente cerca de Jafar —dijo Morgiana mientras asentía—. No solo, ya sabes, «¡Buuu, muere!».

Otros dos guardias humanos se hicieron visibles. Los tres ladrones guardaron silencio.

—Cuarenta y cinco latidos —dijo Duban cuando se fueron—. Ese es el tiempo que tenemos entre los dos grupos.

Morgiana cogió el arpeo y lo movió en círculos, calculando la distancia entre ellos y la apertura al otro lado que conducía a los baños. Siguió moviéndolo hasta que el siguiente grupo de guardias pasó por debajo de ellos... y entonces lo lanzó.

Pero falló.

Morgiana maldijo mientras la herramienta golpeaba la pared y se estrellaba en el suelo.

De la forma más discreta posible, Morgiana recogió la cuerda con ambas manos, como un pescador que intenta recoger una red. Cuando empezó a subirlo, los garfios hicieron ruido al raspar la pared.

Aparecieron dos guardias más.

Morgiana se quedó quieta.

El arpeo colgaba de una forma muy visible en la mitad de la pared de mármol blanco, sujeto al extremo de una cuerda larga y de aspecto sospechoso.

Los guardias pasaron junto a él.

Los tres ladrones exhalaron aire que no sabían que estaban conteniendo.

Morgiana maldijo de nuevo, recogió la cuerda y de inmediato volvió a lanzar el arpeo.

Logró asirlo a la cornisa del otro lado... y esta vez no se movió.

Contuvieron la respiración cuando el siguiente grupo de guardias pasó por allí, pero la cuerda colgaba por encima de ellos, casi invisible, mientras marchaban por debajo. En cuanto se fueron, Morgiana saltó sobre la cuerda con agilidad y se deslizó por encima de ella como si fuera una equilibrista. Duban fue el siguiente; avanzó más despacio, pero con la

misma seguridad. Con un paso mesurado llegó al otro extremo y se introdujo en la ventana justo cuando deambulaban otros guardias.

Por último, era el turno de Aladdín. Él había sujetado la cuerda para los otros dos; ahora, no tenía quién lo hiciera por él. Cogió una silla y la acercó a la ventana; deprisa, pasó la cuerda por una de las patas de la silla con un nudo de pescador, un nudo que se soltaría sin problemas cuando estuviera listo. Con el resto de la cuerda en la mano, esperó a que el siguiente grupo de guardias pasara de largo, saltó a la cornisa y dio un paso sobre la cuerda.

Había recorrido más de la mitad del trayecto cuando la silla se inclinó.

El repentino aflojamiento de la cuerda hizo que Aladdín se precipitara hacia delante. Movió los brazos con desesperación en un intento por recobrar el equilibrio.

Pero no lo logró. Empezó a caer...

... y el siguiente par de guardias apareció doblando la esquina.

Bajas de guerra

El hombre agonizante respiraba de manera extraña: primero, respiraciones cortas y superficiales; después, jadeos, suspiros profundos y horrendos, como si todo el aire del mundo no pudiera ayudarlo.

Jasmine se arrodilló a su lado y le cogió una mano con delicadeza, mientras, muy nerviosa, le acariciaba la frente. Además de amigos, de niños y del resto del mundo, la princesa real también había estado aislada de la enfermedad y la muerte. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Sentía más miedo que cuando sus propios padres fallecieron. Tan solo contener las lágrimas y mantener una expresión apacible precisó de todas sus fuerzas.

Sohrab intentó convencerla de que lo dejase..., de hacer lo que era necesario. Pero ella lo rechazó para que continuase dando órdenes en su nombre.

—Soy la sultana. No puedo esperar a que las personas hagan por mí lo que yo no puedo hacer por ellas —le dijo al general—. Todo irá bien —le murmuró al hombre y se preguntó por qué era tan ruin mentir a los moribundos.

Pero él no parecía oirla; tenía los ojos muy abiertos y fijos en algo más allá de Jasmine.

Un largo, resplandeciente y afilado cuchillo yacía en el suelo junto al hombre.

Tras interminables momentos de respiración extraña y miradas calladas, tuvo un repentino espasmo. Levantó la cabeza como si buscara algo.

Luego, cayó de espaldas y dejó de moverse.

Sus ojos seguían abiertos, pero ya no había nada en ellos.

Jasmine se mordió el labio inferior, en un intento furioso por no llorar. Inclinó la cabeza y comenzó a susurrar la única oración que conocía que era apropiada para tales circunstancias.

Khosrow apareció en la puerta. Se acercó e hizo unos gestos sobre el joven. Cerró los ojos y comenzó a rezar junto a Jasmine.

El hombre muerto también cerró los ojos. Y después volvió a abrirlos.

Donde habían estado sus ojos ahora se apreciaban lagos de un rojo oscuro y malévolo.

Los ojos de Khosrow también se ensancharon, pero no cesó de rezar, tan solo pronunció las palabras con más fuerza.

Jasmine cogió el cuchillo.

El zombi se sentó e hizo unos ruidos con la garganta, el improbable sonido de la sangre que borboteaba y se secaba.

Jasmine apretó los dientes y le atravesó la garganta expuesta con la hoja. Se apartó, pero no vaciló cuando la punta de la daga chocó contra los tendones y los huesos.

El espectro no gritó. No se lo agradeció.

Gorgoteó e hizo algunos otros ruidos antes de quedar inmóvil, nuevamente sin vida.

* * *

Los guardias empezaron a cruzar el patio, en dirección a Aladdín.

Él agitó los brazos al perder el equilibrio, haciendo molinos e intentando agarrar la cuerda. En el último segundo, logró asirse a ella.

—¡Rápido! —susurró Morgiana mientras sacaba el garfio de la pared.

Juntos, Duban y ella se enrollaron la cuerda en las muñecas e intentaron subir a Aladdín, que estaba a punto de caer estrepitosamente al suelo.

Aladdín flexionó el torso como un artista en el mercado, pero despacio, para no llamar la atención. Con la fuerza de los brazos, logró llevar las rodillas al pecho y aferrarse con los dedos de los pies a la soga. Quedó colgando boca abajo, como un murciélago.

Los guardias siguieron su marcha... pasando por debajo de él.

La pluma roja en el turbante de uno de ellos le hizo cosquillas en la espalda a Aladdín. El guardia, sin pensarlo, estiró la mano para recolocarse la pluma. Después de eso, se fueron.

Aladdín se movió despacio y, al mismo tiempo, sintió que el estómago se le expandía, aliviado.

Con una mano detrás de la otra, empujó su cuerpo hacia Duban y Morgiana. Duban se estiró y lo agarró de los brazos; el nudo en la silla se aflojó y la cuerda cayó al patio.

Aladdín la estiró hacia arriba deprisa y se la enrolló en el brazo.

—Han estado muy cerca —susurró Morgiana.

—Eh, no ha sido nada —dijo Aladdín—. He escapado de cosas peores con un manojo de plátanos robados.

—Oye, ya que estamos en esto, ¿dónde está *Abú*? Siempre participa en tus pequeñas aventuras.

Aladdín parecía desolado.

—Lo... lo he dejado en casa. Si las cosas no salen bien, quiero que sea libre.

Sobrios y silenciosos, los ladrones continuaron su camino.

Cuando Sohrab entró, le dio a Jasmine unas palmadas compasivas en la espalda y continuó con su tarea, como buen soldado. Informó sobre las andanzas de varios de sus batallones y del desarrollo de la batalla. Unos acólitos religiosos se habían llevado el cuerpo, pero Jasmine aún sentía su presencia.

—Lo siento... ¿Cuántos han caído? —preguntó de pronto, tras darse cuenta de que no había prestado atención.

—No sabemos con exactitud cuántos heridos ha causado esta segunda explosión —afirmó Sohrab, un tanto impaciente—. Para ser sincero, no tengo ni idea de cuáles son las cifras reales. Esto es más inesperado y desorganizado que a lo que estoy acostumbrado.

—¿Cifras? Son personas. Personas que están muriendo. Y que se unen a su bando a menos que alguien les dé un descanso eterno. Hay que pararlo. Tenemos que evitar que la gente muera. Ahora.

Pronunció estas últimas palabras con voz temblorosa, sin contenerse apenas.

—Jasmine, esto es una guerra —contestó Sohrab con absoluta tranquilidad—. Una guerra extraña e impía. Puedes haber leído sobre tácticas y guerras pasadas, pero esta es la realidad. La gente cae herida. La gente muere. ¿Quieres salvar a Agrabah y a Maruf y los niños?

—Por supuesto —respondió Jasmine, e inspiró profundamente—. Claro que sí. —Caminó hacia la puerta y miró al cielo; aun con todo el polvo, alcanzó a ver Hormzod, el enorme planeta rojo que comenzaba a esconderse detrás de las montañas. Del otro lado del cielo, el firmamento se volvía de un tono más claro que antes. El sol se preparaba para salir—. Haré lo que sea necesario.

—Por supuesto, princesa. Los guerreros de antaño... estarían orgullosos.

Sohrab hizo una reverencia y volvió a entrar para dar más órdenes.

En cuanto le dio la espalda, Jasmine corrió hacia la noche.

Se cerró la túnica para ocultar su rostro y su cuerpo. Pasó desapercibida junto a los grupos de ratas callejeras que corrían a cumplir con sus misiones. Había una extraña emoción entre las multitudes iluminadas solo a medias por las antorchas desperdigadas. Personas que en otras circunstancias no habrían hablado nunca las unas con las otras maldecían y planificaban, discutían y se preparaban. Era un trabajo en equipo del que

Jasmine no había formado parte nunca. Deseó poder quedarse y unirse a ellos.

Pero el suyo era un destino diferente. Salvar a Agrabah ahora dependía de ella. Deambuló sola hacia la oscuridad y dejó al ejército de ratas callejeras atrás.

Se mantuvo en los callejones, escondiéndose cada vez que alguien se acercaba: ciudadanos asustados, turbas enfurecidas, guardias reales con cimitarras en las manos. Había tanta confusión en las calles que no se preocupó por ninguno de los soldados aéreos; lo único que verían, si lograban encontrarla, sería una mujer aterrorizada que corría sin antorchas ni armas. Tenían cosas mucho más importantes con las que lidiar aquella noche.

Pasó por un patio en el que el humo y el fuego cubrían todo con una luz borrosa y en penumbra; a pesar de ello, alcanzó a ver la oscura silueta de un enorme tigre que recorría las calles como un fantasma.

Jasmine sonrió y lo saludó, aunque él no pudiera verla. Un sibilante sonido hizo que levantase la mirada: cuatro flechas en llamas cruzaron el cielo nocturno y dibujaron una enorme marca de *Rajah*. Era el momento de que Pareesa comenzara su incendio.

Todo iba según el plan, sin ella.

Bien.

Al fin encontró lo que buscaba: un solitario espectro de ojos rojos inmóvil sobre un lago de oscuridad con la cimitarra desenvainada. Esperaba órdenes. Bloqueaba una calle.

—Baja tu arma —le ordenó Jasmine, y dio un paso hacia su campo de visión.

El espectro levantó la cabeza despacio.

—¿Me recuerdas? Soy la princesa Jasmine, la mujer con quien Jafar quiere casarse. Me entregaré. Llévame con él.

A pesar de que se escabullían en silencio entre las sombras, quizá de camino a su destino, Aladdín seguía pensando en lo genial que sería vivir en el palacio.

Los baños reales eran más grandes que algunas de las mezquitas y sinagogas más impresionantes de Agrabah. Los techos abovedados se elevaban por encima de sus cabezas, decorados con azulejos blancos y azules que creaban dibujos como olas en el mar. Con un delicado enrejado, una capa de piedras de una estrechez imposible separaba los baños de mujeres y de hombres. Un área separada para enfriarse parecía tener su propia cocina y bodega. Grifos dorados controlaban el flujo del agua en las tinas hundidas, mientras fuentes con incrustaciones de joyas salpicaban gotas perfectas como diamantes que producían un eco en las hileras de diamantes auténticos que colgaban sobre las pequeñas lámparas de aceite.

Era obvio que Morgiana tenía pensamientos similares, si bien menos relacionados con vivir en el palacio y más con robar en él.

—Duban, teníamos que haber atracado este lugar hace años.

—Pareesa ya debe de haber terminado su trabajo —dijo Aladdín al asomarse por una ventana para mirar a las estrellas—. Entonces, esta es la parte en la que atravesamos la cámara de audiencias, luego el salón de banquetes y llegamos a la sala del trono. Después, viene lo difícil.

—Sí. Robar una lámpara y un libro y salvar a la familia de Duban frente al hechicero más poderoso del mundo. —Morgiana suspiró—. Mi madre nunca me advirtió de cosas como esas.

—¡Piensa en las historias que podrás contar! ¡Piensa en lo que podrás fanfarronear! —contraatacó Aladdín—. Piensa en... —Al entrar en la siguiente sala de baño gigantesca, los tres estuvieron a punto de tropezar con dos guardias que patrullaban—. Prisionera —corrigió Aladdín de inmediato—. Piensa en la prisionera. ¡Podría escaparse!

Morgiana se encontraba más cerca de Duban, quien a toda prisa pasó el brazo alrededor de los hombros de su amiga como si evitara su huida.

—¿Qué sucede, soldados? —preguntó el guardia mayor.

La gema de su turbante era de un extraño color amarillo opalescente. Eso debía de significar algo en la desquiciada nueva organización de Jafar, como que el hombre era un capitán o algo similar.

—Hemos atrapado a esta muchacha intentando llevarse una... jabonera de diamantes —dijo Aladdín con alegría—. Ha pensado que gracias al caos de allá afuera era el momento adecuado para robar en el palacio sin disimulo.

—La he devuelto —lloriqueó Morgiana retorciéndose de forma convincente—. Por favor, dejadme ir. Azotadme si así lo creéis. ¡No me llevéis ante el sultán!

El guardia con la gema amarilla resopló de forma burlona.

—Jamás molestaríamos a su alteza con una rata callejera. Tus amigos las ratas se amotinan e intentan derrocar al gobierno esta noche, ¿y tú ni siquiera tienes el valor de unirte a ellos? Eres una basura de lo más cobarde —afirmó el capitán. Aladdín notó algo peculiar en su tono de voz: no era muy enérgico, y tampoco condenaba radicalmente la insurrección —. Entregádmela. Unas cuantas noches en el calabozo bastarán para enseñarle lo que hay que temer en realidad.

Morgiana miró a Aladdín, preocupada.

—Eh... Había pensado... que nosotros mismos la llevaríamos —improvisó—. Quiero la recompensa por haberla atrapado yo solo. —Duban tosió—. Con mi compañero, claro está. Solo con mi compañero.

—No. Debéis patrullar y comprobar si la acompañaba algún cómplice —dijo el capitán; agarró a Morgiana por los hombros y la empujó—. Todos los prisioneros del Estado deben estar a cargo de los soldados marcados, ¿cierto? —Entornó los ojos y le lanzó una mirada fulminante.

Aladdín notó que el corazón le latía en el pecho cada vez con más fuerza...

Y entonces Morgiana llamó la atención de Aladdín. De forma muy muy discreta, asintió. «Dejadme sola —le decía—. Seguid adelante.»

—Por supuesto, señor —respondió Aladdín, y le hizo una señal a Duban para que la soltara—. Solo asegúrese de que me recompensan por el arresto.

«Volveremos a por ti», le dijo a Morgiana solo moviendo los labios, mientras los guardias la arrastraban.

Jasmine intentó no mostrar emoción alguna mientras los dos espectros la llevaban por el cielo lleno de ominosos relámpagos. Los brazos de sus captores sostenían los suyos, entrelazados a la altura de los codos, lo que le permitía mantenerse en pie; no tenía miedo de caerse. Lo que sí tenía era un poco de frío por la altura y el aire nocturno. Pero, a sus pies, Agrabah ardía.

La Torre de la Luna había sido incendiada con éxito; las habitaciones personales de Jafar estaban allí y en la planta baja del antiguo observatorio, y, sin duda, habría cosas, artilugios, recuerdos personales, libros y pergaminos, que querría salvar. El plan parecía funcionar: el contraataque de Jafar parecía haber cesado por el momento.

El aterrador brillo del rojo espectral decoraba la ciudad como una plaga que invadía un cuerpo sano.

Y el amanecer estaba por llegar.

Para distraerse y evitar el miedo, Jasmine miró de reojo los puños gruesos y adornados que vestían los espectros. La pobre alfombra mágica. Otra víctima de la guerra de Jafar contra Agrabah. Se preguntó si la poca conciencia que tenía seguía ahí, en algún lugar de sus costuras destruidas y reconstruidas. Pidió un deseo bobo e infantil: haber tenido la oportunidad

de volar de verdad sobre la alfombra, cuando aún era una alfombra. Con Aladdín. Atravesar el aire nocturno como hacía ahora, pero abrazada a los cálidos brazos de Aladdín y con el mundo entero a sus pies. Podrían haber ido a donde hubiesen querido. Habrían sido completamente libres.

Aterrizaron en el balcón público, aquel que utilizaba su padre para dar discursos, aquel donde Jafar lo había asesinado. Ahora era una pista de aterrizaje para los muertos vivientes del nuevo y terrible ejército de Jafar.

Con la gracia y la habilidad de enormes y horribles insectos, los zombis golpearon el suelo con fuerza. Con empujones y sin decir una palabra, obligaron a Jasmine a caminar frente a ellos y a entrar en la antecámara de la sala del trono. Las pocas personas que quedaban de la comitiva de su padre se sorprendieron al verla allí de pie, sin resistirse, con la cabeza levantada. Un oficial real corrió a buscar a Jafar. El resto volvió a sus actividades: hacer listas, tachar nombres en los mapas y Dios sabe qué más. Cosas perversas, seguro.

—¿Jasmine...?

Jafar entró en la habitación a zancadas, con su resplandeciente y ridícula capa, y sus túnicas y fajines rojos y negros. Agarró el báculo con cabeza de cobra con un gesto teatral. Pero, por primera vez, parecía inseguro.

—Me entrego, Jafar —dijo ella con voz firme—. Ya han sido muchas muertes. Quiero la paz. Aceptaré casarme contigo.

El deseo final

—Tiene que ser una estrategia —declaró Jafar. Dio un paso al frente para mirarla con la cabeza ladeada, como un lagarto que examina a una posible presa—. Tiene que ser un engaño.

—Sí, claro —respondió Jasmine—. Examíname si lo deseas, Jafar. No llevo báculos mágicos, ni genios, ni anillos... Ni siquiera tengo una daga, ni una ballesta pequeñita, ni un dardo envenenado.

Se abrió la túnica de forma que podría haber sido sugerente en otras circunstancias, pero, en este caso, no lo era. Comenzó a desabrocharse los pantalones.

—No, no. No será necesario —dijo Jafar muy rápido alzando una mano y mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie más la viera. Nadie la estaba observando. O al menos desviaron la mirada a tiempo—. Pero no creo que hayas cambiado de opinión de la noche a la mañana, princesa.

—No lo he hecho —estalló Jasmine—. No quiero casarme contigo. Pero esto está destruyendo la ciudad.

—Tú estás destruyendo la ciudad —replicó Jafar, y se abalanzó sobre ella—. Todo estaba muy bien hasta que tus ratas callejeras comenzaron con sus fechorías. Todos estaban a salvo. Nadie se moría de hambre. Había paz. Mi Agrabah era una Agrabah mucho más feliz que bajo el mando de cualquier miembro de tu familia.

—¿Con las personas encerradas y aterrorizadas en sus casas, o marcadas por ti como cabras...? ¿Sin que nadie tenga permitido salir de noche o hablar de ti, y con tus hordas de patrullas voladoras de muertos vivientes por todas partes? Eso no es felicidad. Es esclavitud y cautiverio.

—No sé si todos estarían de acuerdo contigo, princesa. Pero considera a Agrabah un campo de pruebas... para el resto del mundo. Aún estoy afinando algunos detalles de mi gobierno.

—Podemos hablar del resto del mundo después. También le haces todo esto a Agrabah para recuperarme. De acuerdo, aquí estoy. Por favor, detén tus ejércitos.

—Humm —dijo Jafar.

Caminó alrededor de ella; la examinó desde todos los ángulos posibles, como un gato que acorrala a un ratón contra una silla.

Aladdín le había contado a Jasmine lo que había presenciado en la plaza del Marinero. Ella intentó no ponerse tensa, intentó no imaginar las cosas horribles que Jafar podía hacerle.

—Humm —repitió Jafar. La habitación estaba en silencio; incluso la escritura del secretario se detuvo—. Pero quiero que me ames —dijo Jafar al fin con una calma aterradora—. ¿Qué haremos al respecto, Jasmine?

—Podemos... ¿hacerle creer al mundo que te amo?

—Humm —dijo Jafar por tercera vez—. Tu honestidad es sorprendente, aun si su contenido no me agrada. Consideraré tu oferta. Mientras tanto, me gustaría hacerte una pequeña demostración de lo que les sucede a quienes me mienten o conspiran en mi contra.

Abrió los brazos de forma dramática y usó su báculo para impulsarse hacia la sala del trono.

Jasmine perdió el aliento al ver las diferentes escenas que se mostraban en el espacio.

En un extremo aparecía el reloj de arena. Era lo opuesto a las maquetas de su padre: en vez de una versión en miniatura de un objeto enorme con la que se podía jugar, era una versión gigantesca de un objeto que solía ser pequeño. En la mitad inferior se encontraban Maruf y los dos niños. Maruf, agotado, no paraba de moverse: subía a sus aterrados nietos sobre los hombros, los levantaba cada cierto tiempo para poder sentarlos sobre

la creciente pila de arena y se movía para que todos estuvieran más cómodos. A pesar de estar acostumbrados a los horrores diarios de la pobreza y a la peligrosa vida en las calles que mataba a los hombres, Ahmed y Shirin tenían la piel del rostro en carne viva de tanto llorar y una expresión demacrada de terror y agotamiento.

En la parte superior del reloj quedaba muy poca arena.

Los tres distinguieron a Jasmine. Los rostros de Ahmed y Shirin se iluminaron y gritaron con júbilo; o tal vez eso hicieron, pues ningún sonido atravesaba el cristal.

El primer impulso de Jasmine fue gritar y correr hacia ellos, golpear el reloj e intentar sacarlos.

—Y, por aquí, en caso de que no lo hubieras visto... —Jafar señaló al otro lado del trono con los brazos bien extendidos y permitiendo que su capa ondeara a sus espaldas.

Allí estaba el Genio.

Seguía siendo más grande que un humano, pero estaba pálido y más delgado. Se encontraba atado a una cama de clavos; cada una de las puntas le perforaba la piel azul. Los enormes brazaletes dorados que le cubrían las muñecas estaban encadenados a un par de tablones cruzados sobre su cabeza. Todo brillaba con un tenue matiz púrpura.

—Hola, princesa —saludó con una voz débil el Genio.

—¿Estás bien? —preguntó ella, y se arrepintió de inmediato.

—Sí, claro. Mejor que nunca. ¿Tú qué me cuentas?

—Silencio, tonto —estalló Jafar.

Se giró y caminó a grandes zancadas hacia el trono... su trono. Se sentó, y la capa ondeó a su alrededor. Apoyó el báculo sobre su rodilla. Estiró una mano como si fuera a acariciar un perro o un gato que estuviera a su lado, pero, en vez de eso, acarició la vieja y abollada lámpara, colocada sobre una delicada mesa dorada.

La lámpara.

Junto a ella había un libro con una portada ennegrecida y lo que parecía un ojo humano vivo incrustado en el cuero. *Al Azif*.

—No reacciono bien con aquellos que actúan en mi contra —advirtió Jafar—, como puedes ver. Así que, permíteme preguntártelo una última vez, princesa. ¿Juras estar aquí tan solo para declararme tu amor eterno y entregarme tu mano en matrimonio?

—No puedo prometerte el amor —respondió ella con toda la valentía que pudo reunir—. Pero te doy mi palabra junto con mi mano.

Una horrible y retorcida sonrisa comenzó a dibujarse en las comisuras de los labios de Jafar.

Los dos ladrones llegaron a la cámara de audiencias sin más incidentes. Era tan impresionante como los baños, aunque de una forma más compacta y discreta. Un mosaico de Agrabah y las tierras que se extendían entre el desierto occidental mayor y las montañas de Atrazak cubría la pared más grande. En la pared opuesta, un fresco, actualizado de tanto en tanto, al parecer, con pintura reciente, mostraba un mapa más contemporáneo de Agrabah, que comprendía incluso las pequeñas callejuelas laterales. Aladdín deseó haber tenido más tiempo para examinarlo de cerca.

—Ja —susurró Duban, y señaló hacia el Barrio de las ratas callejeras—. Esta parte está fatal... Quien lo haya pintado no había estado ahí desde la época de la madre de mi madre.

—Da lo mismo —murmuró Aladdín como respuesta—. Ayúdame a encontrar el derviche salvaje en el mosaico... Debe de estar perdido en el desierto, como en la leyenda.

Duban parecía confundido, pero hizo lo que Aladdín le pedía y pasó los dedos sobre el dibujo al mismo tiempo que Aladdín.

—¡Ajá! —exclamó Aladdín, que fue el primero en encontrar la imagen del anciano con un saco sobre el hombro, hecho a base de diminutas teselas de color café.

Colocó los dedos en la superficie cuarteada y presionó.

Se oyó un clic y un panel en una de las paredes más bajas se deslizó para revelar un pasadizo oscuro.

Aladdín sonrió.

—Jasmine me comentó que su padre solía llegar tarde a todas las reuniones... ¡Así que mandó instalar esto para llegar al salón de banquetes desde aquí!

Duban silbó por lo bajini.

Entraron y cerraron el panel detrás de ellos con cuidado. Pequeñas lámparas de aceite titilaban a lo lejos, apenas iluminaban un sendero.

—Desde aquí...

—¿Quién anda ahí?

Duban y Aladdín se miraron boquiabiertos. Jasmine le dijo que ese era un pasaje secreto. Aladdín supuso que eso significaba que solo el Sultán y sus consejeros más cercanos lo conocían.

De entre la oscuridad, un par de guardias bastante fornidos, con las cimitarras desenvainadas, dieron un paso al frente.

—Nadie tiene autorización para patrullar por los pasajes secretos excepto Ali, nuestros hombres y yo —los reprendió el hombre de la derecha.

—Venimos de estar con Ali —dijo Aladdín, rápidamente—. Ha tenido que llevar a un prisionero a los calabozos y...

—Mentiroso. ¡Jafar se enterará de esto! ¡Impostores!

Era evidente que no eran guardias fornidos y tontos.

El pasadizo era demasiado angosto para utilizar las espadas. De todos modos, como Duban y Aladdín eran ladrones, su destreza con las

cimitarras brillaba por su ausencia. Dejaron caer las de los uniformes robados y empuñaron sus dagas más manejables.

El guardia de la izquierda no vaciló: se abalanzó de inmediato con su cimitarra con la intención de ensartar a Aladdín como si fuese un kebab. Aladdín se flexionó hacia atrás y miró la mortal punta pasar justo por encima de su rostro, donde su estómago había estado un segundo antes.

Se irguió antes de que el guardia pudiera reaccionar e hizo girar su daga de forma que esta bailara sobre su pulgar; luego, movió el brazo durante unos segundos.

Además de ser más inteligente, este guardia era más veloz que los guardias habituales: blandió la cimitarra de costado y, con un movimiento limpio, golpeó a Aladdín.

No fue un golpe lo suficientemente fuerte como para arrebatarle la daga de la mano. Aladdín se recuperó y dio un salto; apoyó los pies en las paredes del pasadizo para impulsarse y caer dos metros más atrás. Ahora, por lo menos, disponía de un poco de espacio para respirar.

Vio a Duban luchar contra su oponente: su amigo llevaba dos dagas, una en cada mano. Las usaba como un hábil carnicero para atrapar la hoja de la cimitarra del otro hombre cuando se le acercaba.

Al ver que Duban no tenía problemas, Aladdín se concentró en su propia batalla y dejó que su daga volara con un veloz movimiento de la muñeca.

El guardia lo vio e intentó desviar el misil, pero se movió demasiado tarde. El mango de su espada solo logró tocar la empuñadura de la daga voladora, lo que la hizo girar lejos de su objetivo. Aun así, alcanzó a darle en un lado del cuello y le abrió una pequeña herida sangrante.

El guardia apenas reaccionó; retrocedió más por vergüenza que por dolor. Le dio la vuelta a su cimitarra y arremetió, de improviso, contra las piernas de Aladdín.

Sorprendido por la pronta recuperación y la inmediata ofensiva, Aladdín saltó al aire y giró; apoyó las manos sobre los hombros del guardia para impulsarse por encima de él.

El guardia se giró con rapidez para intentar encarar a su oponente en esa nueva dirección; su cuchilla brillaba como el mortal colmillo de una cobra.

Pero Aladdín era más veloz y lo pateó justo en las rodillas.

El guardia empezó a caer pesadamente.

Aladdín le complicó las cosas con una patada en el costado. Mientras su cuerpo se desplomaba, el joven juntó las manos y le propinó un último golpe en el cuello. Cuando tocó el suelo, el guardia había dejado de moverse; su cabeza inconsciente yacía ladeada.

Aladdín se volvió para ayudar a Duban. El otro guardia también estaba en el suelo.

Al igual que Duban.

Estaba encima de su oponente, pero con las manos presionándose el costado.

—¿Duban?

Aladdín puso a su amigo boca arriba con cuidado.

—Estoy bien. —Retorciéndose de dolor, pero sin permitirse gemir, Duban se puso de pie. Cojeó hacia delante mientras se apretaba el costado con el brazo—. Vamos.

Aladdín quiso discutir con él, pero no pudo. Todos necesitaban trabajar unidos para que el plan funcionara. Además, parecía que nada detendría a Duban cuya misión era liberar a su familia.

Se tambalearon juntos hasta el final del oscuro pasadizo. Allí, deslizaron un panel y entraron en el enorme salón de banquetes.

Una mesa absurdamente larga que ocupaba la mayor parte del espacio estaba desprovista de comida o cubiertos; las sillas estaban desordenadas y no había lámparas encendidas. Estaba claro que a Jafar las cenas formales

le preocupaban mucho menos que al Sultán anterior. La única luz en aquella habitación vacía provenía de un tenue brillo rojo en el extremo opuesto, donde se vislumbraba la entrada a la sala del trono. Después de parpadear unos segundos para acostumbrarse a la penumbra, se dieron cuenta de que la luz surgía del rostro inánime de un hombre que les bloqueaba el paso.

Era Razoul.

—No tenemos mucho tiempo —se apresuró a decirle Jasmine a Jafar—. En unos minutos, el ejército de ratas callejeras lanzará un ataque sobre tu puerta principal y asaltará el palacio. Detén tu ataque sobre la ciudad. No perdamos más vidas en esto.

Jafar comenzó a reír. Luego, miró a uno de los guardias que esperaba órdenes, un capitán. El guardia no parecía tan contento como el sultán.

—Hay cientos de ellos, su alteza. Y... los miembros vivos de su ejército no quieren matar a mujeres y niños. El caos se extiende por toda la ciudad. Muchas de sus legiones intentan apagar los incendios causados por las explosiones provocadas por ellos... y por usted.

—Dejad que la ciudad se queme —ordenó Jafar con los puños muy prietos.

—Entonces ¿quién quedará para amarte? —preguntó Jasmine, incapaz de ocultar la ironía en su voz.

Jafar entornó los ojos. Se dio la vuelta para dirigirse al guardia.

—Lleva tantos hombres como puedas a la puerta principal del palacio. Bloquead la entrada mientras decido qué hacer. —Tamborileó los dedos sobre sus rodillas y comenzó a farfullar, al parecer, para sus adentros—. Tan cerca... Estoy tan cerca... Ya domino la resurrección de los muertos. Es cuestión de tiempo que aprenda a romper las otras leyes de la magia. Solo necesito más tiempo. ¡Genio! —gritó de pronto.

—¿Sí, mi amo? —preguntó el Genio, exhausto.

—Debemos montar un gran espectáculo para las masas. La princesa y yo nos vamos a casar en este instante.

El Genio apenas logró levantar la cabeza para dirigirle una débil mirada a Jasmine.

—Lo siento, princesa —se disculpó—. Si de algo sirve, realmente respeto lo que haces. Habrías sido... Serás una gran sultana.

—Sí, sí. Vestido, ahora... y todo lo demás —ordenó Jafar, impaciente —. Llamaré a un sacerdote, a un mulá o a alguien parecido... No importa. En el balcón, donde todos puedan verlo.

El Genio agitó las yemas de los dedos sin entusiasmo. De repente, Jasmine llevaba puesto el vestido que el Genio había confeccionado..., aquel que había sido de su esposa. Flores, serpentinas y estandartes adornaron toda la habitación y, como era de esperar, el exterior del palacio.

Ella lo observó todo, dividida entre las ganas de llorar y de reír.

Jafar caminó hacia el balcón y levantó las manos por encima de la cabeza. Su voz amplificada por la magia retumbó en todo el reino.

«¡PUEBLO DE AGRABAH! DEPONED LAS ARMAS. JASMINE Y YO HEMOS LLEGADO A UN ACUERDO. NOS CASAREMOS AHORA MISMO. ABANDONAD LA LUCHA Y VENID AL PALACIO PARA SER TESTIGOS DEL GRAN ACONTECIMIENTO.»

Un guardia entró corriendo; empujaba a un pequeño anciano con expresión confundida y con un atuendo religioso.

—Lo siento, mi señor. No pudimos encontrar a Khosrow. Este tendrá que hacerlo...

Jasmine inspiró profundamente y comenzó a caminar hacia delante.

—Alto —dijo Razoul, el muerto viviente—. No deis un paso más.

—Razoul —lo llamó Aladdín, y tragó saliva con dificultad—. Yo... siento mucho lo que te ha ocurrido. No fue mi intención... Nunca quise que murieras. —El zombi lo miró impasible. No había perdón ni rabia en sus ojos ensangrentados y brillantes—. Razoul, por favor —le rogó Aladdín con suavidad—. Juraste proteger Agrabah. Protegerla de ladrones como yo... Proteger a la gente del peligro. Tu ejército ataca niños y obliga a familias a entregarse a Jafar. ¡Él obliga a la gente a agruparse para recibir marcas y los convierte en zombis como tú! ¿Es esto lo que quieres proteger? —Razoul siguió callado—. Mira allá afuera, Razoul —le suplicó Aladdín, y señaló hacia la ventana—. Mira. Agrabah arde. Tu ciudad está en llamas.

Razoul giró la cabeza para mirar, sin mover ninguna otra parte del cuerpo. Una tenue luz anaranjada delineaba su fantasmal piel blanca. Aladdín notó aterrorizado que parte del brillo provenía del sol naciente.

—No obedecisteis —respondió Razoul despacio.

—¿Obedecer qué? ¿Obedecer a quién? Razoul, ¿no recuerdas nada de tu vida? Juraste servir a un Sultán que, aunque quizá no fue el mejor gobernante, jamás lanzó un ataque en contra de su propio pueblo. Jafar mata y tortura a cualquiera que esté en desacuerdo con él. Y, si no puede ganar, destruirá Agrabah para que nadie más pueda tenerla. ¿No lo ves? —le preguntó Aladdín, suplicante. Razoul permaneció en silencio, observando—. Por favor —susurró Aladdín y miró de reojo por la ventana de nuevo—. Sé que soy la última persona en el mundo que debería pedirte algo. De verdad, lamento lo que te ocurrió. Lamento lo que te hice. Pero me conoces. Piensa en todos los años en los que nos hemos conocido, Razoul. Podré ser un ladrón, pero no soy malvado. Y no te miento. He visto a un niño de nueve años, un muerto viviente... como tú. ¿Quieres que los niños sufran tu misma suerte?

Razoul volvió la cabeza despacio para observar a Aladdín. Pero no tenía pupilas en las que enfocarse; no se apreciaba nada detrás del brillo rojo de la muerte.

Aladdín comenzó a perder la esperanza. Entonces, la cimitarra de Razoul cayó al suelo.

—Termina con esto, rata callejera.

Su voz estaba tan muerta y vacía como antes. No había indicio alguno de qué tipo de pensamientos cruzaban su monstruosa cabeza.

—Gracias —susurró Aladdín, aliviado—. Espero que encuentres la paz.

Pero Razoul no respondió ni se apartó del camino.

Duban y Aladdín se agacharon y pasaron por debajo de él para cruzar la puerta. El muerto viviente siguió mirando hacia la nada en medio del oscuro salón.

—Y, Jasmine, princesa real e hija del Sultán... —El pequeño hombre religioso perdió el hilo, confundido—. Lo siento, hija mía. No recuerdo todos tus nombres. ¿Rosa de Agrabah? ¿Dos veces bisnieta de Elisheba el Sabio?

—Creo que sí, Elisheba —respondió Jasmine pensativa.

Mantuvo un ojo puesto en el pedestal al fondo de la sala del trono. Otro ojo sobre las valiosas cortinas doradas que colgaban alrededor del trono y caían del techo.

—Oye —le dijo de pronto al hechicero—, ¿cuál es tu nombre completo?

Jafar parpadeó.

—¿Qué?

—Tu nombre completo —respondió Jasmine para ganar tiempo—. Desde que tengo memoria, todo el mundo te llama únicamente por tu título, gran visir, o Jafar. ¿Qué más sigue?

—Ese es mi único nombre —estalló Jafar—. Lo único que me dieron mis padres y el único nombre que debe importarte. En público me llamarás «Mi Señor». Ahora, continúa, anciano, antes de que te queme los pulmones.

Los ojos de Jasmine parecieron cristalizarse de nuevo mientras aquel pobre religioso comenzaba a invocar las leyes de Agrabah y una larga lista de etcéteras.

Entonces, las cortinas de detrás del trono se mecieron.

La satisfacción inundó el cuerpo de Jasmine como un jarro de agua helada después de un intenso día de calor. Intentó disimularlo. Aladdín asomó la cabeza por detrás y dio una rápida ojeada a su alrededor. Cuando la distinguió, le guiñó el ojo.

Ella asintió de forma tan discreta como pudo en dirección a la mesa a la izquierda del trono, donde estaban la lámpara y el libro.

Aladdín le sonrió y levantó el pulgar. Luego, se echó a tierra.

—¿Sucede algo? —preguntó Jafar con el ceño fruncido.

—Solo las lágrimas del día de mi boda —respondió ella con un tono sarcástico—. O quizá son las cenizas de los incendios que has provocado por toda la ciudad.

—Han empezado ellos —replicó Jafar—. Deprisa. Ve a la parte en la que ella dice: «Acepto».

Aladdín se arrastraba hacia la mesa de forma tan sigilosa como podía. Uno de los ministros alzó la mirada, distrayéndose de la terrible lista que revisaba.

Jasmine contuvo el aliento.

Si vio a Aladdín... o si lo vio y decidió no decir nada, Jasmine nunca lo sabría. Lo que sí hizo fue volverse para contemplarla durante un momento y luego continuar su trabajo como si nada lo hubiera interrumpido.

Jasmine pudo respirar.

Aladdín se estiró despacio hacia la lámpara.

—Con la indulgencia del sultán real, alabado y exaltado sea, os entrego el uno al otro ahora...

De repente, un chillido agudo llenó el aire. Era como el ruido de un halcón enfurecido, pero mucho más fuerte.

Unas extrañas criaturas con picos se materializaron de entre las sombras sobre las paredes. Gritaban y agitaban sus alas frente al rostro de Aladdín.

Jasmine hizo lo único en lo que pudo pensar: se abalanzó sobre Jafar para besarlo.

Jafar forcejeó para quitársela de encima con un movimiento de la cabeza y ruidos como escupitajos. Cuando por fin logró liberarse, se dio la vuelta para mirar... y se rio como un demente ante la escena.

Jasmine se quedó desolada.

A unos centímetros de la lámpara, las manos de Aladdín estaban atadas por lo que parecían ser ramas doradas que habían salido de la pintura de la mesa. Mientras más luchaba, más lo oprimían. Las gárgolas hechas de sombras se desvanecieron tras concluir su labor de advertencia.

—Ah, muy bien jugado —dijo Jafar con la benevolencia de quien había conseguido la victoria. Caminó hacia Aladdín; su capa ondeaba de manera amenazante detrás de él—. Debí de haber esperado algo así. Un momento... sí lo esperaba. De ahí, las gárgolas y las ramas.

—Jafar... —suplicó Jasmine sin saber qué podría lograr.

—Ha sido muy inteligente, querida: decir que todo fue por la paz. Si hubieras fingido estar enamorada de mí, no lo habría creído ni un segundo.

La calma en su voz no engañaba a nadie. Aquellos ministros y sirvientes que no salieron corriendo de la habitación buscaban de forma muy muy casual y veloz razones para coger sus cosas e irse.

—Aladdín —dijo Jafar, y golpeó su báculo de cobra contra el suelo—, tienes un talento extraordinario... y eres incansable, jovencito. Te admiro. Realmente, te admiro. Me recuerdas a mí, en cierto modo. Así que te

propondré un trato: te unes a mí y Jasmine se casa conmigo. Tú convences a las ratas callejeras de rendirse y entregarse, todos vivimos felices para siempre en mi nuevo mundo, Agrabah Ascendente.

—Jamás —susurró Aladdín mientras intentaba escapar de los aros dorados que le apretaban las muñecas.

—Puedo traer a los muertos de vuelta, muchacho. —Jafar alargó sus palabras—. Traerlos de vuelta de verdad. Puedo resucitar a cualquier persona que haya muerto, aunque haya sido hace mucho tiempo. Incluso... a tu madre.

Aladdín dejó de forcejear.

¿Cómo es que Jafar sabía lo de su madre?

—Pero solo sería otro de tus espectros —dijo Aladdín, titubeante.

—¡No, no, querido mío! —exclamó Jafar con mirada maliciosa—. Mi conocimiento sobre *Al Azif* se ha hecho más profundo... Todos los niveles de la vida y de la muerte se abren frente a mí ahora. Ella podría volver en perfecto estado de salud, completa en cuerpo y mente.

Antes de poder contenerse, Aladdín comenzó a pensar en las palabras de Jafar. Su madre. Podría volver. Libre de enfermedad. Y él podría darle la vida que merecía. Podría tratarla como a una reina, darle una gran casa, toda la comida y los objetos preciosos que ella siempre quiso darle a él.

Vio a Jasmine morderse el labio, ansiosa.

Pero no tenía motivos para preocuparse; las ideas dieron media vuelta y se desvanecieron un segundo después de que Aladdín las hubiera concebido. Aunque Jafar no estuviera mintiendo sobre sus poderes, Aladdín había visto a Razoul. Había visto al niño pequeño. ¡Quién sabe cómo regresaría su madre!

Incluso si volvía a la vida real y lo hacía de una forma completa, él sabía lo que ella diría al respecto. Formar una alianza con un hechicero maligno solo garantizaría más muerte y más infelicidad.

—Ni siquiera por mi madre —susurró Aladdín—. Jamás me aliaré contigo.

—Ah, muy bien. En realidad, no importa —dijo Jafar, con un gesto impávido—. Una vez que rompa la tercera ley de la magia, toda Agrabah me amará. Jasmine me amará. Y tú..., bueno, no: a ti no te obligaré a amarme. Te dejaré ser el único hombre cuerdo en Agrabah. Mientras todos los demás a tu alrededor me adoren... tú estarás solo.

—Ahí es donde te equivocas, Jafar —replicó Aladdín con una sonrisa—. Una rata callejera nunca está sola.

Antes de que Jafar pudiera arquear las cejas en un gesto burlón apropiado, una cimitarra voló por los aires y partió los aros dorados que rodeaban las muñecas de Aladdín. Duban apareció detrás del trono.

Unos segundos después, un andrajoso revoltijo volador de cabello y pantalones entró corriendo por la habitación. Morgiana solo sangraba un poco y llevaba consigo una espada corta en cada mano y una cimitarra adicional en la mano derecha.

—Has tardado mucho —la acusó Aladdín.

—Dijiste: «Sin matar» —comentó ella, y se encogió de hombros—. Eso implica más tiempo.

Se dio la vuelta y le lanzó la cimitarra a Jasmine.

Jasmine la atrapó con una sonrisa.

Jafar se burló. Cogió la lámpara de la mesa y la escondió entre sus ropas. Después, levantó el báculo.

—Chicos, tened mucho cuidado —dijo el Genio—. Esto se va a poner muy feo.

Pero las ratas callejeras no esperaron inmóviles.

Aladdín saltó sobre la mesa encantada y propinó una patada a la cabeza del hechicero. Duban se lanzó a por el *Al Azif*; se estiró hacia el libro, usando ambas dagas como pinzas. Morgiana corrió hacia el mortal reloj de arena y comenzó a golpearlo con su espada.

Jafar agitó su báculo a un lado y bloqueó el golpe de Aladdín.

—¡Perros insolentes! —rugió. Sus ojos se tornaron rojos—. ¿Os atrevéis a desafiar al hechicero más poderoso del mundo?

Un muro de fuego se erigió entre Duban y el *Al Azif*. En el resto de la habitación, los muebles comenzaron a elevarse por el aire y volaron por todo el espacio. Los sillones se arrastraban por el suelo. Los jarrones giraban sin control. Una otomana se dirigió directamente a la cabeza de Aladdín.

Este bajó de la mesa de un salto; hizo una pirueta y desvió la otomana con los pies mientras giraba. Duban se tiró al suelo y evitó un narguile de oro y cobre que pretendía golpearle la cara. Morgiana y Jasmine saltaron sobre los muebles más pequeños que iban dirigidos hacia ellas.

Aladdín giró como un derviche y golpeó con un pie los tobillos de Jafar.

El hechicero comenzó a desplomarse, pero se detuvo a medio camino. Con una desagradable risa, volvió a su posición erguida de la forma más antinatural del mundo. Se abrió la capa y reveló la ropa que vestía debajo. Aladdín distinguió aterrorizado que, como cinturón, llevaba la última pieza de la alfombra, el dobladillo con las borlas que Aladdín siempre creyó que formaba la «cara» del pobre objeto.

Mientras miraba absorto, Jasmine cogió su cimitarra y corrió hacia Jafar e intentó apuñalarlo en el costado. El hechicero no tuvo dificultades para zafarse del golpe con su báculo.

—¡Jasmine! —gritó Aladdín—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo distraigo —respondió ella y esquivó un golpe del hechicero, que estaba tan furioso que había olvidado por un instante que tenía poderes—. Ese era mi trabajo, ¿recuerdas?

—¡Sí! Y lo hiciste muy bien. Ahora, ¡vete de aquí antes de que te maten!

Con gran dificultad, Jafar dominó su ira y se calmó. Sus ojos recobraron el maldito brillo rojo.

La decoración de la habitación comenzó a estallar en llamas. Eran elementos que, por lo general, no deberían ser inflamables, como jarrones de cerámica y cachivaches de metal. El trono mismo explotó, lo que lanzó a Duban hacia atrás.

Los escombros y la metralla volaron hacia la nuca de Jasmine, envueltos en llamas y dejando un rastro de humo a su paso.

—¡Jasmine! —gritó Aladdín.

La princesa se dio la vuelta, pero no con la velocidad suficiente como para evitar el impacto. Gritó cuando notó el dolor y se cubrió la cabeza con los brazos. El aire se llenó con el aroma de su cabello y su piel quemados. La piel enrojecida formó unas ampollas que se abrieron como un pozo sangrante en su frente.

Otro jarrón se elevó y se dirigió hacia ella.

Morgiana abandonó de inmediato su ataque al reloj de arena y se abalanzó para proteger a Jasmine.

Shirin y Ahmed aullaron en silencio cuando Morgiana pareció abandonarlos tras haber logrado formar una araña de grietas, pero Maruf solo se mostró resignado, pues comprendía lo que debían hacer. Era demasiado doloroso para presenciarlo.

Con sus dos espadas, Morgiana se convirtió en un remolino de movimientos que lanzaba hacia los lados objeto tras objeto que el hechicero dirigía con toda su ira contra la princesa. A medida que los objetos volaban a mayor velocidad, Morgiana se movía más rápido.

Jasmine se tambaleó por el dolor de la herida y se tropezó en su intento por mantenerse de pie, pero apretó la mandíbula y se obligó a permanecer firme. Levantó la cimitarra para defenderse.

—¡Morgiana! ¡Olvídate de mí! —le ordenó sin miramientos—. ¡Vuelve a ayudar a los niños!

La ladrona se mostró insegura un segundo, luego asintió y volvió a atacar el cristal. Shirin y Ahmed lloraron aliviados.

Duban comenzó a gatear hacia la mesa sobre la que reposaba el *Al Azif*.

Aladdín notó que Jafar fruncía el ceño mientras los objetos volaban y estallaban; parecía que precisaba de toda su concentración para llevar a cabo los múltiples ataques.

De inmediato, Aladdín se abalanzó sobre el hechicero. Sin embargo, cayó al suelo sin tocar nada. Incluso la tela que había agarrado desapareció entre sus dedos.

Jafar se rio sin control. Apareció en el extremo opuesto de la habitación. Apuntó un dedo. Relámpagos flameantes salieron disparados por el aire.

Aladdín saltó de un pie a otro, hacia delante y hacia atrás, en un intento por evitar los rayos y permanecer de pie.

Esta vez, Jafar apuntó a otro sitio.

Duban soltó un grito desgarrador.

Aladdín se dio la vuelta para mirar.

Entre Duban y el *Al Azif* se erguía una figura compuesta solo por fuego, una figura idéntica a Shirin. Incluso tenía su postura: tímida, con el peso apoyado sobre el pie derecho y la pierna izquierda cruzada al frente, pero su rostro amarillo y rojo no reflejaba expresión alguna.

Aladdín se apresuró a mirar el reloj de arena para comprobar que la sobrina de Duban seguía dentro. Lo estaba; miraba horrorizada cómo Morgiana se enfrentaba a un nuevo problema: había logrado hacer un pequeño agujero en el cristal, pero ahora parecía que volvía a cerrarse. Piedras planas que se amontonaban como las escamas de una serpiente habían comenzado a crecer por los laterales del cristal y lo protegían de los golpes de su espada.

Duban, vacilante, intentó rodear a la Shirin de fuego para coger el libro.

En silencio, la efigie estiró la mano y le produjo una quemadura larga, negra y estrecha en el brazo. Su rostro seguía inexpresivo.

Duban balbuceó y retrocedió.

Jafar le sonrió con malicia a Aladdín.

—Parece que no hay nadie a quien ames que pueda invocar para que te mate.

Aladdín rezó para que el hechicero no descubriera la verdad sobre Jasmine y él.

—Y tú mataste a la única cosa que alguna vez amaste —escupió Aladdín como respuesta.

El rostro de Jafar se oscureció con odio, y el labio superior le tembló de rabia.

—Ah, pero sí existe alguien a quien amas, ¿verdad? —espetó. Aladdín sintió que el corazón se le detenía—. ¡No puedo creer que casi lo haya olvidado!

Jafar sonrió. Su sonrisa con dientes torcidos y dorados era demasiado amplia para ser humana. Cerró los ojos y apretó los puños.

Aladdín se preparó.

Un mono púrpura hecho de fuego se encendió y cobró vida en el centro de la habitación.

A pesar de que Aladdín sintió un gran alivio al ver que no era Jasmine, la situación tampoco era tan victoriosa como podría haber sido. No se parecía mucho a *Abú*; era como si Jafar no pudiera recordarlo bien y, por lo tanto, no pudiera invocar una imagen apropiada. Era más como un enorme y furioso mandril. El simio gritó y mostró sus flameantes y afilados colmillos.

Aladdín lo atacó con su daga. Eso solo comprobó lo que ya sospechaba: el mono era tan insustancial como lo habían sido las gárgolas. La hoja lo atravesó sin que ocurriera nada, salvo que la empuñadura metálica se calentó demasiado.

Aladdín dejó caer su cuchilla y cambió pronto de estrategia. Se inclinó y dobló un tapete, como un mago a punto de realizar un truco. Con la esperanza de que el mandril se comportara más como un ser de fuego que

como un animal de verdad, Aladdín se lanzó hacia él, con los ojos abiertos, para envolverlo con el tapete.

Una aguda ráfaga de aire ardiente estalló por los lados mientras Aladdín se estrellaba contra el suelo. El vello de su brazo izquierdo se chamuscó y le crepitaba de forma dolorosa.

Sin embargo, al mirar debajo del tapete, el mono parecía haberse ido.

—¡Morgiana! ¡Lánzame una espada! —gritó Duban tras observar toda la escena.

Morgiana detuvo su labor y lo hizo sin vacilar. Sin embargo, en el espacio de los pocos segundos que le tomó hacerlo, las escamas de piedra que rodeaban el reloj se elevaron aún más y comenzaron a extenderse como espinas gigantes.

Con una expresión de dolor en el rostro, Duban comenzó a cortar la efigie de fuego con ambas espadas. La Shirin de fuego se precipitó hacia él, y sus dedos se convirtieron en unas largas cuerdas abrasadoras. Duban dio un paso atrás, pero aumentó la velocidad de su ataque, dándoles rápidos y enérgicos giros a las armas.

Los límites del demonio comenzaron a difuminarse, envueltos en el torbellino creado por las cuchillas. Abrió la boca en un grito silencioso y arremetió con largas llamas de fuego de un rojo sangriento.

Duban las burló de la mejor manera posible, pero mantuvo sus espadas en movimiento, silbando en el aire. Pronto, Duban se convirtió en una ráfaga de cuchillas que formaba mortales círculos de metal.

Por fin, la brisa bastó para desintegrar el fuego mismo. La efigie comenzó a desaparecer, hecha añicos. Aulló en silencio mientras intentaba mantener su consistencia. Rápidamente, no fue más que briznas y chispas que se dispersaban a mucha velocidad en el aire.

Duban cayó al suelo, con una mano sobre la herida en el costado y una expresión nauseabunda en el rostro.

—¡Aladdín! ¡Duban! ¡Ayudadme! —gritó Morgiana, desesperada, mientras la piedra continuaba formando espirales dentadas y espinas—. Debemos...

Entonces, una rama de piedra le perforó el hombro derecho por detrás. Estaba clavada al árbol de piedra. No se movió. Abrió la boca, pero no gritó. Su rostro palideció y se tensó de dolor.

—¡Mía! —gritó Duban, pero apenas pudo ponerse de pie tras los esfuerzos que había hecho.

Despacio y con cierta agonía, Morgiana miró hacia abajo y rompió la afilada espina de mármol con la empuñadura de su espada. Entre gemidos de dolor, liberó su cuerpo del árbol.

La sangre no fluyó; la herida había quedado cicatrizada por la abrasante magia que creó la espina. Pero el brazo le colgaba inerte.

Con un rugido de furia, Jasmine se puso de pie y se abalanzó contra Jafar.

El hechicero se rio al ver a la princesa enardecida y comenzó a levantar su báculo para hacerle algo terrible.

Eso originó que Aladdín se diera cuenta de algo. Había desperdiciado su tiempo intentando atravesar las defensas de Jafar para llegar a la lámpara. Debía haber atacado las defensas de Jafar de forma directa: el báculo. Si se deshacía de él, Jafar quedaría debilitado.

Aladdín voló por los aires, con los pies por delante.

Se estrelló contra el báculo de Jafar, que no se rompió. Luego, intentó quitárselo de las manos. Jafar se aferró a él hasta que los nudillos se le tornaron blancos. Cerró los ojos y comenzó a conjurar un nuevo hechizo.

Aladdín también cerró los ojos... y le dio un cabezazo a Jafar.

Podría ser el hechicero más poderoso del mundo, pero no tenía experiencia alguna en el combate cuerpo a cuerpo. Sorprendido por la ferocidad del ataque, Jafar abrió los ojos. La sangre le corrió por la frente y le cayó por la nariz.

No soltó el báculo, pero sus dedos perdieron fuerza en la sujeción.

Aladdín cogió el báculo con la cabeza de cobra y lo giró, saltando sobre él y golpeándolo al mismo tiempo, como uno de los tamborileros endemoniados del desfile de Jafar.

El hechicero se aferró a él como un gato; flotaba en el aire con la ayuda del trozo de alfombra mágica. Su repentina falta de peso provocó que Aladdín se estirara aún más y ambos terminaron en el suelo.

Jasmine no perdió el tiempo: se lanzó encima de Jafar y lo rodeó con sus brazos. Fue suficiente peso adicional para inmovilizarlo en el suelo. Aladdín empleó todas sus fuerzas en un último esfuerzo... y logró arrebatarle el báculo.

De inmediato, sintió que se le cerraba la garganta, mientras Jafar refunfuñaba y utilizaba otros métodos mágicos.

—¡Jasmine! —bramó Aladdín. Como si estuvieran en un juego de pelota callejero, le lanzó el báculo. Sorprendida, Jasmine lo pasó de una mano a otra, pero al final logró atraparlo—. ¡Rómpelo! —gritó mientras Jafar comenzaba a transferir su magia mortal a la princesa.

El tiempo pareció detenerse mientras Jasmine miraba aquel objeto entre sus manos. En alguna esquina de la habitación, Morgiana se estremecía de dolor e intentaba sostener la espada con el brazo que le quedaba. Maruf, Ahmed y Shirin luchaban contra la arena. Duban se arrastraba hacia la mesa e intentaba tomar el *Al Azif* con brazos temblorosos. El Genio miraba de reojo todo desde donde permanecía atrapado.

Jasmine miró el báculo y luego miró a Jafar. El hombre que había asesinado a su padre estaba justo ahí. El hombre que tenía a toda Agrabah esclavizada. El hombre que no traía más que sufrimiento a la gente.

Elevó el báculo por encima de su rodilla y... comenzó a murmurar.

—*Ia*, *ia*, *sal-alyeah*, *a'hz'red abenna*... —Apuntó el báculo hacia Jafar y declamó con más fuerza—. *Ia*, *ia*, *shib-benathki alleppa ghoser!*

Los ojos de Jafar se abrieron como platos cuando reconoció las palabras. Su rostro palideció. Luego, se dobló de dolor.

Todos los demás dejaron lo que hacían y observaron, asombrados.

—Así es, Jafar —dijo Jasmine con una sonrisa iracunda—. He leído esos libros que has robado en todo el mundo. He aprendido algunas cosas que nunca pensé que podrían serme útiles. Las he memorizado.

Las escamas de piedra que se extendían por la habitación comenzaron a desintegrarse y a caer mientras Jafar jadeaba, agónico.

—¿Jasmine...? —dijo Aladdín, lentamente.

Ella se abalanzó sobre el hechicero como un depredador ante su presa.

—Y ahora, creo que voy a poner fin a todo esto. Vas a morir. Vas a morir sin poderes, avergonzado y solo, como mataste a mi padre.

—No, Jasmine, no... —Jafar se retorcía y gemía por la tortura mágica a la que ella lo sometía—. Por favor. Haré lo que sea. Yo solo quería ser tu esposo...

—Querías a una princesa, cualquier princesa. Querías ser sultán. Querías todos los lujos de la realeza. Pues, adivina qué. Nunca debiste dejar de ser el gran visir. Pertenecer a la realeza es mucho más letal, como descubrió mi padre. También estuve a punto de descubrirlo yo. Y tú estás a punto de comprenderlo.

—He aprendido mi lección. He sido un tonto. Mándame al exilio. Encarcélame. No...

—Coge tu daga. Ahora —le ordenó ella.

—Jasmine —dijo Aladdín con cautela y dio un paso al frente.

Todos en la habitación tenían razones para odiar a Jafar, pero desviaron la mirada cuando las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro. Con una mano temblorosa, el hechicero buscó dentro de su capa y sacó una daga curvilínea y familiar.

Entre sollozos y quejidos, la puso sobre su cuello.

—Jasmine —exclamó Aladdín en voz alta—. No lo hagas. Así no.

—¿Qué? ¿Quieres que lo deje ir? —preguntó Jasmine—. ¿Que lo encarcele? Es... Jafar, Aladdín. Escapará o sobornará a alguien o huirá con su magia. No. Si lo mato, todo termina. Ahora.

—¿A qué precio? —preguntó Aladdín. Señaló a la confundida multitud al otro lado del balcón, que estaba a la espera de destruir el palacio o de presenciar una boda. A lo lejos, la batalla por la ciudad continuaba—. Dijiste que querías una nueva Agrabah, una Agrabah mejor, una ciudad en la que las personas y las leyes fuesen justas y que todos nos cuidásemos unos a otros, y que nadie lo olvidara. Eso quiere decir todos... incluso él. Si deseas ejecutarlo, está bien. Que haya primero un juicio, un juicio público en el que el pueblo pueda comprobar que la ley funciona, a la luz del día. No lo asesines a puerta cerrada.

Jasmine no se volvió para ver a Aladdín. Mantuvo la mirada fija en Jafar. Él aún sollozaba; la daga presionaba su cuello con tal fuerza que empezaron a brotar unas gotas de sangre negra.

—Por favor —susurró Aladdín.

Jasmine frunció el ceño.

—Está bien —cedió ella al fin.

Blandió el báculo con furia y lo estrelló contra el reloj de arena.

Ambos objetos mágicos se destrozaron conjuntamente; arena y cristal, madera y piedra se arremolinaron antes de desaparecer.

Lo único que quedó fueron los ojos de rubí de la cobra, que rodaron por el suelo como canicas.

Shirin y Ahmed saltaron de los hombros de su abuelo con alegres gritos de júbilo. Maruf, con poco equilibrio, saludó a lo lejos a Jasmine.

La princesa respiró profundamente y sintió un fuerte escalofrío, pero la ira se había esfumado.

Había estado a punto de matar a un hombre a sangre fría, con magia negra.

Miró a Aladdín. No fue necesario decirle: «Tenías razón».

—Sé lo difícil que ha sido esto —dijo él; la cogió de la mano y la abrazó—. Pero ha sido lo correcto.

Jasmine movió la cabeza y suspiró.

—Lo sé. Pero deberíamos...

Antes de que pudiera terminar la frase, la interrumpió un relámpago negro como la muerte que atravesó la habitación y rodeó a Jafar.

—Jasmine podrá no tener el valor para matarte, ¡pero yo sí! —gritó Duban. Todos se volvieron para verlo. Estaba de pie, triunfal, con el *Al Azif* en la mano. Destellos negros giraban en el aire a su alrededor. Tenía una expresión de ira y odio impresa en su rostro—. Esto pondrá fin a tu maldad. ¡Muere, Jafar, del mismo modo que habrías matado a mi familia!

Un viento que aullaba se elevó. El ojo en el libro parpadeó y dio vueltas.

Jafar comenzó a ahogarse. Jadeó y tosió y se llevó las manos a la garganta, incapaz de hacer un solo ruido. Un hilillo de sangre y arena le brotó por las comisuras de la boca.

Jasmine se alejó horrorizada de él y de la magia. Aladdín y Morgiana miraron a Duban con asombro y desolación.

—¡Solo... muere ya! —rugió.

Shirin y Ahmed, quienes hacía unos instantes habían sentido una profunda alegría, comenzaron a llorar. La expresión en el rostro de su tío era aterradora.

Pero Jafar no había terminado.

Soltó una risa extraña y desgarradora. Espuma de saliva, granos de arena y burbujas de sangre inundaron su cuello negro.

—Aún tengo un deseo, tontos.

Jasmine negó con la cabeza y habló con suavidad:

—Jafar, se ha terminado. Intenta encontrar la paz. No tengo miedo de lo que sea que desees. Seguirá habiendo ratas callejeras cuando hayas

acabado. Alguien podrá coger la lámpara y hará que el Genio deshaga todo lo que has hecho.

Jafar no dejó de reír, pero lo hizo en silencio, débilmente. Tosió y carraspeó una última vez.

—Escuchadme. Genio, deseo... que... al morir... toda la magia muera conmigo.

El fin de la magia

La ropa de Jafar perdió su color y pareció encogerse. Desprovisto de su vestimenta mágica de sultán, ahora yacía en su viejo uniforme de gran visir. La arena caía y se arremolinaba alrededor de su cuerpo, como si se desintegrara en el desierto.

Su voz perdió fuerza y firmeza.

—Ahora... el mundo será normal para siempre. Buena suerte para intentar arreglar Agrabah sin magia. Es necesaria para los finales felices, ¿lo sabéis?

Con una última y estrepitosa respiración, partió.

Antes de que alguien pudiera reaccionar ante lo que acababa de suceder, de los pasillos llegaron extraños quejidos y horribles estruendos.

En un principio, el ruido desconcertó a Aladdín. Luego, entendió lo que estaba pasando: los espectros regresaban a su estado natural. Muertos. Cerró los ojos y se imaginó a Razoul en el salón de banquetes. Lamentó no conocer una plegaria apropiada para todos ellos.

Hubo gritos de confusión seguidos de vítores triunfales en el exterior, al otro lado del balcón.

—¡No! —chilló una extraña voz.

Todos en la habitación se volvieron para ver al Genio.

Pero ya no era el Genio. En su lugar había un hombre de mediana estatura de carne y hueso, aunque el tono de su piel era de un tenue azulado. Se miraba los brazos, estiraba sus manos, movía los pies.

Chasqueó los dedos.

No ocurrió nada.

Señaló una silla y murmuró algo.

Nada.

Un grito ahogado se le escapó de la garganta.

—Genio. Ya no eres... mágico... —dijo Jasmine, en el tono más compasivo posible.

Se acercó a él y lo abrazó. Él no se resistió.

—Jamás pensé que volvería a ser libre —respondió con una voz hueca —. Y menos así. Soy humano. Corriente. Normal.

—Solo porque no tienes tus poderes... —comenzó a decir Aladdín.

—¡No eran mis poderes! —estalló el Genio—. Formaban parte de mí, como en todos los *djinn*. Hacemos esas cosas del mismo modo en que vosotros, simios, camináis erguidos o leéis libros. Nacemos así. Lo siento —añadió deprisa y se pasó una mano por la cabeza—. Tengo mucho que procesar.

—Todo esto es difícil de procesar —añadió Aladdín.

Miró a su alrededor y posó al fin la mirada sobre Duban. Su viejo amigo estaba ahí quieto, furioso y confundido. Sus ojos estaban enrojecidos y su semblante, pálido.

Morgiana caminó hacia él y le puso una mano en el brazo. Era difícil saber si lo hacía en solidaridad, por compasión..., o para alejarlo de la mirada de todos. Tal vez era una mezcla de las tres cosas.

—Duban —murmuró.

Maruf se acercó despacio a su hijo. Le dio una palmada en el hombro, sin saber qué hacer o decir.

—Hijo, me conmueve que me ames lo suficiente para hacer... eso. Pero...

—Yo solo... —dijo Duban, confuso—. Era lo único en lo que podía pensar... Merecía morir.

Pero lo dijo sin mucha convicción.

—Lo has planeado desde el principio —dijo Aladdín despacio—. Por eso querías intercambiarte con Morgiana y que fuera ella quien liberara a los demás. Por eso has estado... tan callado y nervioso.

—Yo... ¡Tenía que hacerlo! —protestó Duban con mucho sentimiento—. Tenía que hacerse. Lo sabéis. Todos. Jafar debía morir. Nada ni nadie lo habría detenido a él y a su reinado de terror. Habría escapado de cualquier castigo que se le hubiera impuesto. Lo sabéis...

—Lo hecho, hecho está —intervino Morgiana, sin sonar convencida.

Duban miró a Shirin y Ahmed con gesto suplicante, pero ellos regresaron a la protección de la túnica de su abuelo.

—Han pasado por mucho —comentó Maruf, en un intento por reconfortarlo.

Pero Duban clavó la mirada perdida en el suelo, más allá del hechicero muerto.

Jasmine analizó la escena que tenía ante ella y se dio cuenta de que no tenía energías para llorar. Muerte, desastre, tristeza, confusión por todas partes. No era un buen lugar para comenzar... Caminó hasta el balcón y se asomó.

—Es una lástima que no pueda hacerme oír por encima de todo este caos —dijo con un suspiro—. Como con magia. ¡PUEBLO DE AGRABAH! ¡SOMOS LIBRES! —gritó tan fuerte como pudo con los brazos extendidos—. Hemos ganado —añadió débilmente.

Unos cuantos la escucharon y lo celebraron.

—Tendrás que salir afuera —dijo Morgiana, abandonando a Duban un instante—. Habrás de meterte en el caos y asegurarte de que todos te vean y se enteren de lo que ha ocurrido.

—¿Cómo me va a ver alguien en medio de todo este desastre? Mido bastante menos que todos los demás, aunque me ponga mi corona más grande.

—Te llevaremos nosotros —sugirió Aladdín con tanta alegría como le fue posible—. Sobre nuestros hombros, en una procesión triunfal.

—Yo pude haber creado una procesión triunfal —farfulló el Genio—, con trompetas y confeti y toda la pesca.

Así pues, los amigos salieron del palacio en un desfile improvisado. Los guardias se mostraron más que satisfechos con la nueva situación; al parecer, la estabilidad les gustaba mucho más que tener que pelear. Abrieron las puertas del palacio y formaron una escolta que precedía a Jasmine y que anunciaba a la gente que rindiese pleitesía a la sultana.

Jasmine se balanceaba con tanta gracia como podía sobre los hombros de Aladdín y Duban, con una venda de seda blanca cubriéndole la herida de la frente. Duban mantenía la cabeza agachada, inmerso de nuevo en el silencio. Maruf cojeaba detrás, junto al Genio, quien tenía dificultades para apoyar y levantar los pies de manera correcta.

—Esto de caminar es lo peor —farfulló—. ¿La gravedad siempre es así de mala en esta época del año?

Shirin y Ahmed los seguían en silencio, exhaustos, pero también satisfechos de formar parte del desfile y estar en el punto de mira de todos.

Morgiana iba en la retaguardia. Intentaba sonreír, pero parecía muy incómoda... y no era por su brazo lánguido y vendado. Se suponía que los ladrones no debían ser el centro de atención. Mantuvo la mano sana puesta sobre su daga.

La gente más cercana al palacio ya no luchaba; esperaba a ver qué sucedía con Jafar y Jasmine. Las noticias corrieron como la pólvora cuando la vieron sonreír y saludar. Las ovaciones fragmentadas comenzaron a formar una oleada. La muchedumbre alzaba las ramas que tenía en las manos y gritaba con gesto triunfal.

Luego se sumaron a la cola del desfile, cantando y bailando.

—¿Todo bien allá arriba? —preguntó Aladdín mientras recolocaba el peso de Jasmine sobre sus hombros.

—Por supuesto. ¡Vamos al cuartel de las ratas callejeras! ¡El nuevo! —exclamó ella con una sonrisa—. ¡Llevemos la fiesta allí!

Comenzaron una lenta y serpenteante caminata por la ciudad. Cada vez más gente se unía al desfile a medida que avanzaba.

Desde su posición, Jasmine alcanzó a ver un pequeño grupo que se alejaba lentamente de la celebración: una familia que cargaba con tristeza el cuerpo del niño Jalil, quien ahora descansaba en paz. Tanto Agrabah como su gente habían cambiado mucho con lo ocurrido. Para algunas personas, nada volvería a ser igual.

Pero unas calles más allá, un viejo amigo se acercó trotando entre la multitud, saltó sobre la nueva sultana y casi la tiró al suelo.

—¡*Rajah*! —gritó Jasmine, y lo abrazó.

El tigre tenía los bigotes quemados y aún cojeaba un poco por la herida que le había causado Jafar. Por lo demás, parecía estar bien, y le lamió la cara a Jasmine como si fuera un cachorro.

Después de eso, no tuvo necesidad de ir en los hombros de nadie. *Rajah* atraía suficiente atención hacia la sultana... y le infundía un halo de misticismo. Jasmine mantuvo una elegante mano sobre el lomo del tigre mientras saludaba con la otra. Parecía una sultana de pies a cabeza, a pesar de la falta de zapatos y las ropas rasgadas.

Cuando llegaron al almacén de pan, parecía que toda Agrabah estaba en las calles, festejando.

Pareesa apareció de entre las sombras y caminó junto a Morgiana y Duban con gesto distendido, como si siempre hubiera estado allí con ellos. Sonreía, pero olía a humo.

El pequeño Hazan gritó de alegría al ver que sus amigos Shirin y Ahmed estaban sanos y salvos. Corrió hacia ellos y los tres bailaron alegremente alrededor de los adultos.

—*¿Abú?* —gritó Aladdín con las manos alrededor de la boca. No iba a preocuparse por su pequeño amigo. *Abú* estaría bien dondequiera que estuviera. Si se había ido a vivir una vida libre en algún lugar de la jungla o a un oasis o a algún otro sitio, mejor que mejor. Aladdín estaba feliz por él—. *¿Abúúú?*

Lo asustaron los chillidos furiosos que surgían de la feroz bola color café-canela que saltaba hacia arriba y hacia abajo en el techo del almacén.

Aladdín sonrió de oreja a oreja. *Abú* se cruzó de brazos, casi como un humano, y no bajó a saludarlo como *Rajah* hizo con Jasmine. Aladdín sabía que estaría malhumorado durante un tiempo y se mantendría alejado. Y estaba bien, con tal de que estuviera ahí.

En la guarida, las ratas callejeras estaban muy contentas con la celebración: servían tragos en copas doradas y los repartían entre todos. Un pequeño grupo de músicos formó una banda improvisada e interpretó melodías estruendosas desde un tejado. Hasta la Viuda Gulbahar se remangó la falda y les mostró a todos cómo se solía bailar en sus tiempos, cuando la música era música de verdad.

Pero todos se detuvieron y comenzaron a gritar de alegría cuando por fin avistaron a Jasmine. Ella los saludó, y el público la aclamó con más fuerza.

—Felicidades, sultana —dijo Sohrab al salir de entre la multitud.

Inclinó la cabeza y se arrodilló. Amur, Khosrow y Kimiya se apresuraron a hacer lo mismo. Les siguieron Pareesa y Morgiana y el resto de las ratas callejeras. Después, todos los demás, codo a codo, juntos, como una sola persona.

—Agrabah es tuya.

—No —respondió Jasmine al mirar a los líderes de los gremios, a los ladrones, al Genio y a todos los habitantes de la ciudad—. Agrabah es nuestra.

Epílogo

Agrabah estaba exhausta tras semanas de castigos, noches de sitio y, luego, festejos excesivos. Para celebrar su recuperada libertad, sus gentes permanecieron en las calles hasta el amanecer, bailando, cantando y conversando con viejos vecinos y nuevos amigos. La luna se posó sobre las festividades, y el sol se asomó por encima de las somnolientas secuelas.

Duban, Jasmine, Aladdín, el Genio y Morgiana terminaron por volver al palacio bajo el rosáceo brillo del sol de la madrugada. Maruf, Shirin y Ahmed, y lo que parecía ser la mitad de todos los niños en Agrabah, se permitieron apropiarse de los juguetes del viejo Sultán en la habitación contigua. Sus ruidos alegres contrastaban con el pensativo silencio de las cinco personas que tenían un reino por reconstruir.

Duban pateaba el *Al Azif*, que ahora era una casi irreconocible pila humeante de papel y cenizas.

—Ahí está la lámpara —señaló Aladdín de pronto.

Estaba en el suelo, golpeada y manchada, el mismo pedazo de cobre que encontró en aquella cueva bajo la arena.

Parecía que hubiesen pasado siglos.

Aladdín suspiró. Todo lo que jamás creyó posible había sucedido... y todo había vuelto después a la normalidad, a como era antes.

Bueno, salvo por las marcas, las ejecuciones y lo que le sucedió a Duban y a toda la ciudad, claro está. Quedaba todo eso a lo que hacer frente.

Y, sin duda, él había cambiado.

Cogió la lámpara y se la entregó al Genio, quien la aceptó con una sonrisa.

—Qué pedazo de porquería —refunfuñó el Genio—. Y en una segunda planta. No puedo creer que haya vivido ahí diez mil años, aunque fuera de renta antigua... —Su voz se desvaneció, no tenía fuerzas para seguir—. Sí, creo que ya ha sido suficiente —dijo al fin—. Oye, princesa, ¿recuerdas eso que te dije sobre viajar por el mundo? ¿Alejarme del lugar en el que mi pueblo desapareció?

—Sí —contestó Jasmine con dulzura. Ella sabía lo que venía después, aunque no le gustara.

—Creo que lo voy a hacer. Me voy a ir a ver el mundo. Encontrar algo de nieve. Empezar una vida nueva... como humano... de alguna forma.

Ella asintió con tristeza y cogió las manos del Genio entre las suyas. Se sorprendió de lo rápido que se había acostumbrado a alguien azul... y ahora ya no lo era.

—Gracias por todo. Y... lo lamento. Todo. —Se puso de puntillas y le besó la mejilla.

Aladdín se acercó y le estrechó la mano.

—Siento que te vayas. Me habría gustado conocerte mejor. Pareces uno de los nuestros.

El Genio le dirigió una débil sonrisa.

—Esto es demasiado —dijo Jasmine con un suspiro—. Yo... desearía que Jafar no hubiera... Desearía...

Aladdín sonrió, le quitó un mechón de cabello de la cara y se lo puso detrás de la oreja, como había querido hacer desde el principio.

—Los deseos se han terminado —le susurró con una sonrisa triste—. Tal vez nunca existieron.

—Genio —gritó Duban de pronto—, iré contigo.

—¿Qué? —se sorprendió el Genio.

—No puedo quedarme aquí —continuó Duban, con amargura—. Mi padre tiene razón. No debí haber matado a Jafar así. No... tendría que haber ocurrido de esa forma. Mi familia apenas puede mirarme.

—Duban, no —le suplicó Morgiana—. ¡Son solo niños! Lo superarán. Quédate. Está bien. Lo superaremos juntos. Solo fue un error.

—Fue... un error bastante grande. No, tengo que arrepentirme. A mi manera. Regresaré algún día —prometió con una sonrisa triste—. Cuando me parezca correcto.

—Cabra necia —farfulló Morgiana, y sollozó con fuerza.

Duban se rio sutilmente y se acercó a besarle la frente.

—Muy bien, entonces —dijo el Genio con cautela, pero con un tono más alegre—, viajaremos por el mundo para escapar de nuestros pasados. ¡Hombres de penitencia! Coge tus cosas y vámonos, muchachote.

El Genio pareció perdido por un momento. Tal vez intentó invocar una maleta o un cofre de viaje. No apareció nada. Una extraña expresión lo invadió... Aladdín la reconoció al instante; era como estar en un sueño y saber que estás en él y sentir que deberías ser capaz de hacer lo que quisieras... pero no poder.

Por fin, el Genio movió la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Odio las despedidas largas —dijo—. Diez mil años de ver a la gente vivir y morir te marcan mucho. Así que... adiós.

Duban estrechó la mano de Aladdín y le dedicó una profunda reverencia a Jasmine.

—Sultana —susurró, y acompañó al Genio a la salida.

Y eso fue todo. Se habían ido.

Morgiana los siguió con la mirada e intentó contener las lágrimas.

—Esos niños están arruinando mi oficina —se quejó al fin, y se fue dando grandes zancadas para informar a Maruf y a sus nietos.

Jasmine caminó despacio hacia el balcón para contemplar su ciudad. El tiempo de los deseos podía haberse acabado, pero también el de las

lágrimas.

Aladdín se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Juntos miraron cómo las multitudes se iban dispersando, al igual que el humo de los incendios que seguían vivos.

—Arreglar todo esto nos llevará mucho tiempo —afirmó Jasmine.

—Sí, pero tú puedes hacerlo. Serás una gran sultana. Ahora comprendes mejor que nadie que hay dos ciudades en Agrabah. Has visto la pobreza y la asumes. Has vivido el poder ilimitado y sabes cómo evitar sus trampas. Y nos tienes a nosotros... Tienes a las ratas callejeras para cuando lo olvides.

—Haré de Agrabah la ciudad más grandiosa del mundo —dijo ella con dulzura—. Y las ratas callejeras, los gremios y otros líderes civiles serán parte importante de mi consejo como lo han sido los viejos ministros y visires, a quienes es momento de reemplazar sí o sí.

—Sí, sobre todo al gran visir —dijo Aladdín, intentando no temblar. Sacudió todo el cuerpo—. Muy bien. Agrabah: día uno. Comencemos. ¿Así que todas las ratas callejeras estarán en tu consejo? ¿Incluido Maruf?

Jasmine se rio.

—Tal vez reciba un puesto honorario de asesor como agradecimiento por su apoyo a la rebelión. Pero ya le he dicho a Morgiana que la haré mi gran visir. Es una chica lista... creo que desempeñará un gran trabajo.

Aladdín se preguntó si su vieja amiga maduraría en un puesto en el que tendría que resistirse a apuñalar a quien no estuviera de acuerdo con ella.

—¿Qué hay de mí? —Hizo una falsa mueca—. Soy inteligente. Soy valiente. ¡Y he estado contigo desde el principio!

—Estarás muy ocupado, cariño —le dijo Jasmine, y le dio unas palmaditas en la mano—. Como príncipe tendrás otras responsabilidades y obligaciones. Pero, créeme, serán igual de importantes.

Aladdín abrió la boca para contestar, pero se contuvo.

—Un momento..., ¿qué has dicho?

Jasmine simplemente lo besó.

Aladdín sonrió y la abrazó. Lo de príncipe, en ese instante, podía tomarlo o dejarlo.

El resto de su vida con Jasmine, por el contrario...

Eso valía todo.

Aladdín. Un giro inesperado
Disney

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© 2019 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Marta García Madera, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-9951-936-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta